

Creer en la gracia es una cosa.  
Vivirla es otra.



*El despertar*  
de la.  
Gracia

CHARLES R.  
SWINDOLL

CHARLES R.  
SWINDOLL

*El despertar*  
de la.  
Gracia



GRUPO NELSON

*Desde 1798*

Para otros materiales, visítenos a:  
[gruponelson.com](http://gruponelson.com)

© 2013, 2016 por Grupo Nelson®

© 1995 por Editorial Caribe

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América.

Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc.

Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc.

[www.gruponelson.com](http://www.gruponelson.com).

Título en inglés: *The Grace Awakening*

© Copyright 1990, 1996, 2003, 2010 por Charles R. Swindoll, Inc.

Publicado por Thomas Nelson, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de La Biblia de las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «RVR60» son de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas marcadas «NVI» son de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®.

Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Texto usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas marcadas «DHH» son de La Biblia Dios Habla Hoy, Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usadas con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «NTV» son de la Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas «NBD» son de la Santa Biblia, Nueva Biblia al Día © 2006, 2008 por la Sociedad Bíblica Internacional®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas marcadas «TLA» son de La Traducción en Lenguaje Actual © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*

Traducción: *Adriana Powell*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-0-71808-212-3

ISBN: 978-0-71808-218-5 (eBook)

16 17 18 19 20 MAR 9 8 7 6 5 4 3 2 1



*Con mucho afecto dedico este libro  
a Paul y Sue Sailhamer,  
y a Howie y Marilyn Stevenson,  
cuyas vidas y ministerios irradian gracia.*

*He aprendido a conocer mejor lo que significa ser libre  
gracias a la estrecha amistad que me une a ellos.*



OTROS LIBROS DE CHARLES R. SWINDOLL

*Afirme sus valores*

*Cuando se atraviesa tiempos difíciles*

*Desafío a servir*

*El misterio de la voluntad de Dios*

*La crianza de los hijos: de sobrevivir a prosperar*

*Matrimonio: de sobrevivir a prosperar*

*Más de 1001 ilustraciones y citas de Swindoll*

*Pásame otro ladrillo*

*Tres pasos adelante,*

*dos para atrás*

*¡Baje la guardia!*

# Contenido



*Prólogo de la editorial*

*Reconocimientos*

*Introducción*

1. ¡La gracia *realmente* es maravillosa!
2. Un regalo sin condiciones
3. ¿No es arriesgado abrazar la gracia?
4. Indigno, pero amado incondicionalmente
5. Defensa contra el legalismo
6. ¿Es usted libre? ¡Entonces viva como tal!
7. Guiando a otros hacia la libertad
8. La gracia de permitir a otros que sean lo que son
9. La gracia de estar en desacuerdo... y perseverar
10. La gracia: algo íntimo y personal
11. ¿Modela usted *realmente* la gracia?
12. Un matrimonio aceitado por la gracia
13. El gozo encantador de dar con gracia
14. ¡La gracia, *realmente* debe ser recibida!

*Conclusión*

*Notas*

## *Prólogo de la editorial*



VIVIMOS EN UN MUNDO QUE ESTÁ CAMBIANDO. Tal vez ninguna otra era en la historia haya visto tantos cambios dramáticos en un período de tiempo tan corto como la nuestra. Somos testigos de una gran explosión de interés por las cosas espirituales en todos los segmentos de la sociedad. Hoy día, la fe cristiana está pasando por uno de los períodos de mayor crecimiento en los tiempos modernos.

Cuando *El despertar de la gracia* apareció por primera vez en 1990, Chuck Swindoll quería dirigirse a quienes él percibía como «asesinos de la gracia»... las personas que restringen y limitan el potencial dinámico de la vida cristiana. Entre los más visibles y crueles están aquellos que critican, condenan y aplastan nuestra esperanza para llevar una vida llena de gozo. Chuck advirtió que el legalismo en la iglesia, escondiéndose detrás de la máscara de la ortodoxia o la piedad, estaba robándole la felicidad a los creyentes y tomando a la fe como rehén. Lo que necesitábamos en esa hora era un despertar.

A los pocos días del lanzamiento del libro, se produjo una inundación de respuestas. Cartas, tarjetas y comentarios de agradecimiento llegaron de pastores, maestros y otros cristianos de todo el país. Unos decían que a menudo se sentían aprisionados en su fe hasta que reconocieron su propia necesidad de un «despertar de la gracia». De repente, comprendían la realidad de la regeneración que Cristo quiso que disfrutáramos. Si somos «nuevas criaturas en Cristo», preguntaron, ¿por qué no nos estamos regocijando más y preocupando menos? Trágicamente, algunos líderes cristianos se cansaron de los ataques, perdieron la batalla y renunciaron a las posiciones que antes habían ocupado.

Chuck Swindoll señala que Pablo nos proporcionó la perspectiva correcta en su carta a la iglesia en Éfeso cuando él escribió: «Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de

Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2.8–9). La mayoría de las personas son muy rápidas en adoptar una salvación basada en la gracia, ¿pero con cuánta frecuencia, pregunta Swindoll, hemos caído en la trampa de una vida cristiana basada en las obras? ¿Y con cuánta frecuencia hemos cambiado la libertad y la espontaneidad de nuestro caminar de fe por un código hecho por el hombre de lo que sí o no se puede hacer? No hay nada que socave más nuestra fe, él insiste, como el ceño fruncido del legalismo, el cual trae consigo un espíritu crítico y sentencioso.

En numerosas ocasiones desde que se publicó este libro, Chuck Swindoll ha sido detenido por desconocidos para escuchar la historia de su despertar transformador de la gracia. Una de esas ocasiones ocurrió en un aeropuerto cuando una mujer se le acercó y le preguntó si por casualidad era el autor de «el mejor libro que he leído jamás sobre la gracia» (sus palabras exactas). Después de que se presentaron, ella contó cómo el libro no solo había cambiado su vida, sino la vida de todos en su familia.

Su marido había sido pastor de una iglesia extremadamente legalista en una denominación conocida por su rigidez y espíritu crítico. De hecho, había sido criado y formado en ese tipo de ambiente sofocante, exigente y religioso. Esto era todo lo que sabía. Eran comunes las listas de expectativas impuestas por los encargados, mientras exponían en detalle lo que regularmente se esperaba de aquellos que querían agradar a Dios. La presión aumentaba, especialmente en la casa del pastor. No solo empezaban a rebelarse los adolescentes, sino la esposa del pastor se desencantaba con todo el sistema de «la teología por obras». En vez de enseñar la Palabra de Dios con gracia y esmero, su esposo y todos aquellos que predicaban desde el púlpito acosaban y amenazaban al rebaño. Ella se deprimía al no ver esperanza de cambio ni manera de escape. Fue en aquel momento cuando descubrió *El despertar de la gracia*, el cual «devoró leyendo en unos pocos días», a pesar de que no se encontraba entre aquellos libros que su denominación aprobaba. Al ver regresar el entusiasmo y el gozo de su esposa, esto llevó al marido a leer el libro también. Antes de terminar de leerlo, empezaba a reconocer qué tan retorcido y equivocado había estado. Tuvo la valentía de salir a la luz y admitir desde el púlpito que un despertar de la gracia lo había cambiado tanto que ya no podía promover el legalismo, la hipocresía y la religión sin gozo que caracterizaba tanto a su iglesia como a su denominación. Se negó a

seguir desempeñando el papel de un asesino de la gracia.

Su renuncia fue recibida con miradas frías, y la familia fue condenada totalmente al ostracismo por aquellos que habían sido «amigos de la iglesia» durante largo tiempo. Pero ese hombre, su esposa e incluso sus hijos adolescentes ahora están experimentando una alegría y alivio en sus relaciones entre sí (y con el Señor) que jamás habían imaginado. Su caminar con Cristo, ahora basado en la gracia, se ha revolucionado literalmente. Como Chuck lo dijo: «Ella está radiante con un gozo que es contagioso. Son pocas las veces que he visto a una persona que irradia el amor y la gracia de Cristo tan naturalmente y con tanto entusiasmo. ¡La gracia se ha despertado realmente dentro de ella!».

Desde el lanzamiento del libro, el mundo ha seguido sus cambios dramáticos. Además de los cambios políticos por todo el mundo, también se han producido alarmantes revoluciones morales y éticas, un despertar de la conciencia y el carácter de proporciones increíbles. El cristianismo ha estado brotando por todo el mundo.

Ahora es evidente que en muchos aspectos *El despertar de la gracia* fue profético. Muchas de las señales de liberación que el autor ha descrito en estas páginas ya se han cumplido. Y ese es el motivo de esta nueva edición, corregida y aumentada para una nueva generación de creyentes. Es nuestra esperanza que el mensaje eterno de *El despertar de la gracia* pueda ahora empezar a tocar las vidas de un grupo completamente nuevo de cristianos y alentar a hombres y mujeres en todas partes en su caminar de fe.

Aunque el mensaje de este libro ya ha tenido un efecto dramático sobre nuestra manera de pensar acerca de la vida cristiana, la sabiduría y el consejo contenidos en estas páginas son necesarios hoy más que nunca. Desde los sucesos del 11 de septiembre, los desafíos que existen en el mundo que nos rodea son mayores que nunca, pero la necesidad de cristianos que demuestren su fe con libertad y compasión es aun mayor.

Pablo escribe en Romanos 12.6 que «teniendo dones que difieren, según la gracia que nos ha sido dada, usémoslos: si el de profecía, úsese en proporción a la fe». De hecho, cada uno de nosotros posee dones, pero es la esperanza de esta editorial que este libro pueda ayudarnos a llegar a ser una generación de creyentes, moldeada a la imagen de Cristo, que camine confiadamente en la libertad de la fe que nuestro Señor tenía pensada. Y

cuando esto suceda, *El despertar de la gracia* no será simplemente un libro que merece ser leído, sino un estilo de vida digno de ser vivido.

# *Reconocimientos*



YO SOY UN HOMBRE AGRADECIDO. TENGO TODAS las razones para serlo. Es un gozo para mí poder contar con la presencia de numerosas personas que me rodean con aliento, afirmación, sus comentarios honestos y una abundante provisión de nueva esperanza para perseverar con las tareas difíciles. Los considero más que amigos; son mis socios, fieles hasta el final. Decir que han sido útiles en ayudar a que se realizara este libro es una grave subestimación de los hechos.

Al contrario de un rumor recurrente, no cuento con un departamento de redactores o un equipo de investigadores que me proporcionen material histórico e ilustrativo o que funcionen como escritores anónimos. Cada palabra proviene de mi propia pluma a través de un antiguo proceso que la mayoría de los autores todavía emplea: sangre, sudor, lágrimas, noches en vela, largas miradas a hojas de papel en blanco, días improductivos cuando todo se arroja a la basura, y momentos periódicos cuando la inspiración y el conocimiento fluyen. Mi método es tan obsoleto que ni siquiera utilizo un programa de procesamiento de texto para escribir mis libros, y tengo un grueso callo en mi dedo para probarlo por haber escrito tanto con mi pluma.

No obstante, lo que sí tengo son fieles colaboradores que creen en mí lo suficiente como para orar por mí mientras estoy en medio del proceso de dar a luz a un libro. Sin embargo, hacen más que orar. Algunos formulan sugerencias. Otros ofrecen ideas y lanzan advertencias, además de aguijonearme con preguntas. Uno escribe a máquina, otro edita, algunos leen y muchos escuchan con paciencia. Como yo soy un pastor que ha plantado una nueva iglesia al norte de Dallas, en Frisco, Texas, también tengo una gran cantidad de personas que oyen las cosas que escribo más tarde en un libro. Me ayudan a afinar mis palabras, respondiendo a lo que he dicho con comentarios que a menudo son conmovedores. Y luego están los que sirven conmigo en el equipo pastoral, mis colegas más cercanos, con quienes tengo

una relación envidiable y única. Al reconocer su valor en mi vida y su contribución a mis libros, no podría ser más sincero y agradecido. Todos estos son mis «socios» no nombrados, pero eminentemente apreciados.

Específicamente, estoy en deuda con David Moberg de Thomas Nelson por su entusiasmo en la revisión del libro original en inglés.. Su apoyo ha sido incesante desde su creación. Además, los fallecidos Kip Jordon y Ernie Owen, ambos amigos míos de Thomas Nelson durante mucho tiempo, quienes me alentaron mucho, ya que estaban convencidos de que mi punto de vista y mis convicciones sobre la gracia merecían ser publicados para que todos pudieran leer lo que hemos discutido y acordado durante años. Al reconocer mi agradecimiento a aquellos de la familia de Thomas Nelson, no puedo dejar de mencionar a mi editora, Beverly Phillips, con la que he trabajado durante más de una década. Ella sigue demostrando las cualidades que un autor necesita más de una editora: un ojo sagaz, un espíritu sensible, sabios consejos, precisión mezclada con flexibilidad, preguntas penetrantes que me hacen pensar, y una especie de crítica convincente que me obliga a reevaluar y (;puf!) reescribir.

Mi lista sería incompleta si no mencionara a Sealy Yates, que suministró una valiosa asistencia tras bastidores. Siendo el hombre de integridad que es, sus consejos y sugerencias resultaban ciertos y han probado ser lo mejor. Estoy agradecido de que se preocupara más por *El despertar de la gracia* que por su propio horario, y cuando mi paciencia se fue debilitando, él demostró tener la clase de gracia sobre la cual escribo. Y, por supuesto, una vez más, debo expresar mi profundo agradecimiento a Helen Peters, cuya diligencia no conoce límites. Con incansable determinación revisó el manuscrito varias veces, corrigió mi ortografía, escribió a máquina cada palabra, consiguió los permisos para mis citas e ilustraciones, adaptó su calendario personal para cumplir con las demandas de mis fechas de tope, terminó el manuscrito final en forma perfecta antes de lo previsto — lo que en sí mismo era un milagro— y todo sin una sola palabra de exasperación o queja. Helen es un retrato fiel de la sublime gracia.

Por último, quiero agradecer el apoyo de toda mi familia, cuyas actitudes y expresiones de gracia fueron nada menos que increíbles. A pesar de las tormentas que hemos enfrentado, y el dolor que hemos vivido juntos, ni una vez he sentido nada menos que su amor incondicional y absoluto apoyo. En

lugar de separarnos, hemos creado lazos más fuertes que nunca. Así que, gracias a ti, Cynthia, y a toda nuestra familia, junto con Luci, mi querida hermana, por su inagotable lealtad y amor.

*En los peligros o aflicción  
Que yo he tenido aquí  
Su gracia siempre me libró  
Y me guiará feliz.<sup>1</sup>*

# Introducción



EL CORAZÓN HUMANO CLAMA POR SER LIBRE. Todo dentro de nosotros lucha contra la esclavitud de la tiranía y la opresión. Nuestras almas no fueron creadas para vivir en jaulas de temor que nos restringen de las alegrías de la libertad. Una vez que hayamos experimentado el sabor de esa libertad, nuestro apetito por más nos consume. Esto era cierto para los que vivían detrás de la Cortina de Hierro en Europa del Este, o bajo las normas y los reglamentos fanáticos de los talibanes en Afganistán, o bajo la brutal dictadura de tortura de Saddam Hussein en Irak. Y es muy cierto para el pueblo de Dios que ha sufrido demasiado tiempo bajo el sofocante control de demandas y expectativas legalistas. A aquellos que han deseado controlar e intimidar a otros en el cuerpo de Cristo se les ha permitido hacerlo por demasiado tiempo.

Me complace anunciar que su control está menguando mientras la gracia se está despertando.

Casi tres décadas han pasado desde que escribí y se publicó la primera edición de este libro. En aquel entonces había mencionado que un nuevo movimiento yacía en el horizonte, un movimiento de libertad de las cosas que nos habían esclavizado por demasiado tiempo. Al transcurrir estos últimos años, ha sido maravilloso ver el crecimiento de ese movimiento. Aquellos de nosotros que siempre nos hemos mantenido firmes en la gracia de Dios para nuestra salvación del dominio del pecado, por fin estamos aprendiendo a confiar en la misma gracia para nuestra liberación de las estrictas restricciones y manipulaciones basadas en la vergüenza. Habiendo probado los dulces deleites de la libertad en Cristo, más y más personas en la familia cristiana no se sienten satisfechas con nada menos. Ni tampoco nosotros deberíamos.

Basándome en las respuestas de tantas personas que me han hablado personalmente o que me han escrito cartas de agradecimiento por haber sido

liberadas del legalismo, he decidido ofrecer esta nueva edición revisada de *El despertar de la gracia*. El momento me parece el más adecuado.

Es mi esperanza que este volumen cause un nuevo impacto en una nueva generación de creyentes que anhelan ser liberados de la esclavitud de otros, pero que no han sabido lograrlo. Es reconfortante pensar que estas páginas le darán las llaves que ha estado buscando que abrirán esas rejas de hierro y lo liberarán de las cadenas de la esclavitud de otros, despertándolo a lo que significa ser realmente libre. Libre en Cristo. Verdaderamente libre. Libre al fin.

—Charles R. Swindoll  
Dallas, Texas

# CAPÍTULO UNO

*¡La gracia realmente es maravillosa!*

*La moralización y la legalización del evangelio de la gracia de Dios es una pobre herejía que se trata de diseminar entre personas desilusionadas que se sienten defraudadas porque no han recibido lo que tampoco tienen razón de esperar.*

—RICHARD J. NEUHAUS



HAY ASESINOS QUE ANDAN SUELTOS. EL PROBLEMA es que no se identifican fácilmente. No usan prendedores distintivos que los delatan, ni portan señales para advertirle a la gente que se mantenga alejada. Por el contrario, muchos de ellos andan con la Biblia bajo el brazo y parecen ciudadanos decentes, agradables, respetuosos de la ley. La mayoría de ellos pasan mucho tiempo en las iglesias, y algunos ocupan posiciones de liderazgo. Muchos son tan respetados en su comunidad que la gente jamás pensaría que en la casa de al lado vive un asesino.

Son personas que matan la libertad, la espontaneidad y la creatividad; matan la alegría y la productividad. Matan con sus palabras, sus lapiceras y sus miradas. Matan más con sus actitudes que con su comportamiento. No hay iglesia, organización cristiana, entidad misionera o ministerio radial o televisado que escape a ese peligro. Lo sorprendente es que estos asesinos puedan concretar sus planes, día tras día, sin que nadie los ponga en evidencia. Es extraño, pero los mismos ministerios que no tolerarían una herejía ni diez minutos, se hacen a un lado y dejan la pista libre para que estos asesinos manejen y manipulen a otras personas de las maneras más

insidiosas imaginables. Se tolera su intolerancia. Sus espíritus que juzgan quedan sin juzgar. Se pasan por alto sus tácticas agresivas, y se justifica o se defiende su estrechez de mente. La esclavitud que ejercen sería considerada criminal si no fuera tan sutil y no viniera envuelta en una apariencia de suprema espiritualidad.

Ahora mismo, en este mismo momento, hay millones de personas que viven ahogadas por la vergüenza, la culpa, la intimidación, cuando debieran ser personas productivas y libres. La tragedia es que piensan que así es como tienen que ser las cosas. Nunca han conocido la verdad que las puede hacer libres. Son víctimas, existen como si estuvieran esperando la pena de muerte, en lugar de disfrutar de la belleza y la frescura de la vida abundante que vivió Cristo y que puso al alcance de todos sus seguidores. Desafortunadamente, la mayor parte de esas personas no tienen ni idea de lo que se están perdiendo.

Eso, dicho en una sola palabra, es la *gracia*. Eso es lo que de manera constante se le arrebató a la gente. Los que no están conformes con negarla han decidido analizarla en debates. Como en los tiempos de la Reforma protestante, la gracia ha vuelto a ser como una pelota de fútbol en el campo teológico: teólogos, predicadores, eruditos y estudiantes la patean de una esquina a otra del estadio. Discuten sobre la terminología, tratando de obtener ventaja los unos sobre los otros. Es uno de esos clásicos debates en que nadie es ganador, donde el tema se menosprecia y las masas que contemplan la batalla desde las graderías quedan confundidas, polarizadas y, lo que es peor, aburridas. La gracia es para ser recibida y vivida a plenitud, no algo para disecar, analizar y discutir. ¡Basta de lo mismo! Es hora de despertar a la gracia, de liberarla, de dejar de negarla... para empezar a disfrutarla y compartirla libremente, en lugar de discutir sobre ella.

La gracia que se recibe, pero no se expresa, es gracia muerta. Perder el tiempo discutiendo cómo se recibe la gracia o cuánta consagración es necesaria para alcanzar la salvación, sin alcanzar a comprender lo que significa vivir por gracia y disfrutar de la magnífica libertad que ella concede, conduce rápidamente a una estéril discusión. Se vuelve una más de tantas empresas tediosas y triviales en las que pierden su tiempo la mayor parte de los creyentes, mientras miran hacia el pasado y se preguntan: «¿Cómo la recibimos?», en lugar de mirar hacia el futuro y proclamar: «¡La gracia nos pertenece... vivamos en ella!». Matamos la gracia cuando la negamos o

discutimos sobre ella. Mi ruego es que la reclamemos y permitamos que nos libere. Cuando lo hagamos, la gracia llegará a ser lo que debió ser, algo maravilloso. Cuando eso suceda, toda nuestra apariencia se transformará.

## ROSTROS QUE DICEN «NO» Y ROSTROS QUE DICEN «SÍ»

El doctor Karl Menninger, en un libro titulado *The Vital Balance* [El equilibrio esencial], analiza la personalidad negativista. Este es ese tipo de personas que dicen «no» a casi todo. Menninger les llama a esos individuos «pacientes problematizados», y menciona varias cosas que caracterizan sus vidas: nunca han hecho un préstamo que involucrara riesgo, nunca han votado por una causa liberal, nunca le han dado su respaldo a nada extravagante. ¿Por qué? Él sugiere que es porque no pueden permitirse el placer de dar. Los describe en términos muy gráficos: «individuos rígidos, crónicamente insatisfechos, llenos de amargura, inseguros, y a menudo proclives al suicidio».<sup>1</sup>

Yo agregaría un rasgo más: nunca se han permitido ser libres. Siguen aprisionados tras las rejas de sus preocupaciones triviales y sus sospechas, y han aprendido a sobrevivir en un estado de esclavitud que les impide ver más allá de las exigencias cotidianas de la vida. Como carecen de gracia, han reducido la vida a reglas y normas esenciales para sobrevivir. Su Dios es demasiado pequeño, su mundo es demasiado rígido y, por lo tanto, sus rostros proclaman un rotundo «¡No!».

Estoy convencido de que la libertad que produce la gracia es lo único que puede cambiarnos comenzando desde adentro. Es tan extraordinaria que no solo cambia nuestro corazón, sino también nuestro rostro. ¡Y la verdad es que algunos de nosotros lo necesitamos de manera imperiosa! ¿Fue usted criado por padres cuyos rostros decían «No»? ¿O está casado con alguien con un rostro «No»? Si es así, seguramente ha envidiado a aquellos cuyos padres o cónyuges tenían rostros que expresaban «Sí». Todos nos sentimos atraídos por esos rostros que nos dan una bienvenida y nos imparten ánimo.

Mientras era presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Thomas Jefferson y un grupo de compañeros iban recorriendo el país a caballo. Llegaron a un río que se había salido de cauce debido a unas lluvias recientes. El río crecido había arrasado el puente. Los jinetes se vieron obligados a

cruzar el río montando sus cabalgaduras, arriesgando sus vidas a causa de la fuerte corriente. El enorme riesgo que amenazaba a cada uno de los hombres hizo que otro viajero, que marchaba a pie, se detuviera a contemplarlos. Después que varios de ellos habían llegado seguros a la otra orilla, el extraño le preguntó al presidente Jefferson si podía cruzar montado en su cabalgadura. El presidente asintió sin vacilar. El hombre se trepó al anca del caballo, y poco después ambos llegaban seguros al otro lado del río. Cuando el recién llegado se bajó del caballo y pisó tierra firme, uno de los viajeros le preguntó: «Dígame, ¿por qué eligió al presidente para pedirle este favor?».

El hombre se sintió impactado, ya que no tenía la menor idea de que fuese el presidente de la nación el que lo había ayudado. «Todo lo que sé», respondió, «es que en algunos de sus rostros estaba escrita la respuesta “No”, y en el de ellos estaba escrita la respuesta “Sí”. El rostro del presidente era un rostro que decía “Sí”». <sup>2</sup>

La libertad es la que les da a las personas un rostro que dice «Sí». Estoy seguro de que Jesús tenía ese tipo de rostro. Nunca lo he visto, pero estoy convencido, basado en lo que he leído sobre Él, que era así. ¡Cómo debe haber contrastado con sus semejantes! Estaba rodeado de hombres letrados, religiosos, *rectos*, que sabían citar la ley, hombres profesionales cuyo aspecto denotaba un rotundo «¡No!». Piadosos en apariencia, criminales en realidad... pero ni una gota de su veneno se infiltró en la vida de nuestro Señor; por el contrario, Él cambió la orientación de la religión, porque proclamaba «Sí» mientras todos Sus colegas profesionales fruncían el entrecejo y anunciaban «No». Eso me ha intrigado por años. ¿Cómo podía ser? ¿Qué lo mantuvo libre de caer en las garras de ellos? En pocas palabras, *la gracia*. Estaba tan lleno de gracia y de verdad, que no le quedaba espacio para alojar el veneno legalista.

Cuando pensaba en los días pasados con Jesús, Juan (uno de los doce), recuerda que había algo en Él que era distinto a cualquier otra persona. Sus discípulos vieron «Su gloria». Su peculiaridad era esa increíble «gloria», una gloria que representaba la presencia misma de Dios. Y además, este ser glorioso, Jesús, estaba «lleno de gracia y de verdad». Deténgase, y deje que ese concepto penetre en su mente. Era Su gloria, combinada con la gracia y la verdad, lo que hacía de Él una persona totalmente diferente. En un mundo tenebroso y opresivo, lleno de reglas, normas, imposiciones y expectativas

planteadas por los hipócritas líderes religiosos, Jesús vino y sirvió de una manera distinta: Él solo, lleno de gracia y lleno de verdad, trajo una nueva forma de vida, totalmente diferente.

Y al pensar en ese carácter único, Juan agrega: «Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia» (Juan 1.16).

Tome nota de cómo se relaciona con Juan 1.14. Primero, Juan había escrito: «Vimos su gloria», y luego agregó: «De su plenitud tomamos todos». Juan y los otros discípulos sufrieron un tremendo impacto con esa experiencia. La gracia llegó en abundancia haciendo de ellos personas diferentes. Llegaron a ser como Cristo. Estos hombres absorbieron Su tolerancia, aceptación, amor, calidez y compasión, a tal punto que sus vidas fueron transformadas. Hacia el final del primer siglo, el ministerio de esos mismos hombres había producido un tremendo impacto en el mundo romano.

Juan cierra con broche de oro sus observaciones iniciales resumiendo la diferencia entre dos estilos de ministerios contrastantes: «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1.17).

Con la ley mosaica vinieron las exigencias, las reglas, las normas. Con esas severas exigencias vinieron las expectativas exasperantes, que agregaban combustible al fuego encendido por los fariseos. Al agregar normas a la ley, los fariseos no solo ampliaron la lista, sino que intensificaron la culpa y la vergüenza de toda la gente. Obsesionados por el deber, la conducta visible, y un constante análisis de lo correcto y lo incorrecto (especialmente en la vida de los demás), promovieron un sistema tan opresivo que no quedaba lugar para el gozo. Esto dio lugar a pronunciamientos duros, severos y que prejuizaban, ya que el sistema religioso que instauraron se degeneró en un sistema de apariencias externas más que de autenticidad interna. La obediencia llegó a ser cuestión de una amarga compulsión más que una expresión gozosa nacida del amor.

Sin embargo, cuando «la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo», una revolución espiritual largamente añorada empezó a poner en libertad a los que la religión tenía cautivos. El yugo de la esclavitud provocada por la culpa fue reemplazado por una renovada motivación de seguir en verdad a Jesús, como pura reacción a una devoción profunda. En lugar de enfocarse en las obras de la carne, Jesús habló acerca del corazón.

En lugar de exigir que el pecador cumpliera una larga lista de requisitos, hizo énfasis en la fe, aunque esta fuera tan pequeña como un grano de mostaza.

El cambio generó libertad, como el mismo Señor enseñó: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8.32). Por fin, la religión rígida y estéril era reemplazada por una relación orientada por la gracia, una gracia liberadora. A Sus seguidores les encantaba. Sus enemigos odiaban Su enseñanza, y lo odiaban a Él. No cabe duda de que los primeros asesinos de la gracia fueron los fariseos.

### GRACIA: ¿QUÉ SIGNIFICA ESTA PALABRA?

¿Qué es exactamente la gracia? ¿Está limitada a la vida y al ministerio de Jesús? Le sorprenderá saber que Jesús mismo nunca usó la palabra. Solamente enseñaba sobre ella, y lo que es igualmente importante, la vivía. Más aún, la Biblia nunca la define en una sola frase, aunque la gracia aparece a lo largo de todas sus páginas... y no solo aparece el término en sí, sino también incontables manifestaciones de la gracia. Para entender lo que significa la palabra gracia, debemos retroceder hasta un término hebreo antiguo que significaba «agacharse, inclinarse». Con el tiempo, llegó a incluir la idea de «favor condescendiente».

Si usted ha viajado a Londres, quizá haya visto a la realeza. En caso afirmativo, usted puede haber notado sofisticación, frialdad y distancia. En ocasiones, miembros de la realeza en Inglaterra salen en las noticias porque alguien de las filas de la nobleza se detuvo, se arrodilló, bendijo o tocó a un plebeyo. Esa es la gracia. No hay nada en el plebeyo que merezca ser notado o tocado o bendecido por la familia real. Pero debido a la gracia en el corazón de la persona de la realeza, existe el deseo en ese momento de detenerse, encorvarse, tocar, y aun bendecir.

El fallecido pastor y maestro de la Biblia, Donald Barnhouse, probablemente sea quien mejor lo expresara: «El amor que asciende es adoración; el amor que sale es afecto; pero el amor que se inclina es gracia».<sup>3</sup>

Mostrar gracia es extender favor o bondad hacia alguien que no la merece y que jamás podrá ganarla. El hecho de ser aceptados por Dios por gracia está en total contraste con el intento de ganar su favor por medio de las obras. Cada vez que aparece la idea de la gracia, tiene la connotación de algo que no

se merece. De ninguna manera el que la recibe está obteniendo algo que él o ella se merece. El favor se extiende sencillamente debido a la bondad del corazón del dador.

Recuerdo vívidamente el último azote que recibí siendo niño. Fue justo el día que cumplí los trece años. Yo acababa de ingresar a las filas del sofisticado mundo del adolescente, y me consideraba un ser especial. Pero mi padre no estaba ni remotamente impresionado como yo por mi enorme importancia y la independencia que acababa de descubrir. Yo estaba recostado en mi cama. Él estaba afuera, en un sofocante día de otoño, desmalezando el jardín.

«Charles, ven a ayudarme a limpiar el jardín», me llamó.

Yo contesté algo así como:

«No, es mi cumpleaños, ¿no lo recuerdas?».

Mi tono era atrevido, y mi deliberada falta de respeto resultaba elocuente. Yo sabía bien que no convenía desobedecer a mi papá; pero, después de todo, ya estaba en la madura edad de los trece. Ese día mi padre batió un nuevo récord de los cien metros planos. Entró a la casa y me castigó hasta que llegamos al jardín. Lo que recuerdo es que estuve sacando malezas hasta que la luz de la luna se reflejaba en los pétalos de la flor de pensamiento.

Esa misma noche me llevó de sorpresa a cenar afuera. Primero me había dado lo que me merecía. Y después me dio lo que no me merecía. Esa cena de cumpleaños fue por gracia. Le concedió una gracia a un jovencito rebelde. Esa noche disfruté de lo que un gran teólogo llamado Benjamín Warfield denominó «el gratuito favor soberano hacia el que nada merece».<sup>4</sup> Disfruté de la gracia.

Debo enfatizar una cosa más sobre la gracia: es absoluta y totalmente gratuita. Nunca se le pedirá que la pague. Y tampoco podría pagarla, aunque lo intentara. A muchos de nosotros nos causa problemas este pensamiento, porque nos ganamos con trabajo todo lo que tenemos. Pero en este caso, la gracia se nos concede libre de gravámenes, sin condiciones. No deberíamos intentar retribuirle, porque sería un insulto.

Imagínese que va a la casa de un amigo que lo ha invitado a comer. Después de saborear una deliciosa cena, escuchan una música muy agradable y conversan. Finalmente, usted se pone de pie y toma su abrigo para marcharse. Pero antes de retirarse, mete la mano en el bolsillo y pregunta:

«¿Cuánto te debo?». ¡Qué insulto! Eso no se hace con una persona que amablemente nos ha invitado a cenar. ¿No debe extrañarnos, entonces, que el mundo esté lleno de personas que piensan que deben hacer algo para retribuirle a Dios? De alguna forma desean que Dios les devuelva una sonrisa si realmente los ve trabajando duro para merecer Su aceptación; pero entonces serían aceptados por sus propias obras. Y no es así con la gracia.

Ahora que Cristo vino, murió y satisfizo las exigencias del Padre respecto al pecado, todo lo que necesitamos hacer es pedir Su gracia, aceptando el gratuito don de la vida eterna. Nada más. Dios nos sonríe por causa de la muerte y la resurrección de Su Hijo. Es por gracia, amigo, por la maravillosa gracia. ¡Y eso basta para transformar el rostro de cualquier persona en un rostro que dice «Sí»!

## LAS MUCHAS FACETAS DE LA GRACIA

Con la palabra *gracia* describimos muchas cosas en la vida:

- Un atleta o un bailarín muy coordinado
- Los buenos modales y las actitudes consideradas hacia la gente
- Las palabras hermosas y bien elegidas
- La consideración y el interés por las personas
- Diversas expresiones de amabilidad y misericordia

Estos enunciados me recuerdan a Cristo. ¡Qué perfecta ilustración de la gracia! Pensemos en algunos ejemplos. Se mantuvo al lado de una mujer atrapada en pleno acto de adulterio. La ley establecía claramente que debía morir apedreada. Los asesinos de la gracia que venían a denunciarla exigían eso. Sin embargo, a los fariseos que se creían tan justos, Jesús les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en tirarle una piedra». ¡Cuánta gracia! Según la ley, tenían todo el derecho de sepultarla bajo las piedras... y estaban listos para hacerlo, pero Jesús intervino con Su gracia.

Cuando Su amigo Lázaro murió, Marta fue a encontrar a Jesús en el camino, y luego María le habló cuando llegó a la casa. Ambas lo acusaron de no haber venido antes. «¡Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría

muerto!». Las palabras están cargadas de reproche. Sin embargo, Jesús las recibió con gracia. Con solo mover la mano, podría haberlas dejado sin vida; pero prefirió no discutir con ellas. Eso es gracia.

Cuando Jesús narraba relatos, la gracia era un tema favorito. Demostró gracia al tratar a los niños, y al hablar del hijo pródigo. Cuando hablaba de personas que estaban en situaciones desesperantes, la gracia abundaba... como en el caso del buen samaritano. Y en lugar de alabar al funcionario religioso que proclamaba lo orgulloso que debía estar Dios de contarle entre los suyos, Cristo sonrió con gracia al desconocido pecador que expresaba: «Dios, ten piedad de mí, pecador». Aun desde la cruz se negó a mostrarse airado hacia Sus enemigos. ¿Recuerda Su plegaria? «Padre, perdónalos...» No hay resentimiento, no hay amargura. ¡Qué maravillosa gracia! Y es sorprendente la libertad y el alivio que produjo. Esa gracia era otorgada en toda su plenitud por el único ser en la tierra que tenía poder ilimitado, el Hijo de Dios.

Mi ruego es que no la limitemos a Él. Nosotros también podemos aprender a ejercer esa misma gracia, y debemos ejercerla, no solo en palabras, no solo en grandes actos de misericordia y comprensión, sino en las pequeñas cosas de todos los días.

Sir Edward C. Burne-Jones, el destacado artista inglés del siglo XIX, fue a tomar té en la casa de su hija. Como un regalo muy especial, a su nieta joven se le permitió sentarse a la mesa; ella se portó mal, y su madre la hizo pararse en el rincón con su cara hacia la pared. Sir Edward, un abuelo con muy buena formación, no interfirió en el entrenamiento de su nieta, pero a la mañana siguiente llegó a la casa de su hija con pinturas y una paleta. Caminó hasta la pared donde la niña había sido obligada a quedarse parada y empezó a pintar cuadros: un gatito persiguiendo su cola, corderitos en un campo, un pez nadando. Decoró la pared de los dos lados de ese rincón con pinturas para el deleite de su nieta. Si tenía que quedarse en el rincón una vez más, al menos tendría algo que mirar.<sup>5</sup>

Y de igual manera es con nuestro Señor. Cuando hacemos las cosas que no debemos, puede que Él administre disciplina, a veces severamente, pero Él nunca nos da la espalda... ¡No envía a Su hijo al infierno! Tampoco caemos de la gracia ni somos encarcelados detrás las rejas de hierro de la ley. Él trata a Sus hijos con gracia... un favor hermoso, encantador e inmerecido.

¡Es realmente sorprendente! Siempre habrá algunos, como aquellos que miraron con furia a la mujer sorprendida en adulterio, que nos exhortarán a ser severos, rígidos y sin compasión. Sí, siempre hay algunos que prefieren la lapidación a perdonar, que votarán por el juicio en lugar de la tolerancia. Pero mi esperanza es que todos puedan unirse a las crecientes filas de quienes han decidido que la gracia de Cristo (con todos sus riesgos) es mucho más eficaz, y que optemos por ella en cada momento. Dios honra esa actitud.

### ALGUNAS EXPECTATIVAS PRÁCTICAS

Quizás algunos estén familiarizados con la historia infantil de Rip Van Winkle, un hombre holandés que se quedó dormido bajo la sombra de un árbol por veinte años y despertó a un mundo muy diferente del que él había conocido. Mientras dormía, sucedieron cambios maravillosos a su alrededor, los cuales él ignoraba por completo. Así como Rip Van Winkle, muchos de nosotros estamos durmiendo bajo el sedante opresivo de aquellos que nos impiden experimentar la maravillosa vida llena de gracia que está disponible para los que estemos dispuestos a ser hechos plenamente conscientes de su potencial liberador. ¡Despiértese! ¡No duerma más! El despertar de la gracia ya ha llegado. ¿Y qué se puede esperar al despertar de su estupor desinformado? Permítame terminar este primer capítulo mencionando cuatro expectativas concretas que pueden convertirse en realidad cuando usted comprende bien lo que es la gracia.

En primer lugar, usted *apreciará más plenamente los dones que Dios le da*. ¿Qué dones? Son varios los que me vienen a la mente. El gratuito don de la salvación (que analizaremos con más profundidad en el próximo capítulo). El don de la vida. El don de la alegría, de la música, de la belleza, de la amistad, del perdón. Aquellos que reclaman la libertad que Dios ofrece aprecian más los dones que vienen con la vida.

Segundo, usted *perderá menos tiempo y energía criticando y preocupándose por las decisiones de los demás*. Cuando usted entiende cabalmente lo que es la gracia y comienza a moverse en un contexto de libertad, su mente será cada vez más amplia. Permitirá que los demás tomen sus propias decisiones, aun cuando difieran de las suyas.

En tercer lugar, usted *puede esperar ser más tolerante y juzgar menos a*

*las personas.* Las apariencias no significarán tanto para usted cuando haya terminado de leer este libro. Empezará a cultivar el deseo de una fe auténtica en lugar de soportar una religión basada en las demostraciones superficiales. Estará tan involucrado en su propia búsqueda de la gracia que dejará de acosar y hacer sentir culpables a los que piensan diferente.

En cuarto lugar, usted *dará un enorme salto hacia la madurez espiritual.* A medida que su mundo se vaya expandiendo, en virtud de ese despertar en su comprensión de la gracia, su madurez se irá profundizando. Será una transformación tan grande que su vida cambiará totalmente.

# CAPÍTULO DOS

## *Un regalo sin condiciones*



PENSEMOS POR UNOS MOMENTOS EN EL VOCABLO herejía. Para empezar, responda a la siguiente pregunta: ¿cuál considera usted *la herejía más peligrosa del mundo*? La que yo tengo en mente no es tan descarada ni horrible como para hacer sonrojar a los ángeles. Es sutil y casi atractiva. Por muchísimo tiempo ha sido la favorita de muchas personas. En realidad, está presente desde los tiempos del huerto del Edén. Permítame darle algunas pistas:

- Es una filosofía que podemos encontrar en muchos libros de autoayuda, en muchos poemas, y en muchas biografías sobre pobretones que se hacen ricos.
- Es un tema recurrente en muchos discursos políticos y en actos de graduación. Florece en el ambiente académico.
- Alimenta nuestra soberbia, estimula nuestra tendencia al egocentrismo, complace nuestra carnalidad.

En una palabra, es el humanismo. William Ernest Henley, nacido en Gloucester, Inglaterra, en 1849, paralizado desde la infancia, fue uno de los primeros humanistas. Escribió una obra que es comúnmente citada por estudiantes graduados con las mejores calificaciones en las escuelas secundarias de todo Estados Unidos.

Desde la noche que sobre mí se cierne,  
Negra como su insondable abismo,  
Agradezco a los dioses, si existen,  
Por mi alma invicta.

Caído en las garras de la circunstancia,  
Nadie me vio llorar ni pestañear.  
Bajo los golpes del destino,  
Mi cabeza ensangrentada sigue erguida.

Más allá de este lugar de lágrimas e ira,  
Yacen los horrores de la sombra,  
Pero la amenaza de los años, me encuentra,  
Y me encontrará, sin miedo.

No importa cuán estrecho sea el camino,  
Cuán cargada de castigo la sentencia.  
Soy el amo de mi destino;  
Soy el capitán de mi alma.<sup>1</sup>

Es un asunto bastante emocionante, ¿no es así? Hace que usted desee adentrarse en el tema, profundizar más e intentarlo con más ahínco, ¿verdad? Después de todo, si usted y yo poseemos almas que son invictas, el cielo es el límite. Si realmente somos nuestro propio amo y capitán, ¡que se cuide el mundo!

### ADVERTENCIA: UNA HEREJÍA ANDA SUELTA

Usted ha escuchado palabras como esas, ¿no? Si es como yo, seguro que las ha escuchado desde que apenas era un niño. Tienen una apariencia correcta e inspiradora. «Llegue a lo más profundo de su ser y motívese lo suficiente, y podrá lograrlo todo por sí mismo. Podrá resistir cualquier dificultad. Nada estará fuera de su alcance; siga adelante... ¡escale cada vez más alto! Usted puede hacer de su persona lo que quiera. ¡Hasta puede alcanzar el cielo!».

Eso que parece tan correcto, en realidad es una herejía, y es la que yo

considero como la más peligrosa del mundo. ¿En qué consiste? *En enfatizar lo que nosotros hacemos por Dios, en lugar de lo que Dios hace por nosotros.* Algunos están tan convencidos de lo contrario, que me lo discutirían con vehemencia. Son los que con frecuencia declaran que su versículo favorito de la Biblia es: «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos», aunque en realidad no hay ningún versículo en la Biblia que diga eso. El hecho es que Dios ayuda a los desvalidos, a los que no se lo merecen, a los que no cumplen con las expectativas. A pesar de todo, esta herejía tiene más auge ahora que en cualquier otra época de la historia. Muchas personas se ven a sí mismas como los «amos» de su propio destino, «capitanes» de sus propias almas. Esta es una antigua filosofía muy enraizada en el corazón humano. ¿Cómo habría de ser de otra manera? Esta filosofía respalda al tema favorito de la humanidad de todos los tiempos: el yo.

Veamos una de las primeras veces en que esta se presentó, al comienzo de las Escrituras. Muchos, muchos siglos antes de Cristo, aun antes de que hubiesen surgido las diversas lenguas y dialectos, tribus y naciones, el pueblo de la tierra vivía en un área llamada Sinar y hablaba la misma lengua universal. Por voto unánime decidieron construir una estructura enorme, una torre, cuya cúspide alcanzaría al mismo cielo. El relato bíblico dice así:

Toda la tierra hablaba la misma lengua y las mismas palabras. Y aconteció que según iban hacia el oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, fabriquemos ladrillos y cozámoslos bien. Y usaron ladrillo en lugar de piedra, y asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edificuémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta los cielos, y hagámonos un nombre famoso, para que no seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra. (Génesis 11.1–4)

*La Biblia al Día* dice que le llamaron a esta construcción «un monumento soberbio y eterno a ellos mismos». ¿No resulta atractivo? ¿No suena como algo que atraería la atención de todo el mundo? ¡Nadie podía resistirse a algo así! Era una oportunidad única en la vida. Me puedo imaginar a la «Cámara de Comercio» de Sinar promoviendo un nuevo lema: «Gloria al hombre en las alturas», mientras reclutaban obreros. Todo el mundo colaboró en esa

empresa.

Esta torre siempre me ha intrigado, especialmente en lo que se refiere a la cúspide que llegaría «al cielo». Recuerdo cuando era niño en la escuela dominical y me mostraban figuras de la torre de Babel. Todas las figuras mostraban el extremo superior perdiéndose entre las nubes. En mi mente infantil daba por sentado que la torre literalmente penetraba los cielos hasta el mismo trono de Dios. Pero no había forma de que semejante estructura hubiese podido ser erigida. Era viable hacer construcciones de gran tamaño, pero nunca algo de esa envergadura.

Hace unos años volví e investigué más a fondo el texto en Génesis y descubrí alguna información útil. Encontré que una parte crucial del versículo 4 dice literalmente «cuya parte superior está con los cielos». La pequeña preposición «con» es una preposición de acompañamiento o representación. De alguna manera la parte superior de la torre fue diseñada y construida de forma que «representara» los cielos.

En mi estudio supe que hace unas décadas se llevó a cabo una extensa excavación en la tierra de Sinar. No se encontró una torre, sino varias, los *zigurats*, estructuras cónicas con un camino en forma de espiral alrededor, para subir por ellas. Y entre esas diversas viviendas cónicas de la región, había una torre que sobresalía entre las demás. Hay muchas posibilidades de que se tratara de la torre a la que hace alusión Génesis 11. Lo más interesante es que se descubrió que en esta torre en particular estaban inscritos los signos del zodiaco en la parte de piedra del cono en dirección a la cúspide. Los signos y símbolos que representaban los espacios estelares, comúnmente llamados «cielos», aparecían en la cúspide de la torre. Era como si fuese un antiguo altar allí en la altura... como si expresara: «Qué bueno es Dios. Nos contempla desde arriba, mira nuestra ciudad y se complace con nuestros esfuerzos. Piensen en la fama que tendremos cuando alcancemos renombre. Dios no podrá sino darnos Su bendición por todo lo que hemos logrado». Era la época dorada del humanismo.

Pero, en realidad, ¿qué pensó Dios acerca de esta original construcción dedicada a la gloria del hombre? Para empezar, de inmediato penetró en lo íntimo de sus pensamientos:

Y el SEÑOR descendió para ver la ciudad y la torre que habían

edificado los hijos de los hombres. Y dijo el SEÑOR: He aquí, son un solo pueblo y todos ellos tienen la misma lengua. Y esto es lo que han comenzado a hacer, y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible. (Génesis 11.5, 6)

No se equivoque. El esfuerzo humano puede lograr resultados increíbles. Nadie debería subestimar la habilidad de los seres humanos. Dios mismo lo reconoce, porque vemos que dice: «Esto es solo el comienzo de toda una vida con la misma tendencia. No hay límites. Lo que se propongan, lo van a hacer». Y entonces Dios hizo algo que detuvo la obra.

Vamos, bajemos y allí confundamos su lengua, para que nadie entienda el lenguaje del otro. (Génesis 11.7)

(Lea cuidadosamente los próximos dos versículos. Observe que Dios nunca destruyó la torre de Babel; los obreros deliberadamente la dejaron inconclusa).

Así los dispersó el SEÑOR desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso fue llamada Babel, porque allí confundió el SEÑOR la lengua de toda la tierra; y de allí los dispersó el SEÑOR sobre la faz de toda la tierra. (Génesis 11.8, 9)

Me pregunto cuántas generaciones cruzaron la región de Sinar y contemplaban cómo el tiempo deterioraba lentamente las torres. Sin embargo, creo que el número de personas no fue *suficiente*. La humanidad no aprendió la lección que Dios se proponía enseñarle en Babel. En lugar de ello, parece que hemos restaurado y vuelto a entronizar aquello que Dios se proponía eliminar. Muchos somos los que seguimos creyendo que si hacemos lo que tenemos ganas de hacer, llegaremos a ser lo que debemos ser. «Quiero construir una torre», anuncia alguien. ¿Por qué? «Porque quiero ser famoso. Quiero que la gente me conozca, necesito ser grande. Necesito alcanzar esa sensación de triunfo, ese sentimiento de orgullo que produce el hacerse famoso. ¡Lo haré a mi manera!». Dios se inclina y nos dice: «Jamás lo lograrás». Pero a pesar de ello, las torres hechas por nosotros mismos siguen

erigiéndose. Después de todo: «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos», proclaman confiadamente los constructores. No obstante, sus esfuerzos centrados en sí mismos son una herejía... un evangelio de obras, un feroz asesinato de la gracia.

James Russell Lowell fue un contemporáneo de William Ernest Henley. Estaban separados por el Océano Atlántico geográficamente y por una distancia teológicamente aún mayor. Lowell, un norteamericano, escribió de una filosofía en su obra «La crisis actual» que difería mucho de la filosofía de «Invictus» del Henley:

La verdad para siempre en el patíbulo,  
La mentira para siempre en el trono.  
Pero ese patíbulo influye en el futuro,  
Y, más allá detrás de las brumas de lo desconocido,  
Se encuentra Dios entre las sombras,  
Guardando a aquellos que son suyos.<sup>2</sup>

## DEFENSA: LA VERDAD EN EL PATÍBULO

Mientras la mayor parte del mundo está ocupada construyendo torres con la esperanza de hacerse conocer y ganar fama, la verdad de Dios es la que pone las cosas en su lugar. Es mi ruego, en base a Su Palabra, Su Santo Libro, que simplemente admitamos nuestra necesidad y nos apropiemos de la gracia de Dios. En lugar de luchar por conseguir un boleto al cielo basado en los elevados logros y el gran esfuerzo personal (que nos da a *nosotros* todo el mérito), sugiero que declaremos con franqueza nuestra bancarrota espiritual y aceptemos el libre don de la gracia de Dios. «¿Por qué?», me preguntará usted. «¿Por qué no puedo enfatizar lo que yo hago para Dios en lugar de enfatizar lo que Él hace por mí?». Porque eso es una herejía, simple y llana. ¿Cómo? Al exaltar mi propio esfuerzo y luchar por alcanzar mis propios logros, estoy insultando la gracia de Dios y arrebatándole el mérito que solo le corresponde a Él.

Dejemos la región de Sinar con su ciudad de torres y concentremos nuestra atención en un hombre que vivió poco tiempo después de ese hecho. Se llamaba Abraham... y era un hombre que, por lo que sabemos, tenía su

fama ganada y muy buena reputación. Sin embargo, cuando se trataba de sus derechos delante de Dios, no había nada en él que mereciera la aceptación de Dios. Esto se expresa muy claramente en Romanos 4.1, 2:

¿Qué diremos, entonces, que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no para con Dios.

Esa última frase es impactante. Toda persona que haya alcanzado muchos logros tiene de qué vanagloriarse delante de los demás. La gente se impresiona con los éxitos humanos. La persona recibirá aplausos y le reconocerán méritos. Honrarán su nombre. Le harán una estatua de bronce o nombrarán escuelas o calles en su honor una vez que haya muerto. No cabe duda de que tiene de qué jactarse ante los demás mortales. Pero de acuerdo a la afirmación de Romanos 4, no tiene de qué jactarse delante de Dios. Ni siquiera un gran hombre como Abraham podía ganarse el favor y la bendición de Dios.

Si analizamos esto a fondo, nos damos cuenta de que no fue el resultado del esfuerzo de Abraham lo que logró el favor de Dios; fue el resultado de la enorme gracia divina. Sin que contara para nada todo lo que Abraham tuviera o hubiese ganado, todo lo que hubiera adquirido o comprado, Dios lo declaró justo. Dios «justificó» a Abraham.

Llegó el día en que, en las cuentas de Dios, el pecador Abraham fue repentinamente declarado justo. No había nada en Abraham que motivara ese hecho; nació de Dios y alcanzó al hombre en gracia soberana. Dios revistió de justicia a un pecador. Al hacer las cuentas, se consideró la propia justicia de Dios, y eso fue lo que se acreditó y reconoció. El mismo Señor Dios, por un acto de gracia nacido de su amor soberano, se inclinó sobre el libro y borró todo lo que había en contra de Abraham, y luego escribió que él, Dios... acreditaba... a este hombre Abraham como perfecto, aun cuando Abraham en sí mismo era pecador. Eso es la justificación.<sup>3</sup>

¿Cómo podría alguien decir que un gran hombre como Abraham era

«pecador»? Bueno, cuando nos fijamos en los antecedentes de su vida (o de cualquier vida), lo sabemos. Muy en lo íntimo de Abraham, había un vacío. Estaba muerto espiritualmente. A pesar de todas las posesiones y de la fama que tenía como hombre, había un trasfondo de idolatría (según el capítulo 24 del libro de Josué, en el Antiguo Testamento). Había sido criado por un hombre idólatra. Se había casado con una mujer que venía de la misma región idólatra. Por nacimiento, por naturaleza y por elección, Abraham era un pecador. Sin embargo, Dios, en Su gracia soberana, pasó todo eso por alto. Y cuando le oyó decir a Abraham: «Sí, creo», Dios, en Su gracia, acreditó a nombre de Abraham una perfección absoluta. Las Escrituras llaman a esto «justificación».

¿Puedo sugerir una definición? La justificación es el acto soberano de Dios por el cual declara justo al pecador que ha creído, a pesar de que continúa en un estado pecaminoso. Aunque Abraham (después de creer y ser justificado) seguía pecando de vez en cuando, Dios escuchó a Abraham cuando decía: «Creo... creo en Ti». Y Dios lo reconoció justo. Esto sucedió a pesar de que Abraham continuaba en un estado pecaminoso. Pero nunca más debía preocuparse por el lugar que ocupaba delante de Dios. Recibió lo que no merecía ni podía ganar por su cuenta. Una vez más, le recuerdo, eso es gracia. ¿Será único Abraham? La respuesta se encuentra en los dos versículos siguientes:

Ahora bien, al que trabaja, el salario no se le cuenta como favor, sino como deuda; mas al que no trabaja, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia.  
(Romanos 4.4, 5)

La mayoría de las personas que conozco están a la expectativa del día de pago. Usted también, ¿no es verdad? Por una semana, o quizás por una quincena, se dedica con esmero al trabajo. Cuando llega el día de pago, recibe por su esfuerzo un cheque bien ganado, totalmente merecido. No he conocido a nadie que se incline ante su patrón y le diga: «Gracias, muchísimas gracias por este obsequio maravilloso que no merezco. ¿Cómo podré agradecerérselo?». Si lo hiciéramos, nuestro empleador se desmayaría. Por cierto, pensaría: *¿Qué le pasa a este tipo?* ¿Por qué? Porque el cheque no es un obsequio. Usted se lo ha ganado. Se lo merece. ¡Cámbielo! ¡Gástelo!

¡Ahórrelo! ¡Inviértalo! ¡Regálelo! Después de todo, se lo ganó con esfuerzo. En el campo laboral, donde los salarios se negocian y se discuten, no hay tal cosa como la gracia. Ganamos cada centavo que recibimos; trabajamos por nuestra paga. No se nos cuenta «el salario como gracia, sino como una deuda».

Sin embargo, con Dios la economía funciona de una manera totalmente diferente. No hay una relación de empleador/empleado con Dios. En términos espirituales, usted y yo no nos hemos merecido otra cosa que la muerte. Nos guste o no, estamos en total bancarrota, sin esperanza para la eternidad, sin mérito espiritual alguno; no hay nada en nosotros que nos gane el favor a los ojos de nuestro Padre celestial, santo y justo. No hay nada que podamos ganarnos para que Él diga: «Ajá, ahora quizás ya te merezcas una vida eterna conmigo». No hay manera de lograrlo. En realidad, el individuo que vive moralmente no está en mejores condiciones de merecer el favor de Dios que aquel que ha hecho de su vida un desastre total y vive en constante desobediencia moral. Todo el que desee ser justificado eternamente debe llegar a Dios de la misma forma: basándose en la gracia; la justificación es un regalo. Y ese regalo nos llega en forma totalmente gratuita. Toda otra forma de considerar la salvación es herejía, simple y llana.

Hasta ahí llegamos con Abraham. Nuestra próxima parada es en Romanos 5. Este pasaje me ayudará a explicar cómo fluye ese don gratuito hacia nuestras vidas y hacia la vida de todos los que creen.

Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz  
para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.  
(Romanos 5.1)

Estudie cuidadosamente estas palabras. Nosotros, habiendo sido justificados por la fe, no por obras, obtenemos aquello que añoramos tanto: la paz con Dios. ¿Por nuestros méritos? Jamás. El versículo afirma que hemos sido justificados por la fe. Es por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien pagó la deuda total y definitiva por el pecado cuando murió en la cruz en nuestro lugar. El pecado contra Dios debía ser pagado con la muerte. Y Jesucristo, el perfecto sustituto, hizo el pago único y definitivo a nuestro favor. Eso le costó la vida. Y como resultado, Dios otorga el don gratuito de la salvación a todo el que cree en Su Hijo.

Puesto que este concepto resulta esencial para comprender la gracia, he dedicado este segundo capítulo a presentar una declaración y una explicación del gratuito don de la salvación. Una vez que aprehendemos su significado vertical como regalo gratuito de Dios, automáticamente surge gran parte de la gracia horizontal, la que manifestamos hacia los demás. Una vez que aceptamos esa verdad tan pocas veces proclamada de que no hay nada que podamos darle a Dios o nada con que podamos impactarlo para que se sienta motivado a considerarnos como justos, estaremos listos para recibir Su regalo gratuito.

Esto suena muy simple. Y lo es, excepto por un problemático obstáculo. Es el problema del pecado. No hay cantidad de instrucción, de lectura, de asistencia a la iglesia, que resuelva nuestro problema: estamos contaminados por el pecado.

Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron.  
(Romanos 5.12)

Le recomiendo aprender un poco de teología. Es vital para entender y valorar la gracia. Nacimos en enemistad con Dios. El mismo pecado que introdujo Adán ha contaminado a toda la raza humana. Nadie es inmune a la enfermedad del pecado. Y no hay logro humano que pueda borrar la mancha interior que nos separa de Dios. Puesto que Adán pecó, todos pecamos. Esto nos lleva a una conclusión: todos necesitamos ayuda. Necesitamos perdón. Necesitamos un Salvador.

Entonces... ¿cómo salimos de este desastre? Lea lenta y cuidadosamente los próximos dos versículos:

Así pues, tal como por una transgresión resultó la condenación de todos los hombres, así también por un acto de justicia resultó la justificación de vida para todos los hombres. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos. (Romanos 5.18, 19)

¡Extraordinario! ¡Qué noticia tan tranquilizadora!

A usted tal vez le gustaría preguntarme: «¿Quiere decir que con solo creer en Jesucristo puedo alcanzar vida eterna con Dios, recibir el perdón de mis pecados, un destino seguro en los cielos, y mucho más sin que yo haga ningún esfuerzo por mi parte?». Sí, eso es precisamente lo que enseñan las Escrituras. Y le recuerdo, esto se llama *gracia*. Ese fue el tema de toda la Reforma protestante. La salvación se ofrece por gracia divina, no por obras humanas. ¿Quiere un ejemplo bíblico clásico? ¿El de un hombre que estaba exhalando su último aliento? El hombre que tengo en la mente es uno que estaba agonizando sobre una cruz, colgado junto a Jesús cuando nuestro Señor fue crucificado. ¿Recuerda la escena?

El hombre le dijo a Jesús: «¡Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino!». Esas eran palabras llenas de fe, una simple afirmación hecha por un hombre que había sido un incrédulo durante toda su vida. Repentinamente, con su último aliento (incapaz de hacer una sola obra religiosa... ¡ni siquiera ser bautizado!), se vuelve hacia Cristo, suspendido en total impotencia en la cruz, y cree. Declara su fe en Cristo: «Señor, acuérdate de mí». Y Jesús le contesta con esta promesa: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». La fe del hombre, sin obras, sin condiciones, fue premiada por la gracia de Jesús.

Volvamos una vez más a Romanos 5, ahora en el versículo 20, donde leemos: «Y la ley se introdujo para que abundara la transgresión, pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». ¡Y en qué forma sobreabundó! Algunos interpretan equivocadamente el pasaje y suponen que hay algo malo con la ley si lo que produce es mayor transgresión. Pero es una suposición incorrecta. Permítame expresarlo con otras palabras. Cuando vino la ley, nuestra transgresión quedó identificada, y aumentó nuestra culpa. Al leer por primera vez: «No [harás esto]... No [harás aquello]... No [harás lo otro]...», nos dimos cuenta de qué era el pecado. Las exigencias de Dios son justas, sus mandamientos son puros y limpios. Son las expectativas que Dios tiene para un pueblo santo. Vino la ley, estableciendo cuáles eran las exigencias de Dios para satisfacer Sus pautas de santidad, pero no pudimos cumplirlas. La ley siguió machacando: «¡No... no... no...!». Pero aun así la humanidad siguió fallando. La ley nos presentó las exigencias de la perfección, pero no nos dio auxilio ni estímulo para cumplirlas. Lo que sí hizo la ley fue identificar las

faltas e intensificar la culpa. Y eso es lo que continúa haciendo. Hasta el día de hoy, la ley nos hace penosamente conscientes de nuestra maldad.

Recuerdo que cuando era apenas adolescente, uno de mis primeros trabajos fue el de repartir diarios. Era un buen trabajo y me mantenía alejado de las travesuras, pero me llegó a cansar.

Después de una larga tarde en la que había doblado unos doscientos periódicos, los había distribuido y regresaba a casa en bicicleta, recuerdo que pasé junto al amplio jardín trasero de la casa que quedaba en diagonal a la nuestra. Pensé: *Estoy cansado... no necesito recorrer todo el camino hasta la esquina y rodear este enorme jardín. Puedo atravesarlo y estaré en casa en un santiamén.* Era un desvío fácil y rápido. La primera vez que lo hice sentí una pizca de culpa mientras pedaleaba sobre el corto y esponjado césped. Debo decirles que era un jardín bellísimo. Para empeorar las cosas, nuestro vecino tenía un especial apego por su jardín. Yo lo había observado trabajando en él semana tras semana. A pesar de ello, pensé que no le afectaría que lo hiciera solo una vez. La tarde siguiente venía pedaleando por la misma calle, y pensaba: *¿Me pregunto si debería usar la misma desviación?* Y lo hice... con menos culpa que la primera vez. En teoría, algo me decía que no debía hacerlo; pero en la práctica yo justificaba de alguna forma lo que hacía.

En menos de dos semanas las ruedas de mi bicicleta habían empezado a marcar un sendero angosto a través del jardín. A esas alturas, yo estaba seguro dentro de mí que debería ir hasta la esquina y dar la vuelta, pero no lo hacía. Simplemente arrinconaba esos sentimientos de culpa y los acallaba.

Al final de la tercera semana, apareció un cartel pequeño pero bien visible en la vereda, bloqueando mi entrada a la senda que había abierto. Decía: «No pisar el césped. Prohibidas las bicicletas». ¡Lo único que le faltaba al cartel era mi nombre al comienzo! Confieso que lo pasé por alto; giré en torno al cartel y retomé la senda, mirando de reojo el letrero mientras seguía. ¡Admito que me sentí peor que antes! ¿Por qué? Porque el letrero identificaba claramente mi falta, lo que a su vez, intensificaba mi culpa. Pero lo más interesante es que el cartel no impidió que yo siguiera cruzando por el jardín. De hecho, me producía una extraña fascinación hacerlo. De alguna forma era como si me empujara a seguir haciéndolo.

Uno de mis mejores amigos me contó de un viaje que efectuó a la ciudad

de San Francisco, durante el cual vio un letrado muy raro. Este decía: «*Trate de no pisar el césped*». ¿Mi punto? Cuando vea un letrado, el letrado no tiene poder alguno para hacer que le obedezca. Definitivamente, identifica el pecado dentro de nosotros, y se intensifica la culpabilidad cuando lo pasamos por alto, pero no ofrece ningún poder para frenarnos.

Lo mismo sucede con la ley. La ley vino, y con letras muy claras grabadas por el dedo mismo de Dios. «¡Esto es santidad! ¡Honren mi nombre acatando mi ley!». Pero la realidad es que nadie podía cumplirla, lo cual explica la declaración de Romanos 5.20 que dice que «el pecado abundó». La ley pone de manifiesto el pecado, pero no lo detiene. ¿Cómo detener el remolino? ¿Hay alguna esperanza? La respuesta está en el mismo versículo: «donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». ¡Qué grandioso! La gracia superó al pecado, lo venció y, de esa manera, trajo esperanza.

Permítame ampliar aún más la afirmación de las Escrituras. Donde el pecado abundó, la gracia entró a raudales. Donde el pecado aumentó de forma mensurable, la gracia aumentó de forma inmensurable. Donde el pecado era finito, la gracia era infinita. Donde el pecado era colosal, la gracia fue súper colosal. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. El pecado identificado por la ley no pudo detener el flujo de la gracia de Dios. La muerte de Jesús en la cruz fue la paga suficiente por el pecado, e hizo que la gracia actuara de forma no solo adecuada, sino *abundante*.

Augustus Toplady, un clérigo anglicano del siglo XVIII, lo describió así:

Los terrores de la ley y de Dios  
    conmigo nada tienen que ver;  
La obediencia en sangre de mi Salvador  
    oculta todas mis transgresiones de la vista.<sup>4</sup>

## UNA EXPLICACIÓN: GRACIA PARA LOS PECADORES

En los próximos minutos, deléitese en el siguiente pasaje, registrado por Pablo en su carta a los efesios. Tómese su tiempo. No se apresure.

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro

tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con El nos resucitó, y con El nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2.1–9)

Preste mucha atención a estas diez sencillas palabras: «por gracia... por medio de la fe... don de Dios».

Uno de mis grandes anhelos es estar algún glorioso día en un lugar donde no haya sitio para la vanagloria, para el egoísmo, para la promoción personal. ¿Sabe dónde será eso? En el cielo. No habrá testimonios que suenan muy espirituales y que captan la atención hacia los logros supercolosales de alguna persona. ¡Nada de eso! Todos tendrán escrito sobre su vida la palabra «GRACIA».

—¿Cómo llegaste aquí?

—¡Por gracia!

—¿Qué lo hizo posible?

—La gracia.

—¿Cómo te llamas?

—Gracia.

Allá habrá más personas con ese nombre que con ningún otro. ¡Por todos lados, gracia, gracia, gracia!

Cuando yo cursaba el seminario, había un muchacho que luchaba con lo académico — quiero decir, realmente luchaba — y se sentía muy agradecido

si solo pudiera terminar el seminario. Todavía recuerdo ir al correo donde todo el mundo recibía sus exámenes corregidos. Invariablemente, habría un puñado de muchachos en el rincón, preguntando:

«¿Qué sacaste en la número 4?».

«Bueno, me dieron tal y tal».

«¿De veras? Escribí lo mismo, pero la número 4 me la marcó incorrecta».

No obstante, había un muchacho que nunca participaba de esas comparaciones absurdas. Él abría su buzón de correo tranquilamente, sacaba su cuadernillo del examen, y antes de que leyera su calificación, escribía en letras grandes en la parte delantera del examen: «Gracia». Si sacaba una mala calificación: «Gracia». Si sacaba una buena: «Gracia». Si aprobaba el examen, eso era suficiente: «¡Gracia!». Aprendí una valiosa lección de mi amigo. Eso es lo único que cualquiera de nosotros tiene derecho a decir.

Nada en mis manos traigo,  
Simplemente a Tu cruz me aferro.<sup>5</sup>

Cuando apelamos solo a la gracia, ¿para quién es el mérito? Para Aquel que murió en la cruz.

Ahora, la pregunta importante: ¿entiende por qué los asesinos de la gracia atacan esta gran verdad? ¡Por supuesto! Porque le quita la esencia a la religión del hágalo-usted-mismo-y-llevé-se-la-gloria. Como en los tiempos de Lutero, aparecen en cada generación esgrimiendo convincentes argumentos: «Tiene que esforzarse mucho». O bien: «Tiene que renunciar a esto o aquello». «Debe hacer esto o aquello». Y además: «Debe demostrar la sinceridad de su fe». Y también: «Antes de que Dios pueda hacer esto en su vida, debe merecerlo haciendo esto o aquello». ¡Olvídense! Dios le ofrece, por gracia, el gratuito don del perdón. Lo único que usted puede hacer es recibirlo. Una vez que lo acepta, recibirá el poder para rendirse, perseverar, continuar, abandonar, empezar y todo lo demás. Pero no se confunda respecto a la salvación. Usted la recibe exclusivamente en base al regalo gratuito de Dios. A pesar de todo lo que pueda escuchar en otro sentido, el énfasis no se encuentra en lo que nosotros hacemos para Dios; por el contrario, la clave está en lo que Dios ha hecho por nosotros.

Hace algún tiempo, mientras yo estaba estudiando más a fondo este tema

de la increíble gracia de Dios, encontré un poema de Dorothea Day, en el cual ella respondía al poema «Invictus» de Henley con palabras que llegaban justo al meollo de su filosofía humanista.

### MI CAPITÁN

Más allá de la luz que me deslumbra,  
Brillante como el sol, de polo a polo.  
Agradezco a Dios, que sé que es,  
Por Cristo el conquistador de mi alma.

Dado su dominio de las circunstancias,  
No retrocedería ni clamaría a voces.  
Bajo ese gobierno que los hombres llaman ventura,  
Mi cabeza con gozo está humildemente sometida.

Más allá de este lugar de pecado y lágrimas,  
¡Es vida con Él! y suya es la ayuda.  
A pesar de la amenaza de los años,  
Me guarda y me aguardará sin temor.

No tengo temor aun cuando estrecha sea la puerta,  
Él despejó de castigo el fallo.  
Cristo es el Amo de mi destino,  
Cristo es el Capitán de mi alma.<sup>6</sup>

¿Se puede decir, honestamente, que Cristo es el Maestro de su destino, el Capitán de su alma? Créame, Su nombre es el único nombre que le llevará desde la tierra al cielo cuando se muera. Y no serán sus logros o su fama o su fortuna lo que le llevarán allí. Se le concederá entrada porque usted aceptó el regalo gratuito de la vida eterna... nada más, nada menos, ni otra cosa.

Hay una sola palabra de contraseña, una sola, para entrar al cielo, y esa palabra es: gracia.

## CAPÍTULO TRES

### *¿No es arriesgado abrazar la gracia?*



YO CRECÍ EN EL SENO DE UNA FAMILIA QUE creía en la gracia. Estudié en un seminario que sostenía el principio de la gracia. He enseñado acerca de la importancia de vivir en la gracia en cada uno de los lugares donde he vivido. Es un mensaje bien recibido, porque se adapta a cualquier sitio geográfico, *a cualquiera*. En todos los lugares que he visitado, he observado un común denominador: la mayoría de las personas añoran ser libres. Odian vivir esclavizadas. Quieren la libertad, pero sin embargo muchas de ellas no tienen la menor idea de dónde buscarla o cómo encontrarla. No hay nada mejor que una adecuada comprensión de la inigualable gracia de Dios para alcanzar ese anhelo de libertad.

Una de mis alegrías en la vida es ayudar a la gente a obtener una comprensión de la gracia de Dios.

¿Pero no resulta arriesgado? ¿No habrá quienes se excedan en su uso de la libertad? ¿No se arriesga el pastor de la congregación a que algunos de los miembros de su rebaño se tomen libertades ilegítimas si presenta el mensaje de la gracia con el mismo entusiasmo con que yo lo estoy presentando en este libro? ¿No podría un despertar de la gracia conducir a un abuso de la gracia?

Antes de responder a estas preguntas, lo invito a viajar conmigo a través del Océano Atlántico. De entre todos los países del mundo, Inglaterra está entre los que se consideran más discretos. Estando allí, he observado que no se hace demasiada propaganda de casi nada en las Islas Británicas. Y quizás el cristianismo *evangélico* sea allí tan conservador como en cualquier lugar del planeta. Para añadir solo una cosa más, pocos ministros podían considerarse tan conservadores como el fallecido doctor Martyn Lloyd-Jones, pastor durante décadas en la Catedral de Westminster. El doctor Lloyd-Jones

era un expositor bíblico de primera categoría. Sus exposiciones representan la posición conservadora en su más alto grado.

Doce años antes de jubilarse, y hasta el día que finalizó su ministerio, este hombre enseñó el libro de Romanos en el tradicional púlpito de la Catedral de Westminster. Algunos dirían que sus sermones eran tediosos, pero nadie podría haber dicho que eran improvisados o carentes de coherencia. Y, sin embargo, de entre todas las personas, Martyn Lloyd-Jones dijo muy claramente que predicar acerca de la gracia no solo es riesgoso, sino que, cuando hay quienes llevan la libertad a extremos poco sabios, eso mismo es en sí una prueba de que el pastor está verdaderamente predicando la gracia de Dios.

Afirmese bien mientras leemos sus comentarios acerca del comienzo del capítulo 6 de Romanos: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?».

Si es realmente cierto que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, entonces, ¿vamos a continuar en el pecado para que la gracia sobreabunde?

En primer lugar permítanme hacer un comentario, que para mí es importante y vital. La verdadera predicación del evangelio de la salvación por gracia y solamente por gracia siempre conduce a la posibilidad de que se le impute este cargo. No hay mejor prueba para saber si un hombre está realmente predicando el evangelio de salvación del Nuevo Testamento que esta: que algunas personas malinterpreten el sentido de la gracia y digan que al haber sido salvadas por gracia, ya no importa qué hagan; que pueden seguir pecando todo lo que quieran, porque de esa manera redundará en mayor gloria para la gracia. Esta es una auténtica prueba de la predicación del evangelio. Si mi predicación y presentación del evangelio de salvación no corren el riesgo de esa mala interpretación, entonces no es el evangelio. Permítame mostrar lo que quiero decir con esto.

Si un hombre predica la justificación por las obras, nadie plantearía nunca esta pregunta. Si la predicación es: «Si

quieres ser creyente, y si quieres ir al cielo, debes dejar de cometer pecados, debes hacer buenas obras, y si lo haces de manera regular y constante, y si no fracasas y siempre perseveras, serás un creyente, estarás reconciliado con Dios e irás al cielo», obviamente, si alguien predicara de esta forma, nunca se expondría a una mala interpretación. Nadie le diría: «¿Seguiremos pecando, para que la gracia abunde?», porque el énfasis de la predicación es ese: que si continuas pecando, con toda seguridad serás condenado, y solo puedes salvarte si dejas de pecar. De manera que esa interpretación errónea nunca podría surgir...

...Nadie jamás ha presentado ese cargo contra la iglesia de Roma, pero en cambio sí se lo plantearon a menudo a Martín Lutero; de hecho, era precisamente lo que la iglesia de Roma señalaba acerca de la predicación de Martín Lutero. Decían: «Este hombre que es sacerdote ha cambiado la doctrina para poder justificar su propio casamiento y su lujuria». «Este hombre practica el antinomianismo, y eso es herejía». Ese es precisamente el cargo que levantaron contra él. También se acusó así a George Whitefield hace doscientos años. Es el cargo que siempre levanta el cristianismo formal y muerto (si es que puede haber algo así) contra la predicación de este mensaje impactante y desconcertante: que Dios «justifica a los pecadores»....

Ese es mi comentario; y es un comentario vital para los predicadores. A todos los predicadores, yo les diría: si su predicación de la salvación no ha sido nunca malinterpretada en este sentido, haría bien en examinar sus sermones, y asegurarse de que realmente esté predicando la salvación que se ofrece en el Nuevo Testamento a los pecadores, a los que están muertos en delitos y pecados, a aquellos que son enemigos de Dios. Siempre existe este tipo de riesgo en la predicación auténtica de la doctrina de la salvación.<sup>1</sup>

Para Martyn Lloyd-Jones la gracia no solo era riesgosa, sino muy

peligrosa. Estaba claramente convencido de que la gracia podía ser malinterpretada. ¿Qué quería decir? Bueno, algunas personas sacan provecho de la gracia. La representan de manera ilegítima. Llegarán al extremo de promover la errónea idea de que se puede seguir pecando todo lo que uno quiera. Sumo mi voz a la de Martyn Lloyd-Jones para decirles a todos mis colegas en el pastorado: si realmente se declara como mensajero de la gracia, si cree que realmente está predicando la gracia, pero nadie está sacando provecho abusivo de ella, quizás no la ha predicado con la suficiente fuerza o con el suficiente énfasis. Le puedo asegurar lo siguiente: los ministros que matan la gracia nunca serán acusados.

## LA REALIDAD DEL RIESGO

Todo esto me trae a considerar la realidad del riesgo. Nuevamente pregunto: ¿es riesgosa la gracia? Por supuesto que lo es. Hay mucho riesgo en el libro que estoy escribiendo. Soy bien consciente de que este tema de la gracia es realmente controversial, especialmente cuando estoy proclamando un nuevo despertar a la libertad que los creyentes tenemos en Cristo. Algunos tomarán lo que escribo y harán locuras. Otros leerán equívocamente lo que digo, me citarán fuera de contexto, me malinterpretarán y me acusarán de preocuparme muy poco por la santidad de Dios, porque dirán que le doy a la gente la libertad de pecar. Por otro lado, algunos de los que viven en la carnalidad me agradecerán por aliviarlos de la culpa, porque me malinterpretan, pensando que está bien que continúen con su estilo de vida liberal y despreocupado. Desearía que estos casos no ocurrieran, pero es el riesgo que corro si quiero proclamar el mensaje de la gracia en su totalidad. Sí, cuando la gracia se presenta en todo su esplendor y belleza, se corre un riesgo. ¡Aparecen por todos lados tanto los que abusan de la gracia como los que la matan!

### *Una aclaración*

Volvamos al versículo de las Escrituras que consideramos en el capítulo anterior, Romanos 5.1: «Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo».

Para que cualquier persona pueda presentarse con seguridad y en paz ante

un Dios santo y justo, esa persona debe ser perfecta. De allí nuestra necesidad de justificación. ¿Recuerda la definición de justificación? Es el acto soberano de Dios por el cual declara justo al pecador que ha creído, a pesar de que continúa en un estado pecaminoso. No significa que el pecador que ha creído deja de pecar. Ni siquiera significa que el pecador creyente es *justo* en el sentido de que se torna repentina y perpetuamente perfecto. El pecador es *declarado* justo. En Su soberanía, Dios le otorga el don de la vida eterna al pecador en el momento que cree y, por lo tanto, lo declara justo a pesar de que el pecador todavía vive una vida marcada periódicamente por el pecado. No se ha unido a una iglesia. No ha empezado a diezmar. No ha renunciado a todo para seguir a Cristo. No ha sido bautizado. No ha prometido vivir una vida sacrificada, pura y sin mancha. Simplemente ha aceptado el don de la vida eterna. Ha cambiado la orientación de su mente y se ha vuelto a Cristo (se ha arrepentido), y ha aceptado el regalo gratuito de Dios, sin tener en cuenta sus propias obras. Eso es todo. La transacción está terminada. Por gracia, solamente por medio de la fe, Dios declara justo al pecador (lo justifica), y desde ese momento en adelante el pecador justificado comienza un proceso de crecimiento hacia la madurez (santificación). Día a día, poco a poco, aprende lo que significa vivir una vida que honra a Cristo. ¿Lo logra inmediatamente? No.

Por favor, entienda que ser justificado no significa «como si nunca hubiera pecado». Lo escucho a menudo y siempre me preocupa. En realidad esta idea debilita el impacto de la justificación. La justificación significa exactamente lo siguiente: aun a pesar de que peco de vez en cuando, y de que he sido incapaz de dejar de pecar, Dios me declaró justo cuando creí en Él. Y puesto que seguiré pecando ocasionalmente, encuentro aún más razones para estar agradecido por el don de la gracia. Como pecador merezco ser castigado. Como pecador, le tengo miedo a la justicia. Y por lo tanto, como pecador, mi única esperanza de sobrevivir es la gracia. ¡En su expresión más pura, la gracia no tiene lógica!

Imaginemos que usted tiene un hijo de seis años al que ama entrañablemente. Un día trágico, usted encuentra que su hijo ha sido cruelmente asesinado. Después de una larga búsqueda los investigadores encuentran al criminal. Usted tiene una de varias opciones. Si usara los medios a su alcance para matar al asesino por el crimen cometido, eso sería

*venganza*. Si se conformara con quedarse al margen y dejar que las autoridades legales se hagan cargo y realicen lo que corresponde: un juicio, una sentencia de culpabilidad, una pena de muerte... eso es *justicia*. Pero si usted intercediera por la absolución del asesino, lo perdonara completamente, lo invitara a su casa y lo adoptara como hijo, eso es *gracia*.

¿Se da cuenta de por qué la gracia es tan difícil de comprender y de aceptar? Son muy pocas las personas (si hubiera alguna) entre las que leen estas líneas que harían algo así y se sentirían felices de hacerlo. Sin embargo, Dios lo hace *todos los días*. Toma al culpable, al pecador que cree y confiesa: «Estoy perdido, no valgo nada, soy culpable de lo que se me acusa, y no merezco ser perdonado», y le otorga el gratuito don de la vida eterna. Lo hizo en mérito a la muerte de Cristo en la cruz, que satisfizo la demanda por el pecado, que era la pena de muerte. Y Dios ve al pecador culpable (que acude por fe) como si fuera tan justo como Su propio Hijo. De hecho, nos invita a Su hogar y nos adopta para siempre en Su familia. En lugar de vengarse o de ejecutar justicia, Dios extiende Su gracia.

Permítame repetir la afirmación que hice un poco antes: creer plenamente en la gracia y vivir por la gracia en todo su sentido significa que algunos abusarán de ella. Delo por sentado. Algunos de mis lectores seguramente han tenido maravillosas experiencias en sus hogares con sus hijos. Los han tratado con gracia y madurez. Les han dado la oportunidad de aprender, de crecer, también de fallar, porque los han amado, les han enseñado las Escrituras, los han animado. Los han educado en la gracia, como lo hemos procurado hacer también en la familia Swindoll. Y sin embargo, algunos padres estarán atravesando momentos difíciles ahora mismo, a pesar de haber hecho muchas cosas acertadas. Les dieron a los hijos la libertad adecuada, y han soltado las riendas cuando parecía correcto hacerlo. No obstante, cuando el hijo alcanzó la edad de la independencia, él o ella se ha vuelto en contra suya, y para su perplejidad, continúa en esa postura. La enorme batalla que tiene por delante es vencer el sentimiento de culpa que acompaña este proceso. Mi oración es que Dios ayude a cada uno a pasar por esa etapa. He observado que la mayoría de los padres no tienen por qué vivir con esa culpa. Se debaten entre la vergüenza y la perplejidad, a pesar de que son sentimientos injustos e inapropiados. En realidad, su hijo ha crecido y ha tomado una decisión, y está viviendo las consecuencias; desafortunadamente

esto afecta a los padres. Les duele. Temen haber sido demasiado condescendientes, haber actuado con excesiva gracia.

Ese mismo temor es el que les impide a muchos pastores abordar el tema de la gracia, no sea que su congregación malinterprete el mensaje y crea que predica sobre una «gracia barata», término que introdujo Dietrich Bonhoeffer. Me alegro de que haya usado esas palabras. Pero tenemos que entender bien qué quiso decir con ellas. La «gracia barata» justifica al pecado y no al pecador. La verdadera gracia, en cambio, justifica al pecador, pero no al pecado. Quiero animarlo a que no tenga miedo de la verdadera gracia solo porque algunos la han subestimado como una baratija. A pesar de estos serios riesgos, la gracia realmente vale la pena.

### *Alternativas a la gracia*

Si opto por no arriesgarme, si sigo el camino «seguro» y decido no promover la salvación por gracia ni un estilo de vida en la gracia, ¿qué alternativas tengo? Son cuatro las que me vienen a la mente, todas las cuales son muy populares en nuestro tiempo.

1. *Puedo enfatizar las obras por encima de la gracia.* Puedo decirle a usted que por ser pecador debe consagrarse con más fuerza a Cristo, demostrándolo en el trabajo que hace para Él, antes de que pueda realmente afirmar que es un verdadero creyente. El problema que se me plantea es el siguiente: un pecador no puede consagrarse a nada. Él o ella está espiritualmente muerto, ¿lo recuerda? No hay capacidad alguna de consagración en un corazón que no ha sido regenerado. Solo *después* de creer en Cristo es posible llegar a ser un sumiso y obediente discípulo de Cristo. Las obras *siguen* a la fe. El comportamiento *sigue* a la creencia. Los frutos vienen *después* de que el árbol está bien enraizado.

Recuerdo las palabras de Martín Lutero:

Nadie puede ser bueno o hacer lo bueno a menos que la Gracia de Dios le haga bueno; y nadie puede ser bueno haciendo obras buenas, sino que las obras buenas se hacen por aquél que ha sido hecho bueno. Así como los frutos no hacen al árbol, ni pueden volver bueno al árbol... el árbol produce los

frutos, y son los frutos la evidencia de que es buen árbol... De igual manera las obras, sin importar cuan buenas sean y cuan hermosas se vean, son en vano si no fluyen de la Gracia.<sup>2</sup>

2. *Puedo optar por entregarle a usted una lista de cosas permitidas y cosas prohibidas.* La lista surge de mis preferencias personales y/o de la tradición. Es mi responsabilidad decirle lo que puede o no hacer, y por qué. Yo establezco las condiciones por las cuales usted puede empezar a ganarse la aceptación de Dios, por mi intermedio. Usted hace lo que yo le digo que haga... y no hace lo que yo le digo que no haga, y con eso se asegura estar «adentro». Si falla en acatar la lista, queda «fuera». Este estilo legalista y severo es uno de los métodos más difundidos y empleados en los círculos evangélicos. La gracia queda ahogada en un contexto así. Para empeorar las cosas, los que tienen autoridad son figuras tan intimidatorias que nadie se atreve a cuestionar su autoridad. Son pocas las personas que tienen la fortaleza necesaria para enfrentarse a los que fabrican las listas. Más adelante en el libro explicaré esta alternativa más a fondo.

3. *No dejo espacio para esas áreas grises.* Todo queda en las categorías de blanco o negro, correcto o incorrecto. En consecuencia, el líder mantiene un estricto control sobre los seguidores. La comunión se basa en que haya una total concordancia. Aquí radica la tragedia. Estas pautas rígidas e inamovibles se tornan más importantes que las relaciones entre las personas. Primero averiguamos dónde se ubican los individuos en relación a esos puntos, y luego decidimos cuánto tiempo dedicarles. En el fondo ocurre lo siguiente: queremos estar en lo *correcto* (lo que nosotros consideramos correcto) más de lo que queremos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nuestras preferencias personales eclipsan cualquier evidencia del amor. Tengo la firme convicción de que donde existe la gracia, tiene que haber áreas grises.

4. *Mantengo una actitud de crítica hacia aquellos con quienes no concuerdo o que no cooperan con mi plan.* Los asesinos de la gracia se caracterizan por su actitud crítica. Probablemente sea la actitud menos cristiana que podemos encontrar en los círculos cristianos de nuestro tiempo.

Una rápida mirada hacia atrás por el túnel del tiempo nos va a resultar muy beneficiosa. Jesús se encontraba ante los destacados custodios del

legalismo, los fariseos. También lo estaban escuchando muchos otros que creían en Él. Jesús le había estado presentando Su mensaje a la multitud; era un mensaje de esperanza, de perdón, de libertad.

Al hablar estas cosas, muchos creyeron en El. Entonces Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8.30–32)

Les hablaba acerca del poder liberador de la verdad. A pesar de que los asesinos oficiales de la gracia rechazaban Su mensaje, Él les aseguraba que los podía hacer libres. Todo el que aceptaba la gracia era «verdaderamente libre».

¿Libre de qué? Libre de mí mismo. Libre de la culpa y de la vergüenza. Libre de los impulsos condenables que no podía controlar cuando estaba esclavizado por el pecado. Libre de la tiranía de las opiniones, las expectativas y las exigencias de los demás. ¿Y libre para qué? Libre para obedecer y para amar. Libre para perdonar a otros y también para perdonarme a mí mismo. Libre para permitirles a los demás ser ellos mismos, ¡distintos a mí! Libre para trascender las limitaciones del esfuerzo humano. Libre para servir y glorificar a Cristo.

Con toda claridad, Jesucristo les aseguró a los suyos que la verdad que Él ofrecía podía liberarlos de toda restricción innecesaria: «Así que, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres» (Juan 8.36). Me encanta esa declaración. Las posibilidades que ofrece son ilimitadas.

Ahora volvamos juntos a Romanos 6, el pasaje con el que habíamos iniciado este capítulo:

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con *El*, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volverá a morir; ya la muerte no tiene dominio sobre El. Porque en

cuanto El murió, murió al pecado de una vez para siempre; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para que *no* obedezcáis sus lujurias; ni presentéis los miembros de vuestro cuerpo al pecado *como* instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios *como* instrumentos de justicia. Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia. ¿Entonces qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo! (Romanos 6.6–15)

Cuando estábamos sin Cristo, éramos como los antiguos esclavos en el cadalso, desahuciados a causa de nuestra depravación, perdidos, encadenados al pecado, sin gozo, vacíos, muertos espiritualmente. Todo lo que podíamos hacer era decirle a Dios: «Ten misericordia. Soy culpable. Estoy esclavizado por mis pasiones. No soy libre para obedecer al Salvador». Pero una vez que Cristo se hizo cargo, venció a nuestro antiguo amo y nos liberó para que pudiéramos obedecer. Después de la conversión, somos libres... libres para obedecer. Eso es la gracia.

## LA TENSIÓN INEVITABLE

Todo lo que hemos venido diciendo nos lleva otra vez al tema del riesgo. La gracia nos ha hecho libres del pecado, de la esclavitud del pecado, de la opresión que ejerce sobre nuestras actitudes, nuestras inclinaciones, nuestras acciones. Pero al quedar libres, y al estar ya viviendo por gracia, puede ocurrir que nos excedamos, que perdamos el control y abusemos de nuestra libertad al extremo de volver a servir al pecado. Pero eso no sería libertad en absoluto, sino libertinaje. Dado que existe esa posibilidad, muchos optan por el legalismo para evitar la tentación de caer en una vida irresponsable. Es una mala opción. Es mucho mejor que tengamos un respeto tan grande por el Señor, que eso nos lleve a controlarnos voluntariamente.

Recuerdo la primera vez que saqué mi licencia de conductor. Tenía

dieciséis años. Ya hacía tres años que manejaba de cuando en cuando (peligroso, ¿verdad?). Mi padre había estado conmigo la mayor parte de las ocasiones en que practicaba, serenamente sentado a mi lado en el asiento delantero, dando indicaciones, ayudándome para saber qué hacer. Mi madre casi nunca estaba con nosotros en esas salidas, porque se ponía muy nerviosa. Mi padre era un poco más calmado. Los ruidos fuertes y las frenadas bruscas no lo molestaban tanto. Pero el mejor era mi abuelo. Cuando conducía su auto y, ¡pum!, daba contra algo, me decía cosas como: «Sigue nomás, Charles. Puedo comprar otro paragolpes, pero no puedo comprar otro nieto. Estás aprendiendo». Qué viejito tan extraordinario. Después de tres años de todos esos desaciertos, al final saqué mi licencia.

Nunca olvidaré el día que entré a la casa, exhibí mi recién adquirido permiso y dije:

«¡Mira, papá!».

Y él respondió:

«¡Fantástico! Miren esto. Conseguiste el permiso. ¡Te felicito!», tomó las llaves de su auto, me las arrojó, y sonrió. «Bien, hijo, puedes llevarte el auto por dos horas, por tu cuenta».

Solo tres palabras, tres maravillosas palabras: «Por tu cuenta».

Le agradecí, salí danzando hacia el garaje, abrí la puerta del auto e introduje la llave del encendido. El pulso se me debe haber acelerado a 180 mientras retrocedía y me alejaba de la casa. Mientras circulaba «por mi cuenta», empecé a pensar locuras; por ejemplo: *Este auto debe alcanzar los 150 kilómetros por hora. Podría llegar bien lejos si hiciera ese promedio. Podría tomar por la autopista y en todo caso pasar algunos semáforos en rojo. Después de todo, ya no hay nadie aquí que me diga: «¡No lo hagas!».* ¡Eran ideas peligrosas, realmente desequilibradas! ¿Pero sabe qué? No hice ninguna de esas cosas. Creo que ni siquiera llegué al máximo de velocidad permitida. En realidad recuerdo que regresé a mi casa antes de tiempo... ni siquiera usé las dos horas. ¿Sorprendente? Tenía el auto de mi padre a mi total disposición con el tanque lleno de combustible y podía usarlo con toda libertad, pero no perdí los estribos. ¿Por qué? Porque la relación que tenía con mi padre y mi abuelo era tan fuerte que no podía cometer actos inapropiados, aun cuando tuviera una licencia y no hubiera nadie más en el auto para censurarme. A lo largo del tiempo se había desarrollado una actitud

de confianza, una profunda relación de amor que me llevaba a someterme.

Después de entregarme las llaves del automóvil, mi padre no había salido corriendo para pegar un cartel en el parabrisas: «No te atrevas a pasar la velocidad máxima autorizada», o «La policía anda por toda la ciudad, hijo, y te agarrarán con toda seguridad, así que no se te ocurra correr riesgos». Simplemente sonrió y dijo: «Aquí están las llaves, hijo, disfruta tu paseo». Qué demostración de gracia. ¡Y sí que lo disfruté! Mirando hacia atrás, ahora que yo mismo soy padre y he revivido la misma escena en cuatro ocasiones diferentes con cada uno de mis hijos, advierto el enorme riesgo que corrió ese día mi padre.

Hay muchas alegrías que produce el ser liberado que quizás muchos desconozcan porque no se han dado permiso para vivir bajo la gracia. No quiero con esto ofender a nadie, pero estoy convencido de que algunos creyentes se sentirían aterrados si se vieran abandonados a su libre albedrío. Durante tanto tiempo se les ha dicho lo que deben hacer, que la libertad les da miedo. Hay personas que prefieren que se les diga qué hacer y cuándo hacerlo... qué creer y por qué. Y el resultado es trágico: viven en una perpetua adolescencia. Si nadie deposita confianza en uno, si a uno no se le otorga libertad, no madura. Nunca aprende a pensar por sí mismo.

Un miembro de nuestro equipo me informó hace varios meses que una mujer había llamado por teléfono a la oficina para averiguar cuál era mi «posición oficial» respecto a una de esas «áreas grises». Cuando se le dijo que yo no hacía declaraciones «oficiales» sobre tales asuntos, se sintió perpleja... en realidad, algo irritada. Preguntó: «¿Cómo vamos a saber qué decisión tomar al respecto si el pastor no nos dice qué hacer?». A algunos su pregunta les parecerá divertida. Francamente, yo la encuentro alarmante. Me hizo pensar: *¿Hemos producido ese tipo de creyentes que dependen de que el pastor haga declaraciones en aspectos que en realidad son motivo de preferencias personales?* Hay una línea de separación muy delgada entre el liderazgo responsable y el control dogmático. No obstante los riesgos, la gente debe ser informada y luego liberada para que arribe a sus propias convicciones. ¿Por qué debe un pastor estar constantemente emitiendo edictos y decretos públicos? ¿Nos hemos alejado tanto de la gracia?

Usted nunca alcanzará la madurez si necesita que yo o algún otro líder cristiano le diga lo que puede hacer y cuáles deben ser sus opiniones. No

siento que mi llamado como ministro del evangelio sea aprovecharme de un grupo de leales oyentes o imponerle condiciones a nadie. Mi responsabilidad es enseñar la verdad de las Escrituras tan fielmente como me sea posible y tratar de ser un buen ejemplo con un estilo de vida que agrade a Dios (les guste o no a otros), y permitirles a los demás la libertad de responder a la guía de Dios para sus vidas. Esa actitud me ha dado buenos resultados y la voy a seguir manteniendo. Se me ocurre que es el estilo que demostró Josué cuando les dijo a los hebreos que tenían que decidir por sí mismos a quién servir, y luego afirmó: «Pero yo y mi casa serviremos a Jehová». Riesgoso, es cierto; pero dio buenos resultados.

Y hoy en día también da buenos resultados.

Me gusta la forma en que lo expresó un santo de la antigüedad: «Ama a Dios con todo tu corazón... y luego haz lo que quieras». El control saludable está expresado en la primera frase, la libertad en la segunda. Esa es la forma de vivir una vida liberada, orientada por la gracia. ¿Quiere sabe cuáles son algunos de los hermosos beneficios de una vida así? Puedo pensar en varios.

- Usted ya no será esclavizado por sus impulsos y deseos.
- Será libre para realizar sus propias elecciones.
- Será capaz de pensar en forma independiente sin la tiranía de la comparación o la necesidad del control externo.
- Podrá crecer más rápidamente hacia una mayor madurez y flexibilidad, y llegará a ser la persona que Dios quiere que sea.

Y ya que hablo acerca de crecer, quizás sea oportuno recordarles a todos los padres que espero que no estén buscando formas para seguir controlando a sus hijos adultos. Libérenlos. Hasta les sugeriría que les escriban una carta a cada uno declarando la independencia que tienen, diciendo algo así: «Ahora que tomas tus propias decisiones, quiero que sepas que confío en ti. Confío en que Dios te habrá de guiar. Te respeto. Eres una persona adulta».

Una de las mejores maneras de manejar esta tensión de darles libertad a los hijos es mantener un equilibrio, sabiendo que algunos harán uso de su libertad de manera nada sabia. Todos admitimos que la gracia tiene sus riesgos. También admitamos que algunos vivirán de manera irresponsable.

Esa irresponsabilidad se puede detectar muy rápido.

1. Se muestra poco amor hacia los demás... hay escaso interés por otras personas.
2. Se racionaliza lo que obviamente es pecado.
3. Negación a rendir cuentas.
4. Se resiste a todo el que se acerque para dar consejo oportuno.
5. Hay poca consideración para los recién convertidos, quienes obviamente son más débiles en la fe.

Las Escrituras le llaman a una persona así «un hermano débil». (Tenemos que tener mucho cuidado aquí; algunas personas son «hermanos débiles profesionales». Esas personas no son hermanos débiles en lo más mínimo; ellos son legalistas fanáticos que juegan el papel de hermanos débiles).

Un equilibrio es necesario. Puesto que la gracia tiene riesgos, las restricciones que nos imponemos a nosotros mismos son importantes. Es necesario que tengamos control sobre esto, ¿verdad? Si queremos subir a la cuerda suspendida de la gracia, no podemos sufrir de vértigo. Pero al mismo tiempo hay que estar atento a las ráfagas de viento que ocasionalmente soplarán con furia.

## SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA GUARDARNOS DE LOS EXTREMOS

Al pensar en esto de vivir con riesgos y guardar un equilibrio en todo, me vienen a la mente tres sugerencias.

En primer lugar, *cuídese de los extremos si quiere disfrutar de la libertad que otorga la gracia*. Haga todo lo que pueda por mantener el equilibrio, y luego disfrútelo. No hay razón para que se sienta culpable. Pruebe esto en primer lugar: simplemente otórguese el permiso de ser libre. No cometa desatinos... pero tampoco pierda tiempo mirando por detrás del hombro, preocupado por aquellos que «se dedican a espiar la libertad», tratando de imaginar lo que piensan y dicen. Diré más acerca de esto en el capítulo 5.

En segundo lugar, *considere la gracia como un privilegio inmerecido y*

*no como un derecho exclusivo.* Esto también le ayudará a mantener el equilibrio. Viva con gratitud, no con arrogancia. Diviértase, pero no haga alardes. Todo depende de la actitud que uno tiene, ¿no es cierto? No tiene nada que ver con el nivel económico, el lugar donde se vive, la ropa que prefiere usar o el auto que conduce. Como dije, es un asunto de actitud.

En tercer lugar, *recuerde que mientras que usted recibió la gracia gratuitamente, a nuestro Salvador le costó Su vida.* Puede parecer gratuita, pero fue terriblemente costosa cuando Él tuvo que pagar por ella. ¿Quién no quiere ser libre, si se nos ha rescatado de los horrores de la esclavitud?

*Los campos de muerte* es toda una película. Es la historia verdadera de un reportero del New York Times que trabajaba en Camboya durante un tiempo de terrible derramamiento de sangre. Su ayudante era un camboyano que más tarde fue capturado por el régimen marxista, el Khmer Rouge, un grupo totalitario conocido por su crueldad y torturas. Lo que el ayudante camboyano sufrió mientras trataba de hallar la libertad es casi imposible de creer. La trama de la película gira alrededor del escape del ayudante de la esclavitud de ese terrible régimen. No es una película para los pusilánimes. Hay cosas que él ve y soporta, que desafían la imaginación. Lo golpean brutalmente, lo encarcelan y lo maltratan. Muriéndose de hambre, sobrevivió chupando la sangre de una bestia en el campo. Vive en las peores condiciones posibles. Finalmente, planea su escape. Corre de una escena trágica a otra. En una ocasión, mientras va huyendo, se hunde en un pantano solo para descubrir que es un infierno de agua lleno de carne humana podrida, huesos y cráneos que forman espuma en la superficie mientras él lucha por salir. Huyendo de un horror a otro, se sorprende cuando llega a un claro. Habiendo resistido los rigores de la selva mientras lo perseguían sus captores, finalmente al llegar al claro mira hacia abajo. Para su completa sorpresa, ve la frontera de Camboya. Abajo ve un pequeño campamento de refugiados. Sus ojos distinguen un hospital y una bandera; y en esa bandera, una cruz. Allí, por fin, ¡la esperanza se despierta! En ese punto la música sube a un clímax. La luz regresa a su agotada cara, que dice de una docena de diferentes maneras: «¡Estoy libre. Estoy libre!». El gozo y el deleite, por su largamente esperada libertad, son suyos de nuevo. A la larga, él llega a los Estados Unidos de América y disfruta de una reunión llena de lágrimas con su amigo; todo porque está libre. ¡Libre al fin!

La gracia es el mensaje universal de Dios, las buenas noticias de la salvación. La tragedia es que algunos siguen viviendo en esclavitud, porque han sido ahogados por un mensaje cargado de prohibiciones, exigencias, actitudes negativas, legalismos. Quizás usted haya sido una de esas personas, víctima de un sistema que le ha robado la alegría y ha apagado su esperanza. Si es así, tengo una noticia maravillosa para usted. Está justo en la línea divisoria del campo de la gracia, y en ese campo flamea una bandera en la cual hay una cruz. Y si atraviesa esa línea y se coloca debajo de esa bandera, será libre... *libre al fin*.

# CAPÍTULO CUATRO

## *Indigno, pero amado incondicionalmente*



EL CONCEPTO BÍBLICO DE LA GRACIA ES MUY profundo, y sus lazos envuelven y transforman la vida. Aunque lo estudiáramos durante una década no llegaríamos ni cerca de tocar sus profundidades.

Nunca llegué a conocer a Lewis Sperry Chafer, el fundador del seminario donde estudié. Había muerto pocos años antes de que yo empezara mis estudios teológicos en 1959. En cambio, algunos de mis maestros y profesores lo habían conocido muy bien. Todos, sin excepción, lo recuerdan como un hombre de gracia excepcional. Era un magnífico defensor de la sana doctrina y un auténtico modelo de su aplicación a lo largo de toda su vida adulta, especialmente durante los últimos años. Sinceramente, lamento no haber conocido al doctor Chafer.

Me encanta la historia que solía narrar uno de mis profesores acerca de la ocasión en que este amado siervo de Dios había concluido su última exposición acerca de la gracia. Era una cálida tarde primaveral del año 1952. El anciano profesor (que durante ese semestre dictó sus clases sentado en una silla de ruedas) se secó el sudor de la frente. Nadie en el aula se movió cuando terminó la clase. Era como si los jóvenes teólogos estuvieran disfrutando lo que habían escuchado, impactados por las percepciones y el entusiasmo del profesor frente a la insuperable gracia de Dios. El anciano deslizó su silla hacia la puerta y cuando estaba por apagar las luces, la clase rompió en un espontáneo y atronador aplauso. Mientras el amado teólogo se secaba las lágrimas, con la cabeza agachada, levantó una mano en alto para pedir silencio. Tenía un último comentario que hacer mientras contemplaba al grupo con una amable sonrisa. En medio del silencio absoluto, habló con suavidad: «Señores, durante más de la mitad de mi vida he estado estudiando

esta verdad... y recién estoy empezando a descubrir de qué se trata la gracia de Dios». Apenas pasaron tres meses, y este reconocido campeón de la gracia fue conducido a la presencia del Señor, a la edad de ochenta y un años.

Son pocas las veces que canto el himno «Sublime gracia» de John Newton del siglo XVIII sin recordar las últimas palabras de ese gigante de la gracia:

Sublime gracia del Señor  
Que a un infeliz, salvó;  
Yo ciego fui, mas veo ya  
Perdido y él me halló.<sup>1</sup>

No creo que haya habido nadie —ni Lewis Sperry Chafer, ni aun John Newton— que apreciara más la gracia que el apóstol Pablo. Después de haber vivido con el orgullo farisaico, entregado a una cruel brutalidad, incrédulo, fue transformado de celoso perseguidor de la iglesia a humilde siervo de Cristo. ¿Y por qué? Por la gracia de Dios. Escuchemos su propio testimonio:

Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí. Sin embargo, *haya sido yo o ellos*, así predicamos y así creísteis. (1 Corintios 15.9–11)

## REAFIRMANDO LA VERDAD DE LA GRACIA

Todo lo que llegó a ser, afirma Pablo, se lo debía a «la gracia de Dios». Cuando medito en las palabras de este gran apóstol, encuentro lo que podríamos considerar como su credo. Podemos reducirlo a tres sencillas afirmaciones. De vez en cuando es útil tomar una verdad teológica profunda y multifacética, y definirla en términos simples que usamos todos los días.

Primera afirmación: *Dios hace lo que hace por Su gracia*. La primera declaración de Pablo respecto a que se le permitiera vivir, y que fuera

reconocido como mensajero y líder, era que todo se debía «a la gracia de Dios». Pablo merecía la más severa de las condenas, pero en cambio Dios le extendió Su gracia. En términos humanos, Pablo debía haber sido sometido a enormes sufrimientos por todo el dolor y las angustias que había causado a otros. Pero no fue así, porque Dios le mostró Su gracia.

Eso nos conduce a su segunda afirmación: *soy lo que soy por la gracia de Dios*. Es como si admitiera: «Si hay algo bueno en mí, no merezco mérito alguno; el mérito pertenece a la gracia».

En nuestra época, en que se enfatizan los logros personales, se recalca en exceso la importancia de lograr las cosas por sí mismo y construir el propio reino centrado en uno mismo, esta idea de darle todo el crédito a la gracia es un mensaje indispensable. ¿Cuántas personas, al alcanzar la cúspide de su carrera, le dicen al periodista, o declaran en una entrevista: «Soy lo que soy por la gracia de Dios»? ¿Cuántos atletas dirían ese tipo de cosas en un banquete que se hiciera en su honor? Qué impacto causaría que alguien dijera: «No se dejen impresionar. Mi fama es resultado del inmerecido don de la gracia de Dios». Los testimonios como este son rarísimos.

Hay una tercera afirmación que parece estar implicada en la declaración final de Pablo: *por la gracia de Dios, yo le permito ser lo que usted es*. La gracia no es simplemente algo para ser anunciado, debe ser demostrada, compartida, usada como base de la amistad y de toda relación perdurable.

Jesús habló de la vida abundante que podríamos disfrutar si reclamáramos la libertad que Él provee por gracia. ¿No sería maravilloso que las personas cooperaran con Su plan? No hay nada que se compare con la gracia cuando se trata de liberar a las personas de su esclavitud.

Pareciera que algunas personas se podrían comparar a los personajes de una tira cómica del periódico que vi hace poco. Un personaje agresivo y dominante está filosofando con su amigo, que es más callado y pasivo. Con torpeza, y sin miramientos, el más fuerte le dice al más débil:

«Si yo estuviera a cargo del mundo, ¡cambiaría TODO!».

Un poco intimidado, el amigo, obligado a escucharlo, le dice: «Pero eso no sería fácil. Digamos, ¿por dónde empezarías?».

Sin vacilar, el otro se da vuelta, lo mira a los ojos y le dice: «¡Empezaría POR TI!».

Aquí no se demuestra la gracia. Usted y yo hemos andado cerca de los

asesinos de la gracia que se parecen a este personaje, ¿verdad? Con ese inconfundible rostro que dice «No», fruncen el entrecejo, y declaran: «Necesita cambiar, de modo que voy a empezar con usted».

Hay algunos que parecen estar esperando la primera oportunidad para enfrentar a alguien. Son desconfiados por naturaleza, negativos, decididos a encontrar cualquier defecto, falla o debilidad sutil, e indicársela. Podrían halagarlo en veinte cosas; pero en lugar de eso, tienen una meta esencial, que es la de asegurarse de que usted nunca olvide sus debilidades. Los asesinos de la gracia se destacan en los «usted debería...» que matizan sus consejos. ¡En lugar de alabar, atacan por sorpresa!

Jackie Hudson es una buena amiga. Ella es la mujer talentosa que tiene la dudosa distinción de intentar enseñarme cómo esquiar sobre la nieve, y posee las cicatrices que lo demuestran. ¡Qué hermoso modelo de la paciencia! Ella escribió un libro llamado *Doubt: A Road to Growth* [La duda: un camino hacia el crecimiento], del cual fue adaptado el artículo «Las personas crecen mejor con la gracia» que publicara la revista *Worldwide Challenge* en abril de 1988. En ese artículo ella ilustra a lo que me refiero:

La gracia es tierra fértil. La gracia se enfoca en lo que Dios ha hecho por nosotros, y nos quita del centro de atención. Sin embargo, es muy fácil pensar que necesitamos hacer algo para ganarnos el favor de Dios, como si la gracia no fuese suficiente.<sup>2</sup>

Muchos creyentes (¿me atrevo a decir la mayoría?) viven como si cada año fueran a pasar de curso después de rendir examen ante un Dios de gesto severo, que los mira con las manos en los bolsillos de su túnica. (No sé por qué, pero probablemente la mayoría de la gente imagina a Dios vestido con una túnica, nunca con camiseta, sudadera o traje de baño... siempre con barba y esta túnica blanca). Con una mirada penetrante, dice: «Bien, José Luis, en eso te mereces un “75”». Y luego: «Inés, ¡debería darte vergüenza!». «No está mal, Ricardo, aunque podría haber estado mejor». Qué imaginación tan herética tenemos.

¿Por qué pensamos así? ¿Quién es el responsable de estas imágenes tergiversadas del Todopoderoso? ¿De dónde sacamos la idea de que Dios está enojado o irritado? Si sabemos que *toda* la ira de Dios se volcó sobre Su Hijo

cuando murió en la cruz, ¿cómo podemos pensar así? Más aún, la razón por la que Dios resucitó a Jesús es que estaba satisfecho con Él. Piense en esto: si el Padre está satisfecho con el pago que Su Hijo dio en forma total y definitiva por el pecado, y si nosotros estamos en Jesús por la gracia que alcanzamos por medio de la fe, entonces *Dios está satisfecho con usted y conmigo*. ¿Cuánto tiene que vivir un creyente para llegar a creer esto? Quizás el problema radica en que siempre tendremos jefes y pastores y padres que nos digan qué debemos hacer y qué no hacer. Siempre habrá quienes nos sigan agregando más y más metas que tenemos que alcanzar. Estas personas matan la gracia, aunque no lo sepan. Apelando a la culpa, a la técnica de provocar vergüenza y la manipulación solapada, prácticamente nos arrastran a la confusión. ¡Dios no lo hace nunca! Él en cambio nos asegura que si somos algo, lo somos por Su maravillosa, inagotable e inigualable gracia. Y una vez que realmente nos apropiamos de ella, una vez que experimentamos *el despertar de la gracia*, es sorprendente cómo deseamos compartirla. Nos deleita dejar a otros ser lo que son por la misma gracia de Dios.

En un hermoso libro titulado *La libertad de la obediencia*, Elisabeth Elliot escribe acerca de un joven ansioso por renunciar al mundo y seguir fielmente a Cristo. *¿Qué es lo que debo abandonar?*, se pregunta dicho joven.

La autora registra la siguiente respuesta, y al hacerlo ilustra la necesidad de tratar de agradar a Dios intentando acatar reglas hechas por los hombres y normas legalistas. ¿A qué debe renunciar este joven? Trate de no sonreír:

Para empezar, a la ropa muy colorida. Libérate de todo lo que haya en tu guardarropa que no sea de color blanco. Deja de dormir con una almohada esponjada. Vende tus instrumentos musicales y no comas más pan blanco. Si realmente eres sincero en tu deseo de obedecer a Cristo, no puedes darte duchas tibias ni afeitarte la barba. Afeitarse es ofender a aquel que nos creó, es intentar mejorar Su obra.<sup>3</sup>

«¿Parece absurdo?», pregunta la autora. Luego nos sorprende con la siguiente afirmación:

¡Esta es la respuesta que se daba en las más reconocidas

escuelas cristianas del siglo II! ¿No será que las reglas que han sido adoptadas por muchos de los creyentes del siglo XX resultarán tan absurdas como estas cuando las lean los sinceros seguidores de Cristo de aquí a unos años?<sup>4</sup>

Antes de que demos un chasquido con la lengua o nos riamos a carcajadas de estos asesinos de la gracia que operaban en el segundo siglo de nuestra era, deberíamos formularnos algunas preguntas como estas: ¿qué mensaje les estamos dando a nuestros hermanos y hermanas en la familia de Dios? ¿Qué deben hacer para ganar el ingreso al círculo de nuestro amor incondicional y sentirse aceptados? Debo agregar una pregunta final: ¿quién nos ha dado el derecho de determinar las reglas por las que deben vivir los demás?

Si el gran apóstol no tenía ninguna lista, si él era lo que era por la gracia de Dios, si se consideraba indigno, le puedo asegurar que todos estamos en la misma condición, igualmente descalificados, somos indignos y, sin embargo, amados incondicionalmente por el Padre. Para que haya verdadera madurez, se le debe dar a la gente la oportunidad para crecer, que incluye la oportunidad de fallar, pensar por sí mismos, estar en desacuerdo, cometer errores. Es *imprescindible* que se corra el riesgo con la gracia, o seremos cristianos atrofiados que no piensan, que no pueden tomar decisiones, que operan en un estado de miedo y sin alegría, porque no conocemos otra cosa, sino las demandas y las expectativas de otro. ¿Cuándo aprenderemos?

Recordemos que Dios *se deleita* en elegir a los menos valiosos para hacer de ellos el objeto de Su aceptación incondicional.

## CONSIDEREMOS UN EJEMPLO DE LA GRACIA

Durante los próximos minutos dejemos el mundo moderno e introduzcámonos en el túnel del tiempo. Viajemos juntos hacia atrás tres mil años, para llegar hasta la época de las antiguas dinastías y los reyes de Israel. Era una época violenta, en la que todos los miembros de la familia de un rey depuesto eran exterminados cuando una nueva dinastía asumía el control. Naturalmente, todos los miembros del monarca destronado tenían sobrados motivos para vivir atemorizados una vez que el nuevo rey subiera al trono.

En el caso en el que estoy pensando, el rey Saúl y su hijo Jonatán habían

muerto después de una batalla. Cuando David supo de la doble tragedia, le dolió; no obstante, él era el elegido del Señor para suceder a Saúl. Sabiendo que ahora David era el nuevo rey de Israel, los miembros de la familia de Saúl huyeron para tratar de salvar sus vidas, pensando erróneamente que David les daría a ellos el mismo trato que daban los demás monarcas de las dinastías orientales. La escena que se registra en las Escrituras es un verdadero pandemonio.

Y Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo lisiado de los pies. *Este* tenía cinco años cuando de Jezreel llegaron las noticias *de la muerte* de Saúl y Jonatán, y su nodriza lo tomó y huyó, pero sucedió que en su prisa por huir, él se cayó y quedó cojo. Su nombre *era* Mefiboset. (2 Samuel 4.4)

En el apuro de la huida, el pequeño nieto de Saúl sufrió una lesión que lo dejó inválido. Como no disponían de ayuda médica, y no sabían adonde recurrir por auxilio, el muchachito nunca se recuperó de la caída. Por el resto de su vida quedó inválido de ambos pies. Eso ocurrió cuando el pequeño tenía cinco años, y el relato sagrado no nos dice más sobre él, sino hasta quince o veinte años más tarde.

### *Una pregunta*

En 2 Samuel 9 tenemos un eslabón que continúa con la historia. Han pasado los años. Mefiboset es ahora adulto, y tiene un impedimento físico severo. Está inválido de ambos pies. David no solo ha ocupado el trono, sino que se ha ganado el corazón del pueblo. Toda la nación le canta sus alabanzas. Hasta ese momento su integridad no ha tenido una sola mancha. Geográficamente, ha agrandado su reino diez veces. La fuerza militar de Israel está más fuerte que nunca. Las naciones enemigas ahora respetan a esta joven y poderosa nación. David goza de buena salud y es feliz. Todavía no ha conocido la derrota en el campo de batalla, lo que significa que su mundo inmediato está relativamente tranquilo. Su economía y su diplomacia implican un saludable cambio respecto a los tiempos de Saúl. No solo había comida en cada mesa, sino uvas en todos los viñedos. Es uno de esos raros tiempos de gran prosperidad y paz dados por Dios.

Sobrecogido ante tanta bondad y gracia del Señor, el rey reflexiona en todas sus bendiciones. Al hacerlo, debe haber tenido un momento de nostalgia, recordando su antigua amistad con Jonatán, y los recuerdos lo mueven a preguntar:

¿Hay todavía alguno que haya quedado de la casa de Saúl, para que yo le muestre bondad por amor a Jonatán? (2 Samuel 9.1)

Es una pregunta llena de gracia que nace del corazón de un hombre agradecido.

Aquellos de ustedes que se encuentran en un tiempo semejante en su propia vida saben que habrá ocasiones en las que reflexionarán así. Usted se remonta al pasado y recuerda con cariño alguna relación simpática... algún individuo que ha jugado un papel importante para que usted llegara a donde se encuentra hoy. A usted le hace sonreír, y le gustaría que hubiese una forma especial en que pudiese mostrar su agradecimiento, pero tal vez su amigo de muchos años o mentor esté muerto.

Es muy probable que David recordara el tierno momento cuando él y Jonatán habían pactado cuidarse y protegerse el uno al otro, sin tomar en cuenta las circunstancias.

Si mi padre quiere hacerte mal, que así haga el SEÑOR a Jonatán y aun le añada si no te lo hago saber y te envío para que vayas en paz. Y que el SEÑOR sea contigo, como ha sido con mi padre. Y si todavía vivo, ¿no me mostrarás la misericordia del SEÑOR, para que no muera? No quitarás tu misericordia de mi casa para siempre, ni aun cuando el SEÑOR haya quitado de la faz de la tierra a cada uno de los enemigos de David. Jonatán, pues, hizo un pacto con la casa de David, diciendo: El SEÑOR lo demande de la mano de los enemigos de David. Y Jonatán hizo jurar a David otra vez a causa de su amor por él, pues le amaba como a sí mismo. (1 Samuel 20.13–17)

Mientras está perdido en sus pensamientos, una luz se enciende en los

recuerdos de David. Recordando esa promesa, busca la manera de ponerla en práctica. No quisiera que se le pase por alto la importancia de uno de los términos que usó David:

¿Hay todavía alguno que haya quedado de la casa de Saúl, para que yo le muestre bondad por amor a Jonatán? (2 Samuel 9.1)

Se trata de la palabra hebrea *hesed*, a menudo traducida en el Antiguo Testamento como *misericordia, amor bondadoso o gracia*. *¿Hay todavía alguien vivo en la familia de Saúl, a quien yo pudiera mostrar la misma clase de gracia que Dios ha tenido conmigo?* Esa es la idea que da vueltas en la mente de David.

Me encanta el planteamiento de la pregunta, precisamente por lo que no plantea. No pregunta: «¿Hay alguien que merezca..? ¿Hay alguien que reúna los requisitos? ¿Hay alguien inteligente que pudiera servirme en asuntos del gobierno... o que tenga un buen físico para incorporarlo a mi ejército?». No; simplemente pregunta: «¿Ha quedado alguno?». Se trata de un deseo incondicional, una pregunta empapada de gracia. «¿Me pregunto si habrá alguien por ahí...?».

El rostro de David es un rostro que dice «Sí» en este momento nostálgico. Pero algo me indica que el servidor al que hace venir tiene un rostro que dice «No». Su nombre es Siba. Escuche su respuesta y perciba el «No» de su voz.

Y había un siervo de la casa de Saúl que se llamaba Siba, y lo llamaron ante David. Y el rey le dijo: ¿Eres tú Siba? Y él respondió: Tu servidor. Y dijo el rey: ¿No queda aún alguien de la casa de Saúl a quien yo pueda mostrar la bondad de Dios? Y Siba respondió al rey: Aún queda un hijo de Jonatán lisiado de ambos pies. (2 Samuel 9.2, 3)

¿Se da cuenta de que hay un «No» en su respuesta, aunque en rigor haya sido afirmativa? Por supuesto. «Rey David, sé de alguien... pero realmente no creo que tú lo quieras tener por aquí dando vueltas. Verás, es un inválido. No sería adecuado. No es propio de la realeza». Lo que significa, una vez que desenmascaramos el orgullo: «Ese hombre no es como el resto de nosotros».

Me encanta la respuesta del rey David. En vez de decir: «No me digas.... ¿Es muy tullido ese hombre?», lo que responde es: «¿Dónde está? Si hay alguno, cualquiera que sea... traigámoslo aquí». ¡Qué gracia! Quizás un tanto sorprendido, «Siba respondió al rey: He aquí, está en casa de Maquir, hijo de Amiel, en Lodebar» (2 Samuel 9.4).

Es interesante notar que *Lodebar* en hebreo significa «lugar estéril». Podría traducirse como «tierra inepta para pastoreo». Es como si el siervo estuviera diciendo que el hijo de Jonatán vive en un lugar absolutamente desértico, un lugar sin cultivos, un yermo. No hay un instante de vacilación. David ya ha escuchado lo suficiente como para entrar en acción.

### *Se busca a un inválido*

Entonces el rey David mandó traerlo de la casa de Maquir, hijo de Amiel, de Lodebar. Y Mefiboset, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, vino a David, y cayendo sobre su rostro, se postró. Y David dijo: Mefiboset. Y éste respondió: He aquí tu siervo. David le dijo: No temas, porque ciertamente te mostraré bondad por amor a tu padre Jonatán, y te devolveré toda la tierra de tu abuelo Saúl; y tú comerás siempre a mi mesa. (2 Samuel 9.5–7)

Es lógico que el hombre inválido se sintiera asustado al entrar al palacio en Jerusalén. Desde pequeño, había tenido que ocultar su identidad para salvar la vida. Nunca quiso ser hallado, y menos por el rey que había sucedido a su abuelo en el trono. Si lo encontraban, su muerte era segura. Pero no había forma de negarse cuando David lo mandó a buscar. Antes de que pudiera darse cuenta, ya lo habían puesto en un carruaje preparado para él; y antes de que pudiera creer lo que le estaba pasando, ya estaba delante del rey.

Todo esto explica por qué las palabras de David deben haber dejado atónito a Mefiboset. Son propias de David, de su carácter. Cuando el corazón está lleno de gracia, la persona desea liberar a otros del temor, no producirlo.

Permítame interrumpir esta maravillosa historia para preguntarle algo sobre Jesús, Aquel que estaba «lleno de gracia y de verdad». ¿Sabe cuál es el

mandamiento que repitió con más frecuencia? La mayoría de las personas a las que les hago esta pregunta no saben responderla correctamente. Nuestro Señor pronunció muchos mandamientos, pero este es el que repitió con más frecuencia: «No temáis». ¿No es fantástico? «No tengas miedo». Naturalmente, la reacción más común de alguien que estuviera parado ante el santo Hijo de Dios debe haber sido el temor. Sin embargo, Jesús, lleno de gracia, decía cada vez: «No tengas miedo». No encaraba a las personas con el entrecejo fruncido, mirándolas de la cabeza a los pies y blandiendo un garrote. Los recibía con los brazos abiertos y palabras reconfortantes: «No tengas miedo». Esas son las palabras que David usó para Mefiboset. Están empapadas de gracia.

Mefiboset debe haber esperado que le hundieran una flecha en su cuerpo. Con razón dice, tocando el suelo con el rostro ante su rey: «He aquí tu siervo». «No tengas temor», le dice David, pero el pobre inválido no puede dejar de temblar. Es como si David quisiera decirle: «No te hice buscar para castigarte por algo que hayas hecho o dejado de hacer. Estoy buscando tu bien, no tu mal. Quiero darte un lugar de honor, no despedazarte». El secreto del mensaje de David hacia este hombre puede resumirse en ocho palabras: «Puedes estar seguro de que seré misericordioso contigo».

### *Se provee un privilegio*

No se pierda algo que es muy importante en el mensaje completo de la gracia. David quería demostrar bondad no por causa de Mefiboset (ni siquiera conocía el hombre antes de que se encontraran ese día), sino «por el bien de su padre Jonatán». Mefiboset todavía no puede creer lo que está sucediendo. «Se postró él de nuevo, y dijo: ¿Quién es tu siervo, para que tomes en cuenta a un perro muerto como yo?» (2 Samuel 9.8). Al referirse a sí mismo como «un perro muerto», se utilizan las palabras más descriptivas que él puede pensar para una criatura desdeñosa, despreciable e inútil. «No soy más que un perro muerto, viviendo en Lodebar. ¿Por qué no me deja solo en mi miseria?».

¿Recuerda cuándo usted le dijo lo mismo a Dios? ¿Hace mucho tiempo desde que usted y Él se conocieron? ¿O puede que ya haya olvidado? Francamente, este es una de mis historias favoritas en el Antiguo Testamento,

porque su retrato de la gracia es muy poderoso. Aquí hay un hombre que es desconocido, de poca importancia para el rey, y cojo de ambos pies. Él no puede ofrecer nada de beneficio para el reino en cuanto a fuerza física. Hay absolutamente cero atractivo personal, pero David se inclina con la gracia. Debido a una amistad con su amigo Jonatán desde hace mucho tiempo, el rey va a otorgarle a Mefiboset los privilegios y beneficios que habría dado a su propio hijo.

Rápida y completamente, el rey cumplió su palabra. Vea lo que está a punto de ocurrir... ¡Es maravilloso!

Entonces el rey llamó a Siba, siervo de Saúl, y le dijo: Todo lo que pertenecía a Saúl y a su casa, lo he dado al nieto de tu señor. (2 Samuel 9.9)

Siba debe haber estado sacudiendo la cabeza, completamente perplejo.

Y tú, tus hijos y tus siervos cultivaréis la tierra para él, y le llevarás *los frutos* para que el nieto de tu señor tenga alimento; sin embargo, Mefiboset, nieto de tu señor, comerá siempre a mi mesa. Siba tenía quince hijos y veinte siervos. (2 Samuel 9.10)

En cuatro ocasiones se lee en el relato bíblico que el lisiado comería a la mesa del rey; versículos 7, 10, 11 y 13: «pero Mefiboset moraba en Jerusalén, porque siempre comía a la mesa del rey. Estaba lisiado de ambos pies» (2 Samuel 9.13).

¡Qué escena! ¡Qué gracia! Desde ese día en adelante fue bien recibido a la mesa del rey, y disfrutó de alimentación continua y provisión ininterrumpida. Sin merecerlo, recibió un amor incondicional. Mefiboset debe haberse sentido aturdido varios días tratando de convencerse de que lo que estaba viviendo era realidad y no un simple sueño.

Imaginemos una escena típica varios años más tarde. La campana que anuncia la cena suena a través del palacio del rey, y David llega a la cabeza de la mesa y se sienta. Poco después, Amnón — el inteligente y astuto Amnón — se encuentra a la izquierda de David. La preciosa y elegante Tamar, una encantadora joven, llega y se sienta junto a Amnón. En otra parte

del palacio, Salomón camina lentamente desde su estudio; el precoz, brillante y preocupado Salomón. El príncipe heredero se acomoda despacio. Y, luego, Absalón — el guapo y encantador Absalón con su hermoso cabello largo, tan negro como un cuervo, que caía hasta sus hombros — se sienta. En esa noche particular, Joab, el valiente guerrero y el comandante de las tropas de David, ha sido invitado a la cena. El musculoso y bronceado Joab se asienta cerca del rey. Después, todos esperan. Escuchan el arrastrar de pies, el tac... tac... tac de las muletas mientras Mefiboset torpemente encuentra su lugar en la mesa y se desliza en su silla... con el mantel cubriendo sus pies. Les hago esta pregunta: ¿Entendía Mefiboset la gracia?

Si viviera en la actualidad, yo creo que él podría identificar rápidamente las palabras del himno de John Newton:

En los peligros o aflicción  
Que yo he tenido aquí  
Su gracia siempre me libró  
Y me guiará feliz.<sup>5</sup>

## CONSIDEREMOS LAS ANALOGÍAS DE LA GRACIA

Quizás ya haya percibido algunas de las analogías entre la gracia mostrada hacia Mefiboset y la gracia que hemos recibido usted y yo. Encuentro al menos ocho:

1. En el pasado, Mefiboset había disfrutado del compañerismo de su padre. Lo mismo sucedió con nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el hermoso huerto del Edén.
2. Cuando ocurrió la tragedia, apareció el temor, y Mefiboset sufrió una caída que lo dejó inválido por el resto de la vida. Lo mismo sucedió cuando entró el pecado: la humanidad sufrió una caída que la ha dejado incapacitada para siempre en la tierra.
3. David, el rey, por el amor incondicional que le tenía a su amigo Jonatán, buscó a quien pudiera demostrarle su gracia. De manera similar, Dios Padre, por la aceptación incondicional de la muerte en la cruz de Su Unigénito Hijo, sigue buscando a quien hacer partícipe de

Su gracia.

4. El hombre lisiado no tenía nada propio, no podía hacer nada, y no merecía nada. Ni siquiera intentó ganarse el favor del monarca. Lo único que podía hacer era aceptarlo humildemente. De manera que nosotros, pecadores sin esperanza y sin mérito alguno, que no merecemos en absoluto el favor del Padre, no podemos sino aceptarlo humildemente.
5. El rey rescató al inválido de su infortunada existencia, llevándolo de un lugar desierto y desolado a un lugar de compañerismo y honor. Dios, nuestro Padre, ha hecho lo mismo por nosotros. De nuestro «Lodebar» personal de quebranto y depravación nos ha rescatado para ponernos en un lugar lleno de alimento espiritual cerca de él.
6. David adoptó a Mefiboset en la familia real, y le brindó constante provisión, alimento y bendiciones. Nosotros, también, hemos sido adoptados como hijos e hijas en la familia de Dios, y estamos rodeados de las inefables bendiciones de Su reino.
7. La invalidez permanente del nuevo hijo le recordaba para siempre la gracia del rey. Nuestro estado imperfecto nos impide olvidar que donde el pecado abunda, la gracia sobreabunda.
8. Cuando Mefiboset se sentaba a la mesa del rey, era tratado como uno de los hijos de David. Cuando un día estemos celebrando con el Señor, nosotros también seremos tratados como hijos.

Allí estaremos, compartiendo la mesa con Pablo y Pedro, con Lidia y Priscila, con María y Febe, Santiago, Juan, Bernabé, Lucas; con mártires, monjes, reformadores y evangelistas; con directores y profesores de los seminarios, pastores y misioneros, escritores y estadistas por igual, sin diferencia alguna de rango o título, sin ninguna consideración especial por los logros más elevados. ¿Por qué? Porque ninguno de nosotros merece nada, todos somos indignos. ¡Todos somos lisiados! ¡Cómo vamos a alabar a nuestro Dios!

Y cuando en Sión por siglos mil  
Brillando esté cual sol,  
Yo cantaré por siempre allí

Su amor que me salvó.<sup>6</sup>

Toda nuestra alabanza será por Aquel que vino y murió, que resucitó y vive para siempre. Su nombre es Jesús; Su mensaje es gracia. Son pocos los que le han descrito, tanto a Él como a su mensaje, con más claridad que John Bunyan.

O Hijo del Dios bendito,  
qué gracia se ha manifestado en tu condescendencia  
Fue la gracia que te hizo descender desde el cielo;  
la gracia te despojó de tu gloria;  
la gracia te hizo pobre y despreciable;  
la gracia te hizo soportar esas cargas del pecado,  
esas cargas de tristeza,  
increíbles cargas de la maldición de Dios que  
son indescriptibles.

¡O Hijo de Dios!  
La gracia llenaba todas tus lágrimas;  
la gracia fluía de tu costado con tu sangre;  
la gracia salía con cada una de las palabras de tu dulce  
boca;  
la gracia se manifestaba cuando el látigo te hirió,  
donde las espinas te picaban,  
y donde los clavos te atravesaban.

¡He aquí la gracia!  
Gracia para hacer que los ángeles se maravillen,  
gracia para hacer a los pecadores felices,  
y gracia para asombrar a los demonios.<sup>7</sup>

Cuando estemos reunidos con el pueblo de Dios en esta gran fiesta de bodas del Cordero, el mantel de Su gracia cubrirá todas nuestras incapacidades y limitaciones.

# CAPÍTULO CINCO

## *Defensa contra el legalismo*



SIEMPRE VALE LA PENA LUCHAR POR LA LIBERTAD. Es la principal razón por la cual los soldados dan su vida por la patria. Si pudiéramos entrevistar a cualquier persona que haya estado en el frente de batalla, y le preguntáramos: «¿Por qué estuvo dispuesto a vivir en esas condiciones terribles y peligrosas?», o: «¿Qué lo impulsaba a seguir peleando por su país?», las respuestas probablemente serían algo así: «Bueno, nuestra libertad se veía amenazada... amo a mi país, y el enemigo estaba poniendo en peligro nuestra libertad. Yo quería defenderla, y si fuera necesario volvería a pelear hasta la muerte por ella».

En los primeros años de fundada la nación norteamericana, un joven abogado determinante y de pensamiento radical de treinta y nueve años, dirigió un discurso ante la Segunda Convención de Virginia. Fue el 23 de marzo de 1775, un tiempo de gran pasión patriótica. Y su patriotismo rehusó mantenerse en silencio por más tiempo. Escuchándose más como un profeta de Dios que un patriota de su país, él anunció lo siguiente:

«Si deseamos ser libres, ¡debemos luchar!... Lo repito, señor, ¡debemos luchar! Todo lo que nos queda es apelar a las armas y al Dios de los ejércitos. Es en vano, señor, agotar el tema. Los caballeros pueden gritar “¡paz, paz!”, pero no hay tal paz. ¡De hecho, la guerra ha empezado. El próximo vendaval que sople del norte traerá a nuestros oídos el ruido de armas entrechocando. Nuestros hermanos ocupan ya el campo de batalla. ¿Por qué permanecer aquí inactivos? ¿Qué es lo que ustedes caballeros desean? ¿Qué prefieren tener? ¿Es la vida tan preciada, o la paz tan dulce, como para que se compre al precio de las cadenas y de la esclavitud? ¡No lo permitas, Dios Todopoderoso! No sé que camino tomarán otros; en cuanto a mí, denme

libertad o denme muerte».

¡Qué discurso tan elocuente! Aplaudimos la pasión tan valiente de Patrick Henry hasta este día. Debido a esto, él permanece en nuestras memorias como uno de los héroes nacionales.

No exactamente noventa años después estábamos librando otra guerra en el peor baño de sangre de nuestro país. Y una vez más, le recuerdo, fue por la causa de la libertad. El asunto era la esclavitud versus la libertad. La gente de raza negra de nuestra nación no era libre. Era la convicción del gobierno de los Estados Unidos que ellos debían ser libres, y si era necesario, tomar las armas contra aquellos que se oponían a la liberación de la esclavitud.

Sin embargo, hay algo que me parece realmente extraño. En realidad, me parece sorprendente que luchemos contra otras naciones para defender nuestra independencia, y que si fuera necesario hasta pelearíamos cuerpo a cuerpo para defender la libertad de quienes viven dentro de nuestras fronteras; pero en cambio, cuando se trata de vivir nuestra libertad cristiana, preferimos someternos sin siquiera luchar. Nos alistamos para luchar contra cualquier enemigo que amenace nuestra independencia nacional, pero como creyentes que vivimos bajo la gracia, no tenemos la misma pasión por defender nuestro derecho a ser libres. Basta que se suban al barco unos cuantos legalistas, y les transferimos el timón. Tenemos miedo de sus entrecejos fruncidos, adaptamos nuestra vida para seguir sus normas y dejamos que nos intimiden; y para tener paz a cualquier precio (aunque no nos lleve a otra cosa que a la esclavitud), nos sometemos totalmente a sus dictados.

Esto no es algo nuevo. Ya en 1963, S. Lewis Johnson, uno de mis profesores en el seminario, escribió un excelente artículo titulado: «La parálisis del legalismo». En este puso el dedo en la llaga.

Uno de los problemas más serios que enfrenta la iglesia cristiana tradicional es el problema del legalismo. Uno de los problemas más serios que enfrentaba la iglesia en tiempos de Pablo era el problema del legalismo. Siempre ha sido así. El legalismo arrebató el gozo del Señor de la vida del creyente, y con el gozo, se va también el poder para la adoración viva y el servicio entusiasta. No queda otra cosa que una expresión

reprimida, triste, indiferente y sin brillo. La verdad es traicionada, y el glorioso nombre del Señor se transforma en un sinónimo de todo lo que mata la alegría. El creyente sujeto a la ley es una pésima parodia del verdadero creyente.<sup>1</sup>

A pesar de que escribié esto hace varias décadas, el doctor Johnson describe a la iglesia en la década de los años 90 y la que entra al siglo XXI. Si quiere encontrar grupos de individuos «reprimidos, tristes, indiferentes y sin brillo», visite muchas (me estoy conteniendo para no decir la *mayoría*) de las iglesias evangélicas de nuestro tiempo. Escribo estas palabras con un profundo dolor y una enorme desilusión. ¡Si se me preguntara cuáles son los mayores enemigos que tiene el cristianismo auténtico en nuestro tiempo, creo que el primero que nombraría es el legalismo! Como vengo diciendo desde el comienzo de este libro, el legalismo es un asesino. Las personas legalistas, con sus listas de lo que se puede y no se puede hacer, matan el espíritu de gozo y la espontaneidad en aquellos que desean disfrutar de su libertad. Las personas legalistas que están en lugares de liderazgo asfixian la verdadera vida de la iglesia, aunque declaren que están sirviendo a Dios.

Si usted nunca se enfrentó al dedo acusador de los legalistas, es un caso excepcional... no se imagina la bendición que ha tenido. Si ha estado sometido a esa esclavitud y se ha liberado (como yo), sabe mejor que nadie lo precioso que es el don de la libertad. ¡Vale la pena luchar por conservarla!

Tengo a mi lado la Biblia abierta en el capítulo 5 de la carta a los gálatas. Como acertadamente se le ha llamado, esta epístola es la Carta Magna de la libertad cristiana. De hecho, el primer versículo de este capítulo contiene un mandamiento que, si fuera creído y obedecido, contribuiría enormemente a frenar el legalismo.

Para libertad fue que Cristo nos hizo libres; por tanto, permaneced firmes, y no os sometáis otra vez al yugo de esclavitud. (v. 1)

Nada perturba tanto al legalista como la verdad liberadora que contiene la gracia. Ya en el siglo I, Pablo les escribía a creyentes que no deberían haberse dejado engañar de esa forma, y sin embargo, habían caído bajo el influjo paralizante de los asesinos de la gracia. El finado erudito inglés, J. B.

Phillips, en una paráfrasis, traduce así Gálatas 5.1:

No pierdan su libertad abdicando... Planten sus pies firmemente dentro de los límites de la libertad que Cristo les dio, y no permitan que les impongan de nuevo el yugo de la esclavitud.

Si Patrick Henry, un Padre Fundador de Estados Unidos, tuvo el valor de decir: «Denme libertad o denme muerte», entonces el creyente debería tener el valor de decir: «Denme libertad por lo que Cristo hizo». La esclavitud es esclavitud, sea política o espiritual. Denme la libertad que Jesús ganó en el Calvario, porque si no me la dan sigo siendo esclavo. Es preferible la muerte antes que la esclavitud... de modo que asegúrenme la libertad que Jesús conquistó para mí, o prefiero morir. Vivir en esclavitud es declarar nula la gracia de Dios.

## LA DEFINICIÓN DE DOS TÉRMINOS IMPORTANTES

Sin caer en la fraseología académica, quiero definir un par de términos que hemos estado usando con frecuencia. En primer lugar, ¿qué quiero decir cuando declaro que el creyente tiene *libertad*? Y en segundo lugar, ¿qué significa decir que el *legalismo* esclaviza a las personas?

### *Libertad*

En esencia, libertad es independencia... independencia de algo e independencia para hacer algo.

Libertad es la independencia de la esclavitud y las garras del pecado. En principio, es la libertad del poder del pecado y la culpa. Es liberarse de la ira de Dios. Es liberarse de la autoridad satánica y demoníaca. Y lo que es igualmente importante, liberarse de la vergüenza que podría llegar a aprisionarme, y es también liberarse de la tiranía de las opiniones, imposiciones y expectativas de los demás.

Hubo un tiempo en que vivía sin Cristo y estaba sometido a los impulsos y necesidades que tenía dentro de mí. Me hallaba a merced de mi amo

Satanás y mi estilo de vida estaba marcado por el pecado. Cuando mis impulsos aumentaban, no había nada en mí que ejerciera control, nada que me retuviera. Era una horrible esclavitud.

Por ejemplo, mi vida estuvo dominada por los celos durante muchos desdichados años. Era algo que me consumía. Obedecía a esos impulsos de la misma forma en que un esclavo obedece a su amo. Pero llegó un día en que desperté espiritualmente a la bondadosa gracia de Dios, le permití que tomara total control, y entonces, los celos desaparecieron. Quizás por primera vez en mi vida sentí verdadero amor; el gozo, el romance, la espontaneidad, el libre fluir de la creatividad que nacían por la gracia de una esposa fiel, que me amaba sin condiciones, que estaba comprometida en la fidelidad a mí por el resto de su vida. Ese amor y esa entrega me motivaron a amarla a su vez con más libertad que nunca antes. Ya no amaba con ese amor nacido del miedo a perderla, sino por el amor que nacía del gozo y la bendición vinculados a ser amado de manera incondicional e ilimitada.

Ahora que Cristo ha venido a mi vida y yo he despertado a Su gracia, Él me ha liberado de esta clase de esclavitud al pecado. Y con ella viene una libertad que se traduce en ausencia de miedo, casi un sentido de ser invencible en presencia del adversario. Este poder, no lo olvide, se debe a Cristo que vive en mí.

Además, Él nos ha provisto una gloriosa libertad de la maldición que trajo la ley. Con esto quiero decir que Cristo trajo libertad de la constante obligación que significaba agradar a Dios y/o a los demás. Significa libertad del temor a ser condenado por Dios, como también del temor de una conciencia acusadora. Es libertad frente a las exigencias de las demás personas, libertad de todos los *debes* y *no debes* que me imponen.

Esa libertad está motivada por un amor incondicional. Cuando la gracia de Cristo ilumine su vida, descubrirá que no hace las cosas por temor, por vergüenza o por culpa, sino que las hace por amor. Se acaba para siempre la terrible tiranía de actuar para complacer a los demás.

La gracia también trae libertad para *hacer* algo: libertad para disfrutar de los derechos y los privilegios de quien ha sido quitado del yugo de la esclavitud, y para permitir a otros que también sean libres. Es libertad para experimentar una nueva clase de poder que solo Cristo puede otorgar. Es libertad para llegar a ser todo lo que Él quiso que yo fuese, *sin estarme*

*fijando cómo guía Él a las demás personas.* Puedo ser yo mismo, plena y libremente. Es libertad para conocer a Jesús de manera independiente y personal. Y esa libertad luego se extiende a los demás para que ellos puedan ser lo que Dios quiere que sean... ¡diferentes a mí!

Como verá, Dios no está fabricando creyentes con moldes para hacer galletitas, iguales en todo el mundo, para que todos pensemos de manera similar, tengamos apariencias semejantes, hablemos parecido y actuemos de la misma manera. Los cuerpos de las personas son muy variados. Nunca se pensó que tuviéramos temperamentos uniformes, que usáramos el mismo vocabulario, que presentáramos la misma sonrisa melosa, nos vistiéramos de la misma forma, y desempeñáramos los mismos ministerios. Repito: a Dios le complace la variedad. La libertad para ser lo que somos es algo realmente magnífico. Es libertad para hacer elecciones, libertad para conocer la voluntad de Dios, libertad para caminar en esa voluntad, libertad para obedecer su manera de guiarnos a usted y a mí en la vida. Una vez que conocemos esa libertad, no nos vamos a conformar con nada menos.

Quizás debo reiterar que es una libertad por la cual tendrá que luchar. ¿Por qué? Porque las filas del cristianismo están repletas de individuos que hacen comparaciones, y a las que les encantaría controlar y manipular las cosas para que usted llegue a ser tan desdichado como ellos. Después de todo, si ellos están decididos a ser «reprimidos, tristes, indiferentes y sin brillo», esperarán que usted también lo sea. «Al desdichado hace consuelo tener compañía en su suerte y duelo» es el lema que comparten sin pronunciarlo, y sin llegar a admitirlo.

## *Legalismo*

Ha llegado el momento de que nos familiaricemos con el acérrimo enemigo de la libertad. El legalismo es una actitud, una mentalidad que se basa en el orgullo. Es la adecuación obsesiva a pautas artificialmente establecidas con la finalidad de «agrandarse» ante los demás. El legalista impone su autoridad, abusa de ella. Como lo dice tan acertadamente Daniel Taylor, termina en un control ilegítimo, que impone unanimidad en lugar de unidad.

La gran arma del autoritarismo, sea secular o religioso, es el legalismo: es la producción y manipulación de reglas con el objeto de ejercer un control ilegítimo. Quizás el legalismo sea la más dañina de todas las perversiones de la voluntad de Dios y de la obra de Cristo, ya que se aferra a la ley a expensas de la gracia, a la letra en lugar del espíritu.

El legalismo es una expresión más de la compulsión del ser humano por encontrar seguridad. Si podemos mantener vigorosamente una lista exhaustiva de lo permitido y lo prohibido (buscando siempre los comportamientos visibles), no solo podemos controlar a otros seres humanos, que de lo contrario serían imposibles de predecir, sino que podemos llegar a gozar del favor de Dios...

El autoritarismo legalista se pone de manifiesto en la confusión que hay entre el principio cristiano de unidad y la insistencia humana en la unanimidad. La unidad es una cualidad profunda, y aun mística. Alcanzar la unidad requiere esfuerzo, y sin embargo, el mero esfuerzo nunca la logra; es una fuente de enorme seguridad, aunque implica un enorme riesgo.

Por otro lado, la unanimidad es algo muy ordenado. Se puede medir, se puede verificar, se puede imponer. En gran medida es algo externo, mientras que la unidad es esencialmente algo interno. La meta primordial de la unanimidad es el comportamiento correcto, mientras que la meta de la unidad es tener un espíritu correcto. La unanimidad insiste en que se sigan muchas doctrinas además de las referidas a la fe y la conducta, y hasta abarca la ortodoxia de la experiencia y del vocabulario. Es decir, se espera que los creyentes lleguen a Dios de manera similar, tengan experiencias similares con Dios, y usen frases normalmente aceptadas para describir esas experiencias.<sup>2</sup>

En sus muchas expresiones, lo que el legalismo dice es: «Porque hago esto, o porque no hago aquello, estoy agradando a Dios». O bien: «Si tan solo

podría hacer esto o dejar de hacer aquello, agradaría a Dios». O quizás: «Estas cosas que hago o dejo de hacer me ganan el favor de Dios». Usted comprenderá que no son cosas que estén escritas en las Sagradas Escrituras. Se han ido pasando o se las han dicho al legalista, y se han vuelto una obsesión para él. El legalismo es rígido, severo, exigente, de naturaleza formal. El orgullo, que yace en la raíz del legalismo, opera en sincronización con otros factores como por ejemplo la culpa, el temor, la vergüenza. Pone el énfasis en lo que *no* debe ser, y en lo que la persona *no* debe hacer. Florece en un monótono contexto de negativismo.

Pocas personas han descrito tan bien el legalismo como Eugene Peterson en su excelente libro *Traveling Light* [Viajando ligero], donde contrasta un andar sano en la fe con el legalismo.

La palabra *creyente* significa cosas diferentes para diferentes personas. Para una persona significa un estilo de vida rígido, duro, severo, carente de color y de flexibilidad. Para otra significa una aventura llena de sorpresas y de riesgos, como si se viviera casi en el aire, en un sentido de expectación.

Cualquiera de estas imágenes puede respaldarse con abundante evidencia. Hay incontables ilustraciones para una u otra posición en las congregaciones a lo largo y ancho del mundo. Pero si nos restringimos a la evidencia bíblica, solo se puede respaldar la segunda imagen: la de una persona que vive con entusiasmo, explorando cada una de sus experiencias (penas y alegrías, enigmas y descubrimientos, plenitud y frustración) como dimensiones de la libertad humana, buscando en cada una de ellas significado y gracia. Si obtenemos nuestra información a partir del material bíblico, no cabe duda de que la vida cristiana es una vida llena de entusiasmo, de vitalidad, de osadía.

¿Cómo es entonces que se imprime esta otra imagen en la mente de tantas personas? ¿Cómo es que alguien puede llegar a asociar la vida de fe con algo cargado de aburrimiento, de extrema prudencia, de inhibición, de pesadez? Bien podríamos suponer que una congregación de creyentes bien equipados

con historias de libertad, como son las de Abraham, Moisés, David, Sansón, Débora y Daniel, no admitiría ni por un momento enseñanzas que eliminaran la libertad. Podríamos esperar con toda razón que un grupo de personas que desde la infancia han escuchado relatos de Jesús liberando a la gente, y que centran su atención en este mismo Jesús adorándole todas las semanas, serían personas sensibles a cualquier restricción de su libertad. Podríamos pensar que las personas que tienen una experiencia común, que es el perdón de sus pecados y la libertad que da el Espíritu, no vivirían bajo la tiranía de las emociones o las opiniones ajenas, o de los malos recuerdos, sino que en libertad, fe y amor, estarían alertas a cualquier individuo o cosa que pudiera sofocar su recién obtenida espontaneidad.

Pero el hecho es que la comunidad de fe, el lugar donde más deberíamos encontrar la experiencia de una vida libre, es también el lugar donde más peligro hay de que esta se pierda.<sup>3</sup>

Para ser honestos, ¿cuántas congregaciones conocemos que puedan considerarse como congregaciones llenas de «entusiasmo, vitalidad y osadía», congregaciones donde el despertar de la gracia en cada individuo invita a expresar la libertad en Cristo? Me temo que el número de estas congregaciones es mucho menor de lo que nos imaginamos. Vayamos a los números. ¿Cuántos creyentes conoce usted que experimentan el gozo y la libertad de ser personas llenas de vida, exuberantes de entusiasmo, que disfrutan viviendo con espontaneidad, en oposición a los cientos de miles que se basan en las pautas fijadas por los legalistas y viven de acuerdo con ellas? ¿No resulta sorprendente, a cualquiera que haya alcanzado la libertad, que hubiese alguna persona dispuesta a volver al estado de esclavitud? Le sugiero que reflexione una vez más en la frase final de la cita de Peterson. Como de costumbre, da justo en el blanco. El lugar de la tierra donde más podríamos esperar que se nos garantice la libertad es precisamente el lugar donde más nos someten a la esclavitud: la iglesia. Con seguridad que esto debe entristecer a Dios.

Lo que ocurrió durante el siglo I, seguramente puede suceder en el siglo

XX. Pablo les escribe a los gálatas, expresándoles su desconcierto: «Vosotros corríais bien, ¿quién os impidió obedecer a la verdad?» (Gálatas 5.7).

Permítanme ampliar este pensamiento: «Cuando yo estaba entre ustedes, algunos estaban corriendo los cien metros planos, otros estaban corriendo los cuatrocientos metros con toda soltura. Y hasta había otros haciendo distancias mayores, verdaderos maratonistas. La verdad los había hecho libres y recuerdo perfectamente lo bien que estaban corriendo y lo contentos que estaban. ¿Quién se les puso en el camino? ¿Quién les dijo que no tenían derecho a correr o a disfrutar de la carrera? Algunos de ustedes han dejado totalmente de correr» (paráfrasis de Swindoll).

Y eso no es todo. En el capítulo 3, versículos 1–3, Pablo es aun más enfático. Su saludo inicial raya en el insulto: «Gálatas insensatos». (Seguro que a usted no le cae bien, pero hay una paráfrasis de la Biblia que usa la palabra «tontos».)

¡Oh gálatas tontos! ¿Qué extraño poder los ha apartado del camino de la fe en Cristo? Les hemos predicado claramente para que vieran que Jesucristo ya fue clavado en una cruz. Solo una cosa quiero saber. ¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo por guardar la ley judía? ¿O lo recibieron por haber oído de Cristo? ¿Cómo pueden ser tan tontos? Ustedes comenzaron la vida cristiana por el Espíritu Santo. Ahora creen que serán mejores cristianos volviendo a su culto de antes.

En efecto, el apóstol dice: «Cuando yo estaba allí, enseñándoles la verdad, les presenté al Salvador que pagó toda la penalidad que pesaba sobre ustedes a causa del pecado. La muerte que Él murió y su posterior resurrección de la tumba saldaron totalmente la deuda del pecado con Dios. *¡Está totalmente saldada!* Todo lo que tienen que hacer es creer que Él murió y resucitó de los muertos por ustedes. Él fue expuesto públicamente para que todos pudieran verlo, y ahora la verdad puede ser proclamada, para que todos puedan creer. Ustedes creyeron en Él hace algún tiempo, y eran maravillosamente libres. Pero ahora no. ¿Qué los embrujó? ¿Qué hizo que transfirieran su lealtad de la gloria de Dios a las opiniones de los hombres, de la obra del Espíritu a las obras de la carne? ¿Cuándo empezaron a correr con miedo?». Esa es la idea.

La Biblia al Día traduce este primer versículo de esta manera: «Oh gálatas insensatos! ¿Quién los hipnotizó?». En otras palabras: «¿Se han vuelto completamente locos? ¿Quién les robó el cerebro?». Pablo está fuera de sí. ¿Quién había hipnotizado a los gálatas que antes estaban bien «despiertos»?

Ya antes, en Gálatas 1.6, Pablo admite su sorpresa: «Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio» (NVI).

Esto se podría comparar a la crianza de sus hijos en un ambiente sano. Crecen en su casa, y dado que es una buena casa, ellos desarrollan una seguridad y una estabilidad al adquirir su autenticidad y estilo de vida espontáneo. Se comunican abiertamente y libremente. Aprenden cómo enfrentar y resolver los problemas. En resumen, aprenden los fundamentos de la vida real... que incluye conocer a Cristo y amar a Dios y caminar con Él y relacionarse bien con los demás, todas esas cosas que representan la integridad, la vulnerabilidad y la autenticidad.

Una vez que crezcan, se van a vivir lejos. Pasa el tiempo y usted comienza a extrañarlos, de modo que después de tres o cuatro años los visita. ¡Está sorprendido! Usted los encuentra teniendo vidas limitadas, cerradas, sucias y emocionalmente paralizadas. Le sorprende encontrarlos luchando con problemas, demostrando actitudes negativas; incluso son suicidas. Naturalmente, les pregunta: «¿Quién te engañó? ¿Quién retorció tu mente? ¿Qué ha sucedido en los últimos años?». Es con ese mismo tipo de pasión que Pablo les escribe a sus amigos, los gálatas, sobre su preocupación.

Ahora piense, ¿qué está defendiendo el apóstol? ¡La libertad! «Una vez fueron libres. Pero ahora, mis queridos amigos de Galacia, son esclavos. Quiero saber qué es lo que falló». La respuesta no es complicada; los asesinos de la gracia los habían invadido y conquistado.

### TRES HERRAMIENTAS DEL LEGALISMO

Vayamos a lo concreto. ¿Cuáles son los caminos por los cuales los legalistas tratan de entrar en una vida, en una iglesia, en una obra misionera, en una denominación? ¿Cómo se introducen? ¿Por qué tienen éxito? Después de haber estudiado el primero y segundo capítulo de Gálatas, estoy preparado para identificar al menos tres de las diferentes herramientas que usaron los

legalistas en la iglesia primitiva: la herejía doctrinaria, el acosamiento y la hipocresía.

Consideremos en primer lugar a *aquellos que perturban o distorsionan la verdad introduciendo doctrinas heréticas*. Las Escrituras lo dicen de manera clara y simple; los legalistas estaban distorsionando la verdad en las reuniones de los gálatas.

Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio. No es que haya otro evangelio, sino que ciertos individuos están sembrando confusión entre ustedes y quieren tergiversar el evangelio de Cristo. Pero aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto del que les hemos predicado, ¡que caiga bajo maldición! Como ya lo hemos dicho, ahora lo repito: si alguien les anda predicando un evangelio distinto del que recibieron, ¡que caiga bajo maldición! (Gálatas 1.6–10, NVI)

Al sembrar doctrinas heréticas, los legalistas estaban perturbando a las personas y distorsionando la verdad. Su mensaje herético era que los gálatas creyentes debían permitirle a Moisés completar lo que Cristo había iniciado. En otras palabras, que la salvación no es solo por fe, sino que requiere de las obras. Los logros humanos deben acompañar a la fe sincera antes de que una persona pueda estar segura de ser salva. Hasta el día de hoy seguimos escuchando este «evangelio distinto», y *es una mentira*. Una postura teológica que haga depender la salvación de un gramo de realizaciones humanas no es una buena nueva, sino una mala noticia. Es *herejía*. Es la antítesis del verdadero mensaje que encendió la llama de la Reforma: *Sola fide*, solo por fe.

Una salvación que empieza con el amor de Dios que desciende hasta la humanidad descarriada, y que se concreta con la muerte y resurrección de Cristo, adjudica toda la alabanza a Dios. Pero una salvación que incluye las realizaciones humanas, el trabajo duro, los esfuerzos personales y hasta las obras religiosas, distorsiona las buenas nuevas porque es el hombre el que lleva el mérito, y no Dios. El problema es que apela a la carne. Dos veces expresa Pablo su reacción hacia aquel que introdujo esa herejía doctrinal:

«¡Que caiga sobre él la maldición de Dios!». ¡Esta es la forma en que Pablo expresa que esa persona está *condenada*! La palabra original que se emplea es *anatema*, la más fuerte en griego para expresar condenación.

Sin embargo, la herejía se mantiene. Casi cualquier culto herético en el que pudiéramos pensar consiste en la salvación por obras. Apela a la carne. Nos dice que si podemos mantenernos inmóviles por determinado tiempo en una esquina, o si podemos distribuir tal cantidad de literatura, o si podemos renunciar a tal y cual cosa de la vida, si nos bautizamos, si ofrendamos, si oramos o si asistimos a numerosas reuniones, entonces las buenas obras y el enorme esfuerzo harán que Dios nos sonría con agrado. Al fin, cuando lo bueno se pese junto a lo malo en el día del juicio, usted obtendrá favor. El resultado de todo esto, lo repito, es la gloria del hombre, porque usted completó su salvación.

La gracia dice que usted no tiene que dar nada, ganar nada, ni pagar nada. ¡Y no podría hacerlo aunque lo intentara! ¿Recuerda lo que aprendimos en el capítulo 2? ¡La salvación es un regalo sin condiciones! Usted simplemente se apropia de lo que Cristo ha provisto. Eso es todo. Y sin embargo, la doctrina herética de las obras sigue circulando por todo el mundo, y continuará haciéndolo. Su éxito se debe a que el orgullo de los hombres y las mujeres es muy fuerte. Sencillamente, pensamos que *tenemos* que *hacer* algo para sentirnos bien al respecto. No concuerda con el sentido común del ser humano obtener algo valioso a cambio de nada.

Por favor, permítame ser muy franco con usted: ¡deje de tolerar ese evangelio herético de salvación por obras! Es legalismo. Despierte y tome conciencia del hecho de que lo someterá a un síndrome de esclavitud que no acabará nunca. El verdadero evangelio de la gracia, en cambio, lo hará libre. Libre para siempre.

Fijémonos más detenidamente en Gálatas 1.10: «¿Qué busco con esto: ganarme la aprobación humana o la de Dios? ¿Piensan que procuro agradar a los demás? Si yo buscara agradar a otros, no sería siervo de Cristo» (NVI).

¿Se imagina cómo era la vida de Pablo antes de conocer a Cristo? Él nos lo explica: era una persona que buscaba agradar a los demás. Dice: «Si *todavía* agradara a los hombres...». Cuando era fariseo, había sido un legalista. Su meta, entre otras cosas, era agradar a la gente.

Cuando se dio cuenta de que Cristo era quien declaraba ser, y de que Su

muerte era efectiva y suficiente para proveer completa paga por el pecado, se sintió abatido por la enorme deuda que tenía ante Dios. Se sintió totalmente impactado por su encuentro con Cristo en el camino a Damasco. Aprendió entonces (y en los años subsiguientes) que no se puede tratar de agradar a la gente, o vivir con miedo a los demás. Hay solo una persona a quien agradar y a quien temer en este mundo, y es Dios.

Quiero agregar algo aquí especialmente para pastores y líderes cristianos. Aquellos que buscan agradar a Dios son invencibles. Y no solo eso, sino que cuando alguien deja de esforzarse por agradar a los demás, deja de sentirse intimidado. La iglesia de Jesucristo necesita más pastores que no se sientan intimidados y vencidos. Ponemos muchísimo esfuerzo en capacitar a hombres y mujeres para el ministerio. Pero no hay un esfuerzo similar por entrenar a las congregaciones para tratar con esos ministros. Eso es lamentable. Las congregaciones cristianas necesitan aprender a dejar que el pastor las dirija, a respetar sus opiniones y a seguirlo confiadamente. Sí, es cierto que el pastor debe merecer ese respeto y debe ser confiable. Pero la tragedia es que hay muchos pastores que «buscan el favor de la gente» y se «esfuerzan por agradar» a cualquier precio. No conozco una manera más rápida de arruinar un ministerio y, a la vez, ser consumido por la ansiedad. No se ejerce un verdadero liderazgo espiritual cuando el líder está atemorizado de lo que la gente pueda pensar o decir.

Recuerdo una experiencia que me enseñó esto. Estaba pastoreando una iglesia en otro estado, hace ya más de treinta y cinco años. Surgió una cuestión que dividió a los líderes en dos grupos opuestos. Era un asunto polémico, y advertí que podía llegar a dividir a la iglesia. Mi tensión se agravaba al saber que mi voto en el cuerpo de ancianos decidiría la disyuntiva. El cuerpo de líderes, todos hombres de mucho carácter, estaba repartido equilibrada-mente, y se requeriría mi voto para desempatar. Todos los ojos caerían sobre mí. La decisiva reunión se fijó para un jueves por la noche. Yo era relativamente joven, y mirando hacia atrás, veo que todavía estaba demasiado interesado en agradar a la gente, lo admito ahora para mi propio bochorno.

Le dije a Cynthia que quería pasar la noche solo para pensar a fondo en el asunto. Subí a nuestro automóvil temprano el miércoles por la mañana, entré a la autopista que salía del pueblo, y coloqué mi Nuevo Testamento sobre el

volante mientras empezaba a manejar. Lo abrí en Gálatas, capítulo 1, y empecé a leer en voz alta, echando una mirada a la ruta y luego otra a la Biblia. Repentinamente, el versículo 10 saltó de la página como un tigre de afiladas garras: «¿O trato de agradar a los hombres?». Sí, el mismo versículo de las Escrituras que hemos estado analizando, pero ese día era como si lo viera por primera vez. De inmediato, me estacioné al lado de la carretera. Apagué el motor y leí las palabras en voz alta una y otra vez. ¡*Qué reprimenda!* No solo tenía la respuesta que necesitaba, sino que había dado con un principio que puede cambiar vidas. En pocos minutos, la confianza ocupó el lugar del temor. Desapareció el persistente deseo de agradar a un grupo de hombres. Mi única meta era agradar a Dios. Me vi libre de la presión de tratar de «agradar a los hombres».

Me dí la vuelta en «U», y para sorpresa de mi esposa, que esperaba verme al día siguiente, regresé a casa y le conté mi descubrimiento. Ella sonrió con aprobación. Había observado mi inseguridad esa mañana temprano. La noche siguiente expuse abiertamente mis convicciones, que desagradaron a algunos de los miembros del equipo, pero al fin probaron ser la mejor decisión. Algunos se fueron de la iglesia, pero por primera vez en mi ministerio experimenté un reconfortante sentido de libertad. Sin intimidaciones, desplegué una mayor seguridad en mi liderazgo que, gracias a Dios, me ha acompañado desde entonces. Y eso ha hecho una notable diferencia. Me vi liberado de la servidumbre de tratar de agradar a la gente.

Quizás esa sea una de las razones por las que escribo tan apasionadamente acerca de la importancia de ser libre y les ruego con tanta vehemencia que permitan que el poder vivificador de la gracia de Dios genere en ustedes un hambre de libertad. Aquellos que permiten que se les arrebathe la libertad no solo abrazan una herejía, sino que viven bajo la bota de los asesinos de la gracia, que disfrutan controlando e intimidando a los demás.

La segunda herramienta que veo que usan los legalistas es el acosamiento eclesiástico; son aquellos que *espían y esclavizan*:

Entonces, después de catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí por causa de una revelación y les presenté el evangelio que predico entre los gentiles, pero lo hice en privado a los que tenían alta

reputación, para cerciorarme de que no corría ni había corrido en vano. Pero ni aun Tito, que estaba conmigo, fue obligado a circuncidarse, aunque era griego. Y esto fue por causa de los falsos hermanos introducidos secretamente, que se habían infiltrado para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, a fin de someternos a esclavitud, a los cuales ni por un momento cedimos, para no someternos, a fin de que la verdad del evangelio permanezca con vosotros. Y de aquellos que tenían reputación de ser algo (lo que eran, nada me importa; Dios no hace acepción de personas), pues bien, los que tenían reputación, nada me enseñaron. (Gálatas 2.1–6)

Conozco pocos pasajes que, como este, expongan con tanta franqueza el destructivo estilo del legalismo. Ya consideramos a aquellos que perturban y distorsionan el evangelio. Ahora, vamos a considerar a aquellos que espían y esclavizan a los individuos que desearían estar libres. En pocas frases, permítanme comunicarles el trasfondo de lo que Pablo está diciendo aquí en Gálatas 2.

Catorce años antes, el apóstol Pablo había recibido una revelación directa de Dios en el sentido de que lo había llamado a ministrar especialmente entre los gentiles. Ustedes recordarán que Pedro había sido llamado para ministrar particularmente a los judíos. Con la predicación de Pablo a los gentiles surgió una pregunta importantísima: ¿debía un gentil circuncidarse para llegar a ser cristiano? Otras preguntas se relacionaban con esta: ¿tiene que seguir determinada dieta? ¿Debe cumplir con los requisitos de la ley mosaica? ¿Tiene que tratar de llegar a ser «como un judío»? En otras palabras, ¿era necesario que Moisés completara lo que Cristo había iniciado? Pablo respondió enfáticamente que no. Al hacerlo, presentaba el evangelio de Cristo basándose en el mensaje de la gracia. No causa sorpresa que los gentiles respondieran por miles. Esto hizo que algunos de los creyentes judíos se pusieran un poco nerviosos, especialmente aquellos que mantenían posiciones más legalistas acerca de la salvación. La afluencia de tantos gentiles conversos los perturbaba enormemente.

Es loable la reacción del apóstol Pablo: «Dejemos que los padres de la iglesia, los pilares de la iglesia, respondan a este interrogante. Necesitamos de su sabiduría». De modo que partió a Jerusalén, donde habría de tener lugar la

reunión, llevando consigo a Bernabé (un judío circuncidado), y a Tito (un gentil no circuncidado), los cuales habían aceptado al Señor Jesucristo como su Salvador. Pablo nos dice lo que hizo al llegar: «Subí por causa de una revelación y les presenté el evangelio que predico entre los gentiles, pero *lo hice* en privado a los que tenían *alta* reputación, para cerciorarme de que no corría ni había corrido en vano» (v. 2).

Esto nos muestra que venía con una actitud abierta. En efecto, Pablo dijo: «Señores, quiero que sepan que he estado enseñando las buenas nuevas de Cristo según la gracia. ¿Estoy en lo correcto o debo enmendarlo?». La respuesta que recibió, en pocas palabras, fue: «Estás en lo correcto. Aprobamos tu mensaje». Tome nota del versículo 3: «Pero ni aun Tito, que estaba conmigo, fue obligado a circuncidarse, aunque era griego».

¿Piensa que los legalistas se quedaron muy sentados? No, en lo absoluto:

Y esto fue por causa de los falsos hermanos introducidos secretamente, que se habían infiltrado para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, a fin de someternos a esclavitud, a los cuales ni por un momento cedimos, para no someternos, a fin de que la verdad del evangelio permanezca con vosotros.  
(vv. 4, 5)

¡Bravo, Pablo! ¿Por qué no toleró el enfrentamiento ni se sometió a sus exigencias legalistas? ¡Porque vale la pena luchar por la libertad! Los solapados legalistas estaban haciendo su jugada, pero él se negó a someterse ni siquiera por una hora.

Debemos detenernos y analizar las palabras «espiar la libertad». El término griego *kataskopos* se traduce «espiar». El finado erudito del Nuevo Testamento, A. T. Robertson, dice que significa «explorar, hacer una investigación tramposa».<sup>4</sup> ¿Por qué? Es fácil decirlo: ¡para someter a esclavitud! Había algunos que no solo desaprobaban la libertad de Pablo, sino que querían que los demás vivieran en la misma condición de esclavitud en que vivían ellos. (Por cierto, todavía existe gente así).

En el versículo 4 Pablo dice que «se introdujeron» para someterlos a esclavitud. En el versículo 5 afirma: «Ni por un momento cedimos, para no someternos, a fin de que la verdad del evangelio permanezca con vosotros».

Es una buena pauta: cuando se entremete el legalismo, es necesario que los líderes se pongan rápidamente de pie. Los fuertes deben defender a los débiles. A Pablo no lo asustaban ni lo intimidaban; no lo movían de su posición. Resistió al legalismo, y *nosotros debernos hacer lo mismo*. Créanme, los legalistas no se dan por aludidos si usted se muestra inseguro y blando con ellos. No necesitamos ser duros, pero es necesario ser muy firmes.

Antes cité a Eugene Peterson. Como sus palabras se aplican muy bien a lo que estoy tratando de comunicar, veamos un párrafo más:

Hay personas que no quieren que seamos libres. No quieren que seamos libres delante de Dios, aceptados tal como somos por su gracia. No quieren que seamos libres para expresar nuestra fe de manera original y creativa en el mundo. Quieren controlarnos; quieren usarnos para sus propósitos. Esas personas se niegan a vivir su fe de manera ardiente y abierta, y en cambio se encierran con algunos más y tratan de obtener un sentido de aprobación vistiéndose de manera similar, hablando y actuando de manera similar, respaldando así mutuamente el valor de cada uno. Solo se expanden numéricamente a condición de que los nuevos miembros actúen, hablen y se comporten como ellos. Estas personas se infiltran en las comunidades de fe «para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús», y con frecuencia encuentran la manera de controlar, reprimir y asfixiar la vida de los creyentes libres. Sin darnos cuenta, nos volvemos ansiosos por saber lo que otros opinan sobre nosotros, obsesivamente preocupados por lo que otros piensan que debemos hacer. Ya no vivimos las buenas nuevas, sino que tratamos ansiosamente de memorizar y recitar el libreto que alguna otra persona nos ha asignado. Haciéndolo, quizás nos sintamos seguros, pero no seremos libres. Quizás sobrevivamos como comunidad religiosa, pero no sabremos qué significa ser humanos, llenos de amor y de fe, llenos de esperanza. La conducta conformista y soberbia no es una conducta libre. Pero Pablo «ni por un momento» accedió a someterse, «a fin de que la verdad del evangelio permanezca con vosotros». Cada persona libre que se

beneficia del valor de Pablo seguirá alerta en el movimiento de resistencia que fundó el apóstol.<sup>5</sup>

Hace algunos años yo estaba conversando con un hombre que admiro mucho. Él es un líder cristiano en una posición que conlleva grandes y serias responsabilidades. Decía que se sintió apenado por una familia misionera que él y su esposa habían conocido durante muchos años. El legalismo que ellos habían encontrado una y otra vez en el campo misionero de parte de sus compañeros era tan mezquino, y de una mentalidad tan increíblemente estrecha, que habían regresado a Estados Unidos y no planeaban seguir como misioneros a tiempo completo. Explicó que todo tuvo que ver con un tarro de mantequilla de maní. Pensé que estaba bromeando, pero él respondió: «No, no es broma». Yo apenas podía creer la historia.

Esta familia en particular solía disfrutar mucho de la mantequilla de maní, pero en el lugar donde fueron enviados a servir al Señor no la podían conseguir. De manera creativa, se les arreglaron para que algunos de sus amigos en Estados Unidos les enviaran mantequilla de maní de vez en cuando para que pudieran disfrutarla con sus comidas. El problema radicaba en que no sabían hasta que comenzaron a recibir el suministro de mantequilla de maní que los otros misioneros consideraban que era una marca de espiritualidad *no* disfrutar de la mantequilla de maní con sus comidas. Supongo que la frase decía algo parecido a esto: «Creemos que por no poder conseguir mantequilla de maní aquí, debemos renunciar a ella por la causa de Cristo», o alguna otra tontería. La base de la espiritualidad era «soportar la cruz» por tener que pasar la vida sin mantequilla de maní.

La joven familia no aceptaba esa línea de pensamiento. Su familia seguía mandándoles envíos regulares de mantequilla de maní. Ellos no la alardeaban; sólo la disfrutaban en la intimidad de su propia casa. La presión se comenzó a intensificar. Uno esperaba que los misioneros adultos fueran lo suficientemente maduros como para dejar que otros comieran lo que se les antojara, ¿verdad? Incorrecto. El legalismo era tan mezquino, la presión llegó a ser tan extremadamente intensa, y el trato exclusivo fue tan injusto, que los destrozó espiritualmente. Al fin se les llenó la copa. Incapaces de aguantar la presión que aumentaba, empaquetaron sus maletas y pronto estaban en camino a casa, desilusionados y probablemente un poco cínicos. Lo que

tenemos aquí es un ejemplo clásico de la actualidad de un grupo de legalistas que con mirada de desaprobación espiaban y atacaban la libertad de otros. Ni aun los misioneros están exentos.

Estimado lector, ¿podría hacerme el favor de renunciar a la lista de lo permitido y lo prohibido que tiene confeccionada para los demás? Guárdela para usted mismo, pero no me diga a mí ni a nadie más qué puedo hacer y qué debo dejar de hacer.

Hay miles de ejemplos de acosamiento. Recientemente escuché acerca de alguien que asistía a un seminario legalista donde los estudiantes debían seguir normas muy estrictas. No debían hacer ningún trabajo los domingos. ¡Ninguno! ¿Sabe una cosa? Un hombre espiaba a su mujer, y la pescó colgando unas prendas que había lavado el domingo por la tarde. ¿Está preparado para lo que viene? ¡El hombre llevó a su esposa ante las autoridades del seminario! Confieso que hay ocasiones en mi vida en que la estrechez mental de algunas personas me hace dar ganas de gritar.

En uno de sus momentos más serios, Mike Yaconelli, editor de la revista *The Wittenburg Door*, escribió palabras fuertes sobre la mezquindad que se encuentra en las iglesias:

Las personas mezquinas son personas feas. Son personas que han perdido la visión. Son personas que han apartado sus ojos de lo que sí importa y se han enfocado en lo que no importa. El resultado es que el resto de nosotros estamos inmovilizados por su obsesión con lo insignificante. Es el momento de liberar a las iglesias de la mezquindad. Ya es tiempo de que las iglesias se nieguen a ser victimizadas por personas mezquinas. Es tiempo de que las iglesias dejen de pasar por alto la mezquindad. Es tiempo de que las iglesias dejen de fingir que la mezquindad no importa... La mezquindad se ha convertido en una enfermedad grave en la iglesia de Jesucristo, una enfermedad que sigue provocando casos incurables de discordia, interrupción y destrucción.

Las personas mezquinas son peligrosas porque parecen ser solo una pequeña molestia en lugar de lo que realmente son: un riesgo para la salud.<sup>6</sup>

Puede que Yaconelli sea muy franco, pero está en lo correcto. Es tiempo de que la iglesia (es decir usted y yo, mi amigo) reconozca la necesidad de un «despertar de la gracia» sobre la tierra, una nueva reforma independentista, que proclame que vale la pena luchar por la libertad.

El tercer instrumento asesino de la gracia que identifiqué en el libro de Gálatas es la *hipocresía: aquellos que mienten y engañan* (Gálatas 2.11–14). Este es uno de esos raros relatos de las Escrituras en que vemos chocar a dos líderes importantes de la iglesia. Son Pablo y Pedro; a este último también se le llama Cefas. «Pero cuando Pedro vino a Antioquía, me opuse a él cara a cara, porque era de condenar» (v. 11). Pregunta: ¿por qué se opuso Pablo a Pedro? Nos dice:

Porque antes de venir algunos de parte de Jacobo, él comía con los gentiles, pero cuando vinieron, empezó a retraerse y apartarse, porque temía a los de la circuncisión. (v. 12)

Una traducción de la Biblia dice que Pedro «tenía la costumbre de comer con los gentiles». Eso continuó hasta que aparecieron los judíos, y entonces Pedro mintió: «No, gracias, nunca como jamón», esperando que los judíos le sonrieran en aprobación. El problema era que antes de que Jacobo y sus amigos judíos llegaran, se podía escuchar a Pedro diciéndoles a sus amigos gentiles: «Seguro, sírvanme. Y un poquito de tocino por favor; ¡me encanta el sabor!». ¡Qué hipócrita!

Me gusta la paráfrasis contemporánea que hace Ralph Keiper, acerca de la reprensión de Pablo:

«Pedro, huelo tu aliento a jamón. Se te olvidaron tus Certs. Hubo un tiempo en que tú no comías jamón como parte de tu esperanza de salvación. Luego, después de que confiaste en Cristo como tu Salvador, ya no te importaba si comías jamón o no. Pero ahora, cuando los que no comen jamón vienen desde Jerusalén, has vuelto a tu dieta kosher. Sin embargo, el aliento a jamón no se te quita. Eres muy contradictorio. Estás mandando a los creyentes gentiles que observen la ley judía, la cual nunca podrá justificar a nadie. Pedro, al volver a la ley,

socavas la fuerza de una vida piadosa».

Pablo advirtió el doble mensaje y puso en evidencia la hipocresía de Pedro. Y lo reprende. «Cómo se te ocurre, Pedro, finges delante de los judíos, y después te das vuelta y finges frente a los gentiles. Hablas de libertad, pero no estás viviendo la libertad. Y un momento después hablas de la ley, pero tampoco vives de acuerdo con la ley. Estás nadando entre dos aguas, Pedro. Debes arreglar esto inmediatamente».

El problema se agravaba porque otros miraban al líder y ajustaban su propia vida a este modelo hipócrita:

Y el resto de los judíos se le unió en su hipocresía, de tal manera que aun Bernabé fue arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban con rectitud en cuanto a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como judíos? (vv. 13, 14)

¿Por qué se mostró tan firme Pablo? Porque la gente sigue el ejemplo que les dan sus líderes. Las ovejas siguen a sus pastores. Y como la hipocresía legalista no se muere nunca por sí sola, debe ser enfrentada. Les recuerdo una vez más, siempre valdrá la pena luchar por la libertad.

Conozco a un hombre que tiene unos sesenta años al que todavía le acechan los recuerdos de haber sido criado por padres hipócritas. Le ha llevado la mayor parte de su vida adulta enfrentar la verdad de que el engaño de sus padres significó un abuso emocional y espiritual sobre su persona. Durante toda su infancia, su familia asistía a una iglesia donde se les enseñaba que no debían ir al cine. Era tan estricta la norma que en los cultos del domingo se llamaba a los miembros al altar para confesar si habían cometido ese o algún otro «pecado». El problema era que su familia generalmente iba al cine los viernes o los sábados por la noche, siempre en secreto. Pero dejaban bien en claro que nadie debía decir nada al respecto. Le grabaron la consigna: «Debes cerrar la boca». Y allí estaba el muchachito, escuchando la misma consigna semana tras semana, de regreso del espectáculo: «No le digas a nadie el domingo que hicimos esto». Por

supuesto, iban a un cine que quedaba a varios kilómetros de la iglesia, para que los otros miembros de la congregación no lo supieran. Hace muy poco que este hombre ha llegado a reconocer el daño que esa actitud hipócrita tuvo sobre su vida cristiana. Al no admitir con franqueza la verdad, no es de extrañar que desarrollara un estilo de vida cargado de engaño y de hipocresía. Solo recientemente, con la ayuda de un excelente terapeuta cristiano, ha podido superar su confusión.

¿Quiere saber cómo arruinar las mentes de sus hijos pequeños? Le digo cómo, ¡garantizado! Críelos en el contexto estricto y legalista de una religión superficial, donde el desempeño es más importante que la realidad. Finja su fe. Ande a hurtadillas y simule su espiritualidad. Enséñeles a sus hijos a hacer lo mismo. Adopte una larga lista de normas públicamente, pero practíquelas de forma hipócrita en privado... y nunca admita que es hipocresía. Simule una forma de vivir, pero viva según otra. Y así usted puede estar bien seguro de que *se producirá* un daño emocional y espiritual. Existen muy buenas posibilidades de que la confusión de ellos produzca algún tipo de adicción en los años siguientes.

De paso, antes de que se sienta inclinado a pensar que nunca caerá en la hipocresía, que usted está por encima de esas tentaciones, recuerde lo que Pablo dijo en su carta a los gálatas. Un líder espiritual fuerte y estable como Pedro cayó en esa actitud. Y con él, muchos otros, «aun Bernabé». El legalismo es muy sutil, muy insidioso. He descubierto que es especialmente tentador para aquellos cuyo temperamento los lleva a querer agradar a los demás, lo que nos remite nuevamente a ese maravilloso pasaje que nos libera, Gálatas 1.10:

Porque ¿busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O me esfuerzo por agradar a los hombres? Si yo todavía estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

## CUATRO PODEROSAS ESTRATEGIAS

Los asesinos no pueden ser simplemente ignorados o tolerados bondadosamente. Es tan absurdo dejar que el legalismo avance como dejar

que una serpiente venenosa se introduzca en su casa y se esconda. No pasará mucho tiempo antes de que alguien resulte herido. Entonces, si vale la pena luchar por la libertad, ¿cómo lo hacemos? ¿Dónde empezar mi propio despertar de la gracia? Pienso en cuatro estrategias efectivas:

*Manténgase firme en su libertad.* Recuerde lo que Pablo escribió en Gálatas 5.1: «Para libertad fue que Cristo nos hizo libres; por tanto, permaneced firmes, y no os sometáis otra vez al yugo de esclavitud». Defienda su posición. Pídale al Señor que le dé valor.

*Deje de buscar la aprobación de los demás.* Puede tratarse de un hábito difícil de romper, pero realmente vale la pena todo el esfuerzo que pueda hacer. Si usted está en un grupo donde siente que se le ejerce presión para hacer ciertas cosas que van en contra de su conciencia, o para que deje de hacer cosas que para usted no significan un problema, ¡salga de ese grupo! Es poco sensato que se quede en un sitio donde su conciencia le dice que no debe estar. Eso no es otra cosa que servir a los hombres, no a Dios. No importa lo espiritual que suene, deje de buscar la aprobación de los demás.

*Empiece a negarse a vivir esclavizado.* Niéguese a tratar de ser «espiritual» en base a los propios logros. Piense en lo hermoso que sería liberarse de toda la ansiedad que acompaña a la servidumbre a la que se ha sometido; piense en lo limpio que se sentiría si volviera a ser una persona sin fingimiento, sin doblez.

*Manténgase franco respecto a la verdad.* Eso significa vivir con honestidad. Si usted no está de acuerdo con algo, dígalo con suavidad, pero con firmeza. Si usted es el único en esa posición, sea leal a sí mismo y manténgase firme aunque esté solo. Si se equivocó, dígalo: «Me equivoqué». Si no sabe algo, admítalo. Es legítimo no saber algo. Y la próxima vez que sus hijos le señalen alguna hipocresía, aunque se sienta perturbado, concuerde con ellos: «¿Saben, niños? Tienen razón. Actué con hipocresía. Lo que han observado y señalado es totalmente correcto». Dígalo. Puede resultarle abrumador en ese momento, pero lo van a admirar y respetar por su confesión. Y crecerán sin ser dañados. Y lo que es mejor, aprenderán a ser vulnerables y honestos, aun si usted es un creyente laico... *y especialmente si usted es un ministro del evangelio.* Nadie espera perfección, pero sí esperan, y deben esperar, honestidad.

Necesitamos afirmación y estímulo para ser todo lo que podemos ser, y

como hay tantas personas frágiles, necesitan que aquellos que son fuertes las respalden en su lucha por la libertad. Aunque no hubiera otra razón, vale la pena luchar por la libertad para que otros puedan respirar con libertad.

Paul Tournier, un médico suizo conocido por su consejería pastoral, escribe de esto en su libro *La culpa y la gracia*:

En todos los campos, incluso los de la cultura y el arte, los juicios de otros ejercen un efecto paralizante. El temor a la crítica apaga la espontaneidad; impide que los hombres se abran y se expresen libremente como realmente son. Se necesita mucho valor para pintar un cuadro, escribir un libro, erigir un edificio diseñado por nuevas líneas arquitectónicas, o para formular una opinión independiente o una idea original.<sup>7</sup>

Si luchar por la libertad le suena muy agresivo, quizás demasiado egoísta, entonces piense que está luchando para liberar a otros, para que otros puedan despertar al gozo y el privilegio de la libertad personal. Los que lo hacen en el campo de batalla son considerados patriotas y héroes. Con todo mi corazón, creo que aquellos que se alistan para luchar contra el legalismo debieran también ser considerados igual.

# CAPÍTULO SEIS

*¿Es usted libre? ¡Entonces viva como tal!*



NUNCA FUI TESTIGO DE LO QUE ES VIVIR EN esclavitud. Es decir, nunca vi a un esclavo con mis propios ojos. He leído acerca de la esclavitud, he visto películas, obras teatrales y documentales televisados en los que la esclavitud se recreaba en toda su crueldad. No conozco nada que sea tan horrible e injusto. Como ciudadano norteamericano me sorprende, quizás debiera decir *me confunde*, pensar que mis antepasados estuvieran dispuestos a luchar por su propia libertad, y alcanzar la independencia de la nación, para luego dar media vuelta y esclavizar a otros hombres sin la menor vacilación. Los enredos de una lógica tan torcida no resultan congruentes a la razón: ciudadanos libres propietarios de esclavos.

Hubo que emprender una guerra civil para romper ese yugo. Fue necesario un presidente valiente, lúcido, que se pusiera en la brecha... para ser luego malinterpretado, insultado y finalmente asesinado por una causa que para él no solo justificaba luchar, sino también morir.

A comienzos de la segunda presidencia de Abraham Lincoln, en 1865, apenas unas semanas antes de que fuera asesinado, habló acerca de cómo ambos partidos «desaprobaban la guerra», y sin embargo, la guerra se había desatado. Continuó diciendo:

Ninguno de los grupos pensaba que la guerra alcanzaría la magnitud y la duración que ya ha alcanzado... Todos esperaban un triunfo fácil... Ambos partidos leen la misma Biblia, oran al mismo Dios, e invocan su ayuda en contra del otro.<sup>1</sup>

En ese momento, la voz del presidente reelegido se quebró, dejando traslucir sus emociones. Habló de lo extraño y absurdo que era «que un ser humano pidiera a un Dios justo que proveyera el pan con el sudor de la frente y la desventura de otro ser humano»... luego fue asesinado.<sup>2</sup>

Por fin se abolió legalmente la esclavitud. Fue entonces que los esclavos negros en todo el país resultaron oficialmente declarados libres.

Shelby Foote registró esta anomalía en su libro *La guerra civil*: «Reprimido en un sistema de clases de “etiqueta racial” tan rígido como ya habíamos conocido antes en la esclavitud, el esclavo podría repetir con la misma validez lo que un esclavo en Alabama había dicho en 1864, cuando se le preguntó qué pensaba acerca del Gran Emancipador cuya proclamación entró en vigor ese año. “No sé nada acerca de Abraham Lincoln”, respondió él. “Ellos dicen que nos liberó. Pero tampoco sé nada acerca de eso”».

Sin embargo, sucedió algo que muchos nunca hubieran imaginado. La gran mayoría de los esclavos que vivían en el sur, que ya eran legalmente libres, siguieron viviendo como esclavos. La mayoría de ellos continuaron viviendo como si nada hubiera ocurrido.

Eso me parece trágico. Se había desatado una guerra. Había sido asesinado un presidente. Se había firmado una ley que modificaba la Constitución. Hombres, mujeres y niños que antes eran esclavos ahora eran legalmente libres. Pero sorprendentemente, muchos de ellos seguían viviendo en el temor y la miseria. En el contexto de una libertad que había sido duramente ganada, los esclavos elegían seguir siendo esclavos. A pesar de lo crueles y brutales que eran muchos de los amos, los hombres y las mujeres de color preferían seguir sirviéndolos hasta que les llegara la muerte. Hubo pocas y honrosas excepciones, pero en muchos lugares del país ni siquiera se notaba que la esclavitud había sido legalmente abolida y que los esclavos habían sido emancipados. Eso era precisamente lo que querían los propietarios de esclavos que seguían la vieja filosofía: «Manténgalos ignorantes y los mantendrá a su servicio».

Si le parece que eso es trágico, puedo decirle que hay algo mucho peor. Se refiere a los creyentes que hoy en día viven como esclavos. A pesar de que nuestro Gran Libertador, Cristo el Señor, pagó el precio más grande para abolir la esclavitud de una vez por todas, la mayoría de los creyentes se comportan como si todavía fueran esclavos. De hecho, aunque pudiera

parecer extraño, la mayoría parece preferir la seguridad de la esclavitud antes que los riesgos de la libertad. Y a nuestro amo opresor, Satanás, le encanta que así sea. Le deleita que tantas personas se hayan tragado el engaño y vivan en esclavitud. El diablo sabe que hemos sido liberados de su control. Él lo sabe mejor que muchos de los que pertenecen a la familia de Dios; sabe que somos libres, pero lo detesta. Por eso hace todo lo que puede para mantenernos sometidos por la vergüenza, la culpa, la ignorancia y la intimidación.

## ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS SOBRE LA ESCLAVITUD

Si bien algunos lectores estarán bien informados respecto a los factores que quiero mencionar en relación a la esclavitud espiritual, la mayoría no lo está. Por lo tanto, creo que es necesario hacer un breve resumen de algunos conceptos básicos. Comencemos en la «carta de emancipación», que es la carta a los Romanos.

Como está escrito:

NO HAY JUSTO, NI AUN UNO;

NO HAY QUIEN ENTIENDA,

NO HAY QUIEN BUSQUE A DIOS;

TODOS SE HAN DESVIADO, A UNA SE HICIERON INÚTILES;

NO HAY QUIEN HAGA LO BUENO,

NO HAY NI SIQUIERA UNO.

SEPULCRO ABIERTO ES SU GARGANTA,

ENGAÑAN DE CONTINUO CON SU LENGUA,

VENENO DE SERPIENTES HAY BAJO SUS LABIOS;

LLENA ESTA SU BOCA DE MALDICION Y AMARGURA;

SUS PIES SON VELOCES PARA DERRAMAR SANGRE;

DESTRUCCION Y MISERIA HAY EN SUS CAMINOS,

Y LA SENDA DE PAZ NO HAN CONOCIDO.

NO HAY TEMOR DE DIOS DELANTE DE SUS OJOS.

Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se calle y todo el mundo sea hecho responsable ante Dios; porque por las obras de la

ley ningún ser humano será justificado delante de El; pues por medio de la ley viene el conocimiento del pecado. (Romanos 3.10–20)

En esta epístola encuentro al menos tres analogías referentes a la esclavitud. La primera es sombría: *todos nosotros hemos nacido en la esclavitud del pecado*. ¿Se ha preguntado cuán terrible era nuestra condición cuando aún no habíamos sido salvados? Revise esas palabras y observe por sí mismo:

- Nadie es justo
- No hay conocimiento espiritual
- No hay logros que satisfagan a Dios
- No hay pureza, ni inocencia, ni paz, ni esperanza

Y por añadidura, no teníamos escapatoria, éramos incapaces de cambiar nuestra esclavitud respecto al pecado. En esa condición, la persona condenada no sabe nada acerca de la libertad.

La segunda analogía es gloriosa: *vino un día en que Cristo nos hizo libres*. Llegó el día en que se dio a conocer por todo el universo y hasta el mismo infierno, una Proclama de Emancipación eterna: «¡El pecador es oficialmente declarado libre!». Es el anuncio que surgió de la tumba vacía en esa primera pascua de resurrección, el día en que nuestro Gran Libertador, Cristo, nos hizo libres. Doctrinalmente, la palabra que describe esto es *redención*. Cristo nos redimió.

Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas; es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay distinción. (Romanos 3.21, 22)

Me encantan estas palabras: «porque no hay distinción». Para merecer la libertad, no tiene que haber nacido en determinado país. No tiene que hablar determinado idioma. No tiene que tener determinado color de piel. No tiene que ser culto ni informado, ni reunir cierta cantidad de dinero o llenar un

formulario de requisitos. No hay ninguna condición previa. ¿Por qué? Porque todos éramos esclavos, esclavos de nuestro amo Satanás y esclavos del pecado. «Por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios» (v. 23). Por lo tanto, todos los pecadores son «redimibles», si me permiten la palabra. ¿Cómo? «Siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús» (v. 24).

Permítanme que explique esto en términos cotidianos, continuando con la imagen de la esclavitud. Cristo entró en la escena y nos vio a todos en la situación de unos esclavos: perdidos, miserables, espiritualmente inútiles, incapaces de cambiarnos a nosotros mismos o de escapar de la opresión de nuestro amo. Movido por la compasión y el amor, Cristo, por gracia, pagó el precio para liberarnos. El precio fue su propia muerte. Al hacerlo, nos dijo a cada uno de nosotros: «Ya no tienes que vivir sometido a tu antiguo amo. Eres libre. Eres libre para servirme a Mí por el resto de tu vida».

Antes que Cristo viniera a nuestras vidas, estábamos irremediabilmente perdidos en nuestros deseos, incapaces de refrenar nuestra conducta profana, nuestros impulsos hormonales, nuestra ambición insaciable, nuestro constante egoísmo, nuestras compulsiones por agradar a otras personas, controlarlas y manipularlas. Si bien algunas de esas conductas pueden habernos producido sentimientos placenteros y una periódica satisfacción, nuestra incapacidad de controlar nuestras tendencias nos traía complicaciones. ¡Éramos esclavos! Estábamos encadenados, y teníamos que servir a nuestro viejo amo. No había fuerzas suficientes en nosotros para vivir de otra manera. Al «redimirnos», Jesús nos puso en libertad. Cuando Dios resucitó a Jesús de entre los muertos (ese fue el acto crucial en Su triunfo sobre Satanás), expresó concretamente: «Nadie necesita ya vivir como víctima del pecado. Todos los que creen en Jesucristo, mi Hijo, tendrán vida eterna y tendrán poder para vivir en mí». ¿Cómo puede ser que esclavos malvados reciban esa posición delante de Dios? Volvemos a nuestra palabra favorita: por *gracia*. Para usar términos que todos puedan entender, el Presidente Gracia legalmente nos liberó de nuestro antiguo amo de toda la vida, el Pecado, y su esposa, la Vergüenza. En teoría, fuimos liberados cuando creímos en Cristo, pero en la práctica, nuestros viejos amos hacen todo lo que pueden por mantenernos ignorantes, temerosos, para que sigamos pensando y actuando como esclavos.

La tercera analogía que encuentro en Romanos 3 es trágica: *muchos*

*creyentes todavía viven como si fueran esclavos.* Como prefieren desconocer la libertad que Cristo ha obtenido para los suyos, muchos viven una vida mentalmente orientada hacia el pecado. En realidad, la mayoría vive así.

Esto se demuestra en frases tales como: «Lo que pasa es que no lo puedo evitar. Soy humano». En lugar de superar esas constantes referencias al fracaso, la incapacidad y la vergüenza, los creyentes con frecuencia parecen esclavos religiosos, asustados e inseguros. A veces esto se trasluce de otras maneras. Racionalizamos nuestros pecados, actuamos con hipocresía y ocasionalmente mentimos, engañamos, robamos. Luego nos encogemos de hombros y decimos: «Ya sabes, hombre, nadie es perfecto». Lo que en realidad estamos diciendo es: «Todavía soy un esclavo. El pecado todavía me domina. Estoy avergonzado, pero no lo puedo evitar». ¡Tonterías! ¿Cuándo vamos a empezar a vivir como personas libres? Dios nos dice a cada uno de nosotros: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Antes estabas esclavizado por una pasión, es cierto, pero ya no tienes que estarlo; estás libre de esa opresión. Puedes vivir por encima de eso». La gracia despierta, vigoriza y fortalece nuestra habilidad para vencer al pecado.

¿Está listo para pensar con un espíritu independiente? Una vez que realmente captamos la libertad que nos otorga la gracia, pueden transcurrir largos períodos de nuestra vida sin pecar y sin sentirnos avergonzados. ¡Sí, eso es posible! ¿Y por qué no habría de ser así? ¿Por qué nos va a dominar el pecado? ¿Quién dice que no podemos hacer otra cosa que someternos a él? ¡Eso no es bíblico! Lo que ocurre es que la mayoría estamos tan programados para pecar que no hacemos otra cosa que esperar que ocurra.

Para ser franco, la mayoría de los creyentes han sido mejor adiestrados para esperar pecar y luego tratar con sus pecados, que para esperar y disfrutar su libertad. La vergüenza y la culpa autoimpuesta que genera esta situación son enormes, sin hablar del mensaje que refuerza, asegurándonos que «somos unos fracasados». Empezamos el día con miedo a pecar. Vivimos avergonzados. Nos vamos a dormir con una larga lista de cosas para confesar. Y si no es muy larga, nos entra el temor de que hayamos pasado por alto «pecados ocultos». Quizás nos hayamos vuelto orgullosos.

¿Qué ha ocurrido con la gracia? Más aún, ¿dónde está la vida abundante que Cristo ofrece? ¿Es lógico que personas libres estén viviendo con tanto temor? ¿Somos libres o no? ¡Si lo somos, vivamos como creyentes liberados!

Esto no es una herejía, es la teología más sana que podamos imaginar.

Le puedo asegurar que su viejo amo no quiere que lea esto ni que piense de esta manera. Quiere que siga viviendo en la choza de la ignorancia, que se vista con los harapos de la culpa y la vergüenza, y que tenga miedo de él y su látigo. Igual que el cruel propietario de esclavos, él quiere que usted se convenza de que «de vez en cuando necesita una golpiza», solo para mantenerlo en línea. Escúcheme: ¡eso es una herejía! Puesto que nuestro Salvador nos ha liberado, nuestro viejo amo, el supremo asesino de la gracia, no tiene derecho alguno a cruzarnos el látigo por la espalda. Esos tiempos han terminado, amigo. Usted está libre. Aquellos que pertenecemos al *despertar de la gracia* nos rehusamos a vivir como esclavos. ¡Hemos sido emancipados!

## COMPRENDAMOS LO QUE SIGNIFICA LA LIBERTAD

Si avanzamos algunas páginas en la carta libertadora de Romanos, llegaremos al capítulo 6, uno de los más grandiosos capítulos de toda la Palabra de Dios. He pasado meses estudiando (¡y disfrutando de cada minuto!) este solo capítulo, que contiene, a mi entender, la Proclama de Emancipación del creyente. Más que en ninguna otra sección de las Escrituras, encontramos aquí la verdad sobre la que se funda nuestra libertad, libertad de la intimidación de Satanás, y libertad del dominio del pecado. Aquí es donde deberían pasar sus primeras horas con la Biblia los creyentes principiantes, y no en los pasajes que nos dicen qué hacer después que pecamos (como 1 Juan 1.9), o cómo restaurar nuestra comunión, a pesar de lo importantes que puedan ser esos pasajes de las Escrituras. No, es más bien *aquí* donde el creyente descubre su libertad de la opresión del pecado y cómo vivir esa vida victoriosa por encima del temor, la culpa, la vergüenza y la derrota.

Durante los próximos minutos, recorra lentamente los primeros quince versículos de Romanos 6. Tómese todo el tiempo necesario; no hay ningún apuro.

¿Qué diremos, entonces? ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde? ¡De ningún modo! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis

que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Por tanto, hemos sido sepultados con El por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido unidos a El en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volverá a morir; ya la muerte no tiene dominio sobre El. Porque en cuanto El murió, murió al pecado de una vez para siempre; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para que no obedezcáis sus lujurias; ni presentéis los miembros de vuestro cuerpo al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia. ¿Entonces qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo!

Hasta una lectura ligera de estos pensamientos provoca dos preguntas, que obtienen la misma respuesta de parte del apóstol.

¿Qué diremos, entonces? ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde? ¡De ningún modo! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (vv. 1, 2)

¿Entonces qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo! (v. 15)

Estas dos preguntas plantean dos temas relacionados con la libertad. La primera pregunta se dirige a *aquellos que no reclaman su libertad y continúan viviendo como si fueran esclavos*, aquellos que *anulan* la gracia. (Ese tema se desarrolla en los catorce versículos iniciales de Romanos 6).

La segunda pregunta se dirige a *aquellos que caen en excesos en el uso de su libertad* (vv. 15–23). En otras palabras, se aprovechan de su libertad. Viven de manera irresponsable. Los que hacen eso *abusan* de la gracia (un tema al que dedicaré el próximo capítulo). Vuelva a leer Romanos 6, y observe si ahora lo entiende más cabalmente.

Pablo, el escritor, contesta ambas preguntas con las mismas palabras: «De ningún modo». Francamente, se muestra horrorizado. Podríamos decir lo mismo de varias formas:

- ¡Imposible!
- ¡Ni lo piense!
- ¡Aleje esa idea!
- ¡Nunca, nunca, nunca!
- ¡Es una idea absurda!

La concisa respuesta de Pablo a la primera de las preguntas planteadas se expresa a través de otra pregunta: «Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (v. 2).

Todo lo que necesitamos para valorar esa pregunta es hacer un viaje imaginario al tiempo en que éramos incrédulos. Muchos recordarán ese tiempo con dolor. ¿Recuerda que no podía controlar sus deseos? Quizás se iba a dormir cada día derrotado por un hábito que no lograba dominar, por más que lo intentaba. Recuerde esa sensación de un túnel en el que no había esperanza ni luz alguna en el otro extremo. No importa qué intentara, no podía cambiar, al menos de manera perdurable. Su esclavitud era como una adicción irremediable. Era como una prisión de la cual nadie podía escapar por sus propios medios. ¿Recuerda cómo aumentaba la culpa, y a veces lo vencía el pesar? Quizás algunas personas hayan vivido ya tanto tiempo en el reino de la libertad que no recuerdan lo que sentían cuando estaban esclavizadas en esa condición de extravío.

De ser así, las siguientes palabras le ayudarán:

Es mi sincera convicción que cada persona debe estar en la cárcel al menos una vez en su vida y que el encarcelamiento debe ser bajo sospecha en lugar de prueba; debe durar por lo menos cuatro meses; debe parecer desesperanzador; y, de preferencia, el preso debe estar enfermo por la mitad del tiempo... Es solo a través de tal encarcelamiento que él aprende el valor de la libertad verdadera.<sup>3</sup>

Durante unos instantes imagínese que lo arrojan en la cárcel bajo sospecha de algún delito y lo dejan allí, prácticamente olvidado, mientras el sistema, siempre lento, se toma el tiempo para ocuparse de usted. Hasta se enferma. Se le trata con dureza. Lo despojan de todo y lo maltratan. ¿No empezaría a sentirse perdido y sin esperanza alguna?

Volvamos a la pregunta: «Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?». ¿Quién se ofrecería en forma voluntaria para ser arrojado al calabozo durante otra temporada de varios meses, después de haber estado allí y haber sufrido las consecuencias de estar en ese lugar? La clave de la idea es esta: ¿por qué esclavos emancipados que se han librado del pecado y la vergüenza volverían a vivir por más tiempo bajo la misma opresión?

«Sí, amo. Sí, amo. No me pegue. Seré un buen esclavo». Son expresiones que debieran hacer reír, especialmente a los que antes han sido esclavos. Usted seguramente piensa que nunca diría algo semejante. ¡Claro que lo haría! Lo hacemos cada vez que nos consideramos como víctimas impotentes de nuestros impulsos y de los pensamientos que nos tientan a pecar. Yo digo que eso es arrastrarse, atemorizado de un amo que ya no tiene derecho alguno sobre nosotros. Cuánto mejor es decir: «Me niego a seguir viviendo de esa forma. Por la gracia de Cristo, viviré como vencedor, no como víctima». Sí, usted puede vivir así. La mayoría, sin embargo, está programada para vivir de la otra manera.

Me aventuro a afirmar que muchos creyentes saben 1 Juan 1.9 de memoria: «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad». Y en cambio, son muy pocos los que podrían citar de memoria Romanos 6.13:

Ni presentéis los miembros de vuestro cuerpo al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

Hemos sido programados para pensar: *Sé que voy a pecar, que voy a fallar, que hoy voy a fracasar. Y como esto es así, tengo que estar listo para buscar nuevamente la purificación.* Esto es porque usted no ha sido programado para entregarse a Dios en su nueva condición de vencedor sobre el pecado.

Mucho mejor es comenzar cada día con el pensamiento puesto en la victoria, no en la derrota; despertar a la gracia y no a la vergüenza; enfrentar cada tentación con pensamientos como este: *Jesús, Tú eres mi Señor y Salvador. Yo soy Tu hijo, liberado, que depende de Tu poder. Por lo tanto, Cristo, este día es Tuyo, a fin de ser vivido para Tu gloria. Actúa en mis ojos, en mi boca, en mis pensamientos y acciones, para que alcance Tu victoria. Señor, hazlo a lo largo de todo el día. Cuando enfrente tentaciones, me presentaré a Ti para reclamar el poder que Tú tienes para manejar la tentación. El pecado ya no tiene poder sobre mí.*

Sé que habrá ocasiones en que fallaremos momentáneamente, pero serán las excepciones y no la norma constante de cada día. Estamos bajo un nuevo amo. Estimulados por el amor, servimos a un nuevo amo, Cristo, y no al que antes nos oprimía. Es extraordinario disfrutar de la relación que tenemos con este nuevo Amigo. Pero no podremos disfrutarla hasta que pongamos al «viejo hombre» en su lugar.

El difunto J. Vernon McGee contó una historia memorable cuando yo era un estudiante del Seminario Teológico de Dallas. Él estaba dando clases de la Biblia sobre la carta a los Romanos. Sus historias llenas de mucho humor eran inolvidables, especialmente esta.

Yo estaba sentado en la Capilla Chafer mientras el Dr. McGee hablaba elocuentemente sobre Romanos 6. Nos contó la historia de una señora que vivía en el sur profundo de Estados Unidos y había disfrutado de una estrecha amistad con el novio de su infancia. Se enamoró de él y por fin se casaron. Su vida juntos no era perfecta, pero era gratificante. Gozaban de fidelidad, y disfrutaban de momentos de alegría.

Esto continuó durante años, hasta que él fue llevado de su lado de repente por un ataque al corazón. Incapaz de soportar no verlo más, ella decidió embalsamarlo, sentarlo en una silla, sellarlo en una vitrina de cristal y colocarlo justamente en la puerta delantera de la casa grande de su plantación. Cada vez que entrababa por la puerta, ella sonreía y decía: «Hola, Juan, ¿cómo estás?». Y acto seguido subía la escalera de caracol. La vida seguía lo más normalmente posible mes tras mes. Allí él se sentaba día tras día mientras ella reconocía su presencia con una sonrisa y un gesto de la mano.

Más o menos un año más tarde, ella decidió hacer un largo viaje a Europa. Era un cambio de aires encantador. De hecho, mientras estaba en Europa conoció a un caballero americano que también estaba de vacaciones. Ella se dejó llevar por la emoción del momento y él puso su mundo de cabeza. Después de un noviazgo brevísimo, se casaron y disfrutaron de una luna de miel por toda Europa. Ella no mencionaba nada de Juan en casa. Por fin viajaron juntos a Estados Unidos. Al conducir por el camino sinuoso que llevaba a la casa, su nuevo marido decidió: *Este es el momento de cruzar el umbral con mi esposa en brazos y traerla de vuelta a su casa... este lugar maravilloso donde viviremos juntos para siempre.* Él la levantó, abrió la puerta con un golpe de su cadera, y entró. ¡Y casi deja caer a su esposa al piso!

«¿Quién es este?».

«Bueno, es Juan. Era mi anterior...».

«Él ya es historia; ¡está muerto!».

El nuevo marido fue e inmediatamente excavó un gran agujero y enterró al antiguo marido de su esposa junto con la vitrina de cristal.

¡Eso es exactamente lo que Cristo ha hecho! Sin embargo, sin darse cuenta de esa realidad, muchos cristianos ponen al viejo amo en una vitrina de cristal y lo saludan cada mañana y lo atienden todos los días de sus vidas. Vivimos como si nuestro «viejo amo» estuviera vivo, aunque estamos muertos para él. Ya no tiene derecho a ocupar nuestro pensamiento consciente. Servimos a un nuevo Amo que nos ha llevado por el umbral, que nos ha despertado a una nueva vida, un nuevo amor, una nueva relación y un futuro totalmente diferente.

Como somos criaturas de hábito, seguimos prefiriendo la seguridad de la

esclavitud a los riesgos de la libertad. Por eso seguimos siendo más conscientes de nuestros pecados que de nuestro Salvador. Sabemos que Él vive en nosotros, que nos ha redimido; pero muchos no saben cómo hacer para superar el síndrome del temor-fracaso-vergüenza-confesión. ¿Cómo se puede romper el hábito de servir al viejo amo para empezar a disfrutar de los beneficios de estar libres bajo el nuevo Amo?

## RECLAMEMOS NUESTRA LIBERTAD DEL PODER DEL PECADO

En este maravilloso capítulo 6 de Romanos, Pablo presenta las técnicas necesarias para vivir por gracia, sobre el dominio del pecado. Cada una de estas técnicas está vinculada a una palabra en particular:

- **Saber:** «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?... Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado... Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él» (vv. 3, 6, 9).
- **Considerar:** «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (v. 11).
- **Presentar:** «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (v. 13).

Para que podamos vivir libres del dominio del pecado, libres de nuestro viejo amo, con poder para vivir una nueva clase de vida, tenemos que *saber* algo, *considerar* algo y *presentar* algo.

Debo admitir que Romanos 6 no es un capítulo fácil ni entretenido; tenemos que estudiarlo a fondo. De modo que durante los próximos minutos haré lo más posible por ser claro y mantener el interés, mientras contestamos tres preguntas a la luz de este capítulo. ¿Qué es lo que usted y yo tenemos que saber? ¿Qué es lo que usted y yo tenemos que considerar? ¿Qué es lo que

usted y yo tenemos que presentar?

Comencemos por *saber*.

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Por tanto, hemos sido sepultados con El por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido unidos a El en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. (vv. 3–7)

Para entender de qué se trata todo esto, tenemos que poner a un lado el concepto del bautismo por agua y entender que aquí se hace referencia a un bautismo seco. Algunos bautismos en el Nuevo Testamento son *mojados*, y otros son *secos*. El que aquí se menciona se incluye en esta última categoría.

La palabra *baptizo* tiene que ver principalmente con un acto de identificación. Era un término que se usaba en el siglo I al sumergir una prenda clara en un líquido, digamos, escarlata. Una vez que la prenda se sumergía en la tintura escarlata, su identidad se modificaba del color original al color escarlata. El acto de sumergir, que producía ese cambio de identidad, se llamaba *baptizo*. Es el término griego del que se deriva nuestra palabra *bautismo*.

Cristo murió por nosotros en la cruz y resucitó de entre los muertos. Al creer en la muerte del Salvador y en Su resurrección, fuimos «sumergidos» en esa misma escena. Nuestra identidad cambió. No sentimos ni vimos nada, pero ocurrió. Cuando nos entregamos a Cristo, Su muerte se hizo nuestra muerte, Su victoriosa resurrección se hizo nuestra resurrección, Su «despertar» a una nueva vida fue nuestro «despertar», y Su andar poderoso llegó a ser nuestro andar victorioso. Antes de que podamos disfrutar los beneficios de todo ello, tenemos que *saberlo*. La vida cristiana no es un continuo andar a tropezones, luchando por no alejarnos de nuestro Salvador.

Él vive en mí y yo vivo en Él. Y en esta identificación con Él, Su poder llega a ser mi poder. Su vida misma llega a ser mi vida, y eso garantiza que Su victoria sobre el pecado puede ser mi victoria si la reclamo. No necesito seguir viviendo como un esclavo del pecado.

Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volverá a morir; ya la muerte no tiene dominio sobre El. Porque en cuanto El murió, murió al pecado de una vez para siempre; pero en cuanto vive, vive para Dios.  
(vv. 8–10)

Usted va a conocer a algunos creyentes muy bien intencionados que enseñan que debemos crucificarnos. Pero yo tengo para usted una buena noticia: eso ya sucedió. Usted está en Cristo. Él fue crucificado una vez para siempre. Él murió por usted, de modo que usted ya no necesita morir de nuevo. Puesto que estamos identificados con Él, tenemos todo el poder necesario para vivir el resto de nuestras vidas por encima de la miseria y las lacras de la esclavitud. La muerte al pecado es un hecho consumado, terminado. En teoría, ya todo ha sido arreglado. Un andar victorioso tiene que partir de nuestro *conocimiento* de este hecho. La Proclamación de la Emancipación que otorga Cristo ha dado muerte a la idea de la esclavitud al pecado. Puesto que hemos muerto al poder del pecado, somos libres para servir a nuestro nuevo Señor.

Me gusta mucho el relato del misionero que viajó desde Inglaterra para servir a Cristo en África. Cambió de embarcación en Lagos. Abordó un remolque costero para internarse en una región infestada de enfermedades, donde pasaría el resto de su vida. Cuando cambiaba de embarcación, se cruzó con un cínico traficante de esclavos que lo criticó por su decisión, y le dijo: «Si vas a ese sitio, morirás». El misionero, un creyente devoto, le contestó con suavidad: «Ya morí antes de salir de Liverpool».<sup>4</sup>

Solo cuando *sabemos* que hemos muerto al poder del pecado, y estamos vivos al poder de Dios en Cristo, es que podemos vivir como vencedores y no como víctimas.

Luego Romanos 6.11 nos dice que hay algo que debemos *considerar*: «Así también vosotros, consideraos muertos para el pecado, pero vivos para

Dios en Cristo Jesús». La palabra *considerar* es muy importante. Viene de una palabra griega que significa «calcular, tomar en cuenta, anotar». Es un término alusivo a las finanzas, un término contable. Más que significar «actúe como si así fuera», significa «reconozca que es cierto; ingréselo al libro mayor; regístrelo en su cerebro». ¿Y qué es lo que debemos anotar? Exactamente esto: que estamos *en Cristo*, muertos al poder del pecado. Y Cristo está en nosotros, otorgándonos el *nuevo* poder de Dios.

¿Y cuál es el resultado de estas consideraciones? «Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para que *no* obedezcáis sus lujurias» (v. 12).

Al calcular (considerar) todo esto y tomar en cuenta la verdad que sabemos cierta, *destronamos* al pecado y nos rehusamos a obedecer sus impulsos. La consecuencia secundaria de esta verdad es igualmente liberadora. Aun cuando pecamos, o cuando ocasionalmente le fallamos, Dios no quiere azotarnos como a esclavos, gritándonos: «¡Deberías estar avergonzado!», sino perdonarnos como a hijos amados.

Hace unos años, cuando yo estaba hablando en una conferencia que duraba una semana, me presentaron a una mujer de veinticuatro años de edad. Ella estaba visiblemente incómoda y al borde de las lágrimas. Mientras conversábamos, era bastante obvio que se sentía llena de culpa y abrumada por la vergüenza. Casi no podía mirarme a los ojos. Poco después me enteré que había sido promiscua en su pasado. Unos dos o tres años antes de que nos conociéramos, ella se había hecho cristiana. A medida que se interesaba cada vez más en las cosas espirituales, su pasado volvió a atormentarla. En las últimas semanas había comenzado a ser torturada por la vergüenza y el temor de que Dios la juzgara, o de volver a caer de nuevo en ese viejo estilo de vida.

Cuanto más hablábamos, más evidente se hizo que ella realmente creía y amaba al Señor... pero no sabía nada de la verdad de Romanos 6. ¿Cuál era su problema principal? Ella no lograba entender la gracia. Ella no se daba cuenta de que su posición segura en Cristo la había dejado libre con nada que temer, ni absolutamente nada de que avergonzarse. Abrí esta gran sección de las Escrituras y se la leí a ella, haciendo una pausa periódicamente y explicando lo que tenía que «saber» y lo que ella necesitaba «considerar como verdadero». Una y otra vez me interrumpía y me recordaba su pasado, lo que solo intensificaba sus sentimientos de vergüenza. Su rostro reflejaba una

lucha interior. El viejo amo no quería dejarla ir. Con obstinación se aferraba a ella, utilizando el miedo para paralizarla. Cada vez, yo le recordaba el perdón de Dios en Cristo... su nueva posición por la gracia... y su necesidad de verse a sí misma como libre, ya no como esclava. Debía haber dicho esas palabras una media docena de veces. Por último, lo comprendió. Ella se perdonó a sí misma (un paso gigante hacia la aceptación de la gracia), y reafirmó su libertad. La mujer estuvo radiante el resto de la semana. En su mente, ella se había transformado de ser una esclava, llena de vergüenza y desgracia, a ser una mujer libre, emancipada del deseo opresivo del enemigo por mantenerla derrotada. En vez de comenzar cada día con un terrible miedo, ella empezó a enfocarse en estar libre de su viejo amo. En lugar de pensar: *Mi pecado, mi vergüenza, mi fracaso*, se acordaba de: *Su perdón, Su gracia, Su vida*. El cambio en su semblante era nada menos que impresionante. Al llegar el viernes ella lucía un rostro que decía «Sí», más que todos los demás de la conferencia.

En el estado de California hay muchos caminos pintorescos y rutas por entre las montañas. Aunque algunos son angostos y traicioneros, todos conducen a paisajes que dejan sin aliento por su extraordinaria belleza. Algunas de las curvas son particularmente peligrosas y es necesario conducir lentamente y con mucho cuidado. Hay temibles precipicios, que añaden algo más a la belleza y al peligro del viaje.

Se me ocurrió pensar que el estado de California podía ofrecer a los viajeros dos alternativas en esos peligrosos caminos por entre las montañas. Una alternativa era construir clínicas bien equipadas al pie de cada precipicio, en las curvas peligrosas, de manera que si un conductor iba a alta velocidad y caía al abismo, la clínica de primeros auxilios estaba allí para rescatarlo y atenderlo. O bien, podía colocar carteles bien ubicados antes de cada curva cerrada, que dijeran: «¡Peligro! Curva. Reduzca la velocidad». No le sorprenderá saber que el departamento vial eligió la segunda opción, no la primera. Muy sensato.

Deberíamos extraer la moraleja. El versículo de 1 Juan 1.9 es la clínica de primeros auxilios al fondo del abismo. Nos rescata y nos atiende, lo cual es maravilloso, pero no es la mejor alternativa. Romanos 6, por el otro lado, es la advertencia preventiva, que coloca señales: «No se estrelle... reduzca la velocidad... hay peligro más adelante». Debemos considerar la importancia

de esas «señales» espirituales y reconocer su certeza.

Esto nos lleva al tercer término importante: *presentar*.

Ni presentéis los miembros de vuestro cuerpo al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia. (vv. 13, 14)

No solo debe haber un cálculo inteligente («considerar») basado en la información veraz («saber»), también debe haber una *presentación* consciente de nuestro ser a Dios. Pablo lo detalla en dos sencillos mandamientos.

*Negativamente:* «No sigan presentando sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad». ¿Por qué? Porque ya no somos esclavos. Nuestros cuerpos no son víctimas impotentes de los impulsos pecaminosos y las debilidades incontrolables. Esos días se acabaron cuando nos entregamos a Jesús. Recuerde: ¡hemos sido liberados!

*Positivamente:* «Sino preséntense a Dios como vivos de entre los muertos... el pecado ya no debe reinar en ustedes».

Puesto que hemos sido liberados, es hora de que vivamos como libres. Le recuerdo que nuestro adversario no quiere que pensemos de esta forma. Él eliminaría la gracia si pudiera. Pero como no puede, su estrategia es hacer todo lo que está a su alcance para engañarnos de modo que sigamos pensando como esclavos. ¿Por qué? Porque cuando empezamos a actuar como hombres y mujeres libres, nuestro viejo «amo» ya no puede controlarnos más.

### UNA ADVERTENCIA NECESARIA

Me encantaría poder decirle que el cambio es fácil, pero no es así. Los viejos hábitos son terriblemente difíciles de romper. Pensar de forma correcta requiere valor. Y además, nuestro adversario, Satanás, no se rinde fácilmente. Ni se rendirán los legalistas que él utiliza. Sepa que los enemigos de nuestra alma van a desdeñar este mensaje de liberación. Odian la gracia, de modo que

usted debe estar advertido. Para dejar la seguridad que le ofrece la esclavitud y la ignorancia, e introducirse a los campos nuevos y riesgosos de la libertad y la gracia, necesitará valor y decisión. Mi oración es que Dios le dé abundancia de ambos. Usted no está solo en su búsqueda de libertad. Somos muchos los que emprendemos este viaje junto con usted. Hay un «despertar de la gracia» en el corazón de los que pertenecen al pueblo de Dios.

El presidente Lincoln hizo un comentario poco después de que la Proclama de Emancipación fuera presentada en el Congreso a comienzos de 1863. Sonando más como el capitán Ahab en la novela *Moby Dick*, que como Abraham Lincoln dando un discurso, advirtió:

Somos como los balleneros después de una larga persecución de nuestra presa. Al fin le hemos clavado el arpón, pero ahora debemos tener cuidado de cómo nos conducimos, o de lo contrario con un solo coletazo nos mandará a todos al más allá.<sup>5</sup>

Sus palabras fueron proféticas. La Proclama de Emancipación provocó una intensificación en la Guerra Civil. Estaba totalmente acertado. La declaración de libertad produjo aun más enfrentamientos y más derramamiento de sangre.

Hace falta una advertencia así. Nadie sabe qué luchas tendrá que enfrentar ahora que se ha decidido a vivir libre en lugar de ser un esclavo. Pero la buena noticia para muchos es esta: al fin hemos clavado el arpón en el monstruo. Ahora debemos conducirnos cuidadosamente y estar atentos a su malvado coletazo.

# CAPÍTULO SIETE

## *Guiando a otros hacia la libertad*



UN INESPERADO CAMBIO DE ATENCIÓN SE PRODUJO durante la campaña presidencial estadounidense en el otoño de 1988. En lugar de que el noticiero vespertino se centrara en los candidatos republicanos y demócratas, la atención de todos estaba enfocada en dos ballenas grises en Alaska, atrapadas en un agujero respiratorio a muchos kilómetros del océano.

Por extraño que parezca, los candidatos Bush y Dukakis fueron eclipsados por «Bonnett» y «Crossbeak», los nombres que los biólogos dieron a las ballenas. Todo comenzó cuando las dóciles gigantes del mar no se percataron del hecho de que el invierno había llegado más temprano ese año en el norte de Alaska. Ese error las dejó atrapadas, varadas tierra adentro por la creciente capa de hielo sólida que les impedía nadar hacia la libertad.

Al principio pocos se molestaron en notarlo... solo unos pocos esquimales compasivos que se dieron cuenta de que las criaturas necesitaban ayuda. En una forma primitiva llevaron sus motosierras y largos palos hasta el sitio y comenzaron a abrir agujeros en el hielo, lo que les permitía a las ballenas respirar en ruta a aguas abiertas. Aunque el trabajo era primitivo, fuerte y agotador, los esquimales estaban decididos a trabajar para hacer un camino hasta el mar abierto.

El clima no estaba cooperando. Y durante algunos días, la temperatura descendió bajo cero. Eso significaba que el pequeño grupo de rescate tenía que usar aparatos para revolver el agua de modo que no se congelara, especialmente durante las noches cuando el viento aullaba. El interés en el proyecto se intensificó una vez que llamó la atención de los medios de comunicación. Otros voluntarios se sumaron a los esfuerzos de rescate. Debido a que el plan original no avanzaba lo suficientemente rápido, llegó un

«tractor con tornillo de Arquímedes», un enorme vehículo de once toneladas que cabalgaba sobre dos pontones en forma de tornillo, algo sacado de la escenografía de una película de ciencia ficción. Ese gigante torpe quitaría el hielo después de romperlo y empujarlo a un lado centímetro por centímetro, lentamente abriendo camino hacia el mar. Pero eso también era demasiado lento y tedioso. Luego vino la Guardia Nacional, la cual trajo dos helicópteros grúas CH-54 que sistemáticamente dejaban caer cilindros de concreto de cinco toneladas sobre el hielo, kilómetro tras kilómetro, para que el viaje hacia la libertad pudiera acelerarse.

Aunque no lo pueda creer, los soviéticos llegaron a continuación, enviando dos de sus buques al lugar. Uno de ellos era una nave rompehielos gigantesca de veinte toneladas y con una altura de once pisos, y el otro era un barco más pequeño con equipos similares. Curiosamente, dos banderas se izaban por encima de las popas de los buques rusos. Tal vez por primera y única vez, la insignia de franjas y estrellas de Estados Unidos se ondeaba junto con la conocida hoz y el martillo de los soviéticos. Todos los contrastes políticos, las diferencias económicas y los conflictos militares fueron dejados a un lado para esta misión inusual... para que dos ballenas pudieran ser libres. ¡Eureka! Finalmente la liberación ocurrió en Point Barrow, Alaska. El mundo aplaudió a las agotadas criaturas mientras se deslizaron silenciosamente a mar abierto.

Francamente, me pareció una buena distracción de la carrera presidencial. Tuvimos la oportunidad de mirar dos nuevas caras y ver algunos paisajes inusuales. En lugar de lanzar insultos, se trataba de romper el hielo. En vez de comentarios hirientes, había cooperación mutua. Nos sentimos todos bien por dentro. Había algo valiente, sano y hermoso en todo lo ocurrido. A pesar de que se convirtió en un proyecto costoso de más de \$1,5 millones de dólares durante un período de tres semanas, y aunque abrir un camino de casi noventa y siete kilómetros a mar abierto fue agotador, hacer el cambio de énfasis resultó refrescante.

Se me ocurrió unos días después de que el proyecto de rescate llegó a su fin que habíamos sido testigos de un fenómeno extraño. Pensé en el contraste entre lo que estamos dispuestos a hacer como seres humanos por las ballenas y, sin embargo, lo que no estamos dispuestos a hacer el uno por el otro. Ahí se encontraban esos dos enormes habitantes de las profundidades, con los

cuales no podíamos ni siquiera comunicarnos de forma inteligente. Sin embargo, arriesgaríamos todo, pagaríamos una enorme cantidad de dinero, y gastaríamos incansable energía durante el tiempo que fuera necesario para que pudieran vivir en libertad, y todo eso está muy bien. Lo que más me asombra es el poco esfuerzo que estamos dispuestos a hacer para ayudar a otro ser humano a encontrar la libertad en la familia de Dios.

En lo que se refiere a la libertad personal para que los demás puedan respirar libremente y disfrutar de un océano de posibilidades infinitas, no somos tan cooperativos. ¿No es extraño? Aparentemente, la mayoría prefiere limitarse y resistirse a que alguien alcance la libertad en lugar de ayudar a esa persona a avanzar hacia ella. Las naciones están dispuestas a dejar al lado grandes diferencias ideológicas y cooperar en un esfuerzo conjunto para llevar a cabo lo que sea necesario a fin de ayudar al mundo natural a respirar libremente, pero cuando se trata de que la comunidad cristiana ayude a uno de sus propios miembros a encontrar la verdadera libertad... bueno, esa es otra historia. Cruel como pueda parecer, hay asesinos de la gracia por todo el mundo que están tapando agujeros respiratorios y atrapando a las personas bajo el hielo de sus manipulaciones y estricto control. Lo que es tan increíblemente trágico es que siguen haciéndolo, incluso si se lesiona o mata el espíritu de un ser humano. Liberaríamos a las ballenas, pero no los unos a los otros.

Con todo lo que venimos diciendo acerca de la gracia y la libertad, quizás sea hora de aclarar un concepto. Algunos se estarán preguntando: ¿no tiene límites la libertad? ¿No debiera la gente reprimir su libertad y controlarse de vez en cuando? Indudablemente que sí. Es posible abusar de la gracia, y en efecto eso ocurre. Con eso quiero decir que uno puede ejercer su libertad sin sabiduría, sin preocuparse por si ofende o hiere a un nuevo creyente. Pero debo agregar rápidamente que este control es una decisión totalmente individual. No se puede legislar sobre ello, no es algo que pueda imponerse sobre otro. Las restricciones son adecuadas y necesarias, pero no encuentro en las Escrituras ningún lugar donde se nos indique que debemos exigir esa restricción a otro hermano. Hacer eso es caer en el legalismo. Es matar la gracia. El mejor control es el autocontrol que proviene del estímulo interno del Espíritu Santo a través de la persona y la presencia de Jesucristo en cada vida.

Durante los últimos cuarenta años he podido observar que la gran mayoría de los creyentes necesitan ser liberados, no reprimidos. Nuestra tarea es liberar a las personas; la tarea de Dios es controlarlas. Y Dios está haciendo Su tarea mucho mejor de lo que nosotros hacemos la nuestra.

## MARAVILLOSAS VERDADES CONCERNIENTES A LA LIBERTAD

Me gusta pensar en algunos versículos de las Escrituras como agujeros que nos ayudan a respirar. Con eso quiero decir que nos estimulan a ser verdaderamente libres. ¡Nos liberan! Sugiero que todos los que desean ser libres, verdaderamente libres de las trampas de la opresión y las prisiones del legalismo, lean estos versículos una y otra vez. Les sugiero que los escriban en tarjetas y las peguen al espejo del baño. Léanlos en voz alta cada mañana. Les ayudarán a despertar la gracia día a día. He aquí algunos que cito a menudo y reclamo para mi vida:

Para libertad fue que Cristo nos hizo libres. (Gálatas 5.1)

Porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. (Romanos 6.7)

Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte. (Romanos 8.2)

Entonces, ¿qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos concederá también con El todas las cosas? (Romanos 8.31, 32)

Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8.32)

Así que, si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. (Juan 8.36)

Más versículos como estos le empezarán a llamar la atención una vez que el tema de la libertad vaya surgiendo de las Escrituras. Por ejemplo, Pablo le

escribe a Timoteo que Dios «nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos» (1 Timoteo 6.17). No puedo pensar en una misión más elevada en la vida que la de ayudar a otros a *disfrutar* de la vida que Dios nos ha provisto. Sinceramente, esa es una de las metas de mi vida... ayudar a otros a *disfrutar* de la vida.

Algunos de mis lectores seguramente trabajan aconsejando. Y a menos que me equivoque, creo que una de sus tareas y deleites regulares es ayudar a otros a distraerse y disfrutar de la vida. Algunos de ustedes están involucrados en el ministerio de consejería. Y a menos que me equivoque, ayudar a otros a relajarse y disfrutar de la vida es una de sus tareas constantes y gratificantes. Lo felicito y lo animo a que ayude a las personas a las que aconseja a encontrar la libertad que necesitan. Una vez que hayan tratado correctamente con sus pecados, ínstelas a levantar el velo de la culpa y llevar la herrumbrada ancla de la vergüenza que los ha mantenido encallados tanto tiempo. Esas cargas llegan a ser mortificantes, intolerables. Nos sofocan. Nos asfixian. Nos vuelven rígidos. Finalmente nos *entierran*. ¡No deje de seguir abriendo esos agujeros para respirar! ¡No se detenga compañero creyente, continúe adelante, no importa cuánto tiempo le lleve!

No necesita ser un consejero profesional para ayudar a otros. Propóngase ayudar a sus amigos que están esclavizados para que alcancen la libertad. Usted quizás sea su única defensa y protección contra los asesinos de la gracia. Afirmo sin vacilación que una de mis metas más elevadas por el resto de mi ministerio es lograr que más y más de mis colegas, que conocen poco de las maravillas de la gracia, encuentren la libertad. ¡Si hay individuos que necesitan unirse al despertar de la gracia, son aquellos hermanos que están en algún tipo de ministerio vocacional!

Pensemos en lo que dijo Pablo cuando escribió la epístola a los corintios:

Comed de todo lo que se vende en la carnicería sin preguntar nada por motivos de conciencia; PORQUE DEL SEÑOR ES LA TIERRA Y TODO LO QUE EN ELLA HAY. Si algún incrédulo os invita y queréis ir, comed de todo lo que se os ponga delante sin preguntar nada por motivos de conciencia. Pero si alguien os dice: Esto ha sido sacrificado a los ídolos, no *lo* comáis, por causa del que os lo dijo, y por motivos de conciencia; PORQUE

DEL SEÑOR ES LA TIERRA Y TODO LO QUE EN ELLA HAY. Quiero decir, no vuestra conciencia, sino la del otro; pues ¿por qué ha de ser juzgada mi libertad por la conciencia ajena? Si participo con agradecimiento, ¿por qué he de ser censurado a causa de aquello por lo cual doy gracias? (1 Corintios 10.25–30)

El capítulo 10 de 1 Corintios centra su atención en el acto de comer carne. En aquellos días el tabú máximo no era ir al cine, usar cosméticos, bailar o jugar a los naipes. Por entonces el problema principal era este: ¿deben los creyentes comer carne que ha sido ofrecida a los ídolos? Este tema requiere una explicación.

En los rituales paganos de la antigüedad, se ofrecían porciones de carne a los ídolos. Parte de la res, la que sobraba, se vendía en el mercado. Era carne normal y buena. Había creyentes de aquel tiempo que no tenían ningún problema si compraban de esa carne en el mercado. Otros que eran principiantes, y que acababan de convertirse al cristianismo y de abandonar un estilo de vida pagano, pensaban que no debían hacerlo. Su razonamiento era este: «Esa es carne que se ha ofrecido a los ídolos. No deberíamos comprarla ni comerla. Está contaminada por su vinculación con los ídolos del templo y los ritos paganos». Pablo les escribe diciéndoles: «La carne no está contaminada por el hecho de que la otra parte del animal haya sido sacrificada en un altar pagano. No hay manera alguna de que un ídolo de madera o piedra pudiera contaminar un pedazo de carne». Esto explica por qué el apóstol afirma: «Coman cualquiera cosa que se venda en el mercado». El apóstol se sentía libre para comer aunque otros no se sintieran de la misma forma.

Observe nuevamente el versículo 27: «Si algún incrédulo os invita y queréis ir, comed de todo lo que se os ponga delante sin preguntar nada por motivos de conciencia». Pablo está cavando un agujero en el hielo. Él está liberando a los creyentes. No tienen que preocuparse acerca de la carne que se sirve en la mesa de un incrédulo. Si un incrédulo lo invita a un asado, ¡genial! Coma sin hacer preguntas.

Pablo también formula algunos sabios comentarios acerca de las ocasiones en que es mejor no comer; pero la regla principal es comer la carne. «La gracia de Dios dice que ustedes la pueden comer», es lo que

implica este Apóstol de la Gracia. ¡Disfrútenla! Algunos, sin embargo, no sienten la misma libertad, pero eso no los autoriza a censurar a los que comen.

Pablo dice lo mismo aquí. Mire el versículo 30: «Si participo con agradecimiento, ¿por qué he de ser censurado a causa de aquello por lo cual doy gracias?». Esa es una importante pregunta que contesta con valentía: «¿Por qué me censuran por el hecho de disfrutar de la carne que se me ha servido? Hay quienes pueden comer de todo; otros no».

Algo curioso me pasó recientemente. Una de las personas de luz y sonido en la iglesia donde yo pastoreo (¡un verdadero personaje!) me escuchó enseñar sobre el tema de la libertad. Un par de semanas después me quiso poner una trampa. Con una sonrisa pícara dijo: «Tu cumpleaños fue hace poco, ¿verdad?». Yo asentí: «Sí». «Eres originario de Texas, ¿verdad?». Para entonces presentí que me esperaba algo. «Sí», contesté. «Bueno, tengo algo para ti», y puso una lata pequeña en mi mano, como del tamaño de una lata de tabaco. Era una lata de carne de armadillo. Yo gemí. La etiqueta decía: «Armadillo puro de Texas, secado al sol y ablandado en el camino». Los ingredientes estaban del otro lado de la etiqueta: «Armadillo puro secado al sol, atropellado por un camión de madera tres millas al sur de Pollok, Texas, no más de veinte por ciento de pelo y grava, puede contener material extraño».

Me dijo que como yo era un creyente de la gracia, era libre para comerlo. Yo pensé: *¡Vaya, esto sería un festín para los gusanos!* ¿Mi punto? Debido a la gracia, mi amigo puede comer armadillo, y yo también puedo comerlo. No hay problemas con eso. Está bien si él quiere, pero sucede que Dios no me ha guiado a comer armadillo (es ese material extraño lo que me preocupa). Pero si usted quiere comer armadillo, ¡grandioso! Personalmente, tengo mi propia lista dietética de «no debes» (que incluye al armadillo). Quizá usted no tenga eso en su lista, así que adelante, prometo no difamarlo o juzgarlo cuando mastique todo ese pelo y grava.

¿De qué se trata todo eso? Déjeme explicárselo directamente. ¡No me dé su lista personal de qué hacer y qué no hacer para vivir! Y puede contar con esto: nunca le daré mi lista personal de qué hacer y qué no hacer para que usted la siga. Ser libre significa que no tiene, por ningún motivo, que estar de acuerdo con mi lista personal, tampoco debe calumniarme porque no es

exactamente igual a la suya. Esta es una de las formas en que los cristianos pueden vivir en armonía. Se le llama vivir por gracia y es la única forma de volar.

Usted quizás diga: «¿Y si encontramos una lista en las Escrituras?». ¡Eso es diferente! Cualquier indicación específica en las Escrituras debe ser obedecida sin vacilar y sin cuestionar. Es un mandamiento inspirado que todos debemos acatar, que no es lo mismo que una lista personal. Lo insto a orientar su vida por las Escrituras, con todo su corazón, sin tomar en cuenta cómo puede reaccionar cualquier otra persona. Pero cuando surgen cuestiones polémicas que no se especifican en las Escrituras, entonces se convierten en un asunto de preferencia o convicción personal. Más adelante explicaré esto.

Dios les ha dado a Sus hijos una maravillosa libertad en Cristo, lo que no solo implica libertad del pecado y la vergüenza, sino también libertad en el estilo de vida, para que lleguemos a ser modelos de Su gracia. Es difícil ser libre, disfrutar de la libertad y permitir que otros disfruten la suya si uno es inseguro. Es particularmente difícil si usted ha sido criado por padres rígidos y legalistas y ha sido orientado por pastores legalistas con una exagerada sensibilidad por complacer a los demás. Ese tipo de padres y pastores son dados a juzgar, manipular y controlar. Con frecuencia usan la Biblia como un garrote para someter a la gente, en lugar de usarla como una guía para conducir a otros hacia la gracia. A las personas que han vivido bajo la nube del legalismo a veces les lleva años tener por fin el valor de caminar libremente en la gracia de Dios. Desafortunadamente, algunos de los que al fin perciben esa libertad se exceden en su uso y abusan de la gracia de Dios. Eso puede ser tan trágico como los que no se atreven a andar ni un paso. Para reiterar una de mis palabras favoritas, lo que necesitamos es *equilibrio*.

En el capítulo anterior, me referí a la primera parte del capítulo 6 de Romanos. Ahora veremos la segunda parte de ese capítulo. Pero en primer lugar me gustaría volver a examinar las dos preguntas en torno a las cuales gira Romanos 6. Las preguntas pueden parecer iguales, pero no lo son.

### *Primera pregunta*

¿Qué diremos, entonces? ¿Continuaremos en pecado para que

la gracia abunde? (Romanos 6.1)

Antes, en Romanos 5.20, leíamos que «donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». La pregunta lógica que seguiría tal declaración es la que hace Pablo en 6.1, la cual podría ser parafraseada: «¿Debemos continuar viviendo bajo el dominio del pecado para que la gracia pueda sobreabundar más y más?». Y él contesta rotundamente: «¡De ningún modo!».

Como ya hemos descubierto, la primera pregunta tiene que ver con aquellos que no viven en libertad. Eligen el pecado como su amo dominante. Los cristianos que viven así cada día son demasiado conscientes y sensibles al pecado. Tienen miedo al fracaso. La vergüenza domina su pensamiento. En esencia, se enfocan tanto en el pecado que se encaminan a sí mismos hacia el fracaso. En lugar de preocuparse por los beneficios positivos de servir a Cristo y disfrutar de la libertad que Él nos ha proporcionado, siguen viviendo bajo el dominio de su vieja naturaleza.

Al vivir de esa manera, acabamos desarrollando una mentalidad fatalista. Es igual a tomar las llaves del auto y entregárselas a uno de sus hijos adolescentes que acaba de recibir su licencia de conducir, diciendo: «Ahora, permíteme recordarte que vas a tener un accidente. Así que lo primero que tienes que hacer es memorizar el número de teléfono de nuestro agente de seguros. Así cuando tengas un accidente, puedes estar seguro de llamar al número correcto. Pero aquí están las llaves. Espero que disfrutes el paseo».

Qué consejo tan extraño y negativo. Pero eso es lo que hacemos con los cristianos jóvenes. «Escuche, usted necesita saber que *va a pecar*. Así que debe tener cuidado. Memorice 1 Juan 1.9, ¿de acuerdo? De este modo *cuando* peque, sabrá lo que tiene que hacer». ¿Muy pocas veces (si existe alguna) se les dice a los creyentes jóvenes: «¿Sabe qué? Ya no tiene que servir más al pecado. En realidad usted puede vivir varios días sin pecar, tal vez una semana o más. La razón es que tenemos un nuevo Amo, Cristo. ¿Y sabe qué más? Usted tiene un poder adentro que nunca antes había tenido, llamado el Espíritu Santo. Y tiene un conjunto de llaves llamado las Escrituras. Por lo tanto, cuando se active la llave de contacto correctamente, puede disfrutar de una vida como nunca la ha disfrutado antes. Habrá momentos en los que puede tener un accidente. Habrá momentos en que los pecados sucedan. Cuando así pase, permítame decirle cómo lidiar con ello. Pero recuerde: eso

no es la norma; es la excepción. La buena noticia es que usted está libre del viejo amo por causa de Cristo». ¡La gracia le ha hecho libre! Hemos sido emancipados.

¡Vaya, eso sí se trata de abrir agujeros respiratorios en el hielo! ¿Qué habría sucedido si alguien nos hubiera dicho eso? ¿Podríamos haber crecido? ¿Habríamos encontrado el océano? Quiero decir, con la gente abriendo agujeros en el hielo para nosotros, hubiéramos estado nadando libremente en las profundidades en cuestión de meses. Cuando se despierta la gracia, la esperanza y la alegría dominan nuestros días.

### *Segunda pregunta*

¿Entonces qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo! (Romanos 6.15)

Tal pregunta puede parecer la misma, pero es muy diferente a la primera. Esta pregunta: «¿Debemos pecar deliberadamente porque ahora no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?». En otras palabras, ¿por qué no ir a toda máquina? ¿Desactivar todos los frenos? «No bajo la ley» significa que «estoy totalmente libre». ¿Por qué no comer, beber y divertirme? ¡Estoy bajo la gracia! Algunos la han interpretado erróneamente al creer que significa exactamente eso. Como resultado, la utilizan para justificar aun actos de desobediencia deliberada. He visto gente ir tanto al extremo que se convencen a sí mismos de que está bien desobedecer declaraciones específicas de las Escrituras o principios, disolver sus matrimonios, abandonar compromisos previos, y elegir otro compañero. Cuando se les pregunta cómo pueden justificar esa conducta irresponsable, casi sin excepción se refieren a la gracia, como si fuese una cobertura omnipresente dada por Dios para hacer lo que quieran. Tergiversar las Escrituras para satisfacer nuestros deseos no tiene nada que ver con la gracia.

Esa racionalización es la libertad desenfrenada, la libertad sin límites, que no es más que otro vestido de la desobediencia. Algunos pueden considerarla como gracia sublime; yo la llamo el abuso de la gracia. Quienes lo hacen no solo viven confundidos y lastimados, sino confunden y lastiman a otros. Y de eso se trata la segunda mitad de Romanos 6: usted está tan decidido a volar

libre que abusa de la libertad que le ha sido dada. Somos sabios al pensar en la gracia como un privilegio para disfrutar y proteger, no una licencia para complacernos a nosotros mismos.

## ADVERTENCIAS IMPORTANTES PARA TODAS LAS PERSONAS LIBRES

Aun aquellos que viven en un país libre necesitan recibir ciertas advertencias. De modo que no debería sorprendernos que Dios nos dé unas pocas advertencias para que no abusemos de los privilegios que nos da el vivir bajo la gracia. Estas advertencias se presentan en Romanos 6.16–23. Ninguna de ellas es complicada, pero para captarlas es preciso que nos concentremos. Por alguna razón, esta información no se oye muy a menudo en las iglesias. De modo que necesitamos aprender a manejar la gracia con cuidado.

Hay un principio elemental entretejido en las palabras de Romanos 6.16:

¿No sabéis que cuando os presentáis a alguno *como* esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?

Si se me pidiera que resumiera en una sola frase cuál es la enseñanza esencial de este capítulo, diría: *la manera en que vivimos depende del amo que elegimos*. «¿No sabéis que cuando os presentáis a alguno como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis?» ¡Por supuesto que sí! Someterse a un amo es lo mismo que ser esclavo de ese amo. ¿Qué alternativas tenemos?

Solo dos: ser esclavos «del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia». Cada día de nuestra vida tenemos la opción de hacer lo correcto o lo incorrecto. Cuando mandamos a nuestro hijo pequeño a la escuela, le decimos: «Hijito, sabes que papá y mamá no estarán allí para decidir por ti. Algunos compañeros te animarán a que hagas cosas correctas, y otros te impulsarán a desobedecer y hacer lo que no se debe hacer. Elige bien. Elige a tus compañeros cuidadosamente. Sé sensato».

En términos de Romanos 6, le diríamos: «Sirve al amo indicado. Vincúlate a la justicia». Como ve, antes de que el Salvador estuviera presente

en nuestras vidas, no teníamos otra opción. Todos estábamos atrapados bajo el hielo. Respirar libremente no era una opción. No había manera de encontrar la libertad por nosotros mismos, ninguna manera de disfrutar de las profundidades del océano de la justicia. Estábamos esclavizados al mal, a la anarquía, al egoísmo, a elecciones impías y motivos impuros. Cuando Cristo vino, Él nos liberó, dándonos la posibilidad de elegir. Podemos elegir que Él sea nuestro Amo, o podemos volver atrás y elegir que el pecado nos domine de nuevo.

Tal como J. B. Phillips lo declaró: «Usted pertenece a la potencia a la cual elija obedecer». Es así de sencillo. Cada momento de cada día elegimos a quién queremos seguir. Si se trata del Salvador, los beneficios son muchos. Si es el pecado, las consecuencias son destructivas y miserables. Entonces, ¿dónde entra la gracia en esta ecuación? Sencillamente, la gracia es lo que hace que la elección sea posible.

Antes de conocer a Cristo, no teníamos opción. El pecado era el único camino que teníamos delante. Y toda nuestra vida estaba marcada por la maldad. Pero una vez que llegamos a la cruz y le entregamos al Señor Jesús el derecho de controlar nuestra vida, se nos dio una opción que no habíamos tenido nunca antes. La gracia nos liberó de la exigencia de servir al pecado, y nos dio la oportunidad de seguir voluntariamente las directivas de Cristo. En tanto lo hagamos, *¡no vamos a pecar!* Pero apenas rechazamos nuestro compromiso de dejar que nos gobierne, el viejo amo está listo para incitarnos al pecado.

Ojalá que pudiera garantizarnos a todos nosotros una libertad total del pecado 365 días al año, pero eso no es posible, por lo menos no mientras vivamos en la tierra. El estado perpetuo de no pecar (los teólogos lo llaman «la perfección sin pecado») no será nuestro para disfrutarlo hasta que no se nos hayan dado cuerpos glorificados y estemos en casa en el cielo.

Pero la buena noticia es que no tenemos que pecar de manera constante y cotidiana. La gracia nos ha liberado para obedecer a Cristo.

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a aquella forma de enseñanza a la que fuisteis entregados; y habiendo sido libertados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia. (vv. 17, 18)

¡Qué verdad tan maravillosa! Si elegimos la justicia, disfrutamos de un estilo de vida caracterizado por las bendiciones de Dios, la estabilidad, la fortaleza. Todo parece multiplicarse. En cambio, quizás ha descubierto, como lo he hecho yo, que si elige mal, adopta un estilo de vida que se torna cada vez peor. Permítame probar con las Escrituras cuán cierto es eso. Proverbios 5.21 dice: «Pues los caminos del hombre están delante de los ojos del SEÑOR, y El observa todos sus senderos».

Imaginemos que Frank es un cristiano. Aunque él sepa que no debe hacerlo, Frank decide ceder a la influencia dominante y autoritaria de su propia naturaleza, su pecaminosidad. Él deliberadamente decide desobedecer, lo cual es libre de hacer. A pesar de que el Señor pudiera intervenir, a Frank se le permite, en la gracia, la libertad de elegir. Mire lo que sucede.

De sus propias iniquidades será presa el impío,  
y en los lazos de su pecado quedará atrapado.  
Morirá por falta de instrucción,  
y por su mucha necedad perecerá. (Proverbios 5.22–23)

¡Qué descripción tan gráfica! Generalmente pensamos que esta situación solo se aplica a un inconverso. Pero también podría aplicarse fácilmente a un cristiano que de manera intencional decide desobedecer a su Señor. En lugar de ver el error de su camino, se queda en un estado de carnalidad, que entristece al Espíritu de Dios que vive dentro de él. La carnalidad se produce cuando un creyente deliberadamente opera en la fuerza de su propia voluntad... y se niega tercamente a reconocer su error y elige caminar contrario a las enseñanzas de las Escrituras. Las advertencias del Espíritu de Dios son ignoradas en la medida que la desobediencia se convierte en un estilo de vida. Elegir vivir de esa manera es como quedar atrapado en un remolino. La maldad se intensifica. Cuanto más Frank cede a ella, se vuelve más peligroso, hasta que descubre que está insensibilizado ante ella, y de repente se ve absorbido por una especie de agujero negro de rebeldía. Al igual que el hijo pródigo, termina en la miseria y la inmundicia. Y es exactamente donde algunos cristianos se encuentran hoy en día. No hay muchos lugares en la tierra más miserables que ese. En realidad, Frank podría morir en esa condición, a pesar de lo trágico que podría ser. Así les pasó a

algunos de Corinto: «Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y muchos duermen» (1 Corintios 11.30). Sí, algunos se negaron a regresar por medio de la confesión y el arrepentimiento, y como resultado su rebelión terminó en la muerte física.

Reconozco que muchos creyentes justifican un estilo de vida licencioso diciendo: «Todo queda bajo la gracia. Puedo dejar a mi esposa y abandonar a mis hijos, y casarme con otra mujer que sea más atractiva y me ame más apasionadamente. Habrá algunos en la comunidad cristiana que no lo acepten, pero bajo la gracia estoy libre de hacerlo. Después de todo, la mujer con la que me voy a casar también es creyente. ¡Ambos estamos bajo la gracia!». O bien: «Prefiero vivir con este hombre sin casarme con él. No estoy dispuesta a dar un paso permanente y a hacer promesas definitivas. ¡La gracia me da la libertad de hacer lo que yo quiera!». ¡No! Eso no es la gracia. Eso es abusar de la gracia.

La gracia nunca quiere decir que estemos libres para vivir como queramos, sin tomar en cuenta las consecuencias. La gracia no significa que Dios me va a sonreír no importa qué haga con mi vida. Significa que soy libre para elegir la santidad o la desobediencia. Si elijo esta última, debo aceptar las consecuencias: angustia mental, conciencia culpable, ofensas y heridas a otros miembros de la comunidad cristiana, y la deshonra del nombre de Cristo. Si desdeñamos la santidad, el pecado puede aumentar de la misma manera que cuando todavía éramos inconversos. El creyente puede ser temporalmente adicto al pecado. Como lo he mencionado antes, eso es carnalidad. Lo insto a hacer un exhaustivo estudio de la carnalidad, porque se encontrará con ella a lo largo de la vida cristiana y descubrirá qué fácil es caer en esa trampa:

El pecado engendra más pecado. La primera vez que hacemos algo mal, puede que lo hagamos con cierta vacilación, temblor y escalofríos. La segunda vez que lo hacemos, se vuelve más fácil; y si seguimos haciéndolo, es más fácil aún; el pecado pierde su terror. Iniciarnos en el camino del pecado significaría seguirlo más y más.<sup>1</sup>

Estoy enfatizando este concepto no porque quiera ser negativo, sino porque quiero subrayar esta indispensable advertencia. Es necesario que la

compartamos con las personas a quienes queremos guiar hacia la libertad. Cuando empezamos a extender nuestras alas en la gracia, a disfrutar de la nueva libertad, de nuevas profundidades y nuevas alturas, será sabio que no olvidemos cuál es la meta primordial de nuestra vida: glorificar y agradecer a Dios. Dios nos otorga gracia...

Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria, para obtener toda perseverancia y paciencia, con gozo dando gracias al Padre que nos ha capacitado para compartir la herencia de los santos en luz. (Colosenses 1.10–12)

Antes de llegar por fe a la cruz, no podíamos agradecer a Dios. Ahora que la cruz arroja su sombra sobre nuestra vida y que la sangre de Cristo nos ha limpiado de nuestro pecado, somos gloriosamente libres: libres para agradecer a Dios. No tenemos la obligación de hacerlo. Y cuando no lo hacemos, podemos quedar atrapados en las redes de nuestro pecado.

Un escritor describe la trayectoria constante del pecado muy claramente:

Una mentira tiene que ser cubierta por una docena más... La espiral descendente del pecado avanza de un problema a una defectuosa respuesta pecaminosa, la que puede provocar un problema adicional aún más complicado, a la cual [se responde]... con otra respuesta pecaminosa... Los hábitos pecaminosos son difíciles de romper, pero si no se rompen, le esclavizarán a [usted] cada vez más fuertemente. [Usted será] sujetado por esas cuerdas... en una espiral descendente... Por fin, [usted] se convierte en esclavo del pecado.<sup>2</sup>

¿Quiere un buen consejo? Nunca se esconda detrás de la gracia para cubrir un acto de desobediencia. La Escritura llama a eso presunción. He observado que hay más y más creyentes proclives a hacerlo. Durante los últimos veinte años he oído y observado abusar de la gracia en esta forma mucho más que en todos los años previos de mi ministerio. Una voz más

merece ser escuchada sobre el tema. John Henry Jowett escribió unas palabras hace muchos años que todavía nos inquietan con su relevancia:

El pecado es una presencia abrasadora, y cada virtud se encoge y se marchita bajo su calor destructivo. Cada manjar espiritual sucumbe a su toque maligno... El pecado daña la vista, y provoca la ceguera. El pecado deteriora la capacidad auditiva, y tiende a hacer que los hombres se vuelvan sordos. El pecado pervierte el sabor, haciendo que los hombres confundan lo dulce con lo amargo y lo amargo con lo dulce. El pecado endurece el tacto, y finalmente hace que el hombre pierda «toda sensibilidad». Todas estas son analogías bíblicas, y su significado común parece ser lo siguiente: el pecado bloquea y sofoca las virtudes del espíritu; por el pecado somos insensibilizados, entumecidos, y el alcance de nuestras relaciones disminuye. El pecado crea insensibilidad. Pone una herradura sobre el espíritu, y así reduce nuestra área de exposición al dolor.<sup>3</sup>

La vida es como un menú en el Restaurante de la Gracia. En este nuevo establecimiento usted es libre de elegir lo que quiera. Pero sea lo que sea, lo que usted elija le será servido, y debe comerlo. Si elige la comida incorrecta y se da cuenta más tarde de lo mal que su cuerpo reaccionó a ella, no crea que la gracia le protegerá de enfermarse. Sin embargo, hay buenas noticias. La gracia de Dios nos ofrece la esperanza de aceptación ante el Padre, quien le dará la bienvenida de nuevo a la comunión con Él si usted *hace frente al mal, se arrepiente de ello, y vuelve a encarrilarse*.

Dado que soy su hermano, y que ambos pertenecemos a la misma familia de la fe, le puedo advertir sobre el daño que le hará cometer una mala elección, pero la gracia implica que yo le dé la libertad de elegir. Dios tiene toda la capacidad para guiarlo. Él guiará a unos a vivir un estilo de vida y guiará a otros a vivir otro estilo de vida diferente... algunos elegirán esta ocupación, otros elegirán aquella... algunos optarán por esta carrera, otros por la otra. Orientará a unos a educar a sus hijos de cierta manera y a otros a educarlos de otra forma. Usted es libre para hacer cualquier cosa. Quizás prefiera esta clase de música; quizás yo prefiera otra. Yo puedo decidir

enfaticar este aspecto de mi ministerio; usted puede elegir aquel. Algunos ofrendamos cierta suma, otros ofrendan otra. Unos viven en esta clase de casa, otros viven en otra. Estas opciones son válidas para todos nosotros. Como hay diferencias en el gusto y en las preferencias, la gracia nos da la libertad de elegir. Mi consejo es este: deje que las otras personas hagan sus propias elecciones. Acéptelas como son. Defendamos el derecho que cada uno tiene de tener opiniones, convicciones y preferencias diferentes.

De esta manera, seguimos abriendo agujeros en el hielo el uno para el otro. Y todos respiramos más fácilmente. Hace unos años escuché a un excelente grupo de cantantes que viajaban por todo el país. Se hacían llamar «Gospel State of Mind» [Estado mental evangélico]. Gran armonía... buen espíritu... música maravillosa, y gran parte de ella era original. Una de sus canciones trataba de la gracia. Mientras los escuchaba y observaba la alegría con la que cantaban, pensé: *Me gusta el nombre de su grupo*. Al escribir estas páginas sobre la gracia, recuerdo su canción.

Lo que quiero comunicar es que no se trata de que simplemente incorporemos la gracia a nuestro vocabulario, sino de que la cultivemos en nosotros y en los demás... que nos animemos mutuamente a pensar con el esquema mental propio de la gracia. Mi ruego es que el cuerpo de Cristo tenga un «estado mental de gracia». Cuando este se revele, habrá un despertar de la gracia que será obvio a todos, aun a los inconversos.

## ALGUNOS DESCUBRIMIENTOS IMPORTANTES

Cuando leemos Romanos 6.19–23, descubrimos varias cosas importantes para cultivar este «estado mental de gracia».

Primero, descubrimos la indiscutible verdad de que necesitamos un amo. Cristo es el amo ideal que podemos elegir. No andamos bien si no tenemos una autoridad encima de nosotros. No podemos responder bien a las presiones de la vida ni a las tentaciones si actuamos por nuestra propia cuenta. Dios no nos creó para que viviéramos vidas aisladas, sin el control de un amo. Necesitamos que Él se haga cargo.

Lea lentamente el resto de este capítulo:

Porque de la manera que presentasteis vuestros miembros

como esclavos a la impureza y a la iniquidad, para iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros como esclavos a la justicia, para santificación. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres en cuanto a la justicia. ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de esas cosas es muerte. Pero ahora, habiendo sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como resultado la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 6.19–23)

A medida que leo las palabras y trato de expresar lo mismo en términos sencillos, llego a dos conclusiones. En primer lugar, este pasaje nos enseña a *hacer la elección correcta*.

Fíjese otra vez en los primeros tres versículos, esta vez de la Nueva Versión Internacional: «Hablo en términos humanos, por las limitaciones de su naturaleza humana. Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad. Cuando ustedes eran esclavos del pecado, estaban libres del dominio de la justicia. ¿Qué fruto cosechaban entonces? ¡Cosas que ahora los avergüenzan y que conducen a la muerte!» (vv. 19–21).

En segundo lugar, creo que se nos está diciendo que *centremos nuestra atención en los beneficios de nuestro actual estado bajo la gracia*. Citando nuevamente a la Nueva Versión Internacional: «Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han puesto al servicio de Dios, cosechan la santidad que conduce a la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (vv. 22–23).

- Porque por la gracia de Dios estamos libres de la opresión del pecado.
- Por la gracia de Dios soy siervo de Dios.
- Por la gracia de Dios voy a recibir una serie de beneficios.

¿Qué beneficios? Menciono tres: un proceso extraordinario de

crecimiento y maduración como creyente; un estilo de vida libre de culpa, caracterizado por la creatividad y la libertad; y por último, la bendición final: la vida eterna. ¿Cuál es la alternativa? Un estilo de vida pecaminoso que conduce a «una paga de muerte». Lo que significa, entre otras cosas:

- La ruptura instantánea de la comunión con Dios.
- Perder Sus bendiciones.
- La desdicha de una conciencia culpable, y el saber que otros han sido heridos por nuestra actitud.
- La pérdida de la integridad personal.
- La detención repentina del crecimiento espiritual.
- Relaciones tensas con otros creyentes.
- La deshonra de nuestra familia y del nombre de Cristo.
- La injuria al testimonio de nuestra iglesia local.

Sí, la gracia le da libertad para elegir cualquiera de estos caminos. Es sabio elegir el camino de la santidad. Si esa es su elección, usted podrá disfrutar de una vida plena que aquí se llama «vida eterna». Los beneficios son innumerables y todos son hermosos. Pero también puede elegir el camino de la desobediencia y empezar a cobrar parte de «la paga del pecado» que es la muerte, que es horrible. Antes de ceder a la tentación de abusar de la gracia que Dios le extiende, dedique algún tiempo a considerar las consecuencias. Las cicatrices de tales decisiones pueden marcar su vida para siempre. Los pecados pueden ser perdonados, pero algunas cicatrices no se pueden borrar.

Cuando cursaba mis estudios preparatorios conocí a un joven. Este joven ya no se encuentra entre nosotros, murió hace algunos años de un ataque al corazón. En la época a que hago referencia, este jovencito era el descarriado y el rebelde de la clase. Era un excelente jugador de fútbol y también integraba el equipo de lucha (nunca perdió un encuentro), y era el receptor del equipo de béisbol. Uno de sus entretenimientos en las vacaciones era andar en lanchas de carrera. Era uno de esos muchachos incorregibles que prefieren salir a navegar a toda velocidad durante la noche. No hace falta decir que lo último en lo que se hubiera interesado era en cuestiones espirituales... hasta la noche en que Dios captó su atención.

Mientras navegaba a noventa kilómetros por hora bajo una luna de verano, su embarcación golpeó una enorme ola, se dio vuelta y enseguida se hundió. Aunque estaba bastante golpeado, logró nadar hasta unas rocas a las que se aferró. Las aristas afiladas empezaron a lastimarle los brazos, el pecho, el estómago y las piernas. Las olas y la marea lo empujaban arriba y abajo, mientras las afiladas rocas le cortaban el cuerpo y la sangre corría por el agua. Sabía que los tiburones podían estar cerca, y sintió miedo por primera vez en su vida. Esto lo llevó a hacer algo que nunca había hecho: *orar*. Le dijo a Dios que sabía que no lo merecía, pero le pidió ser rescatado. Sin darse cuenta, estaba pidiendo gracia, el favor inmerecido de Dios. Le dijo al Señor que no solo se haría creyente, sino pastor (¡lo que para él era el más horrendo y drástico de los sacrificios!). Dios intervino de manera milagrosa.

No pasaron cinco minutos cuando un barco de la Guardia Costera lo avistó con su reflector y pronto lo alzaron a bordo. El muchacho estaba en carne viva: sus brazos, su vientre y sus piernas habían recibido muchos cortes a causa de las afiladas rocas. Mientras estaba en el hospital, pasó mucho tiempo pensando. Durante su recuperación, le entregó totalmente su corazón a Cristo. Aquellos que lo conocíamos en el colegio no podíamos estar más sorprendidos ante su conversión. Al curarse, le quedaron unas cicatrices largas y protuberantes en el cuerpo, que no le permitirían olvidar jamás su milagroso escape de la muerte.

Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, se olvidó de lo que le había dicho a Dios y eligió retornar a un estilo de vida carnal: mucha bebida, mujeres, vocabulario obsceno, toda la lista. No estaba feliz en este estado de carnalidad, pero a pesar de sentirse desdichado, no lo dejaba. Una noche muy tarde, cuando conducía embriagado, se estrelló contra la columna de cemento de un puente. Salió despedido por el parabrisas, y le quedó el rostro mutilado y marcado para siempre.

Eso finalmente logró captar su atención. Siguió sus estudios universitarios, y luego partió a un seminario. Por el resto de su vida vivió proclamando al Salvador que él había pasado por alto y de cuya gracia había abusado. Hace años me dijo que después de cada ducha, mientras se secaba frente al espejo, las cicatrices parecían gritarle, como mudos recordatorios de las elecciones incorrectas que había hecho tanto antes como después de su conversión. Había sido perdonado, pero las cicatrices no iban a desaparecer.

Sí, la gracia nos da la libertad de elegir. Podemos decidir caminar con Dios y nutrimos de Su poder para enfrentar cualquier cosa que la vida nos depare. O podemos decidir alejarnos de Dios, como lo hizo en un tiempo mi fallecido amigo, y enfrentar las ineludibles consecuencias de nuestra elección. La próxima vez que usted se sienta tentado a someterse a su antiguo amo, recuerde esto: la gracia lo invita a volver y encontrar perdón, pero no elimina automáticamente las cicatrices que acompañan al pecado; algunas de ellas podrían acompañarlo por el resto de su vida.

A pesar de las horribles consecuencias que puede traer el pecado, todavía debo enfatizar que la gracia significa permitir a otros la libertad de elegir, pese a los riesgos. No respetar esta libertad es abusar de la gracia tanto como aquellos que la toman como una excusa para pecar. Creo firmemente en rendirnos cuentas mutuamente, pero la gracia implica que yo no voy a manipular, juzgar o intentar controlarlo, y que usted no lo debe hacer conmigo. Significa que seguiremos ayudándonos unos a otros a crecer y aprender por nosotros mismos; de lo contrario, nunca disfrutaremos de una completa libertad. Para la mayoría de las personas no es natural ni fácil respetar la libertad de los demás. Como nos importan, tendemos a hacerles sugerencias o advertencias. Nos resulta muy doloroso dejar que fracasen o caigan, pero esa es la forma en que Dios nos trata a nosotros prácticamente cada día de nuestra vida. Nosotros tendemos a aferrar, no a liberar, tendemos a poner a las personas dentro de nuestro molde, y no les permitimos moverse a menos que se adapten a él.

Si es así, la siguiente pieza (de origen desconocido) está escrita solo para usted. Esto le ayudará a soltar su agarre. Ser una persona de gracia *requiere* soltar a otros.

Soltar no significa despreocuparme,  
significa que no puedo hacerlo por otra persona.  
Soltar no implica que me distancie de los demás,  
sino es darme cuenta de que no puedo controlar a otro.  
Soltar no quiere decir permitirle a alguien hacer algo,  
sino permitirle aprender de las consecuencias naturales.  
Soltar es admitir impotencia,  
lo que significa que el resultado no está en mis manos.

Soltar es no tratar de cambiar o culpar a otro,  
solo puedo cambiarme a mí mismo.

Soltar implica no cuidar a alguien,  
sino interesarse por él.

Soltar es no tratar de arreglar todo,  
sino dar apoyo.

Soltar es no juzgar,  
sino permitirle a alguien ser humano.

Soltar significa no estar en el centro tratando de controlar  
todos los resultados,

sino permitir a otros decidir sus propios resultados.

Soltar significa no ser protector de alguien;  
es permitir al otro afrontar la realidad.

Soltar no es negar,  
sino aceptar.

Soltar es no molestar, reprender, ni argumentar,  
sino descubrir mis propias deficiencias y corregirlas.

Soltar es no ajustar todo conforme a mis deseos,  
sino tomar cada día como viene.

Soltar significa no criticar o controlar a nadie,  
sino tratar de ser lo que yo sueño que puedo ser.

Soltar implica no lamentar el pasado,  
sino crecer y vivir para el futuro.

Soltar es temer menos y amar más.

# CAPÍTULO OCHO

## *La gracia de permitir a otros que sean lo que son*



LA GRACIA NOS LLEGA EN DOS DIMENSIONES: vertical y horizontal. La gracia vertical se centra en nuestra relación con Dios. Es algo maravilloso. Nos libera de las exigencias y de la condenación establecida por la ley mosaica. Le anuncia una esperanza al pecador: el don de la vida eterna, y todas las bendiciones que lo acompañan. La gracia horizontal se centra en nuestras relaciones humanas. Nos libera de la tiranía de tratar de agradar a los demás y de adaptar nuestra vida a las exigencias y expectativas de la opinión humana. Nos da alivio, nos permite disfrutar de la libertad con todos sus beneficios. Hace callar a la culpa falsa y nos quita la vergüenza que nos hemos autoimpuesto.

Tal vez sean los inconversos los que mejor se den cuenta de cómo vivimos cargados de sentimientos de culpa. Una mujer en nuestra congregación cuenta de una conversación que tuvo con un compañero, cuando ambos eran estudiantes. Él sabía que ella era creyente, y manifestó de manera categórica su total desinterés en la fe que su compañera profesaba. Cuando ella le preguntó la razón de su actitud, la respuesta que le dio llevaba clavado el aguijón de la realidad: «Porque la gente que vive con más sentimientos de culpa que conozco son creyentes. No, gracias».

Es oportuno que le plantee aquí dos preguntas penetrantes que solo usted puede contestar:

1. ¿Suele usted aumentar la culpa que otros sienten, o los alivia de ella?
2. ¿Es usted del tipo de personas que promueve la libertad de otros o de los que la reprimen?

Ambas preguntas están vinculadas a actitudes, ¿verdad? Lo que hacemos con otros depende de la forma en que pensamos. Por lo tanto, nuestra actitud es muy importante. Todo depende de nosotros. Tenemos pleno control de la actitud que adoptemos: encantadores y bondadosos, o represores y rígidos. Los resultados serán la libertad o el legalismo. Según nuestra actitud, seremos dadores de la gracia o asesinos de ella.

El doctor Viktor Frankl sobrevivió a tres amargos años en Auschwitz y en otro campo de concentración nazi. En su libro, *Man's Search for Meaning* [El hombre en busca de sentido], reflexiona acerca de aquellos tenebrosos meses y nos ofrece una aguda observación:

Quienes hemos vivido en un campo de concentración podemos recordar a los hombres que visitaban las chozas consolando a los demás, compartiendo su último pedazo de pan. Quizás no fueron muchos, pero esos pocos representaban una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo en la vida, menos una cosa: la última de las libertades humanas, la elección de la actitud personal que debe adoptar frente a cualquier circunstancia para decidir su propio camino.

Siempre hay elecciones que hacer. Cada día, cada hora, se nos ofrecía la oportunidad de hacer una decisión... una decisión que determinaba si uno se sometía o no a las fuerzas que amenazaban con robarle el último resquicio de su personalidad: la libertad interior. Eso determinaba si nos convertíamos o no en el juguete de las circunstancias, si renunciábamos a nuestra libertad y dignidad para dejarnos moldear como prisioneros típicos. A pesar de que la falta de descanso, la escasa alimentación y las diversas tensiones a que estaba sometida la mente podrían sugerir que los prisioneros estarían obligados a reaccionar de determinada manera, un análisis profundo demuestra claramente que el tipo de persona que el prisionero llegaba a ser era el resultado de una decisión interior, y no solamente la consecuencia de las influencias en el campo de concentración.<sup>1</sup>

Son palabras ciertas, y verdaderamente sabias. Son esas decisiones interiores, no las otras influencias, las que nos hacen el tipo de persona que somos. Una de mis grandes esperanzas al escribir este libro es animar a otras personas a enfrentar el hecho de que es importante mantener una actitud positiva que genere gracia, la clase de gracia que deja que otros sean lo que son y lo que Dios los está guiando a ser. Ser esa clase de personas comienza con una decisión interior de liberar, de soltar la sujeción que tenemos sobre otros.

## DOS TENDENCIAS PODEROSAS QUE ANULAN LA GRACIA

En Romanos, el gran libro de doctrina de la Biblia, encontramos un pasaje con instrucciones prácticas muy claras. De hecho, constituye un conjunto de mandamientos, que, de ser obedecidos, harán de nosotros personas extremadamente capaces de afirmar a otros.

El amor sea sin hipocresía; aborreciendo lo malo, aplicándoos a lo bueno. Sed afectuosos unos con otros con amor fraternal; con honra, daos preferencia unos a otros; no seáis perezosos en lo que requiere diligencia; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor, gozándoos en la esperanza, perseverando en el sufrimiento, dedicados a la oración, contribuyendo para las necesidades de los santos, practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan y llorad con los que lloran. Tened el mismo sentir unos con otros; no seáis altivos en vuestro pensar, sino condescendiendo con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión. Nunca paguéis a nadie mal por mal. Respetad lo bueno delante de todos los hombres. (Romanos 12.9–17)

En esta pequeña joya tenemos concentrada la esencia del cristianismo auténtico. A menos que me equivoque, creo que cada persona que conoce y ama a Jesucristo podría responder a esta lista en palabras similares a estas: «Me encantaría ser así. Es una lista extraordinaria de decisiones para hacer a comienzos de año. Mis relaciones con los demás mejorarían de inmediato.

¡Cómo me gustaría que estas cosas fueran ciertas en mi vida!».

¿Por qué no nos tratamos unos a otros de la manera en que el Señor nos instruye a hacerlo? ¿Por qué mostramos un amor tan hipócrita? ¿Qué nos impide entregarnos sinceramente, respetarnos, atender nuestras mutuas necesidades, practicar la hospitalidad? Cuando otros reciben un ascenso o un reconocimiento especial, o disfrutan de unas cuantas comodidades que nosotros no tenemos, ¿por qué no aplaudimos su éxito y nos alegramos con ellos? ¿Por qué devolvemos mal por mal, aun sabiendo que la venganza no hará otra cosa que levantar más barreras? Podríamos seguir agregando preguntas en dos páginas más. Lo que resulta ineludible es el hecho de que con demasiada frecuencia anulamos la gracia en lugar de acrecentarla. La reprimimos más de lo que la liberamos. ¿Qué es lo que obstaculiza en nosotros ese libre fluir horizontal de la gracia?

Pensé en eso por varios años. Mientras pensaba, no solo examiné mi propia vida, sino que también he observado a otros, especialmente a creyentes. Mis descubrimientos no han sido placenteros, pero son reveladores y creo que son confiables. La mayoría de nosotros fracasamos cuando se trata de liberar a otros para dejarlos ser ellos mismos a causa de dos tendencias muy humanas: *nos comparamos* con los otros (lo que nos lleva a criticarlos o a competir con ellos), e *intentamos controlar a los demás* (lo que nos lleva a manipular o intimidar a las personas). Por algunos momentos, analicemos estas dos tendencias que impiden el despertar de la gracia.

### *Compararnos con otros*

Los creyentes parecen ser muy vulnerables cuando se trata de las comparaciones. Por alguna razón, que no alcanzo a discernir plenamente, no nos sentimos cómodos con las diferencias. Preferimos la uniformidad, lo predecible, los intereses comunes. Si alguien piensa diferente o hace elecciones distintas a las nuestras, si le gustan otros entretenimientos o se viste diferente, si tiene gustos y opiniones distintas, o disfruta de otro estilo de vida, la mayoría de los creyentes se ponen nerviosos. Le damos excesiva importancia a las cosas externas y a la apariencia, y minimizamos totalmente la individualidad y la variedad. Tenemos «normas aceptables» dentro de las que podemos movernos libremente y permitimos a otros que lo hagan. ¡Pero

que Dios se apiade de aquel que se salga de esos límites!

Comparamos los gustos musicales. Comparamos los ingresos. Comparamos los estados civiles. Comparamos la espiritualidad en base a las apariencias externas. Si una persona aprecia los himnos y las canciones melódicas, está bien. Pero si otra prefiere el jazz o el rock, cuidado. Si alguien gana igual dinero (o menos) que nosotros, nos sentimos cómodos, lo aceptamos. Pero si gana mucho dinero, si conduce un automóvil lujoso, o quizás tiene dos, si tiene una avioneta o una casa de veraneo, o se toma largas vacaciones, consideramos que es extravagante... aunque no sepamos nada acerca de su generosidad. Si alguien está casado, y tiene varios hijos inteligentes y bien criados (¡como los nuestros!), nos gusta estar cerca de esa persona. Pero si un individuo vive solo, está divorciado, separado, o nunca se ha casado, bueno... «debe haber algo malo en él (o en ella)». ¡En realidad, lo único malo es la comparación!

¿Quién escribió las reglas del juego de la comparación? ¿Podría por favor mostrarme en las Escrituras dónde dice que Dios se complace con tales actitudes negativas? ¿Por qué no puede ser espiritual una persona y a la vez disfrutar de expresiones de música o arte totalmente diferentes a las que usted disfruta? ¿Quién dice que es carnal tener cosas lindas o disfrutar de algunos lujos extravagantes, en especial si se es extravagantemente generoso? ¿Por qué no puede tener la gente cualquier automóvil que esté en condiciones de comprar, o pasar sus vacaciones donde le plazca, o vivir en la casa que más le guste o usar la ropa que prefiera? Solo porque usted y yo no podamos, no queramos o no elijamos lo mismo, no significa que otros no puedan hacerlo. La comparación alimenta el fuego de la envidia entre la gente, y promueve la tendencia a juzgar. Lo peor de todo es que anula la gracia. Dios nunca tuvo la intención de que todos Sus hijos se asemejaran o mantuvieran el mismo estilo de vida. Observe el mundo natural que Él creó. ¡Qué variedad! El buitre y la mariposa... el perro y el ciervo... la margarita y la orquídea... el movedizo pececillo y el lustroso tiburón.

La iglesia no es una industria religiosa destinada a producir en serie un modelo definido en una línea de montaje. La Biblia no se escribió para transformarnos en creyentes que parecen galletitas en serie o santos recortados en papel, todos hechos con el mismo molde. Por el contrario, las personas de las que leo en el Libro son tan distintas entre sí como Rahab y

Ester, la primera una prostituta, la segunda una reina... tan diversas como Amós y Esteban, el primero un recolector de higos que terminó profeta, y el segundo un diácono que fue mártir. La variedad honra a Dios, la mediocridad le desagradan. Y si quiere pruebas de que prefiere las diferencias, eche una mirada a la extensa galería de los famosos en la historia de la iglesia. Algunas de esas personas jamás hubieran sido bienvenidas en la mayoría de las iglesias evangélicas de nuestros días: «¡Exagera... es excéntrico... demasiado liberal!». ¿Se puede imaginar al apasionado John Knox en uno de los sofisticados púlpitos contemporáneos? ¿O a Martín Lutero en televisión? Si usted está familiarizado con el estilo desinhibido del reformador, seguramente se estará sonriendo. Él fue quien en cierta ocasión admitió que nunca predicaba mejor que cuando estaba airado.

Antes de que podamos demostrar a otros la gracia necesaria para dejarlos ser lo que son, tenemos que liberarnos de la tendencia legalista a hacer comparaciones. (Sí, es una forma de legalismo). Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros tal como somos. Quiere modelar en nosotros la imagen que tiene en mente. Su único modelo (en lo que a carácter se refiere) es Su Hijo. Él quiere que cada uno de nosotros sea único, una combinación y una expresión individual, y distinta a cualquier otra persona. Esa es Su intención. Solo hay uno como *usted*. Y una sola persona como *yo*. Y lo mismo podemos decir de cada miembro de la familia de Dios.

El legalismo requiere que seamos todos semejantes, unificados en nuestras convicciones y uniformes en nuestra apariencia, a lo que yo respondo: «¡Déjenme fuera!». La gracia encuentra gusto en las diferencias, estimula la individualidad, sonrío ante la diversidad, y deja espacio suficiente para las diferencias de opinión. Recuerde que libera a otros para ser lo que son, y a eso digo: «¡Cuenten conmigo!». Las comparaciones son odiosas. Hasta que no digamos basta a las comparaciones, no podrá fluir la gracia horizontal en la iglesia.

### *Controlar a los demás*

Otra actitud que vale la pena cambiar, si queremos promover *el despertar de la gracia* en nuestra generación, es la tendencia a controlar a los demás. Encuentro que esta actitud prevalece entre aquellos que encuentran su

seguridad al amparo de la rigidez religiosa. Logran lo que quieren en la medida que puedan manipular e intimidar a otros. Usan tácticas de temor, amenazas veladas y expresiones indirectas para conseguir lo que quieren. Si alguna vez ha estado cerca de una persona así, sabe exactamente qué es lo que estoy tratando de describir. La mayoría de las veces, estas personas son inseguras y carecen de libertad, de modo que es natural que se sientan incómodas cerca de otras personas que sí son libres. Por lo tanto, formulan exigencias e imponen expresamente su voluntad sobre los demás. Las personas manipuladoras no pasan inadvertidas y no son lo que podríamos llamar sutiles. A veces pueden ser realmente amedrentadoras.

Me recuerda un diálogo entre un par de personajes de tiras cómicas. Un hombre está sentado solo, mirando la televisión. De repente irrumpe una mujer en el cuarto, exigiendo que se cambie el canal al que ella quiere ver, amenazándolo con su pequeño puño gordo en la cara. Con mansedumbre él le pregunta qué le hace pensar que puede entrar y tomar el control. Ella dice abruptamente: «¡Estos cinco dedos!», que ella aprieta en un puño. Funciona. Sin una protesta el hombre pequeño responde preguntando qué canal prefiere.

Naturalmente, a ella se le deja ver el canal que quiere. Lentamente él se desliza fuera de la habitación, sintiéndose como un debilucho. Mira sus propios cinco dedos y les pregunta: «¿Por qué no se organizan así?».

Los controladores ganan por la intimidación. Ya sea física o verbal, a su manera nos intimidan mientras tratan de manipularnos para hacer su voluntad. En los círculos cristianos los controladores son generalmente más insidiosos que la mujer obstinada con su amigo debilucho. Pero son igualmente determinados, ¡téngalo por seguro! Cualquiera que sea el método, tanto el control como hacer comparaciones anulan la gracia.

Si usted tiende a controlar a otros, la gracia es un concepto desconocido en su vida.

## CUATRO PAUTAS BÍBLICAS QUE MAGNIFICAN LA GRACIA

Hemos dicho suficiente acerca de lo que anula la gracia. Lo que queremos por sobre todas las cosas es magnificarla, promoverla y liberarla.

En su carta a los romanos, Pablo trata detalladamente el tema de la libertad personal, mucho más minuciosamente que en alguna de sus otras

epístolas. En el capítulo 14, por ejemplo, presenta cuatro pautas muy prácticas que pueden seguir todos los que estén realmente interesados en otorgar gracia a los demás. Mi esperanza es que no solo aprendamos en qué consisten estos principios; es igualmente importante que los apliquemos cada día de nuestra vida.

La primera pauta está basada en Romanos 14.1–4:

Aceptad al que es débil en la fe, pero no para juzgar sus opiniones. Uno tiene fe en que puede comer de todo, pero el que es débil solo come legumbres. El que come no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha aceptado. ¿Quién eres tú para juzgar al criado de otro? Para su propio amo está en pie o cae, y en pie se mantendrá, porque poderoso es el Señor para sostenerlo en pie.

Como ya hemos tratado el asunto de comer carne de un animal ofrecido a los ídolos, no hace falta que vuelva a comentar el trasfondo de este tema. Pero quizás debiera repetir la pregunta que planteaba esa controversia: ¿debe un creyente comer esa carne o no? Algunos creyentes no tenían problema en hacerlo, mientras que otros sí, porque pensaban que el que lo hiciera quedaría espiritualmente contaminado por la asociación entre la carne y la adoración pagana. Veamos cómo esta misma situación se relaciona con la posibilidad de magnificar la gracia:

Pauta 1: *Aceptar a los demás es esencial para darles la libertad de ser ellos mismos.* El problema no era en realidad la carne, sino el amor entre hermanos, un problema de *aceptación*. Y hoy es igual. Muchas veces restringimos nuestro amor porque le damos un carácter condicional: «Si haces (o no haces) tal cosa, entonces te aceptaré». Pablo parte desde ese punto: «¡Acéptense unos a otros!». En otras palabras: «Démonos unos a otros la libertad de sostener convicciones distintas, y aceptémonos mutuamente a pesar de esas diferencias». El apóstol exhorta a aquellos que no comían carne (aquí llamados «débiles en la fe») a aceptar a aquellos que sí lo hacían, sin juzgarlos. Y a aquellos que sí comían los exhorta a aceptar sin criticar a quienes no lo hacían. El secreto reside en la aceptación mutua. Todo esto es bastante fácil de leer mientras tratamos el asunto de comer carne. Nos

sentimos seguros porque no se trata de un tabú de nuestro tiempo. ¡Es fácil aceptar a esas personas hoy en día, simplemente porque no existen!

¿Pero qué diremos de aquellos que no concuerdan con usted en asuntos que son tabú en los círculos cristianos de nuestros días? Aquí menciono algunos asuntos:

- Ir al cine o al teatro
- Usar cosméticos
- Jugar a los naipes
- Mirar televisión
- Ir a la playa
- No tener un devocional todos los días
- Ir a un restaurante donde se venden bebidas alcohólicas
- Usar determinada ropa
- Conducir determinados automóviles
- Usar determinadas joyas
- Escuchar cierta música
- Bailar... bailes folklóricos, de salón, en discotecas, lo que sea
- Desempeñar determinados trabajos
- Usar el cabello de cierta forma (suponiendo que usted no sea calvo)
- Tener posesiones hermosas y elegantes
- Hacerse la cirugía estética
- Tomar café
- Comer ciertas comidas

Hay una docena más de cosas que podría agregar, algunas de las cuales harían reír. Pero créame que en ciertos lugares estas cosas siguen siendo tabú, y si usted se atreve a cruzar la frontera tendrá problemas en su iglesia. Es probable que le llamen la atención. Y si no lo hacen, las miradas caerán sobre usted y lo tratarán con aspereza, mostrando actitudes carentes de gracia. Somos maestros en este arte. Si usted desea «sobrevivir», sería mejor que aprendiera pronto las reglas. Pero no dé por sentado que en todas partes

existen los mismos tabúes. La lista aun hoy en día es distinta en cada cultura.

Leí acerca de una conferencia de pastores en la que se había reunido un grupo de luteranos alemanes. Como parte de la recepción se sirvió cerveza. Nadie se preocupó por eso porque en su cultura una jarra de cerveza es algo totalmente aceptable. Pero si a alguno se le hubiera ocurrido encender un cigarrillo, la cosa hubiera sido diferente. ¿Resulta extraño? No debían fumar, pero si querían disfrutar de un trago de cerveza, no había ningún problema.

Conozco iglesias donde miran con el entrecejo fruncido a alguien si va al teatro o al cine, no importa qué película sea. Hay miembros de esas congregaciones que hasta se dedican a espiar en esos sitios. Pero algunas de esas mismas personas son capaces de quedarse hasta tarde en su casa mirando películas por televisión. Algunos hasta tienen televisión por cable y miran películas mucho peores que las que se exhiben en los teatros. ¡Qué cosa! Para mí las películas son películas, no importa dónde se exhiben. ¡Pero no para estas personas!

Una de mis historias favoritas viene de un hombre que era un miembro de nuestra iglesia. Él y su esposa eran amigos cercanos de la familia, pero se trasladaron a otra parte del país. Cuando él era un pastor de jóvenes hace muchos años en una comunidad étnica, asistió a una iglesia que tenía raíces escandinavas. Por ser un hombre joven creativo con una mirada orientada hacia el futuro, decidió mostrar al grupo de jóvenes una película sobre las misiones. Estamos hablando de algo sencillo, seguro, en blanco y negro, una película religiosa. No se había apagado el proyector de películas ni una hora antes de que un grupo de los líderes de la iglesia lo llamara y le preguntara sobre lo que había hecho. Le preguntaron: «¿Les mostraste a los jóvenes una película?». Con toda franqueza respondió: «Pues... sí, lo hice». «No nos gusta esto», le respondieron. Sin tratar de ser ofensivo, el pastor de jóvenes razonó: «Bueno, recuerdo que en la última conferencia misionera, nuestra iglesia mostró diapositivas de...». Uno de los oficiales de la iglesia levantó su mano, indicándole que dejara de hablar. Entonces, en estas palabras, explicó enfáticamente el conflicto: «Si no se mueve está muy bien. ¡Si se mueve, es pecado!». Usted puede mostrar diapositivas, pero cuando empiezan a moverse, ahí está entrando en el pecado. Mi amigo había cruzado la línea invisible y recibido una bofetada. Él y yo todavía nos reímos de la incongruencia de esa lógica, pero no menosprecia a los dirigentes por su

punto de vista diferente. (Recuerde, nuestro objetivo es la aceptación, la base de un estado mental de la gracia).

En Romanos 14, Pablo menciona las dos reacciones más comunes en conflictos como ese. Primero dice: «El que come no menosprecie al que no come» (v. 3). La expresión *menospreciar* significa «considerar como menos, despreciar, no tener en cuenta». Esa es la reacción habitual de aquellos que se consideran con la libertad de tratar de cualquier forma a los que son más reprimidos o rígidos. Es fácil menospreciarlos, «considerarlos poca cosa».

La segunda reacción que Pablo menciona es la opuesta: «Y el que no come, no juzgue al que come». *Juzgar* significa criticar, considerar negativamente, hacer suposiciones exageradas y erróneas y hasta injuriosas. No importa la postura que usted tenga respecto a un tabú, no debe juzgar al que tenga una postura diferente. Eso es lo que se ha venido haciendo desde siempre, desde el *primer* siglo.

El finado autor escosés, William Barclay, escribe:

Los judíos habían transformado el *sabat* en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas, normas y prohibiciones.<sup>2</sup>

¡Se había transformado en un fetiche!

¿Se imagina usted que el día de descanso pueda llegar a transformarse en un fetiche? Cualquier cosa a la que le damos excesiva importancia se transforma fácilmente en un fetiche, con toda la tragedia que ello implica.

¿Recuerda la pregunta de Pablo? «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae». Cuando realmente aceptamos a otra persona, recordamos que el Señor es perfectamente capaz de dirigir su vida. Eso nos alivia de tener que estar por encima de la conciencia del hermano o la hermana. A nosotros nos corresponde aceptarlos; a Dios le corresponde dirigirlos.

¿Qué significa la aceptación? ¿Qué incluye? No lo puedo expresar mejor que lo que leí en un periódico hace muchos años, y por eso recurro a esa fuente para responder a estas dos preguntas:

La aceptación significa que usted es valioso tal como es. No tiene que fingir ser lo que no es. No tiene que adaptarse a la

idea de otro respecto a lo que debe ser. Significa que sus ideas se toman en serio porque reflejan lo que usted es. Puede hablar de cómo se siente y por qué se siente así, y sabe que alguien realmente se va a interesar.

La aceptación significa que puede expresar sus ideas sin temor. Hasta puede manifestar un pensamiento herético y analizarlo de manera aguda y honesta. Se siente seguro. Nadie lo juzgará, aunque no estén de acuerdo con usted. No significa que nunca se le mostrará que está equivocado; simplemente significa que puede ser *usted mismo* con total seguridad, y que nadie lo va a destruir por un prejuicio.<sup>3</sup>

La aceptación es esencial para permitirles libertad a los demás. Observe los próximos cuatro versículos de Romanos 14, en referencia a la segunda de nuestras pautas:

Uno juzga que un día es superior a otro, otro juzga iguales todos los días. Cada cual esté plenamente convencido según su propio sentir. El que guarda cierto día, para el Señor lo guarda; y el que come, para el Señor come, pues da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor se abstiene, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo; pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos; por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. (vv. 5–8)

Pauta 2: *Si dejamos de controlar a los demás, le permitimos al Señor la libertad de dirigir sus vidas.* Aprecio de manera especial la afirmación al final del versículo 5: «Cada cual esté plenamente convencido según su propio sentir». Hay que darles espacio a las personas para que piensen por sí mismas. ¿Hay individuos recién convertidos a su alrededor que forman parte de su vida y ministerio? ¿Quiere ayudarlos a crecer hacia la madurez? Déjelos crecer de manera diferente a cada uno. Déjelos que sigan su propio ritmo, tal como usted aprendió, incluyendo sus fracasos y errores. Si realmente quiere que despierte la gracia, sea más tolerante con ellos de lo que

otros fueron con usted. No decida por ellos. ¡Déjelos decidir! No trate de hacer pesar su influencia. No les ate las manos ni los manipule para obtener lo que desea.

Procure ser un modelo de gracia, aceptando a los demás. No ceda a la tentación de ser una persona que critica y destruye a sus hermanos y hermanas. Ya tenemos demasiados personajes de esa clase rondando los círculos religiosos. Y no hay nada que llame tanto la atención de los incrédulos como cuando los creyentes se atacan unos a otros. No piense que el mundo no advierte nuestro «canibalismo».

La mayoría de los cristianos tienen un largo camino por recorrer en lo referente a entregar a otros al Señor. Me encanta la forma en que Pablo ofrece la perspectiva correcta de que «somos del Señor». Pocas son las cosas que nos impedirían controlar la vida de otros como ese recordatorio. Cada uno de nosotros pertenece al mismo Señor. Cuando dejamos de imponer nuestras pautas a los demás, les es más fácil madurar en la medida que sigan las directrices del Señor.

Sigamos adelante a los próximos cuatro versículos de Romanos, capítulo 14:

Porque para esto Cristo murió y resucitó, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O también, tú, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Porque está escrito:

VIVO YO — DICE EL SEÑOR — QUE ANTE MI SE DOBLARA TODA RODILLA, Y TODA LENGUA ALABARA A DIOS.

De modo que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí mismo. (vv. 9–12)

*Pauta 3: Liberar a otros implica que nunca asumiremos una posición que no tenemos derecho de asumir.* Esto es suficiente para impedir que una persona juzgue a otra. No estamos calificados para hacerlo. Carecemos del conocimiento necesario. Muchas veces arribamos apresuradamente a conclusiones equivocadas y juzgamos, solo para advertir más adelante que carecíamos de fundamento... y entonces quisiéramos poder cortarnos la

lengua.

¿Por qué no estamos calificados para juzgar?

- Porque no conocemos todos los hechos.
- Porque no podemos leer las intenciones.
- Porque no podemos ser absolutamente objetivos.
- Porque no tenemos la perspectiva «del cuadro completo».
- Porque somos ciegos a ciertas cosas.
- Porque tenemos prejuicios y percepción «borrosa».
- Por sobre todas las cosas, porque nosotros mismos somos imperfectos e inconsecuentes.

En una ciudad de Connecticut, cincuenta y tres habitantes de un determinado barrio firmaron una petición para detener la conducción imprudente en sus calles. Así que la policía tendió una trampa. Unas noches más tarde cinco violadores fueron capturados. Los cinco habían firmado la petición.<sup>4</sup>

Nunca olvidaré lo que me ocurrió varios años atrás, lo cual me demostró cuánto podía equivocarme al juzgar a otra persona. Estaba dando un seminario bíblico de una semana de duración, durante el verano. En el mismo encuentro participaba una pareja que yo no había conocido antes. Conversamos brevemente la primera noche. Ambos se mostraron amigables y parecían especialmente contentos de estar allí. A medida que transcurría la semana, comencé a notar que el hombre se dormía en todas las sesiones. Absolutamente en todas. De manera habitual eso no me molesta. ¡A menudo hablo en los sueños de otras personas! Pero esta vez, por alguna extraña razón, me empezó a incomodar. El miércoles me sentía irritado. Como ya dije, he vivido muchas veces situaciones como esa... pero ese hombre se dormía apenas diez minutos después que yo había empezado a hablar. No hacía diferencia alguna si hablaba de mañana o de noche; siempre se dormía. Al llegar la reunión del viernes (y en la que naturalmente también se durmió), me convencí de que quien quería participar del encuentro era ella, y no su esposo. Lo evalué como una persona que dice una cosa y actúa de otra forma, «probablemente sea un creyente carnal».

La mujer esperó hasta que la gente y su esposo se hubieron marchado. Me preguntó si podía hablar conmigo unos minutos. Supuse que quería hablarme acerca de lo poco feliz que era viviendo con un hombre que no tenía el mismo interés que ella en las cosas espirituales. ¡Cómo me equivoqué! Me dijo que era idea de su esposo que asistieran al encuentro. Había sido «su último deseo». No entendí. Me explicó que tenía cáncer y le quedaban pocas semanas de vida. Porque él así lo había querido, participaron en mi seminario a pesar de que el remedio que tomaba para aliviar el dolor le producía mucho sueño, cosa que por cierto lo ponía muy incómodo. «Ama al Señor», me dijo ella, «y usted es su maestro favorito. Quería por sobre todas las cosas estar aquí y conocerlo personalmente, a cualquier costo». Sinceramente, me sentí impactado. Me agradeció por la conferencia, y se fue. Yo me quedé allí, solo, sintiendo el peor reproche de mi vida. Había juzgado a mi hermano, y me había equivocado de una manera terrible.

¿Significa este principio que siempre tenemos que estar de acuerdo con los demás? No. Ese será el tema del próximo capítulo, de modo que no me voy a ocupar extensamente aquí del asunto. Hay una cantidad de personas con las cuales usted puede llegar a disentir, pero puede seguir demostrándoles respeto. Me siento mucho más feliz si acepto el hecho de que los demás no siempre van a concordar con mis convicciones. Pero lo esencial es que usted y yo nos cuidemos de juzgar a otros. Repito: no estamos calificados para cumplir ese papel. Dios solamente debe ser nuestro Juez y nuestro Jurado.

Queda una pauta más, que surge de los versículos 13 al 18 de Romanos 14:

Por consiguiente, ya no nos juzguemos los unos a los otros, sino más bien decidid esto: no poner obstáculo o piedra de tropiezo al hermano. Yo sé, y estoy convencido en el Señor Jesús, de que nada es inmundo en sí mismo; pero para el que estima que algo es inmundo, para él lo es. Porque si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas conforme al amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió. Por tanto, no permitáis que se hable mal de lo que para vosotros es bueno. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que de esta manera sirve a Cristo, es aceptable a Dios y

aprobado por los hombres.

Pauta 4: *Nuestro amor por los demás requiere que expresemos nuestra libertad con sabiduría.* En otras palabras, el amor es lo que gobierna. No me pertenezco a mí mismo, fui comprado por un precio. Mi meta no es agradarme a mí mismo, sino a mi Señor Jesús, mi Dios. No es agradarle a usted, sino agradecer a mi Señor. Lo mismo se aplica en su caso. De modo que la ley básica es esta: yo no adapto mi vida a lo que usted puede llegar a decir, sino que adapto mi vida al fundamento del amor que le tengo a usted, porque yo respondo a Cristo. Y lo mismo es cierto en su caso.

Podemos parafrasear los versículos que acabamos de leer en Romanos: «Nada que no sea explícitamente indicado en las Escrituras como malo es malo, sino más bien es un asunto de preferencias o gustos personales. Dejemos que así sea. Aunque usted está convencido de que no haría lo que otra persona hace, permita que él o ella lo haga. Y los que sienten libertad para hacerlo, no hagan alarde de ello ni se burlen de los que piensan distinto. Se supone que estamos construyendo, no destruyendo. Y que todos recordemos que el gran plan del reino de Dios no es que seamos moldeados por esas pequeñeces de los gustos personales, sino por cosas grandiosas, como la santidad, la paz, el gozo».

Uno de los rasgos de la madurez es la habilidad de manejar la libertad sin hacer alarde de ella. Las personas maduras no se jactan de sus privilegios. Los disfrutan plenamente, pero en silencio, privadamente, con aquellos que piensan como ellos, que no se ofenden por el uso de la libertad.

Cuando nuestros hijos empezaron a crecer, aumentamos sus privilegios. Uno de los primeros privilegios de que disfrutó nuestro hijo mayor fue el de no tener que tomar una siesta y no tener que irse a la cama temprano. El problema era que sus tres hermanos no tenían edad suficiente para disfrutar de los mismos privilegios. De modo que él debía ser maduro en el manejo de su nueva libertad. Si él hubiera hecho alarde, se hubiera producido el caos. En otras palabras, no podía pasar junto a la puerta del dormitorio y provocarlos gritando: «Ja, ja, ja. Yo no duermo siesta». O bien: «Ja, ja, ustedes se van a dormir temprano; yo no. ¡Tengo libertad para quedarme hasta *bieeeen* tarde!». Le aconsejamos que se mantuviera callado y manejara su libertad con sabiduría. Pablo nos advierte a usted y a mí que hagamos lo

mismo. Si no lo hacemos, los asesinos de la gracia acumulan municiones y encuentran razones para apuntar en contra de nosotros. La gracia nunca nos da derecho a burlarnos de nadie a causa de nuestra libertad. Cuando veo que eso ocurre, advierto que estoy presenciando la infantilidad religiosa en acción.

## ALGUNAS ACCIONES QUE MUESTRAN GRACIA

Quiero cerrar este capítulo centrando nuestra atención en los últimos versículos de Romanos 14. Lea el versículo 19 lentamente y pensando en lo que dice. «Así que procuremos lo que contribuye a la paz y a la edificación mutua». Sobre la base de esta gran afirmación, reflexione en los siguientes pasos de acción.

1. *Concéntrese en las cosas que estimulan la paz y ayudan al crecimiento de otros.* Algo que me sirve a mí es pasar todo lo que hago por un doble «filtro», por dos preguntas que me mantienen ubicado: (a) ¿Va a provocar muchas olas, o va a promover la paz? (b) ¿Va a herir u ofender, o va a ayudar a que mi hermano y mi hermana se fortalezcan? Volvamos a comprometernos plenamente con la meta de animar y afirmar a los demás.

2. *Recuerde que sabotear a los santos perjudica a la obra de Dios.* «No destruyas la obra de Dios por causa de la comida» (v. 20). Usted está sabotando a los santos cuando hace alarde de su libertad si sabe que ellos tienen convicciones opuestas. Eso no es justo. Francamente, es pelear sucio. Las Escrituras lo llaman «menospreciar», y nos advierten que no tengamos esa actitud. Disfrute de su libertad con discreción.

3. *Haga uso de su libertad solo entre aquellos que la disfrutan como usted.* Repito, eso significa ser discreto. Recuerde lo que conté acerca de mi hijo mayor. Lo que otros no saben no puede herirlos. Eso no es un engaño, sino una restricción necesaria y sabia. No es motivado por la hipocresía, sino por el amor.

4. *Defina dónde está ubicado, y niéguese a hacer el papel de Dios en la vida de cualquier otra persona.* Eso puede parecer simple y fácil, pero es más difícil de lo que parece. Asegúrese de estar en lo cierto, y siga adelante, sin flaquear. Al permitirles a los demás ser lo que son, usted adquiere libertad para concentrarse en prestar toda la atención a lo que Dios está tratando de

hacer en usted. No tiene ni el tiempo ni la energía necesarias para controlar a los demás. Amar a los demás significa otorgarles libertad.

# CAPÍTULO NUEVE

## *La gracia de estar en desacuerdo... y perseverar*



UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS DE LA MADUREZ es la habilidad de estar en desacuerdo sin ser desagradable. Y eso requiere gracia. De hecho, uno de los máximos logros de la gracia es poder manejar los conflictos con tacto.

Desafortunadamente, cuanto más envejecemos, tanto más frágiles se tornan nuestras reacciones, tanto más tediosos, obstinados e inestables nos tornamos. Por alguna extraña razón, esto ocurre especialmente entre los creyentes evangélicos. Usted quizás creería que la iglesia es el sitio donde se puede encontrar más tolerancia, tacto, lugar para disentir, discusión franca. ¡No es así! Es un raro placer cruzarse con una persona en la familia de Dios que haya crecido tanto en el conocimiento como en la gracia.

Un amigo me relató un hermoso ejemplo de esta situación; se trata de una historia verídica. El pastor de una iglesia que pertenecía a otra denominación se comunicó con el pastor de una iglesia bautista céntrica y numerosa, y le pidió algo poco común. En su congregación había varias personas que se habían unido recientemente a la iglesia y que preferían ser bautizadas por inmersión y no por aspersión, que es la forma en que su iglesia normalmente bautizaba. El pastor no solo pidió que le facilitaran el uso del bautisterio, sino que el pastor de la iglesia local fuera quien bautizara a los nuevos convertidos. Esto planteó un dilema: ¿y si los que se iban a bautizar no eran realmente nacidos de nuevo? Como el pastor tenía la convicción de que solamente los creyentes podían ser bautizados, advirtió que no podía cooperar de buena fe en este plan; pero a la vez quería presentar su respuesta con tacto para no ofender al otro pastor. Tengo entendido que escribió una carta, que era un modelo de gracia, en la que incluyó esta afirmación llena de humor: «No lavamos ropa ajena, pero estaremos encantados de prestarle la lavadora».

Ojalá todos los asuntos de esa índole se manejaran con tanta gracia.

Más de un ministro vive al borde del conflicto y la controversia, simplemente porque sus miembros no admiten el desacuerdo... no se brindan libertad para la negociación... no se permiten escuchar a nadie que sostenga una opinión diferente a la de ellos. Conozco a pastores que nunca leen una correspondencia que les hace alguna crítica; todo pasa por el filtro de sus secretarías, quienes rápidamente la descartan. Un pastor ha declarado públicamente que no incluiría en su equipo a ninguna persona que le dijera «No». Cuando lo escuché, no pude sino preguntarme dos cosas: ¿cómo va a encontrar en el mundo suficientes personas para integrar su equipo? ¿Y cómo se las arregla su esposa con las cosas en las que no está de acuerdo?

Hay otro lado de este asunto de la crítica que necesitamos encarar con igual vigor, y es la importancia de decir lo que pensamos, pero con gracia. Como yo sí leo la mayor parte de la correspondencia conflictiva que me llega, estoy muy al tanto de cómo expresa la gente sus desacuerdos. Con algunas honrosas excepciones, la regla general es que las críticas se expresan sin tacto, agresivamente, de manera acusadora, y a veces con sarcasmo. Las más ofensivas son aquellas que no se firman (lo que es una cobardía), y que faltan a la verdad. ¡Vaya, ellos sí son asesinos de la gracia!

Durante años he dicho que la gente no debe leer un correo no firmado. Mi problema es que suelo leerlo. También he dicho que la gente no debe prestarle atención: «¡Tírelo a la basura!». Mi problema es que generalmente lo *memorizo*. Ya sé, ya sé, no es saludable, pero ¿desde cuándo soy un modelo de la perfección? ¡Vaya, el ejemplo debe comenzar por casa!

Todo esto es para decir que he leído lo suficiente de «correo hostil» (un término fuerte, pero a veces es verdad) para hacer esta sugerencia: *piense antes de escribir su desacuerdo*. Yo he descubierto que ayuda hacer una pausa y ponerme en el lugar de la otra persona y visualizarme abriendo la carta y sintiendo el aguijón de aquellas palabras. Como consecuencia de ese pequeño hábito, por lo general hago pedazos mi carta de crítica en lugar de enviarla.

Créanme, las palabras amargas y duras se adhieren como trocitos de metralla en el cerebro, aun en las personas que uno pensaría que son lo suficientemente fuertes como para manejar la situación. La persona que los ha criticado quizás se olvide pronto del asunto, pero difícilmente lo olvide la

persona que ha sido agredida verbalmente. Me encanta ese viejo refrán que dice: «Escribe tus críticas en la arena, y tus cumplidos en el mármol».

Me vienen a la mente los cuatro últimos versículos de Efesios, capítulo 4:

No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino solo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan. Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, por el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Sea quitada de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, así como toda malicia. Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, así como también Dios os perdonó en Cristo. (vv. 29–32)

Nadie podría expresarlo más sucintamente que eso. Sea amable, amigo creyente, en todo lo que escriba o diga. No cuesta nada, y solo lleva apenas un poco más de tiempo expresar los desacuerdos con tacto y gracia en las ocasiones en que las cosas no se presentan como queremos, cuando alguien sostiene una opinión diferente a la nuestra, cuando debe hacerse una corrección o resulta pertinente hacer una amonestación. La descortesía nunca es apropiada. Sin excepción alguna, la amabilidad siempre lo es.

## COSAS EN LAS QUE ESTAMOS DE ACUERDO RESPECTO A LOS DESACUERDOS

A pesar de todo lo que hagamos por asegurar la paz, y a pesar de la actitud positiva y del tacto que podamos tener, siempre habrá ocasiones en que se planteen desacuerdos. Eso me lleva al primero de cuatro hechos en los que todos (o al menos la mayoría) estamos de acuerdo.

1. *Los desacuerdos son inevitables.* A lo largo de este libro, he enfatizado el valor de la variedad y la importancia de la individualidad. Por otra parte, hay una pendiente que se abre con la diversidad de opiniones. Digo «pendiente» porque esas diferencias inevitables pueden conducir a graves desacuerdos. En la mayoría de los temas habrá perspectivas opuestas y una variedad de puntos de vista. Los gustos difieren, lo mismo que las

preferencias. Esta es la razón por la cual hacen helado con sabor de vainilla, chocolate y fresa, la razón por la que construyen modelos Ford y Chevy, Chrysler y Cadillac, Honda y Toyota. Es por eso que Estados Unidos tiene lugar para los demócratas y los republicanos, los conservadores y los liberales... y los moderados. La tensión forma parte íntegra de nuestro sistema. Es de lo que se trata la libertad, y la libertad religiosa.

Yo soy bastante firme en mis convicciones teológicas, pero eso no significa que usted (o cualquier otra persona) deba concordar conmigo. Todo esto explica por qué asigno tanta importancia a la flexibilidad en nuestras relaciones. Quizás las convicciones teológicas sean inflexibles, pero las relaciones con otras personas no deben serlo. Los líderes necesitan de manera especial esa flexibilidad si quieren realmente aliviar la presión de tensiones que son inevitables.

2. *Hasta las personas piadosas a veces están en desacuerdo.* Cuando era joven me resultaba difícil este aspecto. No podía entender cómo dos personas que amaban al Señor con la misma pasión y creían en la Biblia con el mismo fervor pudieran llegar a conclusiones diferentes. En mi estrecha mente estaba convencido de que todas las personas piadosas tenían que llegar a conclusiones idénticas. ¡No es así! Para mi sorpresa, pronto descubrí que no solo había varias opiniones sobre un mismo asunto, sino que Dios aun bendecía a los que estaban en desacuerdo conmigo. Diré todavía algo más: estoy convencido de que Dios no es para nada tan estrecho de mente como muchos de los que integran Su pueblo. He descubierto que es mucho más fácil convivir con Dios que con la mayoría de Sus seguidores. Él es mucho más tolerante, y por cierto que tiene más gracia y perdón que todos nosotros. Y a diferencia de nosotros, cuando Dios perdona, olvida la transgresión y la pone tan lejos como está el oriente del occidente. Tal vez haya oído hablar del hombre que amaba al Señor, pero parecía que él no podía conquistar cierto pecadillo. Una y otra vez durante la semana se presentaba ante el Señor y confesaba la misma transgresión. Con toda sinceridad, le decía a Dios lo mucho que odiaba lo que había hecho y lo agradecido que se sentía por la gracia de Dios al perdonarle. Y como era de esperar, el sábado de la misma semana en que luchaba volvía a estar sobre sus rodillas: «Aquí vengo de nuevo, Señor, con el mismo pecado... pidiendo Tu perdón y reclamando Tu limpieza». Para su sorpresa, oyó una respuesta audible de Dios: «¿De qué

pecado hablas?».

No habrá denominaciones en el cielo, ni categorías de creyentes: solo una enorme congregación de santos, y solo entonces habrá perfecta armonía de corazón y total unanimidad de pensamiento. Hasta entonces, puede estar seguro de que incluso las personas piadosas van a disentir.

3. *En todo desacuerdo tenemos siempre los mismos dos ingredientes:* (a) un tema, y (b) varias perspectivas. El tema generalmente es algo objetivo y envuelve principios. Pero las perspectivas son subjetivas e involucran diferentes personalidades. Y allí reside la clave y la esencia de una confrontación, que podría definirse como el desacuerdo sobre un tema provocado por puntos de vista diferentes. Seré franco con usted: cada vez que he recordado esos dos ingredientes básicos estando en medio de un conflicto, he logrado mantener la calma y pensar con claridad. Cuando los he olvidado, casi sin excepción he fracasado en negociar con sabiduría una salida al conflicto. Más aún, luego he lamentado algo que había dicho en medio del calor del intercambio verbal. Esos dos simples ingredientes han logrado mantenerme calmo. ¿Por qué? El próximo factor se lo explicará.

4. *En muchos desacuerdos los dos puntos de vista son válidos.* Aunque eso le suene demasiado «liberal», trate de pensar en la idea antes de desecharla. En muchas ocasiones en las que me he encontrado con un hermano o una hermana que tenía la misma firmeza que yo, pero una opinión opuesta a la mía sobre algún tema, he advertido que no se trataba tanto de que yo-estoy-en-lo-cierto, tú-estás-equivocado, sino más bien de que yo-lo-veo-de-esta-manera, tú-lo-ves-de-otra. Los dos enfoques de un asunto que se discute tienen sus puntos fuertes y sus puntos débiles, lo que significa que ninguno es absoluto. De todos modos, cualquier discusión puede conducir a una desavenencia seria y definitiva en una relación... y a veces (esto le causará sorpresa) esa es la voluntad de Dios. Hay ocasiones en que Dios elige difundir las buenas nuevas de Su Hijo más rápidamente en diferentes direcciones permitiendo que dos de Sus siervos capaces tengan una desavenencia importante. Al separarse, y ministrar con eficiencia en dos sitios diferentes, Dios alcanza un objetivo mayor que si ambos se mantuvieran de acuerdo.

## UN DESACUERDO ENTRE DOS LÍDERES CONSAGRADOS

Eso es exactamente lo que ocurrió entre dos hombres que habían trabajado lado a lado durante muchos años. Estoy pensando en Pablo, el consagrado apóstol de la gracia, y Bernabé, el siervo de la compasión. No podríamos encontrar dos hombres más consagrados que ellos en el primer siglo. Ambos eran eficientes y espiritualmente maduros. ¡Pero qué discusión la que tuvieron! ¿Se imagina lo que habrían presentado los titulares de nuestros medios de comunicación?

## CHOCAN DE FRENTE DOS LÍDERES RELIGIOSOS,

o bien:

## DOS EVANGÉLICOS SE PELEAN POR UN MIEMBRO DEL EQUIPO

O algún otro desatino por el estilo. Si algo he aprendido en los últimos años, es lo siguiente: sospeche de los titulares y nunca espere que los medios de comunicación le brinden toda la historia. Si la noticia puede ser exagerada, tergiversada o dicha de forma que sea sensacionalista, no se perderán la oportunidad de hacerlo. Francamente, me agrada leer acerca de dos hombres tan respetados y tan íntegros como Pablo y Bernabé, luchando con un asunto en el que ambos tenían convicciones firmes. Los creyentes a menudo tememos que los desacuerdos sean sinónimo de sublevación. Pero eso no es cierto; la gracia deja espacio para algunos desacuerdos. El fallecido erudito bíblico G. Campbell Morgan decía:

Me siento enormemente confortado cada vez que leo esto [el desacuerdo entre Pablo y Bernabé]. Me siento agradecido por esta revelación acerca de la humanidad de estos hombres. Si nunca hubiese leído que Pablo y Bernabé tuvieron una confrontación, me hubiese asustado. Estos hombres no eran ángeles, eran hombres.<sup>1</sup>

Un pensamiento más antes de entrar directamente al enfrentamiento entre Pablo y Bernabé. No importa todo el bien que puedan producir los

enfrentamientos, a menudo hieren... hieren profundamente. Esto es especialmente cierto cuando alguien le asesta un golpe y usted decide no hacer nada al respecto. Cuanto más acalorada sea la discusión, tanto más eleva la presión interna; y todo lo que podemos hacer es mantener el equilibrio en ese explosivo episodio. Una vez más, solo la gracia de Dios nos puede dar la fortaleza necesaria para evitar responder y desquitarnos.

Me hace recordar al granjero cuáquero que tenía una vaca de mal genio. Cada vez que la ordeñaba, era un choque de dos voluntades. Una mañana en particular la vaca estaba más irritable que de costumbre, pero el hombre se mostraba determinado a soportar la sesión sin cruzar media palabra. Después de que el granjero comenzó a ordeñarla, la vaca le pisó su pie con todo su peso. Él lo aguantó en silencio, se quejó en forma contenida, libró su pie, y se sentó otra vez en el taburete. La vaca entonces sacudió su cola sobre la cara del granjero como si fuera un largo látigo. El hombre se limitó a moverse un poco de modo que la cola no lo alcanzara. Entonces la vaca pateó el balde, que en ese momento estaba lleno hasta la mitad de leche tibia. El granjero empezó de nuevo, diciéndose a sí mismo unas cuantas palabras entre dientes, pero sin nunca perder los estribos. Una vez que terminó con la odisea, lanzó un suspiro de alivio, recogió el balde y el taburete, y mientras salía ella arremetió y le dio una patada que lo lanzó contra la pared del granero como a cinco metros de distancia. Eso colmó su paciencia. Se puso de pie, marchó hasta quedar delante de la vaca, clavó sus ojos en esos ojos grandes, sacudió un largo y huesudo dedo en su rostro, y gritó: «Tú sabes que soy un cuáquero. También sabes que no te puedo golpear... ¡pero sí te puedo vender a un presbiteriano!».

Consideremos ahora el relato bíblico y veamos cómo se preparó el escenario para que surgiera el desacuerdo entre Pablo y Bernabé. Todo empezó cuando hicieron su primer viaje misionero juntos. Acompañando a estos dos avezados veteranos de la fe, iba un hombre joven llamado Juan Marcos, que no era ni avezado ni fuerte. Quizás porque era sobrino de Bernabé y porque su futuro como creyente parecía prometer mucho, lo llevaron con ellos. Seguramente que la ayuda para cargar los bultos de alimento y ropa que llevaban no les vendría mal, ya que no sabían con qué se encontrarían en los sitios primitivos e inhóspitos adonde se dirigían. Todo iba bien al principio.

Llegados a Salamina, proclamaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos; y tenían también a Juan de ayudante. (Hechos 13.5)

No obstante, cuando llegaron a la zona de Panfilia, delante de ellos se levantaba un imponente conjunto de montañas, como desafiantes gigantes de piedra. Se trataba de una costa cálida, infestada de mosquitos. La luna de miel de la aventura se había acabado totalmente para cuando llegaron a Perge de Panfilia. El entusiasmo y el deleite que en teoría planteaba la travesía misionera hicieron un alto bruscamente cuando los tres compañeros empezaron a enfrentar situaciones difíciles. Finalmente, resultó demasiado para Juan Marcos, quien se desanimó y no quiso seguir. «Pablo y sus compañeros zarparon de Pafos, y llegaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, regresó a Jerusalén» (Hechos 13.13).

Deténgase un momento en esa última afirmación. La motivación del joven se había debilitado. Su sueño se había transformado en una pesadilla. Seguramente se sintió incómodo al admitirlo: «Sencillamente no puedo seguir más. Regreso». Son varios los comentaristas del Nuevo Testamento que se refieren a él como «el desertor». Cuando las cosas se pusieron difíciles, Juan Marcos se fue. Si mis cálculos no son errados, es también en esa época que Pablo se enfermó. Pudo haber sido un ataque de malaria, o el comienzo de sus intensos dolores de cabeza producidos por un problema en la vista. Sea como fuere, era el peor momento para ser abandonado por un compañero. Más que nunca necesitaban mantenerse unidos.

Sin embargo, Pablo y Bernabé no tuvieron otra opción que hacerse cargo de la situación por sí solos. Poco se imaginaban el sufrimiento que les aguardaba. Fue en este viaje que Pablo resultó apedreado y abandonado para que muriera. Con todo, él y Bernabé soportaron los rigores del viaje, regresaron e informaron de los extraordinarios resultados. A menudo me he preguntado si Juan Marcos estaría en la iglesia de Antioquía cuando presentaron ese informe. De ser así, probablemente estaría sentado en la parte de atrás, en la penumbra, queriendo pasar inadvertido, abrumado por la vergüenza.

*El punto crítico*

Un tiempo más adelante, a Pablo se le ocurrió: *Vayamos nuevamente a ver cómo andan las cosas*. El relato en Hechos retoma la historia:

Después de algunos días Pablo dijo a Bernabé: Volvamos y visitemos a los hermanos en todas las ciudades donde hemos proclamado la palabra del Señor, para ver cómo están. Bernabé quería llevar también con ellos a Juan, llamado Marcos. (Hechos 15.36, 37)

«Llevemos a Juan Marcos. Démosle otra oportunidad». El versículo siguiente deja bien en claro que Pablo no estuvo de acuerdo: «A Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia». ¿Recuerda mi comentario anterior? En todo enfrentamiento hay dos ingredientes: un tema objetivo y perspectivas opuestas sobre el asunto. ¿Cuál es el tema aquí? ¿Se le debe dar una segunda oportunidad a una persona que abandona una misión? ¿Se le debe asignar una responsabilidad similar a una persona que abandona a los otros cuando más lo necesitan? ¿Y cuáles son los puntos de vista? Pablo dice: «No, de ninguna manera». Y Bernabé dice: «Sí, por supuesto».

### *Los puntos de vista opuestos*

Allí estaban dos hombres de Dios, cada uno de ellos plenamente convencido de estar en lo cierto. ¿Recuerda a Bernabé? Es el modelo de la compasión. Bernabé tenía el ministerio de consolar, dar ánimo. De hecho, es el mismo que mucho antes había buscado y encontrado a Pablo cuando los demás discípulos desconfiaban de su reciente conversión. Cuando el hombre que había estado persiguiendo a los creyentes dijo: «Soy creyente», los otros creyentes no lo quisieron creer. Pero fue Bernabé quien encontró a Pablo, creyó en él, lo respaldó y logró que lo escucharan. Bernabé fue quien se responsabilizó de presentarlo a la comunidad cristiana. Era propio de Bernabé darles una oportunidad a las personas. Naturalmente, él sentía que lo mejor era darle a Juan Marcos una nueva oportunidad.

No así Pablo. Su estilo era totalmente diferente. Era un hombre de gran convicción y profundo compromiso con la verdad, el hombre que había

fundado más iglesias que ningún otro en la historia de las Escrituras. Pablo fue un precursor. Él fue quien estableció el ejemplo para los ministerios misioneros hasta el día de hoy. Era un hombre disciplinado y decidido que pensaba en términos de «o se adapta o se va». Pablo consideraba el asunto desde la perspectiva del bien global del ministerio; Bernabé lo consideraba desde la perspectiva del bien de la persona. Bernabé veía aquí la clásica oportunidad de restaurar la confianza de Juan Marcos. Sin llegar a una simplificación, podemos decir que Pablo estaba orientado por la razón, y Bernabé por el corazón. Por eso leemos: «Bernabé quería llevar también con ellos a Juan, llamado Marcos». Pensaba: *Por cierto que podría llegar a ser un gran discípulo de Cristo. No podemos abandonarlo aquí con sus recuerdos, avergonzado y acosado por el remordimiento. ¡Eso lo va a matar! Tenemos que llevarlo con nosotros.* Pablo disentía completamente: «¡De ninguna manera!».

Una lectura cuidadosa del versículo siguiente revela la intensidad de las emociones de Pablo: «Pero Pablo consideraba que no debían llevar consigo a quien los había desertado en Panfilia y no los había acompañado en la obra» (v. 38). La palabra griega que se traduce «desertado» es la palabra de la que proviene el término *apostasía*. En el pensamiento de Pablo, Marcos había hecho algo más que retroceder y hacerse a un lado... había apostatado. «Fue infiel una vez, y por mi experiencia en el trato con desertores, sé que no se puede confiar en ellos una vez que han fallado, y por cierto, no de la manera en que falló Juan Marcos». Pablo no tenía cabida para Juan Marcos en sus planes para el futuro... al menos en ese momento.

Creo que podría acertar si digo que usted se está inclinando en favor de Bernabé, ¿verdad? Lo entiendo, y siento la tentación de coincidir. Sin embargo, estoy pensando en un proverbio que haríamos bien en considerar: «Confiar en un traidor en momentos de angustia es como andar con una pierna rota o comer con un diente picado» (Proverbios 25.19, DHH).

Franz Delitzsch, el confiable y razonable erudito alemán, amplifica el versículo y dice: «El que, en tiempo de necesidad, hace de un hombre infiel la razón para tener confianza, es como aquel que trata de morder con un diente roto o uno que se apoya sobre una pierna inestable, y por tanto, tropieza y se cae».<sup>2</sup>

Antes de que empiece a mostrarse muy magnánimo, permítame

preguntarle si alguna vez le ha prestado dinero a alguien que no se lo ha devuelto. Digamos que la deuda todavía hoy le parece grande. Mi pregunta es: ¿estaría deseoso de volver a prestarle dinero a la misma persona si tuviera oportunidad de hacerlo? Probablemente no. De pronto, el asunto se aclara más.

¿Por qué? Porque es poco sensato confiar en una persona desleal en tiempos de dificultad. Tropezó y cayó una vez... todavía no le ha devuelto su dinero, es probable que haga lo mismo nuevamente. El razonamiento de Pablo es: ¿Qué pasa si vuelve a desertar y uno de nosotros resulta herido... o si el hecho impacta negativamente a las almas perdidas a las que vamos a servir? ¿Qué sucederá si su posición gana apoyo público y varios otros en la iglesia se convencen de que Juan Marcos tiene un plan mejor, y dejan dividida a la iglesia? No cabe duda de que aquí existe un riesgo.

Pablo tiene algo a su favor. Si usted solo ve las cosas desde el punto de vista de Bernabé, es probable que nunca haya estado en un sitio difícil en el ministerio y un colega le haya fallado. Nada hiere tanto como eso. No estoy diciendo que voto a favor de Pablo o que voto a favor de Bernabé. Lo que digo es que puedo ponerme en ambos lugares... lo cual arroja luz sobre mi comentario previo de que ambos lados tienen validez.

¿Fue muy grave la discusión? El versículo 39 afirma que el conflicto derivó en «tal desacuerdo» que no se pudo solucionar. La palabra griega es *paroxismo*. En nuestro idioma usamos un término que es una transliteración del griego. El diccionario define paroxismo como «exaltación extrema de los afectos o pasiones», y también como «extrema intensidad de una enfermedad». Es una convulsión, una emoción violenta. Se produjo tal choque de voluntades que no hubo forma de tender un puente sobre el abismo. ¿Cuál fue el resultado final? Se pusieron de acuerdo en estar en desacuerdo. Y la Escritura dice: «Se separaron el uno del otro».

### *La separación definitiva*

El hecho es que no volvieron a trabajar juntos. Llegaron a un estancamiento tal en la discusión que uno de ellos dijo: «Yo me voy en esta dirección», y el otro: «Yo me voy en aquella otra». Si toma un mapa y observa hacia dónde fue cada uno, verá que viajaron en direcciones

contrarias: Bernabé y Juan Marcos zarparon hacia Chipre; Pablo y Silas (su nuevo compañero) viajaron por tierra, hacia el noreste, en dirección a Siria, y luego hacia el oeste, para llegar a Cilicia y otras ciudades.

Estoy convencido de que ambos perdieron la calma y que hubo un intercambio de palabras que no quedó registrado. Me alegro de que no todas las palabras se hayan incorporado a las Escrituras, de la misma forma que usted y yo nos alegramos de que no se registren las cosas que decimos en un estallido violento, ¿verdad? No quiero subestimar el acaloramiento de la discusión entre Pablo y Bernabé. Hubo una discusión fuerte entre ambos hombres de Dios.

Un escritor ofrece un diálogo imaginario que podría haber ocurrido ese día entre Pablo y Bernabé.

|         |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    |
|---------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| PABLO   | ¿Juan Marcos? No podemos llevarlo. Él nos falló la última vez.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     |
| BERNABÉ | Pero eso fue la última vez.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |
| PABLO   | Es probable que falle otra vez. Es un desertor.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    |
| BERNABÉ | Ha tenido tiempo para pensar en ello. Tenemos que darle otra oportunidad. Tiene los requisitos de un gran misionero.                                                                                                                                                                                                                                                               |
| PABLO   | Dime, Bernabé, ¿es porque él es tu primo que deseas llevarlo de nuevo?                                                                                                                                                                                                                                                                                                             |
| BERNABÉ | Esto no es justo. Tú sabes que yo he tratado de ayudar a muchas personas que no son parientes míos. Estoy convencido de que este muchacho necesita comprensión y aliento. Podría ser un gran evangelista algún día.                                                                                                                                                                |
| PABLO   | Necesitamos a alguien que pueda hacer frente a las persecuciones, una turba iracunda, palizas, quizás el encarcelamiento. Nuestro equipo tiene que ser unido y fiable. ¿Cómo podemos confiar en un muchacho que falló como Juan Marcos? No, Bernabé. Recuerda la palabra del Maestro: «Nadie, que después de poner la mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios». |
| BERNABÉ | He hablado con él sobre su fracaso. Estoy seguro de que él no nos abandonará otra vez. Negarle podría hacerle daño espiritual en el momento de su arrepentimiento. Sería como romper una caña cascada, como apagar el pabilo mortecino.                                                                                                                                            |
| PABLO   | Es demasiado pronto para confiar en él.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |
| BERNABÉ | Pablo, recuerda cómo poco después de tu conversión, asumí el riesgo contigo. Los apóstoles te tenían miedo, y pensaban que estabas fingiendo tu conversión con el fin de infiltrarte en la iglesia de Jerusalén. No te obligué a probarte a ti mismo. Prefiero no hacer esperar a Juan Marcos. Yo puedo responder por él ahora. <sup>3</sup>                                       |

Podría haber sido más apasionado que eso.

No olvide que estos hombres eran amigos de años. Habían compartido experiencias muy significativas en el ministerio. Las raíces de su amistad se hundían muy lejos en el tiempo. Me he preguntado si quizás habían sido amigos de la infancia. Cada uno le debía mucho al otro. Bernabé había

defendido a Pablo, y este había respaldado a aquel. Entonces un estallido emocional, mezclado con convicciones conflictivas, pone fin a su ministerio compartido, y ambos parten en direcciones opuestas.

Si nunca le ha ocurrido algo así, no va a poder imaginar el dolor que causa, especialmente si ocurre entre dos personas que comparten el ministerio. No le reste importancia a este conflicto. Es más doloroso de lo que pueda explicarse. Pero aun así, no todo está perdido. Le recuerdo que la otra cara de la moneda es que así es como se inician a veces nuevas iglesias o nuevos seminarios. Así es como se expande a veces el ministerio en las universidades. Los desacuerdos promueven nuevas iniciativas, nuevas obras, visiones más amplias. El suceso que los ha producido no es bueno. Es como una piedra que cae en la superficie de un lago y provoca una onda expansiva que, al menos en el primer momento, produce sentimientos dolorosos. Pero las ondas continúan hasta que las personas involucradas alcancen la valentía necesaria para olvidar el dolor y comenzar a marchar hacia nuevas direcciones.

¿Quién sabe qué nuevo ministerio se llevó a cabo en Chipre y en regiones más lejanas, gracias a la acción del nuevo equipo misionero integrado por Bernabé y Juan Marcos? Más aún, fue Juan Marcos quien escribió el Evangelio de Marcos. El propio Pablo, hacia el final de su vida, afirmó a Juan Marcos: «Toma a Marcos y tráelo contigo, porque me es útil para el ministerio» (2 Timoteo 4.11). Luego también escribe favorablemente acerca de Bernabé. Pablo era un hombre demasiado lleno de gracia como para pasarse el resto de su vida pensando en una herida.

A. T. Robertson está en lo correcto cuando dice: «Nadie tiene derecho de culpar a Bernabé por darle a su sobrino Juan Marcos una segunda oportunidad, ni a Pablo por no arriesgarse a ello. La razón nos inclina por Pablo, pero el corazón acompaña a Bernabé... Pablo y Bernabé se separaron airados, y ambos apesadumbrados. Pablo le debía más a Bernabé que a ningún otro hombre. Bernabé se alejaba del hombre que tenía el espíritu más grande de la época y de todos los tiempos».<sup>4</sup>

Confío en que nunca olvidemos lo que se registra en el penúltimo versículo del relato de Hechos 15, después que Bernabé tomó a Marcos y zarparon hacia Chipre: «Mas Pablo escogió a Silas y partió, siendo encomendado por los hermanos a la gracia del Señor» (Hechos 15.40).

Uno podría imaginar que algún miembro de la iglesia le dijo a Pablo: «Bien, Pablo, no pases el resto de tu vida apuntando contra Bernabé. Tú puedes manejar este conflicto. Supéralo y sigue adelante. Sigue a pesar del problema. Recíbelo con gracia... la gracia del Señor».

Es interesante el hecho de que la iglesia encomiende a Pablo y no a Bernabé. Pienso que se pusieron del lado de Pablo, porque a él le encomendaron iniciar el nuevo viaje, y no a Bernabé. Quizás Bernabé salió esa misma noche. Tal vez prefirió no quedarse a argumentar su decisión en la iglesia de Antioquía. Lo mejor de todo de ese conflicto fue que esos dos fuertes hombres lograron superar la desavenencia. Eso requiere muchísima gracia.

En demasiados casos la batalla sigue y sigue, y se forma una brecha en el ministerio porque los partidos en oposición no tienen la entereza de superar el dolor inicial. Muchas personas hoy están arrinconadas emocionalmente en habitaciones oscuras, carcomidas por la amargura producida por una discusión que han tenido tiempo atrás con alguna persona. ¡Cuántas hay que piensan: *No quiero saber nada de la iglesia*, debido a una discusión que presenciaron, o en la que participaron! Debemos ser personas que puedan disentir con gracia y luego seguir adelante, aun cuando el desacuerdo haya producido una separación.

## ALGUNAS OBSERVACIONES PERSONALES

Permítame compartir con usted algunas cosas que he aprendido a lo largo de los años que tienen que ver con los desacuerdos o que se relacionan con las personas con quienes no pongo el punto sobre las mismas íes teológicamente. Para ahorrar tiempo, voy a ser más específico e iré al grano. No soy un calvinista de cinco puntos de hueso colorado. Sin embargo, no tengo ningún problema en llamar a quienes adopten ese punto de vista mis hermanos y hermanas en la fe. De hecho, sigo ministrando con ellos y ellos conmigo. En más de una ocasión invité a quienes representan a la teología reformada a predicar en nuestro púlpito en la iglesia de California. No tengo ningún problema con ello en absoluto. ¡Amo a esta gente! No considero nuestras diferencias como un asunto que amerite romper el compañerismo. La gracia cubre las diferencias.

He aquí otro ejemplo de la gracia que nos une: no soy un carismático. Sin embargo, no siento que sea mi vocación disparar una gran descarga de artillería teológica hacia mis hermanos y hermanas carismáticos. ¿Quién sabe cuánto de bueno han hecho y los magníficos ministerios que muchos tienen? La iglesia que pastoreo no es una iglesia carismática. Las fuentes doctrinales de nuestra iglesia no se originan de ese hilo de pensamiento, y probablemente nunca lo harán. Pero eso no significa que debamos romper la comunión con las personas que son de esa persuasión religiosa o criticarlas. Hubo un tiempo en mi vida cuando hubiera hecho eso. Afortunadamente, he madurado un poco y aprendí que Dios usa a muchas de ellas, en el canto, así como por medio de sus escritos y en los púlpitos hoy en día. La gracia ayuda a unirnos.

No abrazo la teología del pacto, pero tengo varios amigos pastores que son teólogos del pacto. Algunos de ellos están en mi círculo de amigos en el ministerio. Disentimos en algunos puntos de la doctrina, pero estamos en el mismo equipo. Vamos a pasar la eternidad juntos. Vamos a encontrarnos con el Señor en el aire (¡lo crean o no!). Por lo tanto bien podríamos disfrutar del compañerismo aquí en la tierra.

Yo tengo un amigo que dice en broma que es tan premilenarista que ni siquiera come cereal de la marca Post en la mañana. Bien, que Dios le bendiga... Yo no llego a ese extremo. Sucede que soy premilenarista y pretribulacional en mi posición teológica, pero no lo considero como un problema para romper el compañerismo. La deidad de Cristo es sin duda crucial, y la infalibilidad de las Escrituras, así como algunas otras cuestiones cruciales. Pero la mayoría de las cosas que podríamos nombrar no lo son. ¡Reconozcámoslo! La verdad es que hay muchas más cosas que nos unen que las que nos separan.

Las palabras de C. S. Lewis me vienen a la mente. Después de su conversión en el año 1929, le escribió a un amigo: «Cuando todo se ha dicho (y realmente dicho) sobre las divisiones de la cristiandad, sigue existiendo, por la misericordia de Dios, terreno común».<sup>5</sup> A la luz de esto, mi aliento para ustedes hoy es que cada uno de nosotros debemos perseguir lo que nos une con los demás en lugar de las pocas cosas que nos separan. El «terreno común» es muy amplio. Ya es hora de que nos enfoquemos en eso. Permítame recordarle que se necesitará la gracia.

Hablo en varias diferentes escuelas, incluso escuelas y colegios cristianos,

seminarios y universidades seculares. A pesar de que por lo general no endosara o recomendara que alguien estudiara en algunas de esas escuelas, eso no significa que no deba hablar allí, o ministrar allí, o pedirle a Dios que me utilice cuando ministre allí. La gracia me da la libertad de disentir con los demás y hablar abiertamente de Cristo incluso en los lugares donde no están de acuerdo conmigo. Hubo un tiempo en mi vida cuando yo tenía las respuestas a preguntas que nadie preguntaba. Mantenía una posición tan rígida que luchaba por defender cada jota y cada tilde. Quiero decir, no podría enumerar todas las cosas por las cuales moriría. Cuanto más envejezco, la lista se hace más corta, francamente.

Como he mencionado al inicio de este capítulo, estoy aprendiendo que envejecer con gracia y amabilidad es una tarea importante. Si pierdo un argumento, que lo pierda gentilmente. Si gano un argumento, que lo acepte con humildad. Lo más importante es glorificar a Dios, gane o pierda.

## MODELANDO LA GRACIA EN TIEMPOS DIFÍCILES

Quiero cerrar este capítulo con varios comentarios que pueden ayudarle en el futuro a manejar con gracia los momentos conflictivos.

Primero, *siempre deje lugar para que se pueda plantear un punto de vista opuesto al suyo*. Si no deja lugar para la opinión contraria, no le va a ir bien con los adolescentes. Ellos pueden ser nuestros mejores maestros. Nuestros hijos lo han sido. No siempre han estado en lo cierto, y yo tampoco. Sin embargo, al criar hijos adolescentes, he aprendido que son muy eficientes en el planteamiento de la opinión contraria, y eso nos ayuda aunque solo sea a pensar, al recordarnos que hay otra manera de ver las cosas. Les puedo asegurar que eso me ha ayudado en el ministerio. Y por cierto me ha ayudado a relacionarme con aquellos a quienes debo rendir cuentas. La oposición nos puede hacer más humildes.

En segundo lugar, *si hay una discusión, no cometa un asesinato*. Una discusión, por acalorada que sea, siempre es una discusión, pero «asesinar» ya es harina de otro costal. He visto a personas agredirse verbalmente asestándose golpes bajos y arrojándose barro en las discusiones relacionadas con el trabajo de la iglesia. He presenciado «asesinatos» brutales en nombre de la religión, tanto frente al público como a través de la literatura, y todos

estos son recuerdos horribles. No es necesario caer en eso. Si tenemos que pelear, peleemos limpio.

Tercero, *si no se sale con la suya, sobrepongase y siga adelante*. Si no gana su moción en la iglesia, sobrepongase. Ya se hizo la votación (y si la iglesia es honesta, la votación ha sido justa), ahora siga adelante. Persevere. No empiece a rememorar la discusión o la votación año tras año. La obra de Dios se entorpece cuando nos falta la entereza necesaria para enfrentar un fracaso, y decir: «¡Perdimos!». La gracia nos ayudará a hacerlo.

En cuarto lugar, *a veces la mejor solución es una separación*. Recuerde que hay buena base bíblica para ello. Pablo y Bernabé simplemente no podían seguir juntos, de modo que se separaron. Si no puedo seguir adelante con las cosas como están dentro de un ministerio en particular, ¿debo renunciar! Pero al hacerlo, no debo arrastrar a otros a causa de conflictos por salirme con la mía. Si la mejor solución es la ruptura, es esencial hacerlo con gracia. Si los asuntos en que desacuerda están empezando a superar a los asuntos en que coincide, debe tomar en serio la posibilidad de retirarse. ¿Quién sabe? Esta quizás sea la forma en que Dios quiere orientarlo hacia otra dimensión del ministerio.

Este capítulo me ha sido de mucha ayuda personal. Eso puede resultar extraño, pero ocasionalmente un autor necesita leer lo que escribe con suficiente objetividad como para que le hable directamente a él. A lo largo de los últimos años, los desacuerdos provenientes de diversas fuentes respecto a asuntos controversiales se han hecho más frecuentes. He oído y leído cosas muy dolorosas. Cynthia y yo nos hemos mordido la lengua más de una vez para rehusarnos a defendernos a nosotros mismos. En algunos casos nos han entendido mal, y aunque hemos hecho algunos intentos de rectificar esas apreciaciones, el malentendido persiste. Ocasionalmente vuelven a surgir afirmaciones erróneas y rumores dirigidos a desacreditar nuestro ministerio. Eso es doloroso. Se han dicho cosas en contra de nosotros que han llevado a otras personas a cuestionar nuestra credibilidad, y se nos hace difícil mantener el silencio y seguir adelante en gracia. Pero lo haremos. Nuestra confianza es que Dios reivindicará nuestra integridad.

Advierto ahora que el dolor es grande porque la gracia ha estado ausente en gran parte de lo que otros han pensado, dicho o escrito. Pero Dios nos da gracia en momentos como estos. Mi esposa y yo necesitamos recurrir a la

gracia, pedirla, y darla a otros... en abundancia. Estoy convencido de que la gracia de Dios nos sostendrá en esas ocasiones, aun cuando otros estén en desacuerdo con nosotros. Siempre ha sido así.

Y, entonces, aunque diferimos con gracia, seguimos adelante. Todo forma parte de vivir de acuerdo con lo que uno predica, ¿no es así?

# CAPÍTULO DIEZ

## *La gracia: algo íntimo y personal*



DESPUÉS DE LA BIBLIA, QUIZÁS EL MÁS GRANDIOSO libro que se haya escrito sea *El progreso del peregrino*. Los que no se han familiarizado con esta obra clásica del siglo XVII se sorprenderán de saber que fue escrita por un hombre que soportaba ya su tercer encarcelamiento. La primera vez estuvo preso seis años, y cumplió otros seis años la segunda vez. La razón por la que estaba preso era siempre la misma: predicar el evangelio de Jesucristo. Cuando volvió para cumplir su tercera sentencia, Dios inspiró a Juan Bunyan, un hojalatero de Bedford, Inglaterra, para que escribiera su inmortal obra. Igual a Handel mientras componía *El Mesías*, su *magnum opus* musical, la pluma de Bunyan se movía rápidamente. Como un hombre lo describió: «Se movía, de hecho, con la velocidad de un sueño, y el sueño se convirtió en un libro».<sup>1</sup>

Este libro, publicado hace más de trescientos años, ha afectado la vida de muchísimas personas en el mundo. ¿Quién podría imaginar los millones de ejemplares que se han impreso en numerosas traducciones a través de los años? Por donde voy, encuentro personas que, como yo, han gastado más de un ejemplar y todavía se deleitan volviendo a sus páginas para enriquecerse espiritualmente. Son muy pocos los libros de los que diría, como de este, que constituyen una obra maestra donde la verdad bíblica se expresa de manera apropiada para cualquier generación.

Se trata de la fascinante historia de un hombre llamado Cristiano, cuyo peregrinaje desde la tierra hacia el cielo, desde el pecado a la salvación, está lleno de todas las luchas y caídas que arroja a su paso la vida. Persiste en su travesía, y finalmente alcanza el tan anhelado destino, «el paraíso de Dios». De comienzo a fin, Cristiano debe tratar con amigos y enemigos por igual,

todos los cuales llevan nombres alusivos, tales como Evangelista, Auxilio, Intérprete (quien lo anima en su «progreso»), y Obstinado, Hipocresía, Apolyon (el Príncipe Malvado), un gigante llamado Desesperación, y muchos otros que le ponen obstáculos.

Un problema especial para Cristiano es el que le plantea Legalidad, que vivía, como se podrán imaginar, en el Monte Sinaí. En la primera parte de su viaje, Cristiano viaja con una pesada carga sobre sus espaldas (el pecado), y ninguno de los que operaban en su contra podía ayudarlo a llevarla... especialmente Legalidad, como expresa el autor:

*Legalidad...* no puede liberarte de la carga. Jamás ha sido capaz de liberar a hombre alguno, ni lo hará en el futuro: nadie puede ser justificado por las obras de la ley.<sup>2</sup>

Poco después de haberse encontrado con Legalidad, Cristiano es guiado por Intérprete a una enorme habitación llena de polvo. Jamás había sido barrida desde el día de su construcción. Bunyan describe magníficamente cómo se barrió y limpió la habitación:

Luego lo tomó de la mano, y lo condujo a una gran sala llena de polvo, que nunca había sido barrida; después de revisarla brevemente, *Intérprete* llamó a un hombre para que la barriera. Cuando empezó a hacerlo, se levantó tanto polvo que *Cristiano* casi se ahogó. Entonces *Intérprete* le dijo a una joven que estaba allí que trajera el agua y rociara la habitación; cuando la joven lo hizo, pudo barrer y limpiar la sala con gusto.

Entonces *Cristiano* preguntó:

— ¿Qué significa esto?

*Intérprete* le contestó:

— Esta sala es el corazón de un hombre que nunca ha sido santificado por la dulce gracia del evangelio; el polvo es el pecado original y la corrupción personal que han manchado al hombre entero. El que empezó a barrer es la *Ley*; pero la joven que trajo el agua y la roció es el *Evangelio*. Ahora bien, como

pudiste observar, cuando el primero empezó a barrer, no solo voló el polvo por toda la habitación, sino que casi te ahogas con él; esto es para mostrarte que la ley, en vez de limpiar el pecado del corazón (con sus obras), lo aviva, lo fortalece y lo incrementa en el alma, porque aunque lo pone de manifiesto y lo condena, no otorga el poder para vencerlo.

Y también has visto que cuando la joven roció con agua la sala, pudo ser barrida con gusto; esto es para mostrarte que cuando el evangelio entra, y con él su dulce y preciosa influencia en el corazón, así como la joven hacía que el polvo se asentara en el piso por efecto del agua, así el pecado es vencido y sometido, y el alma del hombre queda limpia por la fe, y en consecuencia está en condiciones de que el Rey de gloria habite en ella.<sup>3</sup>

Hizo falta la *gracia*, «la dulce gracia del evangelio», para limpiar esa habitación de toda su suciedad. Y también hace falta hoy en día.

Todos aquellos que estén familiarizados con *El progreso del peregrino* no tienen ningún problema en recordar que el nombre del peregrino a lo largo del libro es Cristiano. Para mi sorpresa, pocos recuerdan su nombre original, aunque se dice con claridad en la alegoría. En la escena en la que aparece por primera vez, el peregrino está conversando con un portero:

PORTERO    ¿Cuál es tu nombre?

PEREGRINO    Mi nombre es ahora *Cristiano*, pero al principio me llamaba *Sin Gracia*.<sup>4</sup>

Lo mismo se podría decir de todos nosotros que hoy reclamamos el glorioso nombre de Jesucristo como nuestro Señor y Salvador. Nuestro nombre es ahora Cristiano, pero no siempre ha sido así. Ese título nos fue dado en el momento en que creímos, el día en que confiamos en la palabra de Dios y aceptamos el regalo de la vida eterna que Él nos ofreció. Antes del cambio de nombre, éramos Sin Gracia, por cierto.

Mi pregunta es esta: ahora que Cristo ha entrado a nuestras vidas y ha arrancado de nuestras espaldas la pesada carga del pecado, ¿estamos llenos de gracia? Habiendo sido Sin Gracia por tantos años, ¿somos «conscientes de la

gracia», estamos experimentando un «despertar de la gracia», estamos realmente llegando a ser «llenos de la gracia»? Modelos de la gracia se necesitan hoy más que nunca.

## EL PROCESO QUE CONDUCE AL DESPERTAR DE LA GRACIA

¿Quiere que le dé una dosis de ánimo? Dios está trabajando en esa dirección con todos Sus hijos. Ese es Su objetivo constante, Su agenda diaria, en tanto nos conduce a nuestro destino final, «la Ciudad Celestial», como la llama Bunyan. Habiendo limpiado nuestros corazones de la suciedad de nuestra propia corrupción y del polvo de la opresión del pecado, Dios trabaja ahora a diario para despertar la gracia dentro de nosotros, perfeccionando nuestro carácter y llevándonos hacia la plenitud. Permítame mostrarle a partir de cuatro fuentes del Nuevo Testamento por qué estoy tan seguro de ello.

Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8.28, 29)

Estando convencido precisamente de esto: que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús. (Filipenses 1.6)

El cual transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de su gloria, por el ejercicio del poder que tiene aun para sujetar todas las cosas a sí mismo. (Filipenses 3.21)

No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos, y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó. (Colosenses 3.9, 10)

Fíjese bien en esas palabras claves: «conforme a», «el que comenzó... perfeccionará» (completará), «transformará», «renovando». Todos estamos involucrados en este mismo proceso, nuestro propio «progreso del peregrino», bajo la poderosa mano de Dios y Su constante supervisión. Él está trabajando por nosotros, no en contra de nosotros... y Sus planes son para nuestro bien, no para mal. Su meta para nosotros está claramente definida: que lleguemos a ser como Su Hijo, «lleno de gracia y de verdad».

Cuando pienso en este proceso de transformarnos en personas de gracia renovada, identifico por lo menos tres factores que están involucrados en él:

Primero, *el tiempo*. Aprender cualquier cosa lleva tiempo. ¡Parece que llegar a ser buenos modelos de gracia lleva años! Al igual que la sabiduría, es algo que viene lentamente. Pero Dios no tiene apuro, y sigue expurgando de nuestro ser las características contrarias a la gracia. Pero podemos estar seguros de una cosa: Dios es perseverante.

En segundo lugar, *el sufrimiento*. El «polvo» de nuestra habitación no se asienta fácilmente. No conozco ninguna persona que haya alcanzado un «estado mental de gracia» sin algún sufrimiento. El dolor es parte del programa de estudios en la escuela de Dios.

En tercer lugar, *debe haber un cambio*. Carecemos de gracia, nos resistimos a ella y fallamos en expresarla. Pero Dios nunca se detiene en Su inexorable obra, porque está empeñado en que cada día lleguemos a ser más como Su Hijo. ¿Recuerda? «El que comenzó en vosotros la buena obra, *la perfeccionará*».

## ALGUNOS EJEMPLOS DE PEDIR LA GRACIA PARA ASUNTOS COTIDIANOS

En el libro titulado *Mero cristianismo*, de C. S. Lewis, leemos:

El verdadero Hijo de Dios está a nuestro lado. Está comenzando a transformarlo para que sea semejante a él. Está empezando, por así decirlo, a «inyectar» su clase de vida y pensamiento en usted... empezando a hacer del soldado de plomo un ser vivo. La parte suya que se resiste a este proceso es la que todavía es plomo.<sup>5</sup>

La figura usada por C. S. Lewis me deja intrigado. Mientras pensaba en aquellas esferas que «todavía son de plomo» en mi propia vida, se me ocurrió que respecto a esas es que debo pedir la gracia de Dios. Cada uno de nosotros podría decir lo mismo. De modo que tomé mi concordancia bíblica del librero, busqué la palabra *gracia*, y empecé a estudiar los pasajes del Nuevo Testamento que señalan o ilustran situaciones cotidianas que ejemplifican «el plomo»; esas esferas en las que la mayoría de nosotros todavía necesitamos reclamar la gracia de Dios.

Encontré cinco puntos débiles donde creo que es necesaria la ayuda de Dios: la inseguridad, la debilidad, la agresividad, la contemporización y el orgullo. Reconozco que son batallas muy personales, pero si la gracia no viene a nosotros de manera íntima y personal, ¿de qué nos sirve? Al leer las próximas páginas, dejemos que la suave unción de su aceite penetre el «plomo» de nuestra vida. Quizás al dejar que la gracia entre profundamente y se transforme en algo personal, logremos liberarnos de algunas cosas que no están bien en nuestra vida. Espero que esto nos ayude a acelerar nuestro propio progreso como peregrinos hacia el despertar de una gracia semejante a la de Cristo:

1. *Quiero gracia para ser lo que soy* (el «plomo» de la inseguridad).

Luego se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen; después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles, y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí. Sin embargo, haya sido yo o ellos, así predicamos y así creísteis. (1 Corintios 15.6–11)

A lo largo de mis años en el ministerio, en los que he trabajado hombro a hombro con muchos creyentes, he observado que muchos siervos de Dios tienen temor de ser lo que son. He conocido a algunos que no tienen la menor pista de su propia identidad (porque están demasiado ocupados complaciendo

a los demás), pero la mayoría cabe en otra categoría: son los que sí saben lo que son, pero se sienten incómodos de que se manifieste la verdad. Están preocupados por cosas tales como su propia imagen, lo que otros podrían pensar o decir, o aun más a menudo temen que «si supieran cómo soy en realidad, no me aceptarían».

El pasaje que cité antes nos va a ayudar a poner las cosas en claro. Pablo escribe con toda sinceridad acerca de su propio poco notable récord. Después de presentar la galería de los «grandes», aquellos a quienes se les apareció el Señor (Pedro, Jacobo, los apóstoles) afirma: «Y al último de todos... se me apareció también a mí». No se trata de falsa humildad, sino de un dato histórico. Pero hay algo lleno de elocuencia y es cómo Pablo se refiere a sí mismo como «uno nacido fuera de tiempo». Es impactante que la palabra griega se use para describir a los que nacen antes del período completo de gestación, abortados, literalmente «un feto sin vida». Pablo quería referirse a uno que ha estado totalmente desprovisto de vida espiritual.

Y si eso no fuera suficiente, Pablo se ve a sí mismo no solo como el último, sino como el «menor» de los apóstoles, el que antes perseguía a la iglesia. Mientras los otros que él nombra defendían y construían el cuerpo de Cristo, él estaba ocupado atacándolo, con la esperanza de destruirlo. Esa es la evaluación que hace de sí mismo, comparándose con esos otros hombres de Dios. Eso podría haber afectado desastrosamente su autoimagen, pero no fue así. Aunque no negaba la realidad de su pasado, Pablo se negaba a arrastrarse y esconderse, paralizado por los sentimientos de inseguridad. ¿Por qué? La respuesta es obvia: por la gracia. La gracia vivificadora y renovadora de Dios cambió toda la perspectiva del apóstol. «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí» (1 Corintios 15.10).

La gracia hizo de él lo que era. La gracia le dio el valor de ser quien era. La gracia le dio energía para hacer todo lo que hizo. Al darse cuenta de que no merecía y nunca podía llegar a merecer los privilegios que había recibido, Pablo se sentía libre para ser precisamente lo que era, y para hacer exactamente lo que había sido llamado a hacer. La gracia era como su aliada silenciosa, su constante compañera de viaje, ya que él (por sí mismo) no merecía en absoluto la parte que le había tocado hacer en la obra que Dios

estaba realizando en el mundo. No puedo dejar de mencionar que se negaba a compararse a sí mismo y a competir con sus colegas. La gracia nos libera de todo eso. Me gusta la forma en que lo explica un comentario bíblico: «A pesar de no cumplir los requisitos para llevar ese nombre, la gracia de Dios lo ha hecho merecedor. El que perseguía ha sido perdonado, y el abortado ha sido adoptado».<sup>6</sup>

Si el «plomo» de su vida es la inseguridad, le sugiero grandes dosis diarias de gracia. Gracia íntima y personal. Descubrirá que tiene poder para sanar, para traerle un reconfortante alivio. Si dio buenos resultados en la vida de Pablo, el perseguidor de la iglesia, le puedo asegurar que también dará buenos resultados en la vida de los inseguros peregrinos de hoy en día.

2. *Quiero gracia para aprender a través del sufrimiento* (el «plomo» de la debilidad).

Y dada la extraordinaria grandeza de las revelaciones, por esta razón, para impedir que me enalteciera, me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca. Acerca de esto, tres veces he rogado al Señor para que lo quitara de mí. Y El me ha dicho: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Corintios 12.7–10)

Otra de las incuestionables luchas que todos enfrentamos es nuestra propia debilidad humana, que aparece de muchas formas, vez tras vez. Sufrimos y nos sentimos heridos. Fallamos, desertamos y nos sentimos mal. Oramos, pero no hallamos solución al problema. Con quejarnos no resolvemos nada. ¿Cuál es nuestro problema? ¡Somos humanos! La imperfección nos acosa constantemente.

En el caso de Pablo, vivía con una «espina», alguna clase de dolor insoportable que se rehusaba a abandonarlo, salvo en contadas ocasiones. Cuando lo aquejaba, siempre quedaba débil, sintiéndose terriblemente humano. ¿Cómo podía perseverar a pesar de semejante sufrimiento? La

respuesta es otra vez la misma: por la gracia.

Era la gracia la que lo hacía estar «gustosamente» en sus debilidades. Y una vez que alcanzaba ese contentamiento, surgía la fortaleza en su interior. Ni los insultos, ni las angustias, ni las persecuciones podían poner fuera de combate al apóstol una vez que por gracia se contentaba en su debilidad.

Esta actitud no solo vale para un apóstol misionero del primer siglo, es válida para nosotros hoy. Si no ocultamos ni negamos nuestras debilidades, otros pueden sentirse más cerca de nosotros. La vulnerabilidad invita a las personas a acercarse, las ayuda a identificarse con nosotros y a sentirse cómodas. La gracia nos capacita para admitir nuestras luchas. Cuando encontramos contentamiento aun en nuestras debilidades, desaparece la ansiedad que produce el esfuerzo por mantener una buena imagen. Ya no hay que depender más de la vestimenta o de la apariencia.

Aprecio cuando los atletas profesionales no ocultan sus debilidades, ¿no le parece? Cuando los observamos desempeñar su deporte con tanta destreza y precisión, podemos creer fácilmente que todas las áreas de su vida lucen tan pulidas y profesionales. Cuando vivíamos en Boston a mediados de los años sesenta, Bill Russell era la estrella del baloncesto para los Celtics, los campeones mundiales. Era divertido verlo a él y a su equipo jugar en el Boston Garden. Dominó los tableros y parecía dominar con facilidad toda la cancha una vez que el juego comenzaba. Todo el equipo giraba en torno a su presencia imponente. Los aficionados lo observaban desde la distancia, respetando su mando en el deporte. A continuación, en una entrevista de radio, oí un comentario de Russell que inmediatamente me hizo sentir más cercano a él, aunque nunca lo he conocido. El reportero le preguntó a la estrella del baloncesto si alguna vez se ponía nervioso. La respuesta de Russell fue sorprendente. Con su inimitable estilo lleno de honestidad, dijo: «Antes de cada juego, vomito». Asombrado, el comentarista deportivo le preguntó qué hacía si tenía que jugar dos partidos en el mismo día.

De manera imperturbable, Russell dijo: «Vomito dos veces». De repente el hombre ya no parecía un modelo deportivo de perfección... él tenía debilidades también.

No tenemos por qué esconder las esferas frágiles e imperfectas de nuestra vida. ¡Dígalos! ¡Admítalos! La gracia le ayudará a hacerlo. Le permitirá salir adelante. Recuerde las líneas de John Newton:

En los peligros o aflicción  
Que yo he tenido aquí  
Su gracia siempre me libró  
Y me guiará feliz.<sup>7</sup>

No tendrá que depender del esfuerzo propio, ni ser un perfeccionista. (Que Dios ayude a los que son muy perfeccionistas y a aquellos que viven con ellos. Ambos necesitan toneladas de gracia). El otro día me enteré de que un perfeccionista es una persona que recibe dolores y luego se los da a otros.

La gracia le ayudará a mostrar las grietas que hay en su vida. ¡Deje que se vean! Nadie puede identificarse con aquellos que dan la impresión de logros impecables y un éxito grandioso. Todos podemos identificarnos con el fracaso y la imperfección. La gracia en medio de la debilidad nos capacita para llegar a ser instrumentos de poder en las manos de Dios.

Recuerdo haber predicado un sermón en el cual yo estaba luchando con un dolor de garganta y laringitis. No podía levantar mi voz por encima de un susurro. Así que pensé: *Voy a guardar mi voz susurrando*. (Me enteré después de que es lo peor que podría haber hecho por mi voz, pero yo no lo sabía entonces). Cuando terminé ese sermón, quería huir. Yo sentía que mi presentación había sido terrible. Pensé que era el peor sermón que había dado. Entonces ocurrió algo sorprendente. No sé cuántas personas se contactaron conmigo más tarde y dijeron: «Nunca sabrá cuánto su sermón me ha ministrado». Y yo me encontraba allí con evidente debilidad física y dolor... obstaculizado, limitado por algo que no podía controlar o detener. Sin embargo, se convirtió en aliento para los demás, especialmente aquellos que dijeron que se preguntaban si alguna vez yo había luchado con debilidades. Inmediatamente podían identificarse conmigo en vez de verme desde la distancia con algún tipo de admiración irrealista. Creo que comprenden a lo que me refiero: en la debilidad la gracia nos convierte en instrumentos de poder en las manos de Dios.

3. *Quiero gracia para responder correctamente en todas las situaciones que se me presentan* (el «plomo» de la agresividad).

Andad sabiamente para con los de afuera, aprovechando bien el tiempo. Que vuestra conversación sea siempre con gracia,

sazonada como con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada persona. (Colosenses 4.5, 6)

Esta «gracia» tiene que ver con la forma en que respondemos a nuestros semejantes. ¿Se ha dado cuenta de que la vida es en realidad una cadena de respuestas? Pasamos nuestros días respondiendo a aquellos que no conocen al Salvador, a los que son hermanos nuestros en el cuerpo de Cristo, a nuestros hijos, padres, amigos, a los que padecen necesidad, a los colegas en el trabajo, a los compañeros de estudio. A la luz de eso, ¿ha observado lo que escribe Pablo acerca de la tendencia a la agresividad, ese «hombre de plomo» que hay en todos nosotros? Pablo menciona que necesitamos sabiduría, palabras sazonadas con sal, la respuesta adecuada a nuestros semejantes. *Sal* quizás se refiera aquí a la idea de buen sabor, tacto, palabras apropiadas en el momento adecuado. La gracia nos da eso y mucho más, por ejemplo, el ser agradables con los demás. Que su manera de hablar sea siempre agradable, encantadora, atractiva, placentera. En este terreno, la gracia es un maestro.

Si yo tuviera el poder en mi mano para tocar y sanar una parte del cuerpo de Cristo, sanaría la lengua, incluso la mía. La lengua es lo que más enfermedades difunde en el cuerpo de Cristo, especialmente cuando le falta gracia, que es la que da el tacto necesario para hablar. «El tacto es como un ropaje. Ayuda a organizar una verdad que parece dura de manera más atractiva».<sup>8</sup>

La verdad por sí sola puede ser un tanto dura e impactante, y a veces demasiado incisiva y hasta brutal. No hay nada mejor que una buena porción de gracia para hacer que la verdad resulte agradable. La gracia ayuda a suavizar nuestras palabras de manera que la verdad pueda ser recibida sin la ofensa que de otra forma produciría.

El tacto es una manera de acercarse a otro ser humano que implica sinceridad y comunicación franca a la vez que muestra respeto por los sentimientos de la otra persona, procurando no herirla innecesariamente... Implica fe, confianza en la otra persona, y le comunica el siguiente mensaje: confío en que serás capaz de manejar lo que te voy a decir. Respeto tus sentimientos y haré todo lo posible por evitar mis propias tendencias destructivas, para no herirte innecesariamente.<sup>9</sup>

Mientras estoy hablando del tema del tacto, un antídoto contra la abrasión, es un buen momento para mencionar la importancia de un buen sentido del humor. Si hay algo que ayudará a fortalecer el encantador imán de la gracia, es la capacidad de reírse de uno mismo, reírse de la vida, y hallar el humor en los encuentros cotidianos con la gente. ¡Eso sí es ponerle sal a la vida! El humor funciona como magia. Howard Hendricks, uno de mis amigos y mentores desde hace muchos años, era un maestro en esto. Yo lo he amado y escuchado durante más de cuarenta años. Una y otra vez lo vi animar a cientos de personas apiñadas en la misma sala — sin conocerse unos a otros — por medio de sus palabras atractivas, generalmente repletas de humor. ¡Qué embajador de la gracia! Si he aprendido algo de ese hombre, ha sido la importancia de hablar la verdad con fuerza y claridad, y a la vez, en una forma no destructiva. ¿Ha observado usted que algunos comunicadores prácticamente aporrean a las personas con la Biblia? Eso nunca sucedía con mi amigo Howard Hendricks.

Es extraordinario ver cómo nuestros semejantes son francos con nosotros cuando saben que nos preocupamos por sus sentimientos. Si parte del «plomo» con el que tiene que luchar es esa agresividad, agregue gracia a todo lo que dice y verá cómo le ayuda a responder correctamente a las situaciones que se le presentan.

4. *Quiero gracia para mantenerme firme en mis creencias* (el «plomo» de la contemporización).

Acordaos de vuestros guías que os hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de su conducta, imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos. No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas, porque buena cosa es para el corazón el ser fortalecido con la gracia, no con alimentos, de los que no recibieron beneficio los que de ellos se ocupaban. (Hebreos 13.7–9)

El autor de Hebreos está terminando su exposición, y al hacerlo, presenta su profunda preocupación en cuanto a la tendencia de algunos creyentes a abandonar su fe cuando los tiempos se ponen difíciles. Abundaban las persecuciones, y ocurrían martirios. Algunos se empezaban a preguntar: *¿No habré creído en vano? ¿Debo continuar en este camino cristiano?* Algunos

estaban retrocediendo. Por eso el escritor toma su pluma para darles aliento, para que sigan firmes en lo que creen. «¡No se rindan! No abandonen. No se sometan». Lo que le preocupa a él es la tendencia a contemporizar.

Esa misma tendencia está presente en cada generación, y por cierto en la nuestra también. Sentados cómodamente en la iglesia, rodeados de hermanos en la fe, nos sentimos fuertes y totalmente decididos. Hasta sentimos que podríamos dar la vida por nuestra fe. Pero veinticuatro horas más tarde, en medio del trabajo, nos encontramos rodeados por aquellos que odian la fe. ¿Cuántos de esos que detestan la fe *saben* que somos creyentes? En nuestro lugar de trabajo tendemos a hacer concesiones, a quedarnos callados cuando se toca el tema de la fe. ¿Se ha preguntado por qué? La respuesta está aquí: nos falta gracia. Quizás no lo haya advertido antes, pero la gracia nos fortalece. Fortalece nuestros corazones, despierta en nosotros el valor para mantenernos firmes. ¿Cómo? ¿Qué tiene la gracia que nos da fuerzas para mantenemos firmes en nuestras creencias? Quizás es porque la gracia evita que seamos lo que en realidad no somos. Quizás sea la autenticidad que promueve en nosotros. La gracia arranca el plomo, quita las máscaras, nos ayuda a ser nosotros mismos, de manera que cuando hablamos de nuestra fe, impacta como verdadera. ¿No será que contemporiza en el trabajo porque ha estado tratando de aparentar lo que no es? La gracia trae tanto alivio, tanta fortaleza, que elimina la falsedad.

Hasta aquí hemos puesto al descubierto cuatro esferas de «plomo» que encontramos comúnmente en nuestra vida: la inseguridad, la debilidad, la agresividad y la contemporización. Nadie puede negar que necesitamos una gracia íntima y personal para vencer cada una de estas cosas. Pero la lista quedaría incompleta si no incluyera una última esfera que nos afecta a todos.

5. *Quiero gracia para someterme a las cosas que me debo someter* (el «plomo» del orgullo).

Pero El da mayor gracia. Por eso dice: DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS PERO DA GRACIA A LOS HUMILDES. Por tanto, someteos a Dios. Resistid, pues, al diablo y huirá de vosotros. (Santiago 4.6, 7)

Asimismo, vosotros los más jóvenes, estad sujetos a los mayores; y todos, revestíos de humildad en vuestro trato

mutuo, porque DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, PERO DA GRACIA A LOS HUMILDES. (1 Pedro 5.5)

Estos dos pasajes del Nuevo Testamento se basan en Proverbios 3.34: «Ciertamente El se burla de los burladores, pero da gracia a los afligidos».

Charles Bridges, un estudiante del Antiguo Testamento de finales del siglo XIX, escribe: «En ningún punto se declara más plenamente la mente de Dios que en contra del orgullo. Un espíritu *humilde*, nacido de una profunda convicción de que no somos nada, es una gracia que adorna. Tampoco se trata de un sentimiento ocasional o temporal... sino de un hábito, “arrojando” al hombre... “desde la planta de los pies hasta la cabeza”. Él la derrama [la gracia] libremente sobre los corazones humildes».<sup>10</sup>

Hay pocos rasgos tan arraigados en nosotros como el orgullo. ¡Siempre está presente! Me resulta totalmente asombroso que quienes debimos ser abandonados como «abortados» (según lo expresaba Pablo), pudiéramos encontrar algo de lo cual sentirnos orgullosos. Sin embargo, el orgullo está siempre allí, siempre listo para defenderse. Como no concuerda con la vida cristiana que alguien sea abiertamente orgulloso, encontramos el orgullo expresado de otras maneras: en nuestro trabajo, en nuestros salarios, en nuestro prestigio, en el poder y la influencia que ejercemos, en nuestros títulos, en nuestra vestimenta, en nuestra manera de dirigirnos a la gente, en nuestra tendencia a manipular. Todo eso es muy poco atractivo, muy inapropiado. Con su poderosa influencia, el orgullo es un clásico asesino de la gracia.

Dejemos bien en claro que Dios no bendice lo que nace del orgullo. Como las Escrituras reiteradamente afirman, Dios descarga Su poderosa mano sobre nuestra vida y oprime con Sus dedos soberanos hasta que nos duele. Suspiramos, nos retorremos, y (es de desear) finalmente nos aferramos a la gracia y nos sometemos. ¡Bendita sumisión! Es justamente en esas dolorosas esferas que no podemos manejar por nosotros mismos donde Dios realiza Su más profunda labor en nuestra vida.

El escocés George Matheson recuerda la disciplina de su desesperación personal en el libro *Thoughts for Life's Journey* [Pensamientos para el viaje de la vida] cuando escribe:

¡Alma mía, no rechace el lugar de su postración! Desde siempre ha sido el vestuario de la realeza. Pregunte a los grandes del pasado lo que ha sido la fuente de su prosperidad; ellos dirán: «Era el frío suelo en el que una vez me encontraba postrado». Pregunte a Abraham; él le señalará al sacrificio de Moriah. Pregunte a José; él le dirigirá a su calabozo. Pregunte a Moisés; él pondrá como fecha de su fortuna el peligro que pasó en el Nilo en la canasta. Pregunte a Rut; ella le pedirá que erija su monumento sobre el campo de su trabajo duro. Pregunte a David; él le dirá que sus canciones se inspiraron en la noche. Pregunte a Job; él le recordará que Dios le respondió desde un torbellino. Pregunte a Pedro; él ensalzará su obediencia en el mar. Pregunte a Juan; él aplaudirá a Patmos. Pregunte a Pablo y le atribuirá su inspiración a la luz que lo cegó. Pregunte a uno más: el Hijo del Hombre. Pregúntele de dónde ha llegado Su reino sobre el mundo entero. Él responderá: «Desde el frío suelo sobre el que me postraba, la tierra de Getsemaní; es allí donde recibí mi cetro». Usted también, alma mía, será laureada por Getsemaní. La copa que no quiso beber llegará a ser coronilla en el dulce porvenir. La hora de su soledad le coronará. El día de su depresión le agasajará. Es el *desierto* el que romperá en canto; son los árboles de su *bosque* silencioso los que batirán palmas.<sup>11</sup>

Compañero de peregrinaje, ¿es la travesía más dolorosa de lo que se había imaginado? Pensando que se iba a encontrar con una aventura de fantasía, ¿se ha sorprendido de pronto en un territorio frío e inhóspito, y se ha sentido solo, deprimido, quebrantado? ¿Se ha empezado a preguntar si se ha equivocado de camino? Créame que no es así. Dios está obrando en usted. Su «mano poderosa» lo cubre. Su amor lo envuelve. Él le ofrece Su gracia. Despierte y pídale.

Tanto George Matheson como John Bunyan estarían de acuerdo: usted se encuentra en el «vestuario para la realeza».<sup>12</sup> El nombre del sastre es Gracia... y cuando usted esté perfectamente vestido, el proceso terminará.

# CAPÍTULO ONCE

## *¿Modela usted realmente la gracia?*



ESTE CAPÍTULO ESTÁ DEDICADO A TODOS LOS QUE ejercen algún tipo de ministerio.

Reconozco que esta afirmación llevará a muchos de ustedes a pensar: *Bueno, aquí no estoy incluido yo. No soy predicador, ni evangelista, ni misionero... yo no trabajo para una iglesia.* Permítame aclarar que mi comentario inicial se refiere a todos los que están en el ministerio, no solo los que pertenecen al servicio cristiano profesional. Al hablar de «ministerio», estoy incluyendo a cualquiera que haga algo de manera sistemática en una parte del cuerpo de Cristo.

Quizás usted enseñe o es diácono de su iglesia. O tal vez sea consejero, músico o conferencista. Quizás está involucrado en la enseñanza cristiana o dirige algún campamento... *sea lo que sea que haga*, me dirijo a usted. Quizás se gane la vida de esa manera, quizás no, pero está sistemáticamente involucrado en alguna forma de actividad vinculada al ministerio, actividad que influencia la vida de otras personas, muchas de las cuales son creyentes en Jesucristo. A usted le dedico este capítulo.

Ahora que ya me está prestando atención, quiero formularle una pregunta muy importante, que solo usted puede contestar. ¿Es en realidad un ministro de la gracia? Podría hacer la misma pregunta de varias maneras diferentes:

- Cuando cumple su ministerio, ¿expresa gracia?
- ¿Les da a las personas a las que sirve la libertad de ser lo que son, o lo que usted espera que sean?
- ¿Manipula y controla a los demás o les da libertad?

- Cuando la gente está a su lado, ¿se siente libre o intimidada?
- ¿Está usted formando personas espontáneas, creativas, llenas de gozo o cautivos temerosos?
- ¿Anima y da seguridad a aquellos a quienes sirve?

Es hora de que nos quitemos las máscaras y eliminemos las racionalizaciones. Debemos mirar la verdad de frente. ¿Es usted un ejemplo de gracia y la otorga a otros? Lo que emprende, ¿es obra de su propio yo fortalecido por su propia energía? ¿Depende de su propio carisma? ¿Tiene a menudo una doble agenda? ¿Qué diremos de sus motivaciones? Con una audiencia cautiva que no se pierde ni una de sus palabras y sigue su ministerio con incuestionable lealtad, ¿saca usted provecho personal de la situación? ¿Le importa mejorar su propia imagen más que ninguna otra cosa, o puede decir honestamente que su obra está dirigida y sostenida por el Espíritu de Dios? ¿Es su ministerio uno que *despierta la gracia*?

## UN PODEROSO MENSAJE DE UN PROFETA DIRIGIDO POR EL ESPÍRITU SANTO

Para ayudarle a apreciar el valor que tiene ser un ministro de la gracia, quiero presentarle a uno de los hombres menos conocidos de la Biblia. Fue un profeta que vivió y escribió en los lejanos tiempos del Antiguo Testamento. Su nombre es Zacarías. Su libro está justo antes del último libro del Antiguo Testamento, Malaquías. Pocas personas, incluso miembros de iglesia, están familiarizadas con este poderoso profeta. Por lo tanto, hace falta información sobre su trasfondo histórico para que podamos apreciar cómo se vincula con las preguntas que acabo de plantear.

### *Trasfondo histórico*

Jerusalén estaba en ruinas. El muro que la protegía había sido derrumbado, y no era más que un montón de escombros, rocas y piedras dispersadas por todos lados. Las casas de los hebreos habían sido quemadas y arrasadas años atrás, en realidad décadas atrás. Y lo que era igualmente

trágico, el templo del Señor yacía en ruinas. El pueblo elegido estaba cautivo en las lejanas tierras de Babilonia. Después de setenta años en las mismas condiciones, algunos empezaron a retornar a la ciudad de Jerusalén, a su amada Sion. Un grupo regresó con Nehemías como líder, y reconstruyeron el muro. Eso resultó una ardua tarea, porque muchos que habían regresado con anterioridad estaban más interesados en construir sus propias casas que en levantar la pared de protección alrededor de la ciudad. Pero gracias a la perseverancia de Nehemías y a la cooperación del pueblo, el trabajo finalmente se concretó. Mientras tanto, el templo solo tenía los cimientos. Allí quedó, prácticamente abandonado, durante quince o dieciséis años; a nadie parecía interesarle. Después de completar el muro, los judíos volvieron a sus respectivos suburbios a terminar de reconstruir sus propias casas. El muro que protegía la ciudad estaba terminado, pero no era así con el templo.

Esa necesidad se transformó en carga para un profeta llamado Hageo. Ninguno de los profetas que escribió en las Escrituras tuvo un interés tan específico como Hageo. Se presentó con admoniciones fuertes, severas, punzantes. Con palabras agudas y reconvenciones directas, e incluso algunos comentarios sarcásticos, Hageo proclamó que el templo de Dios necesitaba atención inmediata. El ya fallecido Kyle Yates dijo que «Hageo embebe sus flechas en desdén, las arroja con sarcasmo, y las envía directo al blanco... Su misión era recoger las ascuas dispersas del orgullo nacional... y encender la llama nuevamente».<sup>1</sup>

Es una buena descripción de Hageo. Pero el hecho es que la gente solo soporta ese tipo de predicación por un tiempo. Después, se vuelve apática. Los gritos y advertencias, las órdenes y aun el sarcasmo pierden su efectividad entre los indiferentes una vez que se reinstala la apatía. De manera que el templo siguió sin terminar a pesar de las amonestaciones persistentes de Hageo.

El gobernador en esos turbulentos tiempos era Zorobabel, quien tuvo la tarea de lograr que se completara la construcción del templo. Pero confió en que los profetas motivaran a los ciudadanos a entrar en acción. Hageo hizo lo que pudo, pero no fue suficiente. Fue necesario otro profeta, que Dios puso en escena cuando Hageo falleció. Ese profeta se llamaba Zacarías; tenía la misma visión que Hageo, pero un estilo muy diferente de comunicarse con el pueblo. Mientras que Hageo había sido severo y punzante en sus acusaciones,

el enfoque de Zacarías era más colorido y amable. Como diríamos, era más fácil llevarse bien con Zacarías.

Kyle Yates escribió lo siguiente de Zacarías:

Una depresión grave, con la pérdida de las cosechas y la aparente ruina, retó al pueblo judío que había respondido al llamado de Hageo para edificar la casa de Dios. Bajo la presión del desaliento y la necesidad que enfrentaban les resultó fácil tirar la toalla. El martilleo franco y prosaico que Hageo usaba surtió efecto, pero era necesario encontrar una nueva voz para animarlos a tener el tipo de entusiasmo que les mantendría trabajando hasta la línea de meta. Zacarías vino al rescate para suministrar la ayuda necesaria... No reprende o regaña ni condena al pueblo. Con llamativos colores y vívida imaginación él pinta radiantes imágenes de la presencia de Dios para fortalecer y ayudar. Palabras de inspiración fluyen de sus labios.<sup>2</sup>

El libro de Zacarías es un libro de visiones, visiones impactantes, coloridas, por momentos místicas. Hubo ocasiones en que ni siquiera el profeta entendía lo que decía, como podemos ver en el siguiente pasaje:

Entonces el ángel que hablaba conmigo volvió, y me despertó como a un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He aquí, veo un candelabro todo de oro con su depósito en la parte superior, y sus siete lámparas encima de él con siete tubos para cada una de las lámparas que tiene encima; y junto a él hay dos olivos, uno a la derecha del depósito y el otro a la izquierda. (Zacarías 4.1–3)

Cuando comienza el capítulo, el ángel está hablándole al profeta respecto a la visión de un candelabro de oro. Tiene un depósito encima, y siete lámparas con siete tubos. Luego ve dos árboles de olivo, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Zacarías se pregunta de qué se trata todo esto. Pregunta: «¿Qué es esto, señor mío?» (v. 4). El ángel le contesta: «¿No sabes qué es esto?», a lo que Zacarías responde con franqueza: «No, señor mío». Había

visto la revelación del Señor, pero no sabía su significado, su interpretación.

Aquí llegamos a un pasaje muy interesante de las Escrituras. No quedamos a merced de que un expositor perceptivo o algún erudito bíblico nos diga lo que todo esto significa. De la boca del mismo ángel obtenemos la respuesta. El que reveló la visión ahora la interpreta para que el profeta (y cada persona que la leería después) entienda.

### *Un recordatorio eterno*

El ángel se dirige a Zorobabel, el gobernador cuya meta era ver terminada la obra. Quizás Zorobabel ha perdido la esperanza en las últimas semanas. Se ha ido cansando, al ver que el proyecto de construcción ha quedado abandonado. Quizás le parecía que nunca se iba a poder terminar, por eso el ángel le da palabras de esperanza al gobernador:

Continuó él, y me dijo: Esta es la palabra del SEÑOR a Zorobabel: «No por el poder ni por la fuerza, sino por mi Espíritu» — dice el SEÑOR de los ejércitos. «¿Quién eres tú, oh gran monte? Ante Zorobabel, te convertirás en llanura; y él sacará la piedra clave entre aclamaciones de “¡Gracia, gracia a ella!”». (Zacarías 4.6, 7)

Tratemos de entender lo que está diciendo. El monte representa la enorme cantidad de obstáculos que enfrentan aquellos que llevan a cabo la obra. Por ejemplo, la comunidad judía se muestra apática, dentro y fuera de Jerusalén. Los de fuera de Sion se oponen al proyecto. Los que habían vivido bajo el estilo severo y las palabras penetrantes y exigentes de Hageo se mostraban cansados y bastante indiferentes. Además de esto, el «monte» incluía a la nueva generación de judíos que no sentían deseos de construir el templo, junto a la generación anterior, envejecida y cansada, que cree que eso no les corresponde a ellos. El gobernador está atrapado en medio de todo esto, junto con un templo a medio terminar, y desde esa situación deprimente emerge el mensaje de Dios, que promete que el monte se transformará en una llanura. ¡Buenas noticias! «No tienes que preocuparte por los obstáculos». En otras palabras: «No necesitas gritar más fuerte ni afligirte más. Confía en el Señor,

Zorobabel. *¡Dios está obrando!* Pero antes de que exhibas toda clase de genialidades humanas y habilidades personales, recuerda, Zorobabel, que no es con ejército ni con fuerza». La responsabilidad básica de terminar el templo es de Dios mismo, no del gobernador. La obra será hecha por el Espíritu de Dios, moviéndose entre el pueblo de Dios.

Me intrigan las palabras *ejército* y *fuerza* del versículo 6. Son términos que describen el esfuerzo humano, que es otra forma de hablar de la energía de la carne. Producen un eco familiar en la mente de todos los que trabajan en la obra de Dios, porque todos somos culpables de haber intentado hacer, ocasionalmente, la obra de Dios en base a nuestro propio esfuerzo.

Theodore Laetsch, en su concienzudo trabajo titulado *The Minor Prophets* [Los profetas menores], dice:

Las dos palabras hebreas *poder* y *fuerza* denotan fuerza interior... poder inherente, valentía, fortaleza, así como la mano de obra, un gran número de soldados, riquezas, líderes, organizaciones coordinadas, buenos sistemas financieros, etc. La obra de Dios, la construcción de Su templo, el crecimiento interior, la expansión de Su iglesia, no se pueden llevar a cabo por simples medios externos. La fuerza y la sabiduría humana por sí solas fallarán. ¡Mi Espíritu tiene que hacerlo!<sup>3</sup>

¡Esto le envía un mensaje relevante a cada ministro hoy en día! Y es el siguiente: *la sabiduría humana y los esfuerzos carnales por sí solos fallarán.*

Recordemos que la mejor obra de Dios no será hecha por el poder humano o por la fuerza de la carne. *La obra de Dios, la que se hace para su gloria, debe ser cumplida por líderes que Él ha ungido.* Al enfrentar los montes de obstáculos que hay en cada uno de nuestros ministerios, tendemos a apoyarnos en estrategias de la carne para lograr nuestras elevadas metas: manipulación, métodos que generan culpa, fuerza verbal ¡Es incorrecto!, dicen las Escrituras. ¡No!, dice el Espíritu de Dios. Gran parte de eso no es más que un despliegue de fortaleza humana. Se volverá en contra de cada uno de nosotros. Como un compositor de himnos dice: «El brazo de los hombres por débil no es fiel».<sup>4</sup>

Nuestra tendencia a apoyarnos en nuestra propia fuerza se refuerza por el

hecho muy cierto de que el poder humano obtiene resultados visibles. La inventiva humana obtiene resultados. Se consiguen fondos. Un despliegue enorme de energía, la manipulación y la planificación lograrán que muchas personas hagan cosas, trabajen con esfuerzo, y den de su dinero para ver un proyecto terminado. Habrá resultados a corto plazo. Y no hay nada que alimente más nuestra tendencia a la gratificación inmediata que esos resultados instantáneos. Pero hay un gran problema: en el análisis final, habrá un vacío insatisfactorio. Será algo nulo, un esfuerzo inútil. La obra de la carne no será más que hojarasca en la eternidad. *La gloria será solo de Aquel que hizo posible la obra, y el reconocimiento será solo para Él.*

Dios tiene una mejor idea. En el versículo 7, se le promete al gobernador que Dios, por Su poder, removerá los obstáculos, y en lugar de que sea aquel quien reciba la gloria, será Dios mismo. El toque final que coronará la obra en su totalidad será: «¡Por gracia! ¡Por gracia!». Este templo será terminado... este templo será levantado por la gracia de Dios. Me gusta la paráfrasis de La Biblia al Día:

Por lo tanto, ninguna montaña, por alta que sea, podrá estorbar a Zorobabel, porque delante de él se allanará. Zorobabel terminará la edificación del Templo con poderosos clamores de acción de gracias por la misericordia de Dios, declarando que todo fue hecho por gracia solamente. (v. 7)

Varias preguntas emergen a la luz de estas inmortales palabras del antiguo profeta. ¿Por qué se apoya usted en ejércitos y en fuerza en lugar de descansar en el Espíritu de Dios? ¿Qué es lo que lo hace volver una y otra vez al esfuerzo humano y a los planes manipuladores? ¿Qué hace falta para que retornemos a un estilo de ministerio «solo por gracia»? ¿Cuánto tiempo más vamos a seguir en nuestro característico liderazgo acelerado y ansioso?

### *Una advertencia importante*

A todos los que están involucrados en el ministerio es apropiado hacerles una advertencia. Cada proyecto que usted emprende puede ser realizado a su manera o a la manera de Dios. La fuente de energía humana es notable, lógica

y efectiva. ¡Produce resultados! En un primer momento, la gente no advierte la diferencia. Un ministerio que se basa en la energía de la carne inicialmente parece igual a un ministerio que se basa en la energía del Espíritu. Pero internamente, espiritualmente, en el nivel de las motivaciones, sabe bien que no fue Dios quien lo hizo; *usted lo hizo!* No hay gloria en sentido vertical. Y lo que es también trágico, no se manifiesta la gracia en sentido horizontal.

Voy a ser claro. Si usted es uno de los ministros de su iglesia, evite el poder y la fuerza. Deliberadamente dele tiempo y lugar en su vida al Espíritu. Manténgase conscientemente apartado de la superplanificación inteligente y de la confianza en su propio carisma. Si no lo hace, lo va a lamentar. Se transformará en un ministro «sin gracia».

Para mi grata sorpresa, mientras leía nuevamente *Lectures to My Students* [Conferencias a mis estudiantes], de Spurgeon, escrito más de cien años atrás, me encontré con un extraordinario discurso sobre «el pastor sin gracia». Solo Spurgeon podría haberlo expresado tan magníficamente:

Un pastor sin gracia es semejante a un hombre ciego elegido para dar clases de óptica, filosofando sobre la luz y la visión, disertando sobre ese asunto, y tratando de ayudar a los demás a distinguir las delicadas sombras y los matices de los colores del prisma, estando él sumergido en la más profunda oscuridad.

Es un mudo nombrado profesor de canto; un sordo a quien se pide que juzgue sobre sinfonías y armonías. Es como un topo que pretende enseñar a aguiluchos cómo volar; como un «don nadie» elegido para presidir sobre los ángeles...

Y más aún, cuando a un predicador le falta la gracia, todos los resultados positivos y perdurables que pudiera haber tenido en su ministerio, serán débiles y escasos en comparación con lo que se podría haber esperado.<sup>5</sup>

Todo esto nos trae de nuevo a mi pregunta inicial: ¿modela usted *realmente* la gracia? ¿Es el suyo *un* ministerio que produce el «despertar de la gracia»? ¿Se caracteriza su liderazgo por la gracia que expresa? En más de cincuenta años de ministerio he observado dos características muy evidentes

en aquellos que carecen de gracia y operan con el poder de la carne. Ambos rasgos pueden considerarse como asesinos de la gracia. Uno tiene que ver con los proyectos, y el otro con la gente.

En primer lugar, observo que *aquellos que obran por su propio esfuerzo usan el poder humano para emprender proyectos visibles*. Siempre hay cosas de las cuales hablar. Ponen mucho énfasis en el «éxito». No vacilan en usar las estrategias propias del mundo; se emplean estilos administrativos seculares, se usan técnicas que impactan, se da demasiada importancia a los números y al tamaño de las cosas, y se recurre a métodos manipuladores para reunir fondos. Es extremadamente importante causar una buena impresión. Sin excepción, el enfoque está centrado en impresionar a la gente y no en glorificar a Dios. Se esconden las debilidades. La vulnerabilidad está fuera de consideración. La gran expectativa es escuchar que la gente exclame: «¡Vaya! ¡Mira eso!» Hay un hambre insaciable por ocupar los titulares.

En segundo lugar, advierto que *aquellos que tienen un estilo basado en la fuerza y el poder se apoyan más en el poder de la personalidad para obtener lo que quieren de la gente*. Hay varios ingredientes que se combinan en este estilo de ministerio: carisma, demostraciones de poder, presión, fuerza, amenazas, control, intimidación. Se recurre al engaño cuando es necesario. Se les hace sentir bochorno a las personas si con ello se logra la meta. En lugar de animar a la gente a orar, a esperar, a buscar la voluntad de Dios y a confiar en Su Espíritu para recibir una orientación clara, este tipo de líderes (me cuesta llamarlos así) se aprovechan de su posición para sacar ventajas de la gente. No vacilan en agredir verbalmente a los que se les interponen en su camino, y descartan a todo aquel que deja de serles «útil».

Todos los que desean ser ministros de la gracia necesitan que se les recuerde que este consejo no es muy popular en una era que da gran importancia al rápido crecimiento de la iglesia y los métodos que son extremadamente eficaces para hacer que las cosas sucedan. Un profeta actual que utiliza palabras como «no por el poder ni por la fuerza» es una voz solitaria en el desierto. Usted no va a encontrar este mensaje en los periódicos o en la mayoría de las revistas (seculares o cristianos); ni lo verá promovido en la mayoría de las iglesias. Desafortunadamente, no se enseña abiertamente en la mayoría de los seminarios. Allí, puede que usted aprenda a manejar el texto de las Sagradas Escrituras o un sistema para entender la teología, tal vez

obtenga una buena comprensión de la historia de la iglesia, pero ¿llegar a ser un ministro guiado por la gracia? No es muy probable.

Mi advertencia es la siguiente: *todo aquello que no resulte en que solo Dios sea glorificado, debería llevarnos a evitar que usemos nuestra propia fuerza y poder. Debemos dejar que el Espíritu de Dios haga la obra, incluyendo la remoción de los obstáculos.* Es fácil olvidar que no todos los asesinos de la gracia están «allá afuera», tratando de someter a la gente bajo el peso de la ley. Algunos están «aquí dentro», entre los propios líderes, tratando de cumplir la voluntad de Dios a su manera.

Una vez conocí a un rector de una universidad muy amable que enmarcó un pequeño letrero y lo colgó en la pared de su oficina en el edificio de administración del campus. Solo había cinco palabras, pero se expresaban con elocuencia, invitando a los estudiantes y al profesorado a participar:

**AQUÍ SE HABLA CON BONDAD.**

Ya he dicho suficiente en cuanto a las advertencias y comentarios negativos. Dejemos de pensar en los que son modelos negativos del ministrar en la gracia y pensemos en cómo podemos mejorar como modelos positivos y promotores de la gracia. Es de desear que las cosas que descubramos en el Nuevo Testamento estén tan llenas de vida y entusiasmo, que algunos de los que ahora son asesinos de la gracia se transformen en dadores y promotores del don de la gracia.

Y al respecto, ¿cuáles son algunas de las características de un ministerio que produce el despertar de la gracia? ¿Cómo va a saber la gente si puede encontrar gracia en nuestro ministerio? Nunca he visto a nadie que la anuncie, al menos no con letras de imprenta, pero no obstante, hay maneras en que los demás pueden saber si «aquí se puede encontrar gracia».

A continuación presento cinco características, aunque no son las únicas posibles, de un ministro que despierta la gracia en sus semejantes.

## **CARACTERÍSTICAS OBVIAS DE UN MINISTRO QUE DESPIERTA LA GRACIA**

La primera de estas características es la *generosidad con sus posesiones personales* (ausencia de egoísmo). En los primeros tiempos de la iglesia, la generosidad del pueblo de Dios era notoria.

La congregación de los que creyeron era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo lo que poseía, sino que todas las cosas eran de propiedad común. Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre todos ellos. No había, pues, ningún necesitado entre ellos, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían, traían el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y se distribuía a cada uno según su necesidad. (Hechos 4.32–35)

Había allí un rebaño de ovejas luchando por subsistir en un mundo hostil lleno de ciudadanos y gobernantes que odiaban a Cristo. Tenían motivo para llevar una vida temerosa, egoísta, aislada y retraída. ¡Pero no fue así! ¿Sabe por qué? Acabamos de leer la respuesta: porque «abundante gracia era sobre todos ellos». Y la gracia promovía en ellos un espíritu de generosidad, un genuino deseo de satisfacer las necesidades de los demás. ¿Puede usted creer el resultado? «No había entre ellos ningún necesitado».

Una atmósfera de gracia impide la presencia del egoísmo. Después de todo, no es nuestro dinero, sino el de Dios. Por eso usted lo da. No es su iglesia, sino la iglesia de Dios; usted la comparte. La congregación no es suya, querido pastor, le pertenece a Dios, así que usted se la entrega a Él. No es su proyecto, sino el de Dios, así que confíe en el Señor. Si volvemos a lo que aprendimos de la visión de Zacarías, recordaremos que la obra es de Dios, y Él la hace a Su manera, para Su gloria. Aunque quizás usted podría hacer el doble de eso en el poder de la carne, se niega a hacerlo. ¡No lo hará! Confiará en Dios, que Él haga la obra a Su manera y a Su debido tiempo. Por supuesto, presentará la necesidad y pedirá una respuesta, pero se negará a imponer su plan por la fuerza.

Creo oportuno decir que he observado que palabras tales como *mío* y *guardar* y *nuestro* no se oyen en los ministerios que están llenos de gracia. En los lugares donde hay gracia tampoco se infiltra una actitud de sospecha. En cambio, hay una abundante generosidad.

Aprendí mucho sobre la gracia de la congregación a la que servía en Fullerton, California, de 1971 a 1994. ¡Qué modelos de generosidad! Cuando una iglesia hermana en el centro de la ciudad de Los Ángeles estaba luchando

por sobrevivir — la histórica Church of the Open Door— tuvimos compasión de ellos. No dejábamos de escuchar sobre su difícil situación por medio de la televisión y al leer sobre esta en los periódicos. Comenzamos a orar por ellos. Sin embargo, nuestro equipo pastoral y las juntas de la iglesia por unanimidad estaban de acuerdo en que debíamos hacer algo más que orar. Un domingo anunciamos que íbamos a recolectar una ofrenda después del culto, la cual sería toda enviada a esa iglesia para animarlos. Nunca olvidaré el entusiasmo. Todos estaban encantados de participar. No recuerdo la cantidad exacta, pero era aproximadamente dieciocho mil dólares los que fueron aportados. En octubre de 1989, el terremoto de San Francisco cobró un alto precio a dos de nuestras iglesias hermanas en el área de la Bahía. Una de ellas fue dañada en gran medida, y la otra requería reparaciones también. Una vez más sentimos que debíamos hacer algo más que orar y escribir cartas de aliento. Con solo un breve anuncio, se recogió otra ofrenda después del culto que nos permitió enviar más de ocho mil dólares a una iglesia y más de cuatro mil a la otra. Nuestra iglesia no era muy adinerada, pero había una abundancia de la gracia, la cual trae generosidad con las posesiones personales. Tal alegría desinteresada es contagiosa.

Otra característica de un ministerio que provoca el despertar de la gracia es *animar a las personas en situaciones inusuales* (ausencia de rigidez). Donde abunda la gracia no solo encontrará generosidad con las posesiones materiales, sino también ánimo en situaciones que son diferentes. La gracia nos hace ser flexibles, dispuestos a adaptarnos.

Un tiempo después de que se hubiera establecido la iglesia de Jerusalén, el deseo de Dios era que llevaran el evangelio a los gentiles. Leemos en el capítulo 11 de Hechos cómo ocurrió.

Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que sobrevino cuando la muerte de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando la palabra a nadie, sino solo a los judíos. Pero había algunos de ellos, hombres de Chipre y de Cirene, los cuales al llegar a Antioquía, hablaban también a los griegos, predicando al Señor Jesús. (vv. 19, 20)

Primero solo se dirigieron a los judíos, pero luego se encontraron

rodeados por griegos, de modo que también se dirigieron a los griegos. No cambiaron el mensaje. Seguían predicando al Señor Jesús. Pero fueron flexibles en sus métodos. El blanco era totalmente distinto cuando pasaron de los judíos a la mezcla de judíos y gentiles. Eso requirió gracia.

Cuando la iglesia en Jerusalén oyó acerca de los muchos gentiles que estaban convirtiéndose al Señor en Antioquía, enviaron a Bernabé para comprobarlo. Una vez que llegó a Antioquía, observó una situación nueva. En lugar de una congregación compuesta solo por judíos, había griegos por todos lados. Bernabé vio que la gracia de Dios estaba obrando, y lo aplaudió. Los animó. No había legalismo en su actitud, ningún discurso sobre «ustedes deberían hacer esto o aquello». No cabían ni los reproches ni las advertencias. Mostró gracia en una situación diferente a la habitual. Se adaptó. De la misma forma, cuando usted y yo ejercemos nuestro ministerio de gracia, podemos dar espacio a formas distintas de ministrar.

Los misioneros que hacen el mejor trabajo son personas de gracia. Si ministran en un contexto culturalmente diverso, no se esfuerzan por convertir a la gente en cristianos de Occidente.

No tratan de hacer que la cultura estadounidense sea el estándar de la vida cristiana. Cuando se encuentran en América Latina, ministran a los latinos en el contexto de América Latina. Cuando se encuentran en Asia, se adaptan a la forma de pensamiento asiático, porque la mente de los asiáticos es muy diferente de la mente Occidental. ¡Esa es la gracia! Existe una falta de previsibilidad, una verdadera libertad, una gran adaptabilidad, una sensación de confort en otros medios de expresión. La ausencia de una mentalidad estricta que se rige por reglas libera a cualquiera para ministrar con un corazón abierto. Es divertido estar cerca de aquellos que ministran de esa manera. Hay afirmación junto con una gran medida de flexibilidad. En lugar de exigir un estilo de respuesta predecible, los ministerios despiertos a la gracia fomentan la transparencia, la aceptación, y una disponibilidad a seguir la corriente cultural. Lo mejor de todo, a los convertidos se les da una gran medida de libertad para aprender y crecer.

Ahora permítame mencionar un tercer rasgo de la gracia: *vida más allá de la letra de las Escrituras*. Cuando está presente un ministerio que despierta la gracia, no hay dogmatismo ni se les da a las personas con la Biblia en la cabeza. Me gusta mucho la forma en que el apóstol Pablo expresa estas ideas

en 2 Corintios 3:

No que seamos suficientes en nosotros mismos para pensar que cosa alguna procede de nosotros, sino que nuestra suficiencia es de Dios, el cual también nos hizo suficientes como ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida. (vv. 5, 6)

Quiero expresarme con cuidado para evitar que me malinterprete. El énfasis de Pablo en esta parte de las Escrituras está en el ministerio del nuevo pacto (en oposición al antiguo pacto), un ministerio de gracia más que legalista. Cualquiera que lea el segundo y tercer capítulo de su segunda carta a los corintios con una actitud mental abierta, no puede dejar de observar una gran diferencia con lo que podría llamarse el tipo «tradicional» de ministerio.

Pablo dice que ...

- no es competente en sí mismo (2.16; 3.5)
- con sinceridad habla en Cristo (2.17)
- el énfasis debe estar en las relaciones personales (3.1–4)
- es importante pensar como un siervo (3.6)

Dice todo esto y pide que tengamos una actitud de gracia, lo que da lugar a una disposición a aprender, en lugar del estilo dogmático de enseñanza que parece querer imponerse a la fuerza.

Manejar correctamente la Palabra de Dios es, por cierto, esencial para un ministro. Solo si las Escrituras son interpretadas correctamente se pueden aplicar correctamente. Las disciplinas de la hermenéutica apropiada (métodos correctos de interpretación bíblica) y una eficiente homilética (la comunicación clara de la verdad bíblica) son imprescindibles para todos aquellos que enseñan el Libro de Dios. Sin embargo, hay que tomar la precaución de interpretar y comunicar haciendo uso de la gracia. Cuando la gracia está presente, hay un espíritu de franqueza, una actitud de compasión, y una total ausencia de dogmatismo y de querer enseñar a las personas pegándoles con la Biblia en la cabeza.

Frecuentemente me encuentro con personas que se han apartado de ambientes extremadamente fundamentalistas, donde han resultado heridas por los asesinos de la gracia que presentaban las Escrituras de manera muy dura. Estas personas se han sentido golpeadas con «la letra de la ley» en lugar de ser orientadas y consoladas por el Espíritu de libertad. Como yo mismo he salido de un ambiente similar años atrás, sé bien de lo que estoy hablando. «La letra mata», dice Pablo. Pero el Espíritu Santo, ministrando en un contexto de libertad combinado con el encanto de la gracia, «vivifica».

Mientras consideramos 2 Corintios 3, quiero señalar un cuarto rasgo de un ministerio que promueve la gracia: *libertad que se expresa de formas creativas*. Cuando la gracia está presente hay libertad suficiente para la expresión creativa. Pablo lo dice de esta manera: «El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (v. 17). Esto significa que tampoco hay expectativas fijadas de antemano.

Realmente deseo que deje que estas palabras penetren lentamente en su corazón y orienten constantemente su ministerio: donde está el Espíritu del Señor, hay libertad.

Al comentar acerca del significado de la libertad del Espíritu en el versículo 17, un erudito del Nuevo Testamento escribe:

Lo que quiere decir es que en tanto la obediencia del hombre hacia Dios esté dominada y condicionada por la obediencia a un libro o a un código de leyes, ese individuo está en la indeseada situación de esclavo. Pero cuando nace de la obra del Espíritu, entonces el centro mismo de su ser no tiene otro deseo que el de servir y obedecer a Dios, porque no es ya la ley sino el amor lo que lo impulsa.<sup>6</sup>

Observo un interesante fenómeno entre creyentes sinceros. La mayoría de nosotros somos bastante acertados en lo que a la gracia se refiere cuando se trata de evangelizar. La mayoría de nosotros no le exigimos a la persona incrédula que ponga su vida en orden antes de acercarse al Señor. Actuamos con flexibilidad, nos adaptamos, perdonamos, toleramos *cualquier cosa* entre los incrédulos. Pero no concedemos la misma libertad una vez que las personas han llegado al Salvador. No nos importa que nos echen humo de cigarrillo en la cara mientras les testificamos. Ni siquiera hablamos de eso.

Tosemos, sonreímos, y seguimos hablándoles de Cristo. «¡Pero más vale que no me arrojen humo a la cara si dicen ser creyentes!».

¿Por qué no? ¿Qué pasa si el Espíritu de Dios todavía no ha trabajado en esa esfera de sus vidas? ¿Por qué somos tan intolerantes e impacientes con nuestros hermanos y hermanas en la fe? ¿Dónde está la gracia? Piense en lo que tienen que soportar los demás en relación con usted y conmigo. Quizás no sean obvias para los demás, pero piense en aquellas cosas inadecuadas con las que todavía tiene que lidiar, cosas respecto a las cuales yo debo manifestarle gracia, lo mismo que usted a mí. Pregunto: ¿dónde está toda esta maravillosa libertad de la que escribe Pablo? ¿Por qué nos planteamos expectativas tan altas unos a otros? Y por último, ¿por qué tenemos tanto miedo de la creatividad? ¿Anima usted a las personas a que sean creativas? ¿Se deleita usted cuando una persona de su equipo de discipulado tiene un estilo opuesto al suyo? ¿La acepta con gracia? ¿Y qué diremos del chico que se aburre en la clase? Supongamos que es hiperactivo... su mente se encuentra en algún otro lugar. Sé que un niño como este presenta un desafío. (Créame que lo entiendo, yo era hiperactivo años atrás, y era un verdadero problema para mis maestros). Qué oportunidad de mostrar gracia y buscar expresiones creativas para esas personas, animándolas a desarrollarse y a llegar a ser todo lo que pueden ser. Los adultos creativos seguramente eran niños hiperactivos años atrás, aquellos que hace veinte años se aburrían si estaban sentados.

Si el Espíritu del Señor provee libertad, sugiero que los hijos de Dios lo imiten y hagan lo mismo. En lugar de recordarles a las personas lo que no son, qué hermoso sería (qué lleno de gracia, en realidad) darles todo el espacio que necesitan para fallar y recuperarse, para aprender y crecer espiritualmente.

Esto me recuerda una característica más del ministerio que promueve la gracia: *libertad respecto a fracasos del pasado*. Un ministerio lleno de gracia no está constantemente recordando el pasado para oprimir a las personas. No se fomenta la vergüenza. Pablo trata esto en 1 Timoteo 1.12–14:

Doy gracias a Cristo Jesús nuestro Señor, que me ha fortalecido, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio; aun habiendo sido yo antes blasfemo, perseguidor

y agresor. Sin embargo, se me mostró misericordia porque lo hice por ignorancia en mi incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más que abundante, con la fe y el amor que se hallan en Cristo Jesús.

Quizás se sorprenda de saber que el apóstol Pablo tenía razones suficientes para sentirse avergonzado. Tenía un pasado tenebroso, había sido «blasfemo, perseguidor e injuriador». ¿Cómo podía ser que el mismo hombre escribiera: «No me avergüenzo» (2 Timoteo 1.12)? Nos da él mismo la respuesta en 1 Timoteo 1.14: la gracia era más abundante. La blasfemia había abundado en el pasado, pero la gracia había sobreabundado. Habían abundado la violencia y la brutalidad, pero la gracia había sobreabundado.

¿Y si en lugar de «perseguidor» hubiera dicho divorciado, o tal vez homosexual, o adicto a las drogas? Sé que lo que leemos en el pasaje es «blasfemo, perseguidor e injuriador». ¿Y si leyéramos «prostituta», o «ex convicto», o «estafador», o «asesino»? En un ministerio que promueve la gracia, ninguna de esas cosas del pasado debe mantener a las personas sujetas a esclavitud. Han sido liberadas, perdonadas, y al creyente se le permite vivir una nueva vida en Cristo.

La gracia libera a las personas, no solo del pecado, sino de la vergüenza. ¿Hace usted eso en su ministerio? ¿O anota esas cosas y las sigue recordando cuando se nombra a esa persona? «Bueno, yo le diría que tenga cuidado con ella». O tal vez: «Es mejor no perder de vista a ese hombre». ¿Le da usted motivos a la gente para que se sienta avergonzada? ¡Quién sabe las luchas que tienen las personas con su propia vergüenza!

Tengo un par de buenos amigos que son terapeutas cristianos, y son excelentes en su trabajo. Curiosamente, en distintas ocasiones los dos me han mencionado que una de las luchas más frecuentes con la que ayudan a las personas a lidiar es la lucha interna con la vergüenza. Ya que los dos consejeros son creyentes en Cristo, muchos de sus clientes lo son también; sin embargo, esto no los libra de la vergüenza. Para ser completamente sincero, por lo general se intensifica el problema. ¿Por qué? Porque muchos en la familia de Dios son mejores provocando vergüenza en otros en vez de eliminarla.

Antes de que usted cuestione eso, deténgase y piense cómo a menudo ha

oído las dos palabras «debería avergonzarse» o cuántas veces ha recibido una mirada que dice lo mismo. La vergüenza no solo es contraproducente, sino que es debilitante. Trae una espesa y oscura nube de depresión sobre una conciencia que ya es muy sensible, cortando los pocos hilos de respeto a uno mismo que quedan. Añade desgracia a lo que ya se ha hecho, dejándolo a uno revolcándose en la ciénaga del fracaso en lugar de reclamar la liberación que el perdón puede traer. Mantiene a las personas abatidas en vez de levantarles el ánimo, roba esperanza en lugar de ofrecer aliento. La vergüenza es un clásico asesino de la gracia.

Y muchas veces, los creyentes no solo hacemos que la gente se sienta avergonzada por lo que ha hecho, sino que también les hacemos sentir vergüenza por ser diferentes. Conozco a algunos creyentes a los que se les ha hecho sentir avergonzados por no haberse casado. Otros porque habían amasado una fortuna con honestidad y mucho esfuerzo. Algunos me han dicho que tenían vergüenza porque tenían una enfermedad persistente, otros porque no salían rápido de la depresión. Conozco a un hombre con quien da gusto estar, realmente entretenido. Me contó que de vez en cuando recibe miradas, y hasta cartas, en las que le reprochan «que se divierte demasiado». Una excelente esposa y madre cristiana me dijo recientemente que le dijeron que debería sentir vergüenza por trabajar fuera de su casa. Esa señora tiene más de cincuenta años, y todos sus hijos están casados.

El doctor Henslin habla a menudo sobre este tema. En sus charlas, distribuye un volante en el que se incluye la siguiente lista de contrastes, que a mí me ha sido útil, y creo que para usted también lo será:

| ESPIRITUALIDAD BASADA EN<br>LA VERGÜENZA                             | ESPIRITUALIDAD SANA                                                                                                   |
|----------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1. Tener problemas es pecado.                                        | Los problemas son parte de mi condición humana. Puedo presentárselos a Dios y compartirlos con mis hermanos en la fe. |
| 2. Sentir emociones fuertes es pecado.                               | Las emociones no son ni buenas ni malas. Depende de lo que hago con ellas. «Airaos, pero no pequéis».                 |
| 3. Tener una enfermedad que es producto de una compulsión es pecado. | Hay una diferencia entre una enfermedad como resultado de una actitud compulsiva y una conducta pecaminosa.           |
| 4. Divertirse es pecado.                                             | Hay muchas diferentes maneras de deleitarse en la bondad de Dios.                                                     |
| 5. Ser espiritual equivale a ser perfecto.                           | Debemos vivir en la gracia, no en la ley.                                                                             |

|                                                     |                                                                                                        |
|-----------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 6. La sexualidad es pecaminosa.                     | La sexualidad es parte de nuestra condición humana y es para ser disfrutada.                           |
| 7. El éxito, o la ausencia del mismo, es pecado.    | La prosperidad o la pobreza no se deben a deficiencias espirituales.                                   |
| 8. Hacerme creyente resuelve todos mis conflictos.  | Aceptar a Cristo en nuestra vida nos capacita y nos da poder para enfrentar las situaciones difíciles. |
| 9. Si no me he sanado es a causa de mi falta de fe. | Estar enfermo no es pecado, puedo someterme al mejor tratamiento posible. <sup>7</sup>                 |

## UN BREVE REPASO

Hemos tratado muchos temas en este capítulo. Como ha sido un poco extenso, puede ser de ayuda un rápido repaso.

Es esencial contar con personas que ministren gracia en estos tiempos de excesivo legalismo y logros alcanzados por la fuerza y el poder humano. Más que nunca necesitamos siervos que produzcan un despertar de la gracia, que puedan poner en libertad en lugar de someter a esclavitud.

Los que sirven a otros ministrando gracia muestran las siguientes características:

1. Son generosos con sus posesiones personales... ausencia de egoísmo.
2. Dan ánimo en situaciones poco habituales... ausencia de rigidez.
3. Su vida va más allá de la letra de las Escrituras... ausencia de dogmatismo y no se les da a las personas con la Biblia en la cabeza.
4. Libertad para la expresión creativa... ausencia de expectativas rígidas.
5. Liberación de los fracasos del pasado... no se fomenta la vergüenza.

¿Recuerda las exhortaciones que le da Pablo a Timoteo? Sus palabras marcan la pauta para todos aquellos que toman en serio las cinco características que hemos mencionado: «Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que hay en Cristo Jesús» (2 Timoteo 2.1). Colega en el ministerio, afírmese en este concepto. Conságrese a él. Haga de la gracia su meta, su búsqueda, su pasión. Sea ejemplo de ella. Enséñela. Demuéstre-la.

# CAPÍTULO DOCE

## *Un matrimonio aceitado por la gracia*



LA ACTRIZ CELESTE HOLM HABLÓ POR TODOS nosotros cuando dijo: «Vivimos debido a las palabras de ánimo, y morimos lenta, triste y airadamente sin ellas».<sup>1</sup> No existe una forma de medir cuántas personas se encuentran en esa trágica situación, pero podemos estar seguros de que el número es astronómico.

La falta de palabras de ánimo y afirmación es notoria. Es por eso que muchos odian ir a trabajar cada día, y otros se desesperan por salir de las escuelas. Es por eso que algunos tienen temor de enfrentar las demandas de sus familias, y otros prefieren no involucrarse en actividades comunitarias. Las responsabilidades se convierten en algo más que una serie de tareas opresivas y crueles sin el alivio que proveen las palabras de ánimo. Esto significa que aquellos que afirman o animan a los demás no solamente son raros, sino que además son personas asombrosas. También, casi invariablemente me he dado cuenta de que estas son personas con gracia. Quienes así actúan modelan lo escrito en este libro y realizan estas acciones no solamente en privado, sino que lo hacen en forma regular (o constante) aun cuando están en público. Estas personas dan mucho valor a las relaciones interpersonales, aun con los desconocidos o con los que algunos llaman «no importantes».

Mis años en el ministerio me han permitido tener mucha relación con el público. Esto ha incluido un gran número de viajes, por lo que generalmente me reciben en los aeropuertos personas cuyo trabajo es transportarme a un hotel o al lugar donde estaré dictando una conferencia. Algo que disfruto en estos encuentros es la oportunidad de viajar algunas millas junto con aquellos fieles que trabajan tras bastidores, cuyos nombres y caras generalmente son

desconocidos, pero que son un vínculo vital para el éxito de estas reuniones o de los eventos que están a punto de realizarse. Casi sin excepción he descubierto que estas son personas con gracia, que están dispuestas a dar con corazón de siervo, y que llevan a cabo su tarea con diligencia y humildad. Por lo tanto, a propósito dedico mi mayor esfuerzo a tratar a estas personas con gracia. En determinados momentos les expreso mi aprecio, trato de levantarles el ánimo o de afirmar la importancia del rol que ellos desempeñan en mi ministerio en particular y del cual tengo el privilegio de ser parte.

No puedo contarle cuántas veces esas personas han expresado su sorpresa debido a que alguien se ha tomado la molestia de darles importancia o se ha tomado el tiempo para animarlas. Siempre me acuerdo de un joven que, después de que logramos conocernos un poco más y disfrutar de unas pocas carcajadas juntos, habló muy cándidamente de cuán difícil había sido tratar de agradar a algunas personas que había ayudado. Hizo el comentario acerca de una figura pública muy conocida (a quien no nombró) que era una persona muy difícil de tratar en privado. Me relató lo siguiente: «Se quejó debido a que llegué unos pocos minutos tarde, fue muy descortés, demandante y aun un tanto rudo conmigo. Sin embargo, aquella noche cuando le tocó el turno de hablar, usted casi podía pensar de que se trataba del hermano gemelo de Dale Carnegie». (Dale Carnegie desarrolló cursos que hoy en día todavía se utilizan; uno de esos cursos trata con habilidades interpersonales.) Mi joven amigo confesó que había comenzado a tener la impresión de que aparentemente así tenía que ser a pesar de que su corazón le decía lo contrario. La verdad es que él se estaba muriendo lenta, triste y airadamente al no recibir palabras de ánimo. Lo que más le dolía era que todos sus pasajeros eran cristianos.

¿Cuándo aprenderemos? Las personas que dejan una buena y permanente impresión en nuestras vidas no son necesariamente personas de renombre o personas con gran reputación, sino personas que tienen un corazón de siervo y tratan con gracia. Son personas amables lo mismo cuando tratan con una secretaria dedicada que ante el público que los aplaude. No dejan una gran impresión en nuestras vidas quienes se cuidan mucho de impresionar a su público, pero son descuidados, tiranos e insensibles en sus relaciones interpersonales privadas. En estos momentos vienen a mi mente las palabras de Dag Hammarskjöld, el segundo secretario general de las Naciones Unidas:

Alrededor de un hombre que estuvo frente a los reflectores del escenario público, una leyenda comienza a crecer de la misma forma que crece alrededor de alguien cuando muere. Sin embargo, un hombre muerto no está en peligro de ceder a la tentación de alimentar su leyenda o aceptar el cuadro como real. Me compadezco del hombre que durante la luna de miel de la publicidad se enamora de su propia imagen, de la forma en que esta se proyecta ante la opinión pública.<sup>2</sup>

Yo también me compadezco de alguien más, su esposa. ¿Qué se necesita para ser una persona grandiosa no solo bajo las luces del escenario o frente a las cámaras de televisión, sino también detrás del escenario? ¿Qué se necesita para ser una persona encantadora, preocupada y dispuesta a otorgar ánimo a su cónyuge, de la misma forma que lo hace con quienes se sientan a escucharlo con admiración? Creo tener la respuesta: *se necesita gracia*. La gracia es el aceite que suaviza las fricciones en el matrimonio y eso es precisamente lo que quiero transmitir en este capítulo.

Hemos pensado acerca de la gracia de Dios, que rompe la esclavitud del pecado. Hemos hablado de la gracia en medio de la iglesia, gracia entre amigos en tiempos de desacuerdo, y también de la gracia entre los que están en el ministerio. Ahora es tiempo de pensar en la importancia de la gracia entre los cónyuges. En mi opinión, es precisamente allí en la privacidad del propio hogar que la gracia se enfrenta al examen más difícil, un examen que comienza no muchos días después de que la luna de miel termina. Alguien dijo: «Todo matrimonio tiene tres anillos: el de compromiso, el de matrimonio y el de sufrimiento». Más veces de las que puedo recordar, me di cuenta de que me ha sido más fácil extender la gracia a un feligrés o a uno de los miembros del liderazgo de la iglesia, que tratar a mi esposa Cynthia con gracia. Por lo tanto, al escribir esto, quiero que usted entienda que soy un imperfecto aprendiz. Hemos estado casados sesenta años, pero por cierto el aceite de la gracia no siempre ha fluido en abundancia, por lo menos en lo que respecta a mí. Al igual que muchas parejas, hemos tenido que admitir que tal vez se necesita más un «despertar de la gracia» en nuestro matrimonio que en la iglesia.

En la observación del Nuevo Testamento que he realizado durante

algunos años, he encontrado que por lo menos en tres lugares distintos se habla sobre el matrimonio, y en todos ellos se menciona tanto al esposo como a la esposa. Estas escrituras se encuentran en 1 Corintios 7, Efesios 5 y 1 Pedro capítulo 3. Al analizar cada sección, encontré que la referencia que aparece en la carta a los corintios trata con las realidades del matrimonio que son difíciles de enfrentar. La referencia que aparece en el libro de Efesios trata con las responsabilidades matrimoniales que toda pareja debe aceptar. Y la referencia de 1 Pedro trata con los roles conyugales que deben cumplirse. En cada caso, el secreto para que esto suceda como Dios lo planificó requiere de gracia.

## LA GRACIA PARA ENFRENTAR LAS REALIDADES CONYUGALES

Al estudiar el capítulo 7 de 1 Corintios, encuentro por lo menos tres realidades que debe enfrentar toda pareja. Por supuesto que existen algunas más. Estoy tan convencido de lo significativo de cada una de ellas que se las menciono a cada pareja que voy a casar. También he observado que entre aquellos que conozco, y cuyos matrimonios no han perdurado, una o más de estas realidades se omitieron pasivamente o se dejaron de lado en forma deliberada.

En primer lugar: *el matrimonio requiere ausencia de egoísmo.*

Que el marido cumpla su deber para con su mujer, e igualmente la mujer lo cumpla con el marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os privéis el uno del otro, excepto de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicaros a la oración; volved después a juntaros a fin de que Satanás no os tienta por causa de vuestra falta de dominio propio. (1 Corintios 7.3–5)

Pablo escribe acerca del «deber», la «autoridad» y el «no privarse» el uno al otro. Todos estos términos en este contexto están relacionados con la intimidad sexual. Sin embargo, la aplicación es mucho más amplia. Está animando a que no exista egoísmo. ¿Qué se necesita para vivir sin egoísmo?

Se necesita gracia. Gracia para aceptar, comprender y pasar por alto algunas cosas. Gracia para perdonar, gracia para respetar, gracia para ceder a mis propios derechos, gracia para afirmar, gracia para contenerse. Se necesita gracia para dar, así como gracia para recibir. El matrimonio requiere que los cónyuges no sean egoístas. Cuando hablo con los solteros, frecuentemente abordo el tema del egoísmo. A menudo tengo que decir: «Si usted tiene la tendencia a ser egoísta, si es el tipo de persona que se aferra a sus propios derechos y no tiene interés en otros, hágale un favor al mundo, y por cierto también a su posible cónyuge. Por favor, no se case». Si usted se pregunta por qué hago esta declaración tan dura, le respondo que lo hago porque el matrimonio, un buen matrimonio, requiere desinterés. Se necesita gracia para ceder los derechos y esperar poco en respuesta.

La segunda realidad es: *el matrimonio significa compromiso para toda la vida.*

A los casados instruyo, no yo, sino el Señor: que la mujer no debe dejar al marido (pero si lo deja, quédese sin casar, o de lo contrario que se reconcilie con su marido), y que el marido no abandone a su mujer. Pero a los demás digo yo, no el Señor, que si un hermano tiene una mujer que no es creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y la mujer cuyo marido no es creyente, y él consiente en vivir con ella, no abandone a su marido. (1 Corintios 7.10–13)

A menos que usted esté dispuesto a tener un compromiso de por vida, una vez más le digo, sin ninguna duda, por favor, no se case. Si existe algo importante que Pablo escribe en este párrafo, es que: «Cuando se case, cátese para toda la vida». El apóstol tiene en mente la permanencia. ¿Se ha dado cuenta del firme consejo que Pablo ofrece en estas líneas?

- Que la mujer no se separe del marido (v. 10)
- Que el marido no abandone a su mujer (v. 11)
- No la abandone (v. 12)
- No lo abandone (v. 13)

Escribirlo una vez sería suficiente. Dos veces, sería expresarlo extremada e inequívocamente claro. Tres veces sería más que suficiente. ¿Pero cuatro veces? ¡El hombre habla en serio!

Hace algunos años Cynthia y yo sacamos de nuestros diálogos la horrible palabra divorcio. Nos pusimos de acuerdo en que ni siquiera la guardaríamos en el arsenal de nuestro vocabulario en las discusiones. No importa cuán acalorados sean nuestros desacuerdos, nos comprometimos a no amenazarnos con ese término. Algo ocurre en el matrimonio en que usted puede contar con la permanencia de su cónyuge y el compromiso a trabajar con empeño para comprender las diferencias, en vez de molestarse y alejarse por ellas.

¿Qué se necesita para tener un compromiso permanente el uno con el otro? Le repito, se necesita gracia. No existe una persona divorciada que lea estas palabras que no esté de acuerdo con ellas. Se necesita una enorme cantidad de gracia para negociar y pasar por el campo minado de los desacuerdos. Se necesita gracia para perdonar y seguir adelante. Se necesita gracia para perseverar, a pesar de que los mismos errores y el mismo pecado se cometen una y otra vez. Un matrimonio lubricado con gracia es durable, permanente, y está protegido contra el desgaste de la constante fricción.

Existe una tercera realidad que es tan importante como recordar las dos primeras, y es la siguiente: *el matrimonio incluye momentos de conflicto*.

Creo, pues, que esto es bueno en vista de la presente aflicción; es decir, que es bueno que el hombre se quede como está. ¿Estás unido a mujer? No procures separarte. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer. Pero si te casas, no has pecado; y si una doncella se casa, no ha pecado. Sin embargo, ellos tendrán problemas en esta vida, y yo os los quiero evitar. (1 Corintios 7.26–28)

Palabras para describir el matrimonio más verdaderas que estas nunca se han escrito: «Ellos tendrán problemas en esta vida». Cada novia que piensa que ha encontrado a su caballero que viene con armadura brillante, y está dispuesto a salvarla de todas sus decepciones, debe recordar esta declaración: «Ellos tendrán problemas en esta vida». Todo novio que piensa que encontró a la mujer maravilla, la mezcla perfecta de la Madre Teresa con la más hermosa artista de cine, debe recordar esta declaración: «Ellos tendrán

problemas en esta vida». Me atrevo a dar un paso más adelante al decir que el matrimonio y los problemas son sinónimos.

Sin querer dar la imagen de un aguafiestas de la marcha nupcial o de las ceremonias encantadoras en el altar debo decir con franqueza que *los problemas son inevitables*. La lista es interminable. Existen problemas por las calamidades, por las enfermedades, con nuestra antigua naturaleza, con los niños, por disputas familiares. Tenemos problemas por los diferentes puntos de vista acerca del tiempo, el clima y los viajes. Tenemos problemas con los vecinos, problemas económicos, problemas debido a la presión en el trabajo, tenemos problemas, problemas y más problemas, y se requiere gracia para que los dos los puedan soportar. Gracia para aceptar, gracia para perdonar, gracia para a veces reírse de lo que ocurre, gracia para seguir adelante, gracia para animarnos los unos a los otros en medio de los senderos peligrosos que recorreremos y que nos llevan a través de los conflictos y los desacuerdos.

Yo no sé en cuántas oportunidades Cynthia me ha tomado de la mano, me ha mirado a los ojos y me ha dicho: «Querido, vamos a salir de esto». Para decirme eso ella necesitó gracia, y al hacerlo levantó mi espíritu. En otras ocasiones yo he tenido la gracia para ayudarle. Sin tener la gracia que permite que seamos lo que somos, nuestro matrimonio sería tormentoso y lleno de lucha. Tenemos temperamentos y gustos diferentes, y por lo tanto no siempre estamos de acuerdo. Una de las cosas más notorias es que tenemos termostatos internos opuestos. Mi esposa está permanentemente fría durante el invierno y muy a menudo también en el verano. Yo siempre tengo calor, en ambas estaciones. Esto significa que en nuestro hogar, el lugar que tiene más huellas digitales es el termostato donde regulamos la temperatura de la casa. A menudo yo lo bajo y mi esposa lo sube. Necesito gracia para vivir en un sofocante invernadero, y ella necesita gracia para sobrevivir en un iglú congelado. Yo sudo, ella se congela. A mí me gusta el ambiente tan frío que usted podría colgar la carne en la cocina, y a ella le gusta un par de grados por debajo del calor que hace en el desierto de Arabia.

Uno de los problemas de temperatura se resolvió finalmente cuando compramos una cobija eléctrica, pues esta tiene dos controles. Yo prefiero tener mi lado apagado, o si hubiera una tormenta de nieve, lo que es muy raro en Texas, podría ponerla en el grado uno. Ella varía la temperatura entre los siete y los nueve grados. En realidad yo muchas veces prefiero dormir sobre

las frazadas, y es increíble cómo a ella le encanta enterrarse debajo de todas aquellas capas. Lo mejor ocurre cuando el control de su lado de la frazada eléctrica finalmente se quema. Lo que hacemos es cambiar de lado, a ella le toca el lado mío, y yo me quedo con aquel que no funciona. Por supuesto, el lado que era mío está como nuevo, y usándolo de esa manera obtenemos el doble de la vida útil de aquel aparato. La gracia no solo nos da tolerancia, sino que nos ahorra un poquito de dinero.

## LA GRACIA PARA ACEPTAR LAS RESPONSABILIDADES PERSONALES

Basta con las realidades y ahora enfoquémonos en la gracia que se necesita para aceptar las responsabilidades. Este parece ser el énfasis en Efesios 5.22–33.

Me doy cuenta de que al profundizar en el tema del matrimonio me estoy metiendo en terreno delicado. Decir que es controversial es expresarlo muy suave. Algunos han enseñado el tema de las responsabilidades del marido y la esposa de una manera tal que lo han llevado a los extremos, y han dejado poco espacio para que cada individuo pueda respirar por sí mismo o considerar todas estas cosas. Por otro lado, estos versículos y otros relacionados con ellos se han distorsionado y alterado de tal manera que su impacto original muchas veces se ha neutralizado. Quiero evitar que nos vayamos a ambos extremos. Mi esperanza es poder mostrar dos hechos que son fundamentales: en primer lugar, la responsabilidad primaria de la esposa; y en segundo lugar, la responsabilidad primaria del esposo. Ninguna de las dos es complicada, pero por alguna extraña razón, muchos matrimonios constantemente fallan.

### *La responsabilidad primordial de la esposa*

Dejemos que sea la misma Biblia la que hable para determinar la responsabilidad básica de la esposa: «Las mujeres estén sometidas a sus propios maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, siendo El mismo el Salvador del cuerpo. Pero así como la iglesia está sujeta a Cristo, también las mujeres deben

estarlo a sus maridos en todo» (Efesios 5.22–24).

Debido a que estas son palabras muy conocidas para muchos cristianos, fácilmente pueden perder su efecto. Para evitarlo quiero que consideremos otras versiones del mismo versículo.

Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo. Así como la iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo. (NBD)

Esposas, estén sujetas a sus esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de la esposa, como Cristo es cabeza de la iglesia. Cristo es también el Salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo; y así como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las esposas deben estar en todo sujetas a sus esposos. (DHH)

Para las esposas, eso significa: sométase cada una a su marido como al Señor, porque el marido es la cabeza de su esposa como Cristo es cabeza de la iglesia. Él es el Salvador de su cuerpo, que es la iglesia. Así como la iglesia se somete a Cristo, de igual manera la esposa debe someterse en todo a su marido. (NTV)

Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo. Así como la iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo. (NVI)

Al examinar estas palabras me doy cuenta de que *la responsabilidad primordial de una esposa es conocerse y respetarse de tal manera que pueda entregarse sin vacilación a su esposo.*

Le sugiero que lea una vez más esta declaración. Esta vez hágalo lentamente y de preferencia en voz alta.

En el contexto de esta sección de las Escrituras existe una atmósfera de dulce armonía. Si lee los versículos 15 al 21 que encabezan este párrafo dirigido específicamente a las esposas, encontrará que Pablo recalca ser sabio (v. 15), ser lleno del espíritu (v. 18), tener un corazón lleno de gozo (v. 19), nos anima a dar gracias (v. 20), y a poseer un espíritu sumiso los unos con los otros debido al respeto que tenemos por Jesucristo (v. 21). Es dentro de aquella atmósfera de agradable armonía que la esposa será más capaz de conocerse y respetarse, de tal manera que no tendrá mucha dificultad para entregarse a su esposo. En ese tipo de hogar no existe una lucha por la autoridad o por los derechos de cada uno. Existe una disposición a ceder el control. A riesgo de ser repetitivo, debo decir que es un estado mental de gracia que incita a tener tales actitudes.

Creo que puedo escuchar a algunos respondiendo: «Si usted solo supiera quién es mi esposo, se daría cuenta de cuánta gracia se necesita». Probablemente yo estaría de acuerdo, usted está en lo correcto. Pero ese es el verdadero desafío. Con el Señor Jesucristo a cargo de toda su vida, con el Espíritu Santo vigorizando sus acciones y suavizando su actitud, sus palabras y sus respuestas, es asombroso cuán poderosa puede ser la gracia. No en balde se llama sublime gracia. Así como debido a Su gracia Dios se inclinó ante usted y lo amó cuando se encontraba en un estado desagradable, de la misma manera Su gracia despierta dentro de usted el deseo de inclinarse y entregarse a otra persona que puede ser también desagradable, tal como todos nosotros lo hemos sido en algún momento.

### *La responsabilidad primordial del esposo*

De pronto, me doy cuenta de que algunos esposos comienzan a sentirse un poco presumidos mientras leen estas páginas. Por su propio bien debemos ver lo que la Palabra de Dios dice con respecto al hombre. Curiosamente Dios nos habla más a nosotros que a nuestras esposas. Déle una mirada al versículo 25 para comenzar: «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella».

He aquí un pensamiento más reciente: la esposa debe amar a su esposo de tal manera que ella viva para él, pero el esposo debe amar a su esposa de tal manera que debe estar dispuesto a morir por ella.

A la esposa se le entrega la semejanza de la vida del Salvador, mientras que al esposo la analogía de Su muerte. Hombres, a eso llamo amor. Cada esposo debe amar lo suficiente a su esposa como para morir por ella.

No puedo recordar en cuántas oportunidades después de un funeral he estado parado junto a hombres que van a enterrar a su esposa. Casi sin excepción ellos han puesto su cabeza en mi hombro y con lágrimas han dicho: «Oh, Chuck, ¿por qué necesité de esto para detenerme y notar lo que yo tenía en mi esposa?».

Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable. Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida, así como Cristo hace con la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. (vv. 25–30)

Al examinar estas palabras dirigidas a los esposos encuentro que *la responsabilidad primaria del esposo es amar al Señor tan profundamente y agradarse a sí mismo tan completamente que se entregue a su esposa sin condiciones*. Tal como lo hice antes quiero que haga una pausa y lea una vez más esta declaración en forma más lenta y cuidadosa. Nuestro amor tiene que ser sin condiciones. Debemos sacar de nuestra mente aquel «si» condicional. Debemos dejar de decir: «Yo lo haré si es que tú lo haces. Si es que tú respondes, yo me entregaré». Esa no es la forma en que nuestro Señor y Salvador nos ama o ama a la iglesia. Una vez más observe lo que dice el versículo 28: «Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo».

La próxima vez que usted comience a preguntarse si los hombres realmente aman su propio cuerpo, quiero que se detenga por un momento y visite unos de los clubes de físico culturismo. Notará algo increíble. Hay espejos por todos lados, con excepción del piso. Frente a los espejos habrá hombres admirando sus músculos, realmente amándose a sí mismos.

Conociendo cuán verdadero es este amor que tienen los hombres por sí mismos, Pablo usa esto como un ejemplo de cómo los hombres deben amar a sus esposas, e indica que deben hacerlo sin condiciones ni reservas. Una vez más, la gracia es esencial, muy esencial. Sin embargo, esta no fluye tan fácilmente, sobre todo cuando existe competencia por la autoridad o cuando se ponen condiciones al amor.

En un libro titulado *The Pleasers* [Los complacientes], cuyo subtítulo es: *Las mujeres que no pueden decir que no, y los hombres que las controlan*, y que fue escrito por el doctor Kevin Leman, aparecen algunas importantes observaciones:

El costo del matrimonio es más alto para las esposas que para los esposos. Si usted está hablando de la buena salud mental y el bienestar psicológico, los hombres van mejorando cada vez.

A pesar de todos sus reclamos acerca del matrimonio, más mujeres que hombres encuentran en el matrimonio su fuente de felicidad. Ellas se aferran al matrimonio a pesar del costo que involucra.

A través de los siglos las mujeres han sido las que tratan de agradar, mientras los hombres son los que tratan de controlar. Robert Karen, quien dirige talleres para hombres y mujeres sobre el tema del poder y la intimidad, se refiere al «viejo» y «nuevo» sistema de las relaciones interpersonales del hombre y la mujer. Nuestros padres y abuelos conocieron un mundo que tenía valores más estables y roles mucho más claramente definidos para los hombres y las mujeres. El poder y la responsabilidad se asignaban claramente, y cada uno sabía dónde estaba situado. A menudo el sistema fue injusto para las mujeres, pero les ofreció una cierta cantidad de seguridad. Una mujer podía ser bastante feliz si estaba dispuesta a aceptar las reglas y los límites que el matrimonio le imponía.

El trabajo de una mujer era cuidar del hogar, criar a los hijos y estar siempre disponible para toda la familia. El trabajo del hombre era salir y ganar el sustento y «hacer contribuciones a la sociedad». En efecto, los hombres eran

puestos en un pedestal y las esposas eran relegadas a ciudadanas de segunda clase.

Con la llegada de la liberación femenina en la última parte del siglo veinte, se supuso que todas estas desigualdades tenían que morir, pero ¿lo han hecho?

Las mujeres se están dando cuenta de que «tenerlo todo» no es muy especial. En realidad ellas están alcanzando a los hombres en las enfermedades del corazón, así como en las úlceras y otras enfermedades relacionadas con el estrés. Ahora se les permite tener buenos trabajos y ganar excelentes sueldos, pero el balance emocional de poder en la casa sigue siendo el mismo.

La mayoría de las mujeres todavía tienen que seguir dando, mientras que el hombre continúa recibiendo. La mujer es quien tiene más capacidad de compasión, de dar apoyo y de estar disponible cuando se le necesita. Los hombres todavía no están en contacto con sus sentimientos de la forma en que lo hacen las mujeres. Ellos tienen menos capacidad de extender la mano para hacer un contacto emocional. Sin embargo, sí son capaces de extender la mano y tomar todo lo que la mujer pueda ofrecer, y al hacerlo, a menudo sacan ventaja.<sup>3</sup>

El doctor Leman usa una ilustración vívida en su libro. Él llama «las complacientes» a las mariposas nocturnas y «los controladores» a la llama. Quiero advertir a los hombres que tengan mucho cuidado de no hacer fuertes declaraciones concernientes a la sumisión de la mujer, a menos que estén cumpliendo con su propia tarea. Especialmente en los círculos evangélicos, donde muy a menudo tales declaraciones son demostraciones de una lucha de poder. Cuando la gracia se despierta en el corazón de un esposo, él se preocupa por quien Dios le dio, y se vuelve más consciente de los valores, dones e importancia de su esposa. La gracia que habita dentro de él lo libera para permitir que su esposa sea lo que debe ser.

Soy honesto al decir que mientras más familiarizado estoy con la gracia de Dios, menos preocupado estoy con la autoridad en mi casa, y me siento menos amenazado. Mientras más familiarizado estoy con la gracia de Dios,

más deseo ser un modelo de siervo, más deseo apoyar y dar libertad a mi esposa, y siento menos deseo de dominarla y controlarla. La gracia ama y sirve, da y perdona. La gracia no permite que mantengamos un registro de los errores de nuestro cónyuge para luego lanzárselos sobre su cabeza. Tal como aprendimos en capítulos anteriores, la gracia nos da lugar para crecer y hacer, para descubrir y crear. Cuando existe esta clase de amor despertado por la gracia, el hombre ama a su esposa como a sí mismo, y la esposa respeta a su esposo, que es exactamente como Dios lo planificó.

En todo caso, cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo, y que la esposa respete a su esposo. (Efesios 5.33)

Cuando esto ocurre, la persona no tendrá interés en buscar intimidad con otra persona. El celo y la sospecha se silenciarán. En el matrimonio pocos asesinos de la gracia son peores que los celos. Hace algunos años casé a una pareja que no puedo olvidar. Durante las sesiones de consejería prematrimonial detecté que aquel joven tenía una fuerte tendencia a los celos. Les mencioné esto, pero no le dieron mucha importancia. Él me aseguró que en el pasado «había luchado un poco con esto», pero nada más. Después de la luna de miel y los primeros meses de matrimonio regresaron a conversar conmigo. Qué cambio noté. Llena de ira, ella abruptamente expresó: «Este hombre es tan celoso, que antes de salir a su trabajo en la mañana verifica el odómetro de mi automóvil, y cuando regresa, antes de entrar a casa lo vuelve a verificar para saber cuántas millas he conducido. Si he manejado algunas millas extras, me hace preguntas durante la cena». Por la falta de confianza y palabras de ánimo, ella estaba muriendo «lenta, triste y airadamente».

Le repito que mientras más despierte la gracia en un matrimonio, menos intentarán los esposos controlar o restringir, y menos sentirán las esposas la necesidad de «agradar sin importar qué». Esto hará que la relación matrimonial sea más manejable.

- La gracia da libertad y afirma. No sofoca.
- La gracia valora la dignidad del individuo. No destruye.
- La gracia apoya y anima. No es celosa ni sospechosa.

Yo sé de qué hablo. Por más años de los que recuerdo me consumieron los celos. Me sentía tan inseguro y temeroso que era común para mí inundar a Cynthia con preguntas. Eran preguntas triviales, indagadoras, más que sutiles acusaciones. Es sorprendente que ella haya podido soportarlo. Finalmente, tuvimos una de aquellas famosas confrontaciones decisivas que cada pareja ha tenido. No necesito repetirlo, pero ella me hizo conocer la realidad clara y dolorosamente, y me dijo que estaba sofocándola, que me estaba imaginando cosas que nunca había pensado hacer y que todo esto tenía que terminar. Sus palabras me dolieron, pero hizo lo correcto y yo la tomé muy en serio.

Comencé a trabajar en esta parte desagradable de mi vida. Confesé mis celos a Cynthia. Le aseguré que nunca más la volvería a tratar con aquella falta de confianza. Le pedí a Dios que me diera Su gracia y me hiciera sentir alivio de aquel hábito destructivo que me había formado. Le pedí que me permitiera tener la habilidad de amar y entregarme a mi mujer sin condiciones sofocantes. Con bastante claridad puedo recordar cuánto me ayudó una comprensión de la gracia. Era como si la gracia finalmente se hubiera despertado en mí, y me pude apropiar de su poder por primera vez. Parecía que me liberaba en primer lugar en las cosas pequeñas y finalmente en las áreas mayores. Francamente puedo decir que hoy no guardo ningún pensamiento lleno de celo, la gracia *literalmente* borró aquel pasado.

Me he dado cuenta de que una vez que Cynthia y yo le dimos a la gracia el lugar apropiado en nuestro matrimonio, las luchas y las discusiones acerca de la sumisión cesaron. Sin exagerar, han pasado años en que no hemos mencionado esta palabra. Le repito una vez más que cuando la gracia encuentra su lugar y nos da la libertad que solo ella puede otorgar, disminuye nuestro deseo de controlar y el asunto de la sumisión deja de ser un conflicto.

Efesios 5.33 nos presenta un resumen de estas responsabilidades: «En todo caso, cada uno de ustedes ame también a su esposa como a sí mismo, y que la esposa respete a su esposo».

El hombre que ama genuinamente a su esposa se dará cuenta de que primero es él quien debe tener una saludable autoestima, una autoimagen fuerte y segura. Es casi increíble cómo esto abre la puerta que permite que la gracia fluya a través de su propia vida hacia la de su esposa, y de esa manera se lubrican todos los puntos de fricción. Además, la mujer que realmente

respeto a su marido debe primero verse a sí misma como valiosa e importante. Y así como a ella se le va dando la libertad de crecer y llegar a ser lo que Dios quiere que sea, el respeto que tiene por su esposo seguirá creciendo.

## LA GRACIA DE CUMPLIR ROLES DISTINTOS

Vivimos en días en que los roles domésticos han llegado a ser borrosos. Los hogares nos muestran las consecuencias de esto. Muchos niños crecen sin conocer el verdadero significado de la femineidad de las mujeres o la masculinidad de los hombres. El vínculo conyugal se rompe debido al desmoronamiento de los matrimonios, por lo que los hijos deben optar por padres sustitutos.

Aunque las palabras de Pedro parezcan tradicionales y anticuadas, el apóstol va al corazón del asunto, y ofrece un par de principios que todavía funcionan si es que decidimos mantenerlos. Él comienza su sección acerca de los roles de los esposos y las esposas escribiendo a las mujeres cuyos cónyuges no tienen interés en las cosas espirituales:

Así mismo, esposas, sométanse a sus esposos, de modo que si algunos de ellos no creen en la palabra, puedan ser ganados más por el comportamiento de ustedes que por sus palabras, al observar su conducta íntegra y respetuosa. (1 Pedro 3.1, 2)

Esto es sorprendente. Pedro dice que ella puede ganar a su esposo «sin palabras». ¿Cómo? Ella debe vivir de una manera tan convincente que el hombre no pueda evitar notarlo. Pedro seleccionó una palabra maravillosa que se traduce «observar». Significa que se le da una mirada aguda a algo. Como en la televisión, cuando se repite una jugada de un partido. El esposo observará cuidadosamente el atractivo comportamiento de su esposa y realmente se sentirá impresionado. Finalmente, será «ganado» con su amabilidad.

Ahora, la tendencia es sustituir una actitud y un comportamiento correcto por las cosas externas. Sin duda que Pedro se da cuenta de esto, porque dice: «Que la belleza de ustedes no sea la externa, que consiste en adornos tales

como peinados ostentosos, joyas de oro y vestidos lujosos» (3.3, NBD).

He escuchado que algunas personas usan este versículo como una oportunidad para apoyar sus tendencias legalistas. Ellos dicen que las mujeres no deben hacerse peinados, ni deben usar cosméticos, ni ningún tipo de joyas. Esta no es una lista para que en ella acampen los legalistas. El secreto está en la palabra «externa», que su atavío no sea el externo. No limite su vida a las cosas externas, no se detenga allí. No ceda a la tendencia de sustituir el carácter interno por los adornos externos.

Por eso el versículo 4 es tan importante. Nos entrega el lado positivo. «Sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios» (RVR60).

Esto no significa que si usted realmente está enamorada del Señor tiene que comenzar a lucir como una cama desecha. Quisiera advertir a las damas que eviten la tendencia a abusar de estos versículos yéndose a un extremo. No hay necesidad de que luzcan desaliñadas y ordinarias debido a que su interés está en el ser interior. Esa no es la idea. Se debe tener un equilibrio. Puede existir, en realidad debe existir, una expresión externa de belleza femenina, pero no se detenga allí. Cuídese de permitir que su apariencia externa tome tanto de su tiempo y de su atención que deje a un lado lo atractivo y encantador de la belleza interior. Después de todo, lo que realmente sostiene a un esposo a largo plazo es el carácter interno. Lo externo finalmente se desvanece. Así como la edad se acerca sigilosamente, toda la belleza que usted pueda tener como mujer joven se aleja lentamente.

Esto me recuerda una historia que escuché recientemente. Durante el apuro de último minuto de Navidad, una mujer se acercó a toda prisa a una vendedora de perfumes en una tienda y le preguntó: «¿Tiene usted la *pasión* de Elizabeth Taylor? La mujer que atendía, a pesar de que se dio cuenta de que su clienta estaba preguntando por el perfume marca Pasión, respondió rápidamente y en forma muy ingeniosa: «Si la tuviera, ¿cree usted que estaría trabajando aquí?».

Mucho después de que la belleza externa desaparezca, todavía podrá tener lo que realmente importa.

Esto me lleva al rol de la esposa, que es: *modelar la verdadera femineidad, esos rasgos de carácter que son preciosos ante Dios y admirables delante de su esposo*. Dios honrará eso. Además obtendrá

resultados permanentes, satisfactorios y que producen realización.

El versículo 7 comienza diciendo: «De igual manera, ustedes esposos...» (NVI). Esto significa que así como la esposa tiene un rol de sumisión delante de su Salvador y de su esposo, este también debe ser sumiso a Cristo. Creo que se habla muy poco acerca de esto. A veces enfatizamos la sumisión de la esposa a su marido, y decimos muy poco de que los esposos deben doblegar su voluntad y mantenerse en total sumisión delante del Señor. Si un esposo vive en sumisión a Jesucristo, llegará a descubrir que su esposa responde con cooperación y gracia. Rara vez he visto una excepción.

De igual manera, ustedes esposos, sean comprensivos en su vida conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida. Así nada estorbará las oraciones de ustedes. (v. 7, NVI)

La frase «sean comprensivos en su vida conyugal» significa estar en el hogar con ellas. No solo ir a casa después del trabajo, tragarse la comida y mirar televisión sin decirle nada a su esposa, y finalmente lanzarse a dormir (¿le es familiar?). Ser comprensivos significa llegar a conocerla, pasar tiempo en el hogar, hacer de su relación mutua una prioridad. En realidad, Pedro va mucho más adelante. En el mismo versículo literalmente dice: «Vivan con ellas *sabiamente*». Esto significa que realmente debemos conocer a nuestra esposa. Hay que descubrir cómo es realmente. Descubrir cuáles son sus pensamientos más íntimos. Descubrir sus más profundas heridas, encontrar sus temores. Aprender a reconocer cuándo y dónde necesita afirmación y palabras de ánimo y entregárselas. Tal vez usted se sorprenderá al saber que ella está muriendo «lenta, triste y airadamente» sin sus palabras de ánimo y afirmación. Ella es un vaso más débil físicamente, pero esto no significa que sea más débil emocionalmente ni que tenga un carácter débil. Es una mujer, y esto significa que no fue formada de la misma manera que un hombre. Ella tiene necesidades diferentes, sentimientos diferentes, abriga deseos diferentes y sueños, y ve la vida desde una perspectiva diferente. Respete aquellas diferencias; y ella lo adorará por hacerlo. En otras palabras, sea un modelo masculino de la gracia en su hogar.

Todo esto me lleva al rol del esposo que es: *modelar una masculinidad*

*genuina, con un liderazgo tan sensible y sin egoísmo que fortalezca el hogar y dé dignidad a su esposa.* Recuerde cómo concluye el versículo 7: «tratando cada uno a su esposa con respeto, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida» (NVI). Si el esposo provee una masculinidad genuina, y un liderazgo muy sensible y generoso, estará cumpliendo su obligación de dar honor a su esposa. Ella se sentirá apoyada, afirmada y apreciada.

Una de las consecuencias de un matrimonio lleno de gracia es que los hijos no tendrán mayores problemas para vincularse a la familia y lo harán en forma correcta. Crecerán adecuadamente, con seguridad y confianza. Cuando ingresen al mundo real como jóvenes adultos entrarán corriendo a ese camino de la vida. Su hijo entenderá lo que significa ser un hombre, y su hija descubrirá lo que significa ser una mujer. Ellos estarán en camino hacia una madurez saludable y feliz. Y en estos días en que vivimos, este no es un logro pequeño.

También se nos recuerda en el versículo 7 que como parejas somos coherederos de la gracia de la vida. Somos herederos mutuos de la gracia. La gracia pone a la esposa y al esposo juntos, no para que uno reine sobre el otro, no como dos personas separadas que hacen sus propias cosas sin consideración de la otra persona, sino como socios envueltos por la gracia, operando en la gracia, pensando con gracia y dando libertad a su cónyuge debido a la gracia. Piense que obtendrá por lo menos cuatro beneficios permanentes:

- Igualdad mutua (coherederos)
- Dignidad mutua (herederos)
- Humildad mutua (gracia)
- Destino mutuo (vida)

Le puedo asegurar que el magnetismo que existe en un hogar como este es tan fuerte que usted no querrá estar en ningún otro lugar.

Por años he dicho que mi lugar favorito sobre esta tierra se encuentra justo dentro de las puertas de mi casa. Me encanta estar en mi casa. Allí es donde encuentro la seguridad máxima, la aceptación, la realización, la

responsabilidad, la armonía, la honestidad y el amor. ¿Por qué? Porque estamos comprometidos con el mismo denominador común: la gracia.

## UNA CONCLUSIÓN ADECUADA

¿Cómo podemos terminar un capítulo como este? Descubro que hacerlo es particularmente difícil debido a que hemos cubierto bastante territorio, y que todo es importante. Hemos enfrentado algunas realidades matrimoniales. Hemos dado una mirada a las responsabilidades primordiales de un esposo y una esposa, y también hemos considerado sus roles diferentes. En todo este camino, constantemente hemos regresado a la importancia esencial de la gracia para poder lograr que estas cosas ocurran.

Es mi firme convicción que no existirían tantas relaciones conyugales fracturadas, ni tantas familias disfuncionales destruidas por las aventuras amorosas, el abuso, la desunión, o el divorcio, si simplemente pudiéramos satisfacer las necesidades que existen dentro de la vida de cada uno de nosotros. Estas necesidades no son ni misteriosas ni complicadas, pero cuando permanecen desatendidas, siguen su erosión hasta llegar a ser asesinos de la gracia, lo que nos lleva a toda forma de desdicha. ¿Cuáles son esas necesidades?

Permítame que otra persona responda por mí a esta pregunta. El doctor Willard Harley escribió un libro fascinante titulado: *His Needs/Her Needs* [Lo que él necesita, lo que ella necesita]. Es un estudio profundo de las aventuras extramatrimoniales y cómo evitarlas. El doctor Harley invirtió más de veinte años de su carrera aconsejando a parejas, muchas de las cuales estaban involucradas en aventuras amorosas. Durante esos años, reunió más de quince mil cuestionarios que trataban con la historia sexual y el comportamiento de sus clientes. Existen excepciones, por supuesto, pero hablando en forma general, él concluyó que tanto los hombres como las mujeres tenían cinco necesidades muy importantes. Al identificarlas me doy cuenta de que es mucho más fácil concentrar nuestra atención directa en ellas si aplicamos el aceite de la gracia allí donde se necesita.

| LAS CINCO NECESIDADES MÁS IMPORTANTES DE LAS MUJERES | LAS CINCO NECESIDADES MÁS IMPORTANTES DE LOS HOMBRES |
|------------------------------------------------------|------------------------------------------------------|
| 1. Afecto                                            | 1. Realización sexual                                |

2. Conversación

3. Honestidad y apertura

4. Apoyo financiero

5. Compromiso familiar

2. Compañerismo recreativo

3. Una esposa atractiva

4. Apoyo doméstico

5. Admiración

El doctor Harley establece en la tabla previa que la necesidad clave de la mujer es el afecto, esa necesidad de sentir que es totalmente apreciada, amada y estimada. La necesidad clave del hombre es la expresión sexual que está seguida estrechamente por el respeto.<sup>4</sup>

Las palabras de la actriz Celeste Holm hablan una vez más con relevancia a todas las parejas casadas: «Vivimos por las palabras de ánimo y morimos sin ellas, lenta, triste y airadamente». Mi esperanza es que estas páginas hagan una gran diferencia primero en su propia vida y luego en su hogar. Así como usted aplica este aceite de la gracia a las mayores necesidades de la vida de su cónyuge, espero que también sea fortalecido al darse cuenta de que no puede estar involucrado en ninguna otra inversión en este mundo que pague más grandes dividendos que esta. Después de todo, ¿qué es más importante que rescatar a alguien que se está muriendo?

# CAPÍTULO TRECE

## *El gozo encantador de dar con gracia*



TENGO UNA TEORÍA PERSONAL ACERCA DE LA Navidad. Esta explica, al menos para mi satisfacción, la misteriosa magia de su magnetismo. Por años me he preguntado qué es lo que anualmente arrastra a la gente a la temporada navideña. Aunque en algún momento nos sentimos apagados a mediados de octubre, nos animamos cuando comenzamos a ver todos aquellos árboles sintéticos con que adornan los centros comerciales. A pesar del temerario comercialismo, los amontonamientos de personas y los villancicos que se escuchan miles de veces en los centros comerciales, de alguna manera no podemos resistirnos al espíritu de esta estación del año una vez que nos encontramos envueltos en las escenas y fragancias únicas de la Navidad. ¿Por qué?

A pesar del colorido de las luces y las hermosas decoraciones, ellas no son la razón de esta temporada. A pesar de lo magnífico de la música y los nostálgicos recuerdos, tampoco estos son la razón. Tampoco lo son los pasteles, los caramelos, un viaje para visitar a la abuela, ni las fiestas con los amigos. Creo que mi teoría explica a la Navidad de la mejor manera: la Navidad nos rasca profundamente la picazón de la gracia. Cada año nos provee una oportunidad de olvidarnos de nosotros mismos y hacer algo tangible por alguien, sin tener el interés de que nos paguen por lo que hicimos. Nos da la oportunidad de contrarrestar la tendencia egoísta que hay en nosotros y que todos odiamos. En términos sencillos, la Navidad, como ninguna otra celebración anual, nos impulsa a demostrar la verdadera gracia.

¿Le gustaría poner a prueba mi teoría personal? He aquí cómo puede hacerlo. El próximo 24 de diciembre, en el momento de abrir los regalos ubicados debajo del árbol, haga un esfuerzo por poner su atención más en el

que da que en aquel que está abriendo el regalo. Algunas de las mejores fotografías alrededor del árbol que tenemos como familia Swindoll son aquellas en que se captó la expresión que tenía la persona que regalaba en el momento en que otro miembro de la familia abría el regalo que esa persona le había dado. Hay mucho más que emoción. Existe un completo deleite dibujado en toda la cara del dador mientras se encuentra totalmente absorbido en el gozo encantador de dar. Creo que finalmente he logrado descubrir lo que ocurre. En ese momento estamos atrapados en el máximo éxtasis de la gracia. Cuando usted se detiene a pensar en esto, llega a la conclusión de que no es el recibir regalos alrededor del árbol lo que hace de la Navidad algo tan divertido, sino el darlos. Es observar la mirada de sorpresa en los demás o sentir la oleada especial de gratitud que súbitamente y sin una palabra nos hace sentir cercanos.

La Navidad pasada mi esposa sorprendió a toda la familia regalándonos batas de baño similares, cada una con un monograma del nombre correspondiente en el frente. Ella fue la que más se divirtió. Trajo los regalos y los puso sobre las rodillas de cada uno, nos dijo que no los abriéramos hasta que todos estuviéramos listos, y entonces nos dio la orden de hacerlo. Deliberadamente me dediqué a observarla mientras los miembros de la familia, uno tras otro, abrían el regalo y gritaban. Ella estaba bailando, riendo, aplaudiendo y saltando; ¡sí, era lo que hacía! Luego pidió que nos las pusiéramos y modeláramos frente a ella, con las manos en los bolsillos y la capucha puesta. En el momento en que terminamos, el cuarto parecía estar lleno de monjes de la orden de San Miguel, abrazándonos unos a otros y disfrutando de un momento muy divertido. Pero creo que nadie experimentó más gozo que quien pensó y tuvo la idea, y luego disfrutó el completo placer de observar a los demás deleitarse por el regalo que entregó a cada uno de los miembros de la familia. Nuestro Señor sabía lo que estaba diciendo cuando enseñó que era más bienaventurado dar que recibir.

Libremente tengo que admitir que he puesto a trabajar el cerebro para tratar de encontrar una forma de reconstruir en este capítulo el gozo de dar con gracia, aquel deleite que sentimos una vez al año. Es mi deseo que esto ocurra durante todo el año. Si yo pudiera lograrlo, todos bajaríamos nuestras defensas y estaríamos sentados en la orilla de nuestros asientos, anticipando lo que la Biblia enseña acerca del dar en la forma que Dios se propuso que

demos. Desafortunadamente, muchas personas, tanto dentro de la iglesia como fuera de ella, piensan honestamente que el dinero es un lucro sucio, que sería mejor no mencionar. He escuchado a algunos laicos jactándose de que sus ministros nunca han hablado acerca del dinero durante los doce o cualquier cantidad de años que han sido sus pastores. Mientras tengo serias preocupaciones acerca de aquel silencio, también entiendo por qué ocurre, porque yo también tengo la tendencia a rehuir este tema.

### ¿QUÉ NOS HACE TAN TERRIBLEMENTE DEFENSIVOS?

Habiendo estado involucrado en el ministerio por más de cuatro décadas, puedo recordar momentos en que casi podía escuchar los quejidos y sentir los suspiros de la congregación cuando anunciaba que en un domingo en particular predicaría acerca de dar. ¿Por qué nos sentimos de esa manera? Creo que esos quejidos y suspiros son similares a los que lanzamos a mediados de octubre cuando los almacenes comienzan a sacar sus árboles artificiales de Navidad y ponen sus Santa Claus en las ventanas. Tres analogías específicas vienen a mi mente.

En primer lugar, *todo parece terriblemente repetitivo*. Este tema rara vez es tratado en forma creativa, y cuando se habla de él, los comentarios generalmente son exagerados y salpicados con observaciones que llenan de culpabilidad. Muy a menudo a la congregación no se le instruye y más bien se le exhorta y explota. Además no se emplea destreza ni mucho menos humor. Solo grandes cantidades de frías realidades se mezclan con una pizca de pánico «porque las ofrendas han disminuido». No se necesita un doctorado de una universidad famosa para sentir, en los cinco primeros minutos, que el objetivo es: «¡Den más!». Es la misma canción en su novena estrofa. El ciclo repetitivo se hace monótono.

En segundo lugar, *todo el tema se ha comercializado*. Debido a que la gracia se ha separado del dar, la codicia ha llegado como una notoria inundación. El «señor y la señora cristiano promedio» se sienten golpeados, desconfiados y resentidos, y a veces por buenas razones. Durante la última mitad del siglo veinte todos nos hemos sentido avergonzados, ¿no es cierto? Hemos visto vergonzosos ejemplos de codicia que se han empleado en nombre de la religión. Técnicas increíbles se han usado para sacar el dinero

de los bolsillos del público, y estamos inundados de triquiñuelas. Todos quieren más, no solo los religiosos. Hay momentos en que lo suficiente no es suficiente.

Recientemente escuché que un hombre le dio a su novia su boleto de la lotería, y para su sorpresa ella ganó tres millones de dólares y luego el gobierno le cobró a él los impuestos. Como si eso no fuera suficiente, cuando la anterior esposa se dio cuenta de que él había ganado tanto dinero, lo llevó a un juicio por el sustento de su familia.

En tercer lugar, *parece que siempre existe una agenda oculta*. Así como los comerciantes gastan dinero extra, y pasan por un sinnúmero de problemas tratando de preparar sus establecimientos para la Navidad no simplemente por la diversión, tampoco muchos ministros hablan acerca de la mayordomía financiera solo porque sea un tema divertido. El asunto de fondo es más grande. El énfasis rara vez cae en el gozo encantador de dar orientado por la gracia, sino más bien en la obligación y la responsabilidad de dar, «sea que le guste o no».

Creo que este es el momento apropiado para mencionar un par de cosas, solo para establecer un registro correcto. Cómo y por qué damos tiene una importancia mucho más grande delante de Dios que lo que damos. La actitud y el motivo son siempre más importantes que la cantidad. Además, cuando una persona realmente cultiva el gusto de la gracia en su ofrendar, la cantidad que da llega a ser prácticamente inmaterial. Cuando aquellos viejos asesinos de la gracia llamados culpabilidad y manipulación no se usan como influencia, el corazón responde con generosidad. El dar en aquel momento se convierte en algo maravillosamente adictivo.

Cerca del final de un año, desafié a alguien que significaba mucho para mí, a que durante el nuevo año fuera más generosa de lo que había sido. Debido a que ella no es rica, es soltera y tiene solo una fuente de ingresos, vivía con temor de que le faltara el dinero si seguía su corazonada. Siendo un verdadero modelo de gracia, y teniendo un corazón lleno de compasión, ella a menudo era internamente motivada a ser más generosa, pero su temor la dominaba. Todo lo que necesitaba era un poquito más de ánimo para remplazar aquel temor con fe, y eso fue lo que hizo durante todo el nuevo año. Al final de aquel año me dijo que en toda su vida nunca había dado tanto como ese año, y que nunca se había sentido tan llena de gozo. Además dijo

que el Señor había suplido abundantemente cada una de sus necesidades económicas, lo que la motivó a repetir su actuación en el año venidero. Aquella dama que había descubierto esta nueva dimensión de la gracia es mi hermana Luci. Estoy extremadamente orgulloso de ella por dar ese gigante paso de fe mientras confiaba que Dios honraría su generosidad. Hoy ella tiene una adicción a dar.

### ¿QUE HACE DEL DAR ALGO MARAVILLOSAMENTE ADICTIVO?

No es mi intención hacer una santa de mi hermana Luci. Tampoco quiero dar la impresión de que solo unos pocos que tienen el «don de dar» pueden conocer el gozo de la generosidad. Ese no es el caso. Es verdad que Dios guía a algunos a convertirse en ejemplos únicos de generosidad extrema, pero mis pensamientos en este capítulo no están limitados a ellos. Mi esperanza es ayudarle a usted, y a otros como usted, a que vean cómo la gracia puede liberarlos para que se conviertan en un modelo de generosidad extraordinaria y constante, y al mismo tiempo sean llenos de un gozo inexplicable. No crea que este es un ideal reservado para unos pocos escogidos; esta es una realidad que podemos reclamar todos los que somos parte del pueblo de Dios.

Este es el momento oportuno para entrar en el túnel del tiempo y regresar al siglo primero. La iglesia primitiva en Jerusalén había caído en tiempos difíciles. Debido a la depresión económica en Judea y otras regiones de Palestina, los primeros creyentes estaban incapacitados de salir de aquel desastre financiero en que se encontraban, y enfrentaban un futuro crudo y desolado. Así como ocurre a menudo en nuestro tiempo, mientras una parte del mundo estaba sufriendo gran necesidad, la otra parte florecía. A los griegos en la ciudad de Corinto les estaba yendo bien, lo que movió a Pablo a animarlos para que ayudaran financieramente a sus compañeros cristianos en Jerusalén. Sus palabras a los corintios concernientes a la necesidad que existía se registran en 2 Corintios 8 y 9, dos de los mejores capítulos en toda la Biblia referentes al dar con gracia.

Al inicio de su exhortación menciona la generosidad de las iglesias en Macedonia que dieron durante los tiempos de aflicción. A pesar de su propia pobreza, pero con un inmenso gozo, sintieron deleite al dar para los que estaban en necesidad. En base a este ejemplo, Pablo anima a los corintios a

hacer lo mismo que los hermanos de Macedonia habían hecho. Aquellas palabras que dan información del trasfondo de lo que ocurría le ayudarán a entender las observaciones iniciales de Pablo.

Ahora, hermanos, os damos a conocer la gracia de Dios que ha sido dada en las iglesias de Macedonia; pues en medio de una gran prueba de aflicción, abundó su gozo, y su profunda pobreza sobreabundó en la riqueza de su liberalidad. Porque yo testifico que según sus posibilidades, y aun más allá de sus posibilidades, dieron de su propia voluntad, suplicándonos con muchos ruegos el privilegio de participar en el sostenimiento de los santos; y esto no como lo habíamos esperado, sino que primeramente se dieron a sí mismos al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios. (2 Corintios 8.1–5)

Pablo admite que estaba sorprendido. Él establece que los macedonios dieron más de lo que esperaba. Lo que tiene más importancia es que lo que dieron no se originó en sus bolsillos, ni en sus carteras, «sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor». Ellos se entregaron a sí mismos y luego dieron su dinero. El dar con gracia comienza en el corazón. La generosidad orientada por la gracia es lo que reboza de un corazón liberado. Esto nos asegura que el dar no tiene nada que ver con el portafolio de inversiones o el salario mensual de una persona. Sean macedonios, corintios, estadounidenses, canadienses, asiáticos o latinos, el desafío es el mismo: debemos darnos al Señor en primer lugar y en forma completa. Cuando lo hagamos, nuestro tesoro seguirá los dictados de nuestro corazón.

Regresemos a mi pregunta anterior: ¿qué es lo que hace del dar algo adictivo?

En primer lugar, nos ayuda a mantener un equilibrio saludable. «Mas así como vosotros abundáis en todo: en fe, en palabra, en conocimiento, en toda solicitud, y en el amor que hemos inspirado en vosotros, ved que también abundéis en esta obra de gracia» (2 Corintios 8.7).

En muchas iglesias existe fe, buena enseñanza, hay buen conocimiento de la vida cristiana, hay celo, hay pasión espiritual, hay una gran cantidad de amor, pero ¿existe generosidad? ¿Existe una sobreabundante disposición a dar? A menudo este es un ingrediente notorio por su ausencia. Cuán fácil es

tomar, ser bendecido, instruido, animado, exhortado, afirmado y fortalecido: cuán fácil es recibir todo eso en abundancia, pero aun así fallar al no tener un equilibrio entre lo que recibimos y lo que damos.

¿Notó cómo se refiere Pablo al sostén financiero? Le llama «esta obra de gracia». Y la exhortación es a abundar en ella. La vida cristiana tiene un balance saludable cuando existe el recibir y el dar. Usted y yo nos sentimos más cerca del Salvador porque eso es lo que hizo. Él dio. «Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, sin embargo por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros por medio de su pobreza llegais a ser ricos» (2 Corintios 8.9).

Estudie esas palabras por un momento. Aquí tenemos a alguien que fue rico, inmensamente rico. A su disposición estaba la riqueza de los cielos. Esto es algo que va más allá de toda descripción. Sin embargo, Él dejó todo y vino a este mundo a entregarse por nosotros. ¿Por qué lo hizo? Para que nosotros en respuesta podamos tomar de las riquezas de Su vida y seguir Su modelo.

La segunda razón por la que el dar es un asunto adictivo es que *al dar modelamos la misma gracia de Jesucristo*. Me llama la atención que este versículo no diga: «Porque ya conocéis las obligaciones de Jesucristo», que no diga: «Ya conocéis el sentido del deber de Jesucristo», aunque eso es verdad. Fue un deber que Él adquirió para venir a la tierra, pero Pablo no nos dice: «Porque ya conocéis el requisito» o «ya conocéis el sacrificio». No, solo menciona la gracia. Cuando nuestro Señor Jesucristo dejó los cielos, no partió crujendo los dientes o levantando Sus puños en forma desafiante y gritando: «Está bien, lo haré, está bien». No era una obligación, fue la gracia la que lo motivó a venir. Fue la gracia de Su interior la que lo trajo hasta Belén como un pequeño infante. Fue la gracia que estaba dentro de Él la que permitió que Sus manos y pies fueran atravesados por clavos, y la misma gracia la que lo motivó a decir: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Cuando usted da, sabiendo que no habrá un regalo como respuesta, ha modelado la forma más pura de la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Creo que le ayudará mucho si piensa de esa manera cuando se trata de dar con gozo.

En tercer lugar, el dar con gracia es algo adictivo debido a que al hacerlo *contrarrestamos nuestro egoísmo y nuestra codicia*. Lea lenta y cuidadosamente los primeros cinco versículos de 2 Corintios 9.

Porque me es por demás escribiros acerca de este servicio a los santos; pues conozco vuestra buena disposición, de la que me glorío por vosotros ante los macedonios, es decir, que Acaya ha estado preparada desde el año pasado; y vuestro celo ha estimulado a la mayoría de ellos. Pero he enviado a los hermanos para que nuestra jactancia acerca de vosotros no sea hecha vana en este caso, a fin de que, como decía, estéis preparados; no sea que algunos macedonios vayan conmigo y os encuentren desprevenidos, y nosotros (por no decir vosotros) seamos avergonzados por esta confianza. Así que creí necesario exhortar a los hermanos a que se adelantaran en ir a vosotros, y prepararan de antemano vuestra generosa ofrenda, ya prometida, para que la misma estuviera lista como ofrenda generosa, y no como por codicia.

En algún momento del pasado los corintios habían hecho la promesa de participar en una ofrenda para responder a las necesidades existentes en Jerusalén. Sin embargo, por alguna razón, habían dejado de lado su promesa, y esta había comenzado a debilitarse. Por eso Pablo escribe: «Yo quiero empujarlos un poquito y decirles que deben cumplir lo que dijeron que iban a hacer. No quiero que la codicia se lleve lo mejor de ustedes».

Sí se puede, ¿no? ¿Ha obtenido un aumento de sueldo en los últimos doce meses? ¿No es cierto que es fácil que la codicia se haga cargo cuando eso ocurre? Algo que hemos deseado poseer está ahora a nuestro alcance. Cuando recibimos un poco de dinero, sea una buena devolución por nuestros impuestos o de una fuente inesperada, es muy fácil que la codicia provoque que nuestros compromisos se diluyan o que olvidemos nuestra promesa de que si más tenemos más daremos. De paso, este es un buen momento para decir lo siguiente: es mejor hacer énfasis en el dar de alguien que en los ingresos de esa persona. Creo que los estadounidenses estamos enamorados del tema de cuánto gana una persona. Francamente, creo que hablar de eso es algo erróneo. Si leo las Escrituras correctamente, no noto que la preocupación del Señor descansa tanto en lo que una persona gana como en lo que da.

En un artículo titulado: «El dar planificado: ¿legalismo o amor?», que aparece en la revista *Moody Monthly* de mayo de 1986, Sylvia y John Ronsvalle establecieron que «un miembro promedio da a su congregación

solamente el 2,5 por ciento de sus ingresos».<sup>1</sup> También he oído que un amigo y consejero económico llamado Ron Blue menciona frecuentemente en sus seminarios lo siguiente:

Si a todos los cristianos se le redujeran los ingresos al mínimo que una persona recibe en el programa de asistencia social, y ellos diezmaran sobre esa cantidad, las congregaciones duplicarían sus ingresos.

Al trabajar con nuestros clientes hemos experimentado que cuando planifican, sus ofrendas suben en un promedio de cerca de cuatro veces más de lo que habían estado dando sin planificación.

El problema no es la falta del deseo de dar, sino más bien confusión debido a la gran incertidumbre y los consejos conflictivos que recibimos diariamente.<sup>2</sup>

Palabras sabias de una fuente confiable. En su libro, *Human Options* [Opciones humanas], el señor Norman Cousins menciona un hecho que me sorprendió.

El dinero en efectivo que las personas pierden cada año en los Estados Unidos suma cerca de setenta y cinco dólares per cápita. Este es dinero que ha caído de los bolsillos, ha sido mal ubicado, etc. El promedio total de ingreso anual para la mayoría de los ocupantes humanos de este planeta es aproximadamente de sesenta y nueve dólares por persona. De esta manera un estadounidense promedio pierde más dinero cada año que lo que gana cualquier otra persona...

El problema esencial en una era computarizada es el mismo que ha sido siempre. El problema no es solo cómo ser más productivos, cómo estar mejor acomodados o más contentos, sino cómo ser más sensibles, más sensitivos, más proporcionados y más vivos.<sup>3</sup>

Cuando vivía en el condado de Orange, que está junto al condado de Los

Ángeles en el sur de California, uno de nuestros periódicos locales publicó unas estadísticas decepcionantes (Nota: datos de los 80).

Los residentes del condado de Orange están ganando más dinero, pero dan menos a obras de caridad, reportó la encuesta anual del condado de Orange.

La encuesta de 1987 descubrió que la donación anual promedio en el condado de Orange era de \$262, indebidamente baja para el ingreso medio de entonces, que era de \$42.000 de acuerdo a esta encuesta.

Pero el dar fue aun menor en 1988, año en que la contribución promedio anual cayó 30% y llegó a ser de \$182 aunque el ingreso anual medio creció en 5% y fue de \$44.000 anuales.

El porcentaje de las donaciones declinó, de 0,6% de los ingresos en 1987, a 0,4% en 1988. Una encuesta de la organización Gallup realizada en octubre descubrió que aun la gente menos generosa, nacionalmente contribuyó en un promedio de 1,5% de su ingreso anual.<sup>4</sup>

El secreto no es *ganar* más dinero. Nadie ha cambiado su forma de dar estrictamente debido al aumento de sus ingresos. Lo repito, el enfoque no debe estar en la cantidad de dinero que alguien obtiene. Nuestro Señor rara vez recalcó eso. Por el contrario, Su preocupación está en lo que uno da y la importancia de dar con gracia. Qué maravillosa forma de contrarrestar nuestro egoísmo y codicia. Se dará cuenta de que cuando la gracia se despierta dentro de usted, el egoísmo no ganará, será vencido y finalmente eclipsado por la generosidad.

Déjeme mencionar una cuarta razón por la que la generosidad basada en la gracia es tan adictiva. *Usted no puede evitar ser generoso cuando la gracia lo consume.* «Pero esto digo: El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará» (2 Corintios 9.6).

He aquí un versículo que anima a todos aquellos que temen que por dar

más se le agoten los recursos. Si leo estas palabras correctamente, aquel que siembra generosamente se convertirá en un segador que recibirá en abundancia. Yo no puedo explicar la magia, la belleza y la maravilla de todo esto, pero sí tengo la seguridad de que nosotros nunca podemos dar más de lo que Dios puede darnos.

## ¿QUÉ HACE QUE LA GRACIA SEA TAN ATRACTIVA?

Leyendo 2 Corintios 9.6, hasta el final del capítulo, descubro que existen cuatro cosas que hacen que la gracia sea tan atractiva, no solo en la temporada de Navidad, sino a través de todo el año. En el versículo 7, se nos dice: «Que cada uno dé como propuso en su corazón».

Esta es la primera razón por la que la gracia es tan atractiva: *la gracia individualiza el regalo*. Cuando usted da por gracia, lo hace individualmente. Da en proporción a sus propios ingresos. Usted tiene necesidades y tiene ingresos para suplirlas. Esa combinación es diferente a la de cualquier otra persona en la tierra. Usted es un individuo, y cuando da de acuerdo esa base, su regalo es de un tipo individual. No se nos lanza dentro de un tanque, se nos mezcla y se nos exige que demos exactamente el diez por ciento (aunque si cada uno diera diez por ciento, tendríamos una enorme cantidad de superávit en la obra de Dios, y no sabríamos qué hacer con el dinero extra... pero estoy seguro de que rápidamente encontraríamos qué debemos hacer). Hablamos de algo es mucho más individualizado que eso. Recuerde que la gracia trae variedad y espontaneidad.

Si usted es una persona casada, ¿no cree que sería bueno discutir regularmente con su cónyuge acerca de sus planes de ofrendar? O si es soltero y tiene un trabajo en el cual su salario está aumentando, y siente respeto por sus padres y sus hábitos de generosidad, ¿qué le parece si habla con ellos acerca del plan que tiene para dar durante el próximo año? Al discutirlo, podrá descubrir maneras de individualizar su forma de dar. Pablo lo dice de esta manera: «Cada uno dé como propuso en su corazón».

¿Sabe cuál es nuestro problema? Muchas personas no «proponen». No planifican, sino que actúan en forma impulsiva. Sin embargo, Dios dice que cada uno proponga en su corazón. Piense en cuán cuidadosamente planificaría agregar un cuarto a su casa. No dejaría nada al azar, se aseguraría

de no olvidar ningún detalle. Planificaría cada instalación eléctrica, cada ubicación de las ventanas, incluso planificaría el lugar en que pondría la alfombra. Usted propone y planifica exactamente lo que quiere agregar a su casa. Lo desafío a que haga lo mismo con la acción de dar. Dele a la gracia una oportunidad. Comience planificando, orando y pensando en todo esto. Determine la cantidad, y a qué lugar enviará su ofrenda y cuándo lo hará, y entonces entréguela con gozo.

La segunda razón por la cual la gracia es tan atractiva es: *la gracia hace que la acción sea espontánea y se realice con gozo*. «No de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre» (v. 7).

Nunca he podido entender por qué la gente se ve tan seria en las congregaciones cuando llega el momento de la ofrenda. ¿No sería maravilloso que el próximo domingo cuando se recoja la ofrenda, en vez de aquella hosca o amenazadora mirada, y en vez de ese estoico silencio y aquella suave música del órgano, usted escuchara risas? Casi puedo imaginarme que algunos comenzarían a decir: «¿Puedes creer lo que estamos haciendo? Pon esta cantidad, querida, ¿no es esto maravilloso? Pon la ofrenda en el cesto». Luego el ofrendar sería seguido por algunas carcajadas y aplausos que se escucharían en aquel lugar de adoración. Sería maravilloso, ¿por qué no? Allí en lo profundo del corazón debe estar ausente cualquier obligación, y debe aparecer una risa espontánea. Es cierto lo que dice la Biblia: «Dios ama al dador alegre».

Lo he dicho muchas veces a través de mi ministerio, y lo repito una vez más: si usted no ofrenda con alegría, mejor no ofrende. El dar no es para los no creyentes o para los hoscos y resentidos. Esa ofrenda no será bendecida. La mejor ofrenda no tiene condiciones adheridas.

En un excelente y creativo artículo titulado «The Gift of Giving» [El don de dar], el autor Calvin Miller menciona lo que estoy tratando de decir.

Algunos dicen que los reyes magos fueron los que iniciaron todo. Me encanta la forma en que los magos dieron sus regalos, porque se presume que ellos regresaron «hacia el oriente» sin esperar que José y María les dieran nada a cambio.

Sus regalos estaban dirigidos al niño Jesús, pero parece

que no existía obligación de ofrendar...

En Navidad, a menudo los regalos llegan a ser un sutil juego de poder que resulta en obligación. Tales regalos pueden estar diciendo veladamente: «Mientras mi regalo parece ser gratis, págame con la misma moneda», o «Disfruta esto, Juan, pero tú me debes uno ahora...».

Déjeme sugerirle dos formas de dar un regalo con gracia.

En primer lugar, asegúrese de que sea imposible medir el costo de su regalo. La suegra de mi hija, una mujer italiana, le ha enseñado a cocinar platos italianos auténticos. Por lo tanto, cuando mi hija quiere agradarme de la mejor manera llena una fuente con albóndigas bañadas en su maravillosa salsa, y estoy contento a través de los largos inviernos...

En segundo lugar, dése cuenta de que los regalos no materiales son la mejor manera de decir: «No trates de pagarme lo que te he regalado».

Un amigo prometió orar por mí durante todo el tiempo de Navidad. Otro amigo que sabe que estoy encariñado con Shakespeare me regaló de su biblioteca personal un libro de las citas de Shakespeare.<sup>5</sup>

Mientras escribo acerca de dar en este capítulo, usted puede percatarse de que no estoy limitando mis declaraciones al asunto del dinero. No se preocupe, porque la generosidad monetaria caerá en su lugar cuando la gracia esté en su sitio. El dinero se hará cargo de sí mismo.

Ahora, la tercera razón por la cual la gracia es tan atractiva: *la gracia nos capacita para conectarnos con la línea divina de abastecimiento*. Mire el versículo 8: «Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para vosotros, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todas las cosas, abundéis para toda buena obra». Cuando tenemos esta actitud llena de gracia, podemos dar. Nos damos nosotros mismos. Damos de lo que ganamos y el Señor como respuesta nos da de variadas maneras, no igualando regalo por regalo, sino de forma abundante. Él va más allá.

En cuarto lugar: *la gracia nos guía a resultados incomparables*.

Por la prueba dada por esta ministración, glorificarán a Dios por vuestra obediencia a vuestra confesión del evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; mientras que también ellos, mediante la oración a vuestro favor, demuestran su anhelo por vosotros debido a la sobreabundante gracia de Dios en vosotros. (2 Corintios 9.13–14)

Mientras leo estos versículos descubro que existen por lo menos tres resultados que podríamos llamar «incomparables»:

1. Otros dan a Dios la gloria.
2. Ellos aprenden, por el ejemplo, a ser generosos.
3. La relación interpersonal trasciende cualquier regalo que damos.

Permítame un pequeño consejo final: una vez que usted comience a dar, basado en la gracia, hágalo *confidencialmente*. En palabras sencillas, mantenga su boca cerrada. Mantenga en secreto, y solo para usted, la cantidad que ha dado. Idealmente hágalo en forma anónima, y aquel que recompensa en secreto cumplirá su parte del trato.

El «apóstol de la gracia» concluye su extensa sección acerca del tema de ofrendar anunciando: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (v. 15). Pablo tiene un gran vocabulario, pero cuando se trata de describir el regalo de Dios en Jesucristo, se le agotan sus palabras griegas. Simplemente no pudo encontrar una palabra para describirlo, por lo tanto, solo admite que es un don inefable, *indescriptible*.

## EL REGALO NAVIDEÑO DE DIOS PARA TODOS LOS TIEMPOS

Una vez más, se me recuerda la Navidad... el Regalo «indescriptible» de Dios para nosotros, el más grande ejemplo de dar por gracia en la historia de los tiempos. Sin guardar nada para sí, Dios se preocupó lo suficiente para enviar el mejor regalo de todos. Cuando usted se detiene y piensa en esto, se da cuenta de que Él escogió el regalo que más necesitábamos.

La Navidad pasada recibí una gran cantidad de palabras de ánimo a través de numerosas tarjetas, saludos muy coloridos y cartas muy significativas. Entre ellas estaba una sencilla hoja de papel blanco, sin ningún nombre ni dirección, ni siquiera un sello de correo en el sobre en que vino. En el centro de la hoja, e impreso con una hermosa caligrafía, estaba escrito un mensaje que captó la esencia de la gracia de Dios al enviarnos a Su Hijo.

Si nuestra más grande necesidad hubiera sido información,  
Dios nos hubiera enviado un educador.

Si nuestra más grande necesidad hubiera sido la tecnología,  
Dios nos hubiera enviado un científico.

Si nuestra más grande necesidad hubiera sido dinero,  
Dios nos hubiera enviado un economista.

Si nuestra más grande necesidad hubiera sido placer,  
Dios nos hubiera enviado un comediante.

Pero nuestra más grande necesidad era el perdón,  
Por eso Dios nos envió un Salvador.<sup>6</sup>

En aquella primera mañana de Navidad cuando María abrió aquel «don inefable» que venía de Dios, allí despertó la gracia.

# CAPÍTULO CATORCE

*¡La gracia, realmente debe ser recibida!*



CUANDO COMENCÉ ESTE LIBRO ESTABLECÍ EN el capítulo inicial que la gracia *realmente* es maravillosa. Al escribir el capítulo final quiero recalcar que la gracia también *realmente* debe ser recibida. La gracia no solo da con alegre generosidad, sino que recibe con humilde gratitud. Cuando una persona experimenta verdaderamente «el despertar de la gracia», y comienza a comprender y a demostrar la clase de amor que he descrito, no solo existirá el sorprendente deseo de ofrecer palabras de ánimo, afirmación, apoyo y aliento a otros, sino que también hay una actitud de aceptación que permite a los demás corresponder de la misma manera. Aunque parece fácil y sencillo, la verdad es que no es ni lo uno ni lo otro. En realidad más bien va en contra de nuestra tendencia natural a ser autosuficientes e inexpugnables. Antes de que usted rechace mi afirmación, piense en forma realista. ¿Cuánta receptividad y aceptación demuestra cuando otras personas le ofrecen una gracia inmerecida e inesperada?

## LA OTRA CARA DE ALGUNAS ÁREAS DE FORTALEZA

Todos aquellos que creemos firmemente en la búsqueda de un carácter fuerte a menudo olvidamos que tal búsqueda también tiene otras caras. Inmediatamente se me ocurren por lo menos cuatro de ellas.

En primer lugar, *junto a un compromiso con la excelencia viene una actitud de intolerancia*. Creo que no existe nada erróneo en la búsqueda de la excelencia. Los que la buscan están en guerra con la mediocridad, la flojera y la incompetencia. Pero no se puede negar que existe otra cara de la misma moneda: la tendencia a ser intolerante. Si usted trabaja para un individuo

cuya meta es la excelencia, no necesito convencerlo. Se ha dado cuenta de que existe tan solo un pequeño margen de error. Sabe que ni siquiera debe preguntarse si se debe pasar por alto un error. Sabe que ninguna falla se considera demasiado pequeña como para no corregirla y que ningún logro se ha alcanzado tan bien que no se pueda mejorar.

Uno de los libros más vendido en la década anterior se tituló *In Search of Excellence* [En busca de la excelencia], en el cual el autor elogia a las compañías que modelaron estándares de excelencia en ocho áreas principales. La sugerencia era clara: ¿desea alcanzar la excelencia? No tolere nada menor que eso. Este es el mismo lema que escuchamos de un entrenador de fútbol en la década de los setenta: «Ganar no es todo, es lo único». El otro lado de tan intolerable filosofía es que aquellos que no logran alcanzar esa medida pueden interpretarla como un rechazo.

En segundo lugar, *junto a un estilo de vida de disciplina viene la impaciencia y la tendencia a juzgar*. Desafortunadamente ambas vienen en el mismo paquete. Una persona que hace un gran esfuerzo para mantenerse en buena forma, comiendo menos y mejor, y manteniendo un constante y riguroso programa de ejercicio, tiende a ser impaciente con aquellos que comen en exceso y se resisten a hacer aunque sea un poco de ejercicio. Quienes se exceden en la comida pueden verse a sí mismos como gorditos agradables, mientras que el campeón de levantamiento de pesas con su esposa «la mujer maravilla» pueden verlos como rechonchos, ordinarios y corrientes. Estos contrastes me traen a la memoria algunas estadísticas impresionantes que encontré en un par de fuentes similares y que pintan un cuadro estadístico de Estados Unidos (Nota: datos de los 80). Entre muchas, estas son algunas cosas que ocurren cada día en el país:

- Los estadounidenses compran diariamente 45.000 automóviles y camionetas nuevas y convierten en chatarra 87.000 unidades.
- Comen 300.000 metros cuadrados de pizza, 53 millones de salchichas, 167 millones de huevos, 30 millones de litros de helados y 3.000 toneladas de caramelos. También trotan 272 millones de kilómetros, y mientras lo hacen queman 27 millones de calorías.<sup>1</sup>
- Se gastan \$2.021.918 en equipos para ejercicios, \$3.561.644 en tortilla chips y \$10.410.959 en papas fritas.

- Los estadounidenses toman 524 millones de Coca-Colas y se sirven 2.739.726 rosquillas.
- Cada año 101.280.321 personas realizan dietas.<sup>2</sup>

Mi punto es este: si usted quema cientos de calorías al trotar unos diez u once kilómetros diarios, no tendrá paciencia con quien se come unos cuantos metros cuadrados de pizza y hace bajar su comida con unos pocos litros de su gaseosa favorita. La disciplina y la impaciencia tienden a ocupar el mismo cuerpo.

En tercer lugar, *junto a una amplia educación, y amor por la cultura y el arte, existe la otra cara llamada excesiva sofisticación*. Los aficionados a la cultura se juntan. Los amantes del arte se encierran en su propio mundo, y Dios ayude a cualquier alma que prefiera la música popular y se encuentre entre quienes prefieren a Brahms, Chopin o Tchaikovsky. Debido a que me gusta disfrutar de cualquier tipo de música, a excepción de la ópera, me suena divertido cuando leo la admisión que realiza Haddon Robinson, un pastor americano: «No aprecio la ópera; y lo que es peor, tengo varios amigos a quienes le gusta».<sup>3</sup> Así como es maravilloso y satisfactorio el mundo cultural, nadie puede negar que está acompañado por un cierto aire de sofisticación.

Me viene a la mente que además existe otra cara de la moneda que acompaña la búsqueda de un carácter fuerte. En cuarto lugar, *junto al énfasis en la independencia y la alta producción, viene la presencia del orgullo*. Si usted es un trabajador independiente, un pensador independiente, o si de cero se ha convertido en rico en forma independiente por medio de su sacrificio personal y trabajo arduo, es muy posible que tenga un alto grado de orgullo. Usted ha luchado por cada centavo que tiene. No ha recibido limosnas, no ha disfrutado de descanso ni ha cortado camino en su ruta al éxito. Todo lo que tiene lo ha ganado «a la moda antigua». Para alcanzar todo lo que ha necesitado ha cavado profundo y se ha negado a desistir hasta que lo ha logrado. Como resultado, ha alcanzado la cumbre y no es un secreto que se siente orgulloso de haberlo logrado. Entonces un día se le acerca alguien que desea hacer algo por usted, alguien que desea extenderle un poco de gracia que no se ha ganado ni tampoco merece. Que tenga suerte tal individuo.

¿Sabe usted en quién estoy pensando? En una amorosa señorita que era muy atlética, coordinada, fuerte, saludable, capaz, con un espíritu

independiente y muy talentosa. A ella le encantaba montar caballos, en realidad le encantaba todo lo que deparaba la vida. Era atlética, popular y realizada. Su nombre es Joni Eareckson Tada, quien en 1967 como resultado de un fatal clavado en la Bahía de Chesapeake, vio que todo su mundo quedó súbitamente reducido a una silla de ruedas. Joni, quien todavía es una hermosa y simpática persona, ahora es cuadripléjica. Alguna vez fue independiente, pero ahora está forzada a depender de otros para su sobrevivencia. ¿Puede imaginarse las dificultades que implica tal desafío? ¡Qué batalla yo tendría con el orgullo si eso me ocurriera! Si somos sinceros, tendríamos que reconocer que cualquier persona independiente, con una voluntad firme y altamente productiva, que sea forzada a cambiar sus roles a la dependencia y la aceptación, tendría una gran lucha.

Cuán difícil es para los que somos capaces de ser muy productivos tener que aceptar y recibir la gracia que otros nos ofrecen. No solo tenemos determinación, sino que somos conducidos hacia los logros. Establecemos metas y las logramos, cumplimos con nuestros compromisos y producimos porque aplicamos la disciplina necesaria. Acompañando a esa mentalidad firme como el hierro tenemos un espíritu que está tan involucrado en dar, dar y dar, que cuando alguien lleno de gracia viene para dárnosla, nos sentimos casi avergonzados. Podemos esconderlo, pero nos sentimos incómodos. Para usar palabras que ahora podemos entender, rechazamos la gracia. Los dadores capaces y frecuentes encuentran que es casi imposible ser receptores gratos y dispuestos.

Esto se revela especialmente en la vida de un individuo que ha llevado gran parte de su vida adulta sin Jesucristo. Si usted es independiente y orgulloso, próspero y fuerte, productivo y competente, seguramente también es lo bastante autosuficiente. Luego, cuando llega a su lado alguien que le habla del Salvador Jesucristo, que le ofrece algo que no merece y no puede ganar, la respuesta lógica será: «No gracias, no necesito ayuda. Si he llegado hasta aquí, caminaré el resto del sendero». Es posible que usted sea capaz de enfrentar la vida adecuadamente, pero debo recordarle que no podrá hacerlo más allá de la muerte. Jesús enseñó esto diciendo: «Pues, ¿de qué le sirve a un hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se destruye o se pierde?» (Lucas 9.25).

## EJEMPLOS DE RESISTENCIA Y ACEPTACIÓN DE LA GRACIA

Mientras leía a través de la Biblia al prepararme para este libro, hice algunas anotaciones acerca de varias vidas que ilustran tanto la aceptación como el rechazo de la gracia. Aunque las personas que examinaremos vivieron siglos atrás, sus circunstancias, contornos y actitudes son relevantes y nos permiten identificarnos fácilmente con cada uno de ellas.

### *Dos ejemplos del Antiguo Testamento: Moisés y Sansón*

Éxodo 3 registra el relato de un hombre que rechazó la gracia cuando se le ofreció. Su nombre era Moisés. Al introducirnos en su vida en el tercer capítulo de Éxodo, Moisés tiene ochenta años. Su vida es un estudio en contraste entre los primeros y los segundos cuarenta años.

Durante sus primeros cuarenta años su historia es asombrosa. Su curriculum vitae era nada menos que impresionante. Era el hijo adoptivo de la hija del faraón. Criado en la elegancia y educado en el templo del Sol. Un experimentado guerrero y, capaz como orador. Respetado y con gran confianza en sí mismo. Josefo, el historiador judío, sugiere que Moisés era lo que podríamos llamar «el faraón electo». Se había preparado para tomar el trono como el próximo faraón egipcio. Había ganado batallas luchando en Etiopía y otros países. Tal vez por su valor tenía el pecho lleno de medallas. Tenía un carruaje brillante y siervos disponibles solo al tronar de sus dedos. Cuando recorría los campos, seguramente la gente gritaba: «Doblen las rodillas. Doblen las rodillas». Era el típico ejemplo de la nobleza, el orgullo del antiguo Egipto.

Mientras estaba en la corte del faraón recibió palabras de Dios y se le dijo que iba a ser el libertador de los judíos que estaban en esclavitud. Moisés determinó obedecer. Un día descubrió que un egipcio estaba maltratando a un judío. Sin vacilar se lanzó en defensa de su compatriota y asesinó al egipcio. Tomando prestadas las palabras del profeta Zacarías, podría decir que Moisés intentaba liberar a los judíos con poder y fuerza en vez de realizar la liberación de acuerdo a la forma y el tiempo divinos. Trágicamente pensó que podía dirigir el éxodo con la energía de la carne.

Como siempre, Dios desaprobó ese proceso. Allí se encontraba ahora de

cuarenta años de edad, y sin ser amado por la nación. Todo cambió para Moisés de la noche a la mañana. El Faraón ya no lo iba a usar más. Mientras huía para salvar su vida, fue instantáneamente humillado. La culpabilidad que sentía debe haber sido increíble. Toda su vida fue lanzada por la borda. Esto sería como si usted construyera, construyera y construyera durante toda su vida de adulto, y muy pronto después de alcanzar el pináculo del éxito usted hiciera algo estúpido financiera, ética o quizás moralmente. Eso destruiría a su familia, su reputación, y finalmente, destruiría su negocio y su carrera. Y para colmo de males suponga que termina tras las rejas. Para usar una expresión bíblica diríamos: «Porque siembran viento, y recogerán tempestades» (véase Oseas 8.7).

Los barrotes de la cárcel de Moisés eran el desierto de Madián, y ocurrió un súbito e inesperado cambio en su carrera. Los siguientes cuarenta años, el Dios de Moisés permanece en silencio. No existe un registro aquí ni en ninguna parte de las Escrituras que demuestre que Dios le haya hablado a Moisés mientras era un pastor que trabajaba para su suegro. Allí se encontraba en las arenas del desierto de Madián cuidando un rebaño de ovejas. Este era el mismo hombre que tuvo el liderazgo de su nación bajo su mano y que había lanzado todo por la borda. Descalificado, huyó hacia el desierto. La culpabilidad y el remordimiento lo consumían y lo dejaron con un único pensamiento: todo se acabó. Mantenga esto en mente y recuerde que todo este es el trasfondo de Éxodo 3.

Una mañana Moisés se despierta y lleva el rebaño de ovejas a un lado de aquel desierto. Debe haber estado allí cientos de veces anteriormente, pero ahora era diferente. El silencio de Dios se rompería aun para la sorpresa del propio Moisés.

Y Moisés apacentaba el rebaño de Jetro su suegro, sacerdote de Madián; y condujo el rebaño hacia el lado occidental del desierto, y llegó a Horeb, el monte de Dios. Y se le apareció el ángel del SEÑOR en una llama de fuego, en medio de una zarza; y Moisés miró, y he aquí, la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. (Éxodo 3.1–2)

Si usted ha viajado en el desierto debe saber que un arbusto puede por sí solo estallar de pronto en llamas. Pero por supuesto, cuando eso ocurre,

siempre se quema. Sin embargo, este no se quemaba. La llama permanecía y la zarza no se consumía. Para Moisés fue un enigma. Mientras más se detuvo allí y estudió aquel arbusto, más notaba como ardía, ardía y ardía. Repentinamente de en medio de la zarza salió una voz que él no había escuchado por décadas: «Moisés, Moisés». Este era un momento increíble. Él conocía esa voz. La recordaba desde cuarenta años atrás. No había otra voz como aquella. Pensó que su vida había terminado, pues había enredado todo y estaba convencido de que nunca más oiría aquella voz. ¡Pero cuán equivocado estaba!

¿Sabe usted lo que se percibe en esa voz? La gracia. ¿La ha escuchado? ¿Tal vez sentado en un bar alguna noche, tratando de sepultar sus temores y soledad, oyó esa voz? ¿Tal vez encarcelado, habiendo destruido su reputación, escuchó la voz? ¿Tal vez abandonando la sala de la corte de divorcio, que lo dejó con horrendos recuerdos de lo que pudo haber sido su vida conyugal y que inundaban su mente mientras regresaba solo a su apartamento, ha oído esa voz? ¿Habiendo enredado su vida por medio de una serie de hechos demasiados vergonzosos como para recordarlos, se había convencido de que estaba todo terminado para siempre? ¿Había olvidado aquella voz? ¡Escúchela otra vez! Esa voz sale del corazón lleno de gracia de Dios, y lo llama por su nombre. Tal vez usted ha estado diciendo por mucho tiempo: «Todo se terminó, estoy al final y no existe otra oportunidad». La gracia no conoce esas restricciones. Deje que la gracia despierte como aquella zarza que seguía ardiendo, porque así le sigue alcanzando.

F. B. Meyer escribe elocuentemente acerca de este momento.

Hay días en nuestra vida que llegan sin anuncio ni proclamación, días en que no se ven caras ni se escuchan voces de ángeles que nos advierten desde los cielos. Sin embargo, después de años, cuando damos una mirada hacia atrás, nos damos cuenta de que ellos fueron aquellos puntos de cambio de nuestra existencia. Tal vez ahora miramos con nostalgia esas rutinas poco interesantes de la vida que quedaron atrás, pero el ángel con espada desenvainada nos prohíbe regresar, y nos compele a seguir adelante. Eso fue lo que ocurrió con Moisés...

De pronto una zarza común comienza a brillar con el emblema de la deidad; y de su corazón de fuego la voz de Dios quebranta el silencio de muchos años, y con palabras que caen en los oídos del pastor como un golpe doble y persistente, dice: «Moisés, Moisés».

Y desde aquel momento toda su vida se alteró. La puerta que estaba en reparación por tanto tiempo, en forma abrupta fue puesta en sus bisagras y se abrió.<sup>4</sup>

Moisés pensó que para él todo había terminado por siempre. ¿Sabe usted por qué? Debido a *la culpa y la vergüenza*. Debido a esos gemelos asesinos de la gracia no piense ni por un momento que Moisés saltó de alegría por la oportunidad de liderar el éxodo. Recuerde que de acuerdo a su forma de pensar, para él todo había terminado. Pero no para Dios. Lo que tenemos en el resto del capítulo 3 y en el capítulo 4 es un diálogo mejor definido como una discusión. Dios dice: «Anda», y Moisés responde: «No». Dios inicia la invitación diciéndole: «Ahora pues, ven y te enviaré a faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto (Éxodo 3.10).

¿Había él escuchado eso antes? Seguro. Lo había hecho en Egipto cuatro décadas antes de que impulsivamente asesinara al egipcio, ¿recuerda? Tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada. *Esto no puede ser real, ¿o sí? Dios estaba diciendo lo mismo que había dicho cuarenta años atrás... pero ¿podría ser Dios? No, no puedo creer que Él me dé otra oportunidad.*

Examine la discusión. Moisés responde: «¿Quién soy yo?». Si Dios lo hubiera interrumpido le habría dicho: «Tú no eres nada, pero no tienes que ser alguien para ser usado por mí». La gracia significa que Dios usa a los «don nadies». La gracia también significa que Él hace que los «don nadies» sean alguien. Nuestro problema es este: nuestra vergüenza grita tan fuerte y nuestra culpabilidad es tan grande, que nos convencemos de que no somos útiles y creemos que no podemos alcanzar la medida. Después de todo usted puede pensar: *yo tengo que ser alguien especial para ser útil o importante para Dios*. Pero la verdad es que Él hace grandes cosas a través de los «don nadies». Realiza algunas de sus mejores obras usando a aquellos que piensan que están acabados y que humanamente hablando deberían estarlo. Las palabras de Moisés revelan su incapacidad para aceptar la gracia. «¿Quién

soy yo para ir a faraón, y sacar a los hijos de Israel de Egipto?» (v. 11).

Me encanta la respuesta de Dios: «Y El dijo: Ciertamente yo estaré contigo, y la señal para ti de que soy yo el que te ha enviado será ésta: *cuando* hayas sacado al pueblo de Egipto adoraréis a Dios en este monte» (v. 12, énfasis propio). Note que Dios dijo «*cuando*», y no «*si es que*». Dios hará las cosas a Su manera. Usted podrá mirar hacia atrás y decir: «Yo no puedo explicar cómo, pero Dios lo hizo». De esa forma actúa la gracia.

El temor de Moisés comenzó a salir a la superficie.

Entonces dijo Moisés a Dios: He aquí, *si* voy a los hijos de Israel, y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros,” tal vez me digan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les responderé? (v. 13)

¡Querido y ansioso Moisés! Ya comenzó a escribir su lista de ansiedades. Escuche cómo ensaya sus preocupaciones al decir: «Tal vez me digan...». Este relato demuestra la preocupación de Moisés, preocupación típica de todos los que tienen miedo de actuar en la gracia. Lo que le preocupa no ha ocurrido todavía, pero él dice: «¿Señor, si ellos me preguntaren cuál es tu nombre, qué diré si no tengo todas las respuestas?». La respuesta divina está diseñada para traer consuelo. Dios le dice: «Tendrás todo de Mí». Sin embargo, Moisés todavía no se convence, porque simplemente no puede aceptar la gracia de Dios.

Esta discusión continúa hasta llegar a Éxodo 4. La culpabilidad de Moisés es enorme. Estaba cargando su vergüenza. Dios todavía no lo había convencido de que ni la culpa ni la vergüenza son apropiadas. El interrogante de Moisés al decir: «¿Y si...?», es otro misil del arsenal de sus preocupaciones.

Moisés respondió, y dijo: ¿Y si no me creen, ni escuchan mi voz? Porque quizá digan: «No se te ha aparecido el SEÑOR». (Éxodo 4.1)

Moisés está diciendo: «Señor, yo no tengo el respeto de ellos. Algunos tal vez recordarán que soy quien asesinó al egipcio, y van a decir: «Tienes malos antecedentes, eres un asesino». Dios lo tranquiliza diciéndole: «Tendrás todo

mi poder, todo el poder que necesitas». Y después de realizar un milagro frente a él, usando las propias manos de Moisés, Dios agregó: «Si yo puedo hacer esto con tu vara y con una serpiente, créeme, yo puedo tomar tu poder, aunque sea pequeño, y usarlo». Moisés todavía está dudando. «Entonces Moisés dijo al SEÑOR: Por favor, Señor, nunca he sido hombre elocuente, ni ayer ni en tiempos pasados, ni aun después de que has hablado a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua» (Éxodo 4.10).

Muchos años en el cálido desierto habían nublado la memoria de Moisés. Cuando joven «era un hombre poderoso en palabras y en hechos» (ver Hechos 7.22). Alguna vez Moisés fue elocuente, pero por los últimos cuarenta años había estado hablando solo a esos lanudos animales del desierto. Usted no cultiva su capacidad de hablar en público en el desierto, mientras la arena golpea su cara y el sol convierte su piel en un cuero. Ese simplemente es un lugar de sobrevivencia y nada más. Por eso él declara: «Señor yo no estoy capacitado. Esos egipcios están bien entrenados y son bien educados». Moisés llega a la conclusión: «Yo no soy elocuente». Pero en términos absolutamente ciertos el Señor le dice: «Tienes todo lo que necesitas». Lo que Dios desea es un corazón obediente y disponibilidad.

Dios manda a Moisés: «Ve, y yo estaré con tu boca». ¿No cree usted que eso es hermoso? Muchas veces he reclamado esa promesa, especialmente cuando tengo que pararme frente a audiencias que no conozco. A veces le digo: «Señor, tú prometiste a Moisés que estarías con su boca, por lo tanto te pido que estés con la mía también. Me siento satisfecho de ser Tu portavoz. Mi corazón está preparado, por lo tanto habla por mis cuerdas vocales». Y repetidas veces Él «ha estado con mi boca».

En el versículo 13 encontramos a Moisés todavía discutiendo: «Te ruego, Señor, envía ahora el mensaje por medio de quien tú quieras». Esto puede parecer una declaración de humildad, pero lo que realmente hace es tratar de evitar cumplir esta tarea. «Envía a otra persona». Una paráfrasis dice: «Envía a alguien más», lo que al ser interpretado significaría: «Envía a cualquier otra persona, pero no a mí». El Señor le dice: «Está bien, tú tienes un hermano cuyo nombre es Aarón. Lo enviaré a él». ¿Se acuerda de Aarón? Él fue quien solo después de unas pocas semanas animó a la gente a construir y adorar un becerro de oro. Unos de los problemas en la vida de Moisés fue su hermano. Sin embargo, Dios con mucha gracia le permitió a Moisés tener a su hermano

como un portavoz.

Cuando se trata de la gracia para poder aceptar, lo primero que tenemos que recordar es esto: *rechazamos la gracia cuando no hemos tratado adecuadamente con la culpa y la vergüenza que sentimos*. Parece que muchas personas están más relacionadas con su culpabilidad y vergüenza que con Dios. La gracia anula la culpabilidad. Deja a la vergüenza sin poder. Algunos de los que leen estas líneas son mejores estudiantes de lo que han hecho erróneamente, que de lo que Dios quiere hacer con ellos ahora que ha puesto las cosas en orden. Y usted está usando la culpa y la vergüenza como una forma de estar lejos de alcanzar lo mejor de Dios.

Un pensamiento más acerca de esto. ¿Sabe quién es la última persona en este mundo a la que queremos perdonar? Nosotros mismos. Podemos perdonar fácilmente a un enemigo y lo hacemos más rápidamente de lo que nos perdonaríamos a nosotros. Pero no estaremos listos para que la gracia de Dios nos despierte hasta que hayamos aceptado totalmente Su perdón.

Alexander Whyte, un pastor del siglo XIX, escribe maravillosamente acerca de la vida de Moisés y la nuestra:

Algunos sabrán lo que cuarenta años en el desierto detrás del Monte de Dios han logrado en ustedes. Saben que aquellos años han reducido y subyugado su temperamento fuerte, lo han apartado de la farsa y la dulzura del mundo, y le han dado ojos y corazón para sufrir la pérdida de todos. Si cuarenta años han forjado tal cambio en tan lentos alumnos de Dios como lo son ustedes, no tienen que asombrarse de Moisés cuando regresó de la tierra de Madián. Si ustedes sirven para algo o van a ser usados en el futuro, o si tienen cualquier esperanza o ambición de ser usados, todo tiene sus raíces en la grandiosa gracia de Dios por ustedes.<sup>5</sup>

Espero que nunca olvide lo siguiente: toda persona que Dios usa profundamente es un receptor de la grandiosa gracia de Dios. Nadie la merece. Ninguna persona está apta para las bendiciones que recibe. En Su soberana misericordia Dios ha elegido darle una gracia enorme a un individuo que no se lo merece y es imperfecto, a pesar de lo que es, y en mayor medida que la cantidad de su culpa u oprobio.

Nuestro próximo estudio se encuentra en Jueces 16. Hemos considerado a Moisés, ahora observemos a Sansón. Quienes se han criado en una congregación conocen muy bien la historia de Sansón. Recuerdo que cuando niño tenía una Biblia que incluía algunas figuras. A menudo recuerdo que observaba esas figuras en las que algún artista mostraba cómo él pensaba que lucía Sansón, y trataba de imaginarme lo que era ser así de fuerte. Como niño no entendía que él no era fuerte debido a algo externo, porque estaba bien desarrollado o porque se mantenía en buena condición física. Sansón era fuerte debido a la gracia de Dios.

Antes de que naciera, sus padres le pidieron al Señor que los guiara en la crianza del niño que pronto estaría en sus brazos. Él tuvo padres piadosos que oraron para que la gracia de Dios cayera sobre su hijo. Y por cierto, antes de que naciera, Dios prometió: «El niño será nazareo a Dios desde su nacimiento, y comenzará a salvar a Israel de manos de los filisteos».

Por lo tanto, desde que el niño nació, sus padres lo apartaron para Dios como un nazareo. Esto significa que nunca debía tomar ninguna bebida fuerte, que nunca debía tocar el cadáver de un ser humano o un animal, y que nunca debía cortarse el cabello. Su pelo creció, caía con soltura representando un símbolo secreto de su fortaleza. Y así como Dios lo predijo comenzó a librar a Israel de los filisteos. Tal como usted ya debe saber, el problema con Sansón fue que se rehusó a controlar su lujuria, lo que resultó en la caída de su mundo.

Leemos en Jueces 15.20: «Sansón juzgó a Israel veinte años en los días de los filisteos».

Por dos décadas continuas Sansón vivió aquel proceso de librar a Israel de la mano del enemigo. Por veinte años realizó este trabajo y cumplió su llamado divino. Sin embargo, después de concluir este versículo podemos leer que se acercó a una mujer ramera (16.1), y al poco tiempo lo encontramos en el valle de Sorec, que es tierra filisteá, lleno de lujuria en los brazos de Dalila. El resto de este estudio es una tragedia. Este hombre juega con su relación con Dios cuando le cuenta a Dalila el secreto de su fortaleza. Después de quedarse dormido en su regazo ella llama a sus compañeros de conspiración, quienes vienen y afeitan la cabeza de Sansón. Cuando despierta no se da cuenta de que tanto el Señor como su fortaleza se habían apartado de él. Ahora pelado, vulnerable e insensible, no se da cuenta de cuán desvalido

se encuentra, muy pronto se halla a merced de ellos. Un versículo nos dice: «Los filisteos lo prendieron y le sacaron los ojos; y llevándolo a Gaza, lo ataron con cadenas de bronce y lo pusieron a girar el molino en la prisión» (Jueces 16.21).

¡Qué trágicos acontecimientos! Víctima de su lujuria, Sansón llegó a ser prisionero de sus más odiados enemigos. Después de ser enceguecido brutalmente, lo llevaron para que viviera en medio del excremento y la suciedad de una pocilga filistea y fue usado para trabajo pesado. Allí estaba el que fuera un juez fuerte de Israel en el lugar que humanamente merecía. Sansón jugó con fuego y no pudo escapar de quemarse. Según las palabras de Proverbios 5.22: «En los lazos de su pecado quedará atrapado».

Si usted y yo fuéramos jueces yuviéramos que dar nuestro voto, diríamos: «Es culpable, dejen que se quede allí por el resto de su vida». La justicia tuvo su plazo de vencimiento. Sin duda el hombre obtuvo lo que merecía.

¿Pero y qué de Dios? A Él nunca se le acaba la gracia. En caso de que dude lea el siguiente versículo: «Pero el cabello de su cabeza comenzó a crecer de nuevo después de rasurado» (Jueces 16.22).

Si tomamos prestadas las palabras del apóstol Pablo diríamos: «Donde el pecado abundó, la gracia sobreabundó». Si los hombres o mujeres de aquellos días hubieran hecho las cosas a su manera, le hubieran dicho: «Que se quede rapado por el resto de su vida».

Pero Dios no opera así. ¿No piensa usted que Sansón se asombró la mañana en que se despertó y sintió que le salía un poco de cabello? Ese es un despertar de la gracia. ¿No cree que él examinaba su cabeza cada mañana de allí en adelante? Con más cabello venía fuerza adicional. Y así como su fuerza regresaba, así también regresaba su determinación de cumplir el mandato que Dios le había dado en su nacimiento: librar a Israel de los filisteos.

He aquí el resto de la historia.

Y los príncipes de los filisteos se reunieron para ofrecer un gran sacrificio a su dios Dagón, y para regocijarse, pues decían: Nuestro dios ha entregado a nuestro enemigo Sansón en nuestras manos. Y cuando la gente lo vio, alabaron a su

dios, pues decían: Nuestro dios ha entregado en nuestras manos a nuestro enemigo, al que assolaba nuestra tierra, y multiplicaba nuestros muertos. Y sucedió que cuando estaban alegres, dijeron: Llamad a Sansón para que nos divierta. (Jueces 16.23–25)

En otras palabras, ellos estaban diciendo: «Necesitamos a aquel payaso israelita aquí. ¡Tráiganlo para que nos haga reír!».

Llamaron, pues, a Sansón de la cárcel, y él los divertía. Y lo pusieron de pie entre las columnas. Entonces Sansón dijo al muchacho que lo tenía de la mano: Déjame palpar las columnas sobre las que el edificio descansa, para apoyarme en ellas. Y el edificio estaba lleno de hombres y mujeres, y todos los príncipes de los filisteos estaban allí. Y sobre la azotea había como tres mil hombres y mujeres mirando mientras Sansón los divertía. (Jueces 16.25–27)

Me encanta lo que sigue: «Sansón invocó al SEÑOR y dijo: Señor DIOS, te ruego que te acuerdes de mí, y te suplico que me des fuerzas sólo esta vez, oh Dios, para vengarme ahora de los filisteos por mis dos ojos» (Jueces 16.28). He aquí un hombre que con certeza no merece la atención de Dios, un hombre que debía haber perdido todos sus derechos a la oración, pero que humildemente clama a su Dios. ¿Cómo pudo hacerlo? Por la gracia.

Tal vez usted ha leído esta historia más de una docena de veces, pero quizás nunca ha puesto su atención en lo que ocurre en la última parte del versículo 28: «Te suplico que me des fuerzas sólo esta vez, oh Dios, para vengarme ahora de los filisteos por mis dos ojos».

El segundo principio acerca de recibir la gracia es el siguiente: *aceptamos la gracia cuando nos liberamos de todas nuestras expectativas*. Cuando dejamos de pensar que merecemos favores especiales, la gracia tiene un profundo despertar en nosotros. Ella fluye hacia y a través de quienes no tienen expectativas.

Cuando pastoreaba en Fullerton, California, cada temporada de Navidad tenía el placer de hablarle a un grupo de padres solteros de nuestra congregación. Eran personas grandiosas. El salón estaba siempre lleno.

Cientos de personas listas para aprender, receptivas, humildes y quebrantadas. Lo que más me gustaba de hablarles a los padres solteros era que no tenían grandes expectativas de mí. ¿Se da cuenta de que esto casi nunca me ocurre? Imagínese cuán maravilloso y libre se siente uno al pararse frente a un grupo y saber que puede equivocarse, y que le escuchan cientos de personas que lo comprenderán y aun disfrutarán de eso. Ellos sabían lo que significa el rechazo, la separación y el olvido. Sentían que el resto de su vida lo pasaban recuperándose del fracaso. Es por eso que no esperaban demasiado de la vida en general, y de mi persona en particular. Era como si me parara frente a un arquero a patear un penal y que ellos no esperaran que hiciera gol. No tenían grandes expectativas. Además, realmente apreciaban el solo hecho de que apareciera para estar con ellos.

Esta ilustración me da una idea, supongamos que estamos en la final de la copa mundial de fútbol. Supongamos que se está jugando en Argentina. El partido está empatado y cobran un penal a favor de Argentina. Supongamos que el mejor jugador de la cancha es Messi. Todos esperan que se elija a Messi para que ejecute el tiro penal, y cuando él se para frente a la pelota todos estamos esperando que venga el gol. Messi toma distancia, corre y la pelota llega hasta el fondo de la red. Todos saltaríamos de alegría y gritaríamos: «Messi es un gran hombre, es un gran jugador». Cuando se trata de ganar un partido en el último minuto, Messi es nuestro héroe.

Permítame cambiar un poco la ilustración. Supongamos que en un partido de fútbol en la escuela de sus hijos se le permitiera patear un tiro penal a uno de los desconocidos que está ayudando alrededor de la cancha a alcanzar la pelota. El niño se para frente a la pelota. No tiene experiencia. Mientras se acerca a patear la pelota todo el público está con los ojos cerrados esperando que falle. Nadie tiene gran esperanza en aquel desconocido. Él se acerca rápidamente a la pelota y patea. Dispara un tiro hermoso, pero el arquero se estira de tal manera que hace una atajada magnífica. Seguramente no se molestarían tanto, pues es un desconocido quien pateó el penal. Pero suponga que aquel muchacho corrió, pateó la pelota y la puso tan lejos del arquero que no pudo atajarla y su equipo ganó el campeonato.

Eso es superabundante gracia. Todos habríamos esperado que Messi convirtiera ese gol; nadie esperaba que el asistente de campo lo hiciera. De las grandes estrellas se espera mucho, pero un ayudante inexperto es una

incógnita.

Sansón no merecía tener nuevas fuerzas. Sin tener grandes expectativas, oró: «Señor, acuérdate ahora de mí y fortaléceme, te lo ruego, solamente esta vez, Dios». Sansón era un desastre, un fracaso, un hombre con un mal trasfondo. No tenía expectativas, y Dios en Su gracia contestó su petición. Hay pocos asesinos de la gracia más efectivos que las expectativas. Solo cuando nos libramos de ellas estamos listos para aceptar la gracia que Dios ofrece.

### *Dos ejemplos del Nuevo Testamento: Pedro y Pablo*

En Juan 13 se registra una tercera historia. La escena presentada en este capítulo se lleva a cabo en un ambiente íntimo durante la última cena. Jesús está con sus discípulos por última vez antes de Su arresto y posterior juicio. En realidad están solo a unas pocas horas de la crucifixión. ¿Sabe usted qué estaban haciendo los discípulos antes de que Jesucristo les lavara los pies? Estoy seguro de que muchos pensarían que estaban orando. Al contrario, de acuerdo a Lucas 22.24–26 estaban discutiendo quién era el más grande. ¿Puede imaginarse usted eso?

«Yo me voy a sentar a la derecha de Jesús».

«No, esa es mi posición».

«Estoy seguro de que me dará ese lugar».

«Bueno, yo por lo menos me sentaré a Su mano izquierda».

«Tú no mereces estar en ese lugar, ni siquiera mereces el final de la mesa».

Estaban discutiendo entre sí acerca de quién sería el más grande en el reino.

Lo que muchos no perciben es que los doce discípulos habían entrado a aquel lugar para la comida, y ninguno había lavado los pies de otra persona. Si usted hubiera vivido o visitado una casa en el Oriente, entendería cuán inapropiada era esta negligencia. Entrar con los pies sucios era tan incorrecto como entrar con los zapatos puestos. En aquellos días, un sirviente de la casa normalmente estaba parado cerca de la puerta. Si no había un sirviente designado, allí se paraba alguien con corazón de siervo y que se autodesignaba para cumplir esta labor. Esperaba a la entrada con una toalla y

una vasija con agua y lavaba los pies de quienes iban llegando. Pero ninguno de los doce lo hizo. Estaban tan ocupados, preocupados y discutiendo acerca de quién sería considerado el más grande, que se olvidaron de limpiar los pies sucios. Sin embargo, Jesús lo recordó:

Se levantó de la cena y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida. Entonces llegó a Simón Pedro. Este le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? (Juan 13.4–6)

La Traducción en Lenguaje Actual de la Biblia registra el relato de Juan acerca de la enfática resistencia de Pedro de esta manera: «Señor, no creo que tú debas lavarme los pies». Me imagino que cuando dijo esto estaba tratando de esconder sus pies de Jesús. ¿No puede usted sentir la resistencia? Cualquiera que haya hecho un estudio del trasfondo de Pedro podría entender su renuencia. Él era el portavoz del grupo, claramente era el líder entre los doce. Pedro normalmente actuaba con orgullo y mucha confianza. Sin embargo, no seamos demasiados críticos. Este hombre era apasionadamente leal y estaba fervientemente comprometido con la misión de Jesucristo. No obstante, siendo fuerte y capaz, no podía tolerar el pensamiento de admitir necesidad o debilidad.

A pesar de que antes Jesús le había dicho: «Pedro, Satanás os ha pedido para zarandearos», este discípulo había respondido diciendo: «Señor, todos los demás discípulos podrán apartarse de ti, pero yo nunca te daré la espalda». Sin embargo, después de unas pocas horas, en forma directa mintió tres veces, diciendo: «Ni siquiera lo conozco. Lo juro, no lo conozco».

No deberíamos estar sorprendidos de la fuerte renuencia de Pedro al decir: «¡Jamás me lavarás los pies!» (v. 8). Nuestro Dios se había inclinado y lo quería alcanzar con Su gracia, pero Pedro lo rechaza dogmáticamente. Con un griego bastante enfático, Juan registra la declaración de independencia de Pedro de esta manera: «De ninguna manera Tú me lavarás los pies, jamás lo harás, Señor». En nuestros días diríamos: «¡Ni lo sueñes... nunca!».

Aquí encontramos un tercer principio acerca de recibir la gracia: *rechazamos la gracia cuando nuestro orgullo todavía es dominante*. De todos los asesinos internos que están listos para saltar sobre la gracia, ninguno es

más peligroso que el orgullo. Cada vez que la gracia se acerca, el orgullo se resiste. Cada vez que la gracia ofrece, el orgullo rechaza. Sí, todas y cada una de las veces el orgullo no deja espacio para la gracia. Un despertar de la gracia y un corazón orgulloso no pueden coexistir.

¿Está todavía impresionado con su título, con su imagen pública, con lo que la gente piensa de usted? ¿Es su posición más importante que su salvación? ¿Se siente todavía exageradamente impresionado con lo que hace? ¿Busca formas sutiles de pagar cuando alguien le da algo? ¿O puede con gracia y sencillamente agradecerlo? Si su orgullo está bajo una apropiada restricción, usted aún pudiera ser lo suficientemente vulnerable como para decir: «Sabes, yo realmente necesitaba lo que me distes. Muchas gracias».

Eso es difícil de hacer cuando usted es orgulloso. Tal como a nuestro amigo Pedro, el orgullo nos mantiene a la distancia y provee una falsa imagen que dice: «Soy alguien sin necesidad». Quizás ha observado alguna vez a alguien a quien realmente respeta y se ha preguntado: *¿tendrá esta persona alguna vez alguna necesidad? ¿Podrá este individuo imaginarse la clase de mundo en el cual yo vivo?* La verdad es que todos somos personas necesitadas, lo que pasa es que algunos lo escondemos mejor que otros.

Si realmente quiere ser un modelo de gracia, atrape a aquel asesino llamado orgullo que está dentro de usted. Aplique toda su fuerza, oblíguelo a rendirse. Si sus pies están sucios y la gracia ofrece lavárselos, no escuche a su orgullo por lo menos por dos segundos. Sea agradecido por esa gracia que le limpia.

Hasta este momento hemos observado la vida de tres personas. En primer lugar, Moisés rechazó la gracia debido a que no había tratado suficientemente con su culpabilidad. En segundo lugar, Sansón aceptó la gracia porque sus expectativas se habían destrozado. En tercer lugar, Pedro rechazó la gracia debido a que su orgullo era todavía dominante. Ya estamos listos ahora para un cuarto y último ejemplo: Pablo. Qué magnífico modelo. Él aceptó la gracia porque *no puso su confianza en la carne*.

¿Cómo era la «carne» de Pablo? ¿Qué significaba estar dentro de la piel de Saulo de Tarso, mejor conocido como el apóstol Pablo? Lea y trate de imaginarse. Pablo era un hombre «circuncidado el octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo» (Filipenses 3.5). Era un consumado fariseo hasta la última letra de la ley.

Usted no podía encontrar ni una falla, ni siquiera en su celo. Continuando con su linaje señala que era «en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, hallado irreprochable» (v. 6).

Pablo dice: «Ese es mi registro del pasado». Pero Dios lo derribó. A los ojos del mundo era impresionante, pero a los ojos de Dios era un perdido en gran necesidad. Mire cómo establece los hechos: «Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo» (v. 7). Unas pocas líneas más adelante, Pablo admite:

No que ya lo haya alcanzado o que ya haya llegado a ser perfecto, sino que sigo adelante, a fin de poder alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (vv. 12–14)

En efecto, Pablo dice: «Por muchos años iba con el acelerador a fondo, pero en la dirección equivocada. Ahora me doy cuenta de cuán errado estaba. Solo Cristo es digno de mi celo y mi pasión. No existe otra senda que sea digna de seguir. Muy temprano en mi vida me encontraba en el camino equivocado, pero ya no más».

¿Sabe usted lo que veo aquí? Veo el testimonio de un hombre humilde que perdió toda su confianza en su propio expediente del pasado. Va más allá de su linaje y de los recortes de prensa sobre su vida. Es un hombre que ahora dice: No quiero seguir «poniendo la confianza en la carne, aunque yo mismo podría confiar también en la carne» (vv. 3–4). Finalmente él puso sus prioridades en orden. Cuando eso ocurrió, todas las cosas se ubicaron en el lugar adecuado.

Le repito, *recibimos la gracia cuando ya no ponemos nuestra confianza en la carne*. Cuando digo «la carne» me refiero a lo que podemos lograr con nuestra propia fortaleza, o a lo que hemos hecho o podríamos hacer para nuestra propia gloria. La carne, como he mencionado varias veces en este libro, es una fuerza destructiva muy poderosa.

Quienes pueden tener señorío sobre esa lucha interior son maravillosos

receptores de la gracia. ¿Sabe qué tiene Dios para personas como esas? Un futuro más espléndido de lo que podemos creer, que nos trae descanso y está lleno de satisfacción y alivio.

## QUÉ SE NECESITA PARA QUE LA GRACIA LLEGUE A NOSOTROS

He estado escribiendo acerca de permitir que la gracia entre a nuestra vida: cómo estar dispuestos, dejando que se manifieste; cómo permitir que nos impregne tan completamente, que seamos capaces de despertar a los demás a una libertad gloriosa. En vez de rechazarla como Moisés y Pedro lo hicieron, mi súplica es que la aceptemos como Sansón (el inmerecedor) y Pablo (el supercompetente).

¿Pero cómo? En primer lugar se necesita una *admisión de nuestra humanidad*. En otras palabras, una actitud que con honestidad auténtica diga: «Soy solo un humano, no soy la *prima dona*, no puedo caminar sobre el agua ni trataré de impresionarles». La gracia se despierta en el interior de personas como esas.

En segundo lugar, se necesita *una actitud de humildad*. Nada recibe mejor bienvenida de la gracia que la verdadera humildad, que no es nada más que la comprensión de una persona que está delante de Dios (en cuanto a que Él es lo máximo, el número uno, el preeminente) y además una disposición a ser derribados para que Él sea exaltado y glorificado. La humildad ha aprendido de una forma dura que ninguna persona puede actuar en la carne y producir algo bueno, por lo tanto nos ayuda a evitar seguir intentándolo.

¡Qué futuro maravilloso tiene Dios para las personas que reciben la gracia! Casi es demasiado bueno para ser verdad. Cuando George MacDonald, el gran predicador escocés, estaba hablando con su hijo acerca de las glorias del futuro, su pequeño lo interrumpió y le dijo: «Parece demasiado bueno para ser verdadero, papito». Una sonrisa se dibujó en la cara barbada de MacDonald, mientras respondía: «De ningún modo muchachito, es tan bueno que debe ser verdadero».<sup>6</sup>

Es aceptando la gracia que comenzamos a modelar una gracia maravillosa. Solo así nos damos cuenta realmente de cuán buena es la maravillosa gracia.

## Conclusión



HACE VARIOS AÑOS, AL ESCRIBIR ESTE LIBRO sobre la gracia, no imaginaba todo lo que ocurriría entre el momento que lo inicié y su finalización.

Afirmé al comienzo que este era esencialmente un libro sobre la libertad... cómo reclamarla para nosotros mismos y otorgarla a los demás. Ahora ya entienden lo que quise decir. Nunca me imaginé que al llegar al final del libro el mundo habría sido testigo de uno de los más poderosos ejemplos de liberación que se puedan imaginar: la caída del muro de Berlín.

Mientras escribía acerca de la importancia de permitir *el despertar de la gracia* — lo cual implica que busquemos la libertad a cualquier precio— los diarios, los periódicos y la pantalla del televisor han estado palpitando con el mismo mensaje. Las memorables escenas se sucedían una a otra, relato tras relato, todos ellos expresando la palabra más grandiosa: libertad. Yo lo observé al igual que usted, y lloré y canté con ellos. Grité con cada tramo de la nefanda pared que iba cayendo al suelo, renovando la esperanza de quienes a menudo se habían preguntado si alguna vez se liberarían de la opresión social, económica y religiosa. Y ahora son libres.

Las piedras y el acero, los alambres de púa y los guardias, que separaban el este del oeste, el sueño de la realidad, han desaparecido de la escena. La gente de Berlín oriental ya no se despierta para enfrentar otro día más de existencia opaca, gris y desalentadora por las restricciones impuestas. *Libres al fin*, se despiertan al glorioso amanecer de la independencia.

Una de las escenas más conmovedoras que vi en la televisión fue la de un grupo de hombres que se turnaban con un mazo para darle golpes a una sección de la pared. Uno de ellos tomaba la enorme herramienta y golpeaba la piedra con todas sus fuerzas. Después de diez o quince golpes, le dejaba el lugar a otro que hacía lo mismo. Mientras uno de ellos golpeaba con el mazo, los demás se quedaban cerca, cantando, dando vítores y a veces danzando en

círculos. Aunque yo estaba prácticamente del otro lado del globo se me hizo un nudo en la garganta, mientras sonreía junto con esos hombres que nunca había conocido. Finalmente, después de un duro esfuerzo, las piedras se aflojaron y pudieron ver la luz del día al otro lado.

Lo interesante es que mientras yo revisaba la segunda edición del libro en 1996, las noticias se llenaban con nuestra lucha por la libertad del pueblo de Iraq. ¡La pared de la tiranía en ese país estaba siendo destrozada y había gente bailando en esas viejas calles!

Hay otra pared que estamos echando abajo. Como se trata de una pared invisible es mucho más perniciosa. Y no ha estado décadas levantadas, sino siglos, y por eso es mucho más imponente y arraigada. Las piedras que la componen son enormes y quisieran impedirnos disfrutar de todo lo que Dios desea que disfrutemos. Mantienen a millones de personas sometidas a esclavitud sin que lo sepan. He identificado muchas de estas piedras a lo largo del libro; desde fuera: legalismo, expectativas rígidas, tradicionalismo, manipulación, exigencias, negativismo, control, comparación, perfeccionismo, competencia, críticas y mezquindad entre otras; y desde dentro: orgullo, temor, resentimiento, amargura, un espíritu que no perdona, inseguridad, esfuerzos de la carne, culpa, vergüenza, chisme, hipocresía y muchas cosas más... ¡todas ellas asesinas de la gracia!

Mi esperanza ha sido provocar un apetito tan profundo por la gracia que nada nos detenga en la búsqueda de la libertad y la espontaneidad que ella ofrece; un anhelo tan hondo que no se detenga hasta que, a través del muro del legalismo, irrumpa un nuevo amanecer espiritual, el «despertar de la gracia». Como soy pastor, gran parte de mi compromiso y mi participación se da en el ámbito de la iglesia y las organizaciones cristianas. He observado que aun en estos lugares las personas todavía no son libres; no han aprendido a aceptar y disfrutar la gracia que nos ha sido dada en Jesucristo. A pesar de que Él vino para darnos libertad, me entristece decir que muchas personas todavía viven tras el muro de la esclavitud. Lamentablemente, por todos lados encontramos las piedras que nos oprimen. En lugar de ser sitios de adoración entusiasta y espontánea, muchas iglesias y ministerios cristianos se han transformado en instituciones que mantienen un sistema de religión basado en funcionarios encargados de controlar las puertas de entrada y salida y el cumplimiento de las reglas.

He buscado en vano en la Biblia ejemplos de cristianos de los primeros tiempos cuyas vidas estuvieran marcadas por la rigidez, la inhibición, la apatía, la actitud cautelosa. Afortunadamente, los creyentes severos, de entrecejo fruncido, graves, brillan por su ausencia en las Escrituras. En cambio, los ejemplos que encuentro son de creyentes auténticos, entusiastas, dispuestos al riesgo y a la aventura, cuya alegría resultaba contagiosa aun en tiempos de prueba y sufrimiento. Su visión era amplia incluso cuando la muerte estaba cerca. Las reglas eran escasas y los cambios eran bienvenidos. El contraste entre esa época y la nuestra es enorme.

Estoy convencido de que la diferencia se debe a la gracia. La gracia escala por el muro y se niega a ser reprimida. Vive por encima de las exigencias de la opinión humana y se libera de las imposiciones legalistas. La gracia nos anima a tomar el mazo del valor y romper las piedras que por largo tiempo han estado afianzadas. La gracia nos invita a tomar nuevos rumbos y explorar regiones cada vez más extensas, deleitándonos siempre con lo inesperado. Mientras otros se preocupan más por mantener la pared y temerles a los que la controlan, la gracia está constantemente buscando caminos hacia la libertad. La gracia quiere que la fe escape, no importa qué puedan decir, pensar o hacer los guardias de rostro severo.

Quiero agradecerle por caminar conmigo a lo largo de las páginas de este libro. Para mí ha sido un estimulante desafío escribir estas reflexiones. En muchos sentidos, me siento como si hubiera estado excavando nuevos caminos, nuevos y esplendorosos senderos. No se ha escrito mucho desde la perspectiva evangélica acerca de una gracia personal y liberadora... al menos yo no he encontrado mucho últimamente. Quizás este libro logre animarlo a unirse al movimiento, e iniciar su propia aventura. Así lo espero. Pero cuando inicie su marcha, tenga cuidado. De la misma forma que el personaje de Bunyan, Cristiano, encontró toda clase de pruebas y tentaciones en su camino a la Ciudad Celestial, usted también se encontrará vez tras vez con las piedras del legalismo, todas las cuales existen con una sola finalidad: impedirle disfrutar de la libertad que tiene en Cristo.

¡Por favor, no se detenga! Siga adelante. Vale la pena todo el esfuerzo. Y le doy la buena noticia de que usted no está solo.

Hay un «despertar de la gracia» que se está poniendo en marcha en todo el mundo. ¿Será usted parte de este movimiento? Mientras toma su turno con

el mazo para martillar y romper la pared, todos nosotros estaremos cerca de usted, algunos quizás del otro lado del planeta, aplaudiéndolo. No piense que se trata de una tarea solitaria y aislada. Usted está abriéndose paso hacia la libertad, y nadie se complace tanto como el Señor Jesucristo, quien le ha prometido Su gracia. Nunca olvide Sus palabras: «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres». Aférrese a eso. Por la gracia del Dios Todopoderoso, el nuevo movimiento del despertar de la gracia barrerá algún día todos los continentes, y el rígido muro que por siglos ha mantenido en esclavitud a la gente se derrumbará. Y todos, al fin, seremos verdaderamente libres.

# Notas



## RECONOCIMIENTOS

1. John Newton, «Sublime gracia» (1779), traductor desconocido.

## CAPÍTULO 1: ¡LA GRACIA REALMENTE ES MARAVILLOSA!

1. Dr. Karl Menninger, M. D., con Martin Mayman, Ph.D., y Paul Pruyser, Ph.D., *The Vital Balance* (Viking Press, N.Y.: 1963), pp. 204, 205.
2. *Ibíd.*, p. 22.
3. Donald Grey Barnhouse, *Romans, Man's Ruin*, vol. 1 (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1952), p. 72.
4. Benjamin Warfield, en *Great Quotes & Illustrations*, compilado por George Sweeting (Waco, TX: Waco, 1985), p. 133.
5. Sir Edward C. Burne-Jones, en *Let Me Illustrate* por Donald Grey Barnhouse (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell Company, 1967), pp. 145–146.

## CAPÍTULO 2: UN REGALO SIN CONDICIONES

1. William Ernest Henley, «Out of the Night that Covers Me», o «Invictus», en *A Book of Verses* (Londres: David Nutt, 1893), pp. 56–57. El poema es del dominio público.
2. James Russell Lowell, «The Present Crisis» (1845) en *Poems of James Russell Lowell* (Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1892), p. 200. El poema está en el dominio público.
3. Donald Grey Barnhouse, *Romans, God's Remedy*, vol. 3 (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1954), p. 208.

4. Augustus Toplady, citado en *Romans: The New Man, An Exposition of Chapter 6* por Martyn Lloyd-Jones (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1973), p. 19.
5. Augustus Toplady, «Rock of Ages» (1776). La versión del himno conocido en español como «Roca de la eternidad» o «Roca de los siglos» no incluye este refrán de la original en inglés.
6. Dorothea Day, «The Captain», originalmente publicado en *Sunday School Times*, citado aquí de *The Christian Advocate*, ed. James M. Buckley (Nueva York: Eaton & Mains) 86, no. 49 (7 diciembre 1911), p. 24.

### CAPÍTULO 3: ¿NO ES ARRIESGADO ABRAZAR LA GRACIA?

1. Martyn Lloyd-Jones, *Romans, The New Man, An Exposition of Chapter 6* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1973), pp. 8, 9.
2. Reimpreso de *What Luther Says*, vol. 2 (St. Louis, MO: Concordia Publishing House, 1959), p. 614.

### CAPÍTULO 4: INDIGNO, PERO AMADO INCONDICIONALMENTE

1. John Newton, «Sublime gracia» (1779), traductor desconocido.
2. Jackie Hudson, «People Grow Better in Grace», *Worldwide Challenge*, abril de 1988, pp. 11–13, una adaptación de su libro *Doubt: A Road to Growth*.
3. Elisabeth Elliot: *The Liberty of Obedience* (Waco, TX: Word, 1968), p. 32.
4. *Ibíd.*, p. 33.
5. John Newton, «Sublime gracia».
6. *Ibíd.*
- 7 John Bunyan, «Saved by Grace» en *The Works of John Bunyan: With an Introduction to Each Treatise*, vol. 1, ed. George Offor (Londres: Blackie and Son, 1853), p. 346.

### CAPÍTULO 5: DEFENSA CONTRA EL LEGALISMO

1. S. Lewis Johnson: «The Paralysis of Legalism», *Bibliotheca Sacra*, Boletín Teológico publicado por el Seminario Teológico de Dallas, 120, no. 478 (abril–junio de 1963): 109.
2. Daniel Taylor, *The Myth of Certainty* (Waco, TX: Word, 1986), pp. 34–36.
3. Eugene H. Peterson: *Traveling Light* (Colorado Springs, CO: Helmers & Howard, Publishers Inc., 1988), pp. 57, 58.
4. A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, vol. 4 (Nashville, TN: Broadman Press, 1931), p. 284.
5. Eugene H. Peterson, *Traveling Light*, p. 67.
6. Mike Yaconelli en *The Wittenburg Door* (diciembre 1984/enero 1985), edición 82.
7. Paul Tourner, *Guilt and Grace* (Nueva York: Harper & Row Publishers, 1962), p. 98

## CAPÍTULO 6: ¿ES USTED LIBRE? ¡ENTONCES VIVA COMO TAL!

1. Abraham Lincoln, en el discurso inaugural de su segundo período presidencial, 4 de marzo de 1865, citado en *Abraham Lincoln: The Prairie Years and the War Years*, por Carlos Sandburg (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1954), p. 664.
2. Ibíd.
3. Gordon S. Seagrave, citado en *Quote Unquote* compilado por Lloyd Cory (Wheaton, IL: Victor Books, una división de Scripture Press Publications, Inc., 1977), p. 123. Todos los derechos reservados mundialmente.
4. Donald Grey Barnhouse, *Romans, God's Freedom*, vol. 6 (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1961), p. 34. Derechos reservados.
5. Abraham Lincoln en Washington, D.C., 26 de agosto de 1863, citado en *The Life, Public Service and State Papers of Abraham Lincoln*, por Henry Raymond (Nueva York: Darby & Miller, 1865), p. 753.

## CAPÍTULO 7: GUIANDO A OTROS HACIA LA LIBERTAD

1. William Barclay, *The Daily Study Bible, The Letter to the Romans* (Edimburgo: The Saint Andrews Press, 1957), p. 92. [*Carta a los Romanos* (Barcelona: Clie, 1995).] Usado con permiso.
2. Jay Adams, *Competent to Counsel* (Nutley, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1970), p. 145. [*Capacitado para orientar* (Grand Rapids, MI: Portavoz, 1981)].
3. John Henry Jowett, *The Epistles of St. Peter*, 2a ed. (Londres: Hodder and Stoughton, 1906), p. 93.

## CAPÍTULO 8: LA GRACIA DE PERMITIR A OTROS QUE SEAN LO QUE SON

1. Viktor Frankl: *Man's Search for Meaning* (Nueva York: Pocket Books, 1980), pp. 104, 105.
2. William Barclay: *The Daily Study Bible, The Letter to the Romans* (Edimburgo: The Saint Andrews Press, 1957), p. 200. Usado con permiso.
3. Gladys M. Hunt: «That's No Generation Gap!», *Eternity Magazine*, octubre de 1969, p. 15.
4. Reimpreso con permiso de Leslie Flynn, *When the Saints Come Storming In* (Wheaton, IL: Victor Books, una división de Scripture Press Publications, Inc., 1988), p. 44.

## CAPÍTULO 9: LA GRACIA DE ESTAR EN DESACUERDO... Y PERSEVERAR

1. G. Campbell Morgan, *Acts of the Apostles* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1924), p. 369.
2. Franz Delitzsch, *Commentaries on the Old Testament, Proverbs of Solomon*, vol. 2 (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, s.f.), p. 165.
3. Leslie Flynn, *When the Saints Come Storming In* (Wheaton, IL: Victor Books, una división de Scripture Press Publications, Inc., 1988), pp. 64–65.

4. A. T. Robertson: *Word Pictures in the New Testament, The Acts of the Apostles*, vol. 3 (Nashville, TN: Broadman Press, Nashville, 1930), p. 241 [*Imágenes verbales en el Nuevo Testamento: los hechos de los apóstoles* (Barcelona: Clie, 1989)].
5. C. S. Lewis, en el prólogo de *Christian Reflections* y citado en *A Mind Awake: An Anthology of C. S. Lewis*, ed. Clyde S. Kilby (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1980), p. 128.

## CAPÍTULO 10: LA GRACIA: ALGO ÍNTIMO Y PERSONAL

1. William MacDonald, *The Grace of God* (Kansas City, KS: Walterick Publishers, 1960), p. 54.
2. John Bunyan, *The Pilgrim's Progress* (Nueva York: The Heritage Press, 1942), p. 28.
3. *Ibíd.*, pp. 35, 36.
4. *Ibíd.*, p. 54.
5. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York: Macmillan Publishing Co., 1964), p. 162 [*Mero cristianismo* (Nueva York: HarperOne, 2014)].
6. Archibald Robertson y Alfred Plummer, *The International Critical Commentary, A Critical and Exegetical Commentary on the First Epistle of St Paul to the Corinthians* (Edimburgo: T. & T. Clark, 1961), p. 341.
7. John Newton, «Sublime gracia» (1779).
8. Tomado de *Quote Unquote*, compilado por Lloyd Cory (Wheaton, IL: Victor Books, una división de Scripture Press Publications Inc., 1977), p. 319.
9. Sven Wahlroos, *Family Communication* (Nueva York: New American Library Inc., una subsidiaria de Pearson, Inc., 1983), p. 159.
10. Charles Bridges, *A Commentary on Proverbs* (Carlisle, PA: The Banner of Truth Trust, 1846), pp. 41–42.
11. George Matheson, *Thoughts for Life's Journey* (Londres: James Clarke & Co., 1907), pp. 266–267.
12. *Ibíd.*, p. 266.

## CAPÍTULO 11: ¿MODELA USTED REALMENTE LA GRACIA?

1. Kyle Yates, *Preaching from the Prophets* (Nashville, TN: Broadman Press, 1942), p. 201.
2. *Ibíd.*, pp. 205–206.
3. Theodore Laetsch, *Bible Commentary, The Minor Prophets* (St. Louis, MO: Concordia Publishing House, 1956), p. 428.
4. George Duffield, «Stand Up, Stand Up for Jesus» (1858).
5. Charles Haddon Spurgeon, *Lectures to My Students* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1954), p. 98 [*Discursos a mis estudiantes* (El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 1980)].
6. William Barclay, *The Daily Study Bible, The Letter to the Corinthians* (Edimburgo: The Saint Andrews Press, 1963), pp. 216–17.
7. Earl Henslin, Psy. D.: «Shame-based and Healthy Spirituality», esquema inédito. Derechos reservados. Usado con permiso.

## CAPÍTULO 12: UN MATRIMONIO ACEITADO POR LA GRACIA

1. Celeste Holm, *Reader's Digest Treasury of Modern Quotations*. Tomado del *Reader's Digest*, febrero de 1974 (Nueva York: Reader's Digest Press, 1985), p. 484.
2. Dag Hammarskjöld, *Markings* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1964), p. 66.
3. Kevin Leman, *The Pleasers: Women Who Can't Say No—and the Men Who Control Them* (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell, 1987), pp. 287–88.
4. Willard F. Harley, Jr., *His Needs/Her Needs* (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell Company, 1986), p. 10 [*Lo que él necesita lo que ella necesita* (Grand Rapids, MI: Revell, 2007)].

## CAPÍTULO 13: EL GOZO ENCANTADOR DE DAR CON GRACIA

1. Sylvia y John Ronsvalle, «Opinion», *Moody Monthly* (mayo de 1986): 12.

2. De una conferencia dada por Ronald W. Blue, presidente de Ronald Blue & Co., 1100 Johnson Ferry Road, Suite 600, Atlanta, GA 30347.
3. Norman Cousins, *Human Options* (Nueva York: Berkley Publications, 1983), p. 103.
4. Carroll Lachnit, «OC residents make more but give away less», *The Orange County Register* (6 de diciembre, 1988): A6.
5. Calvin Miller, «The Gift of Giving», *Moody Monthly* (diciembre 1988): 23–25. Usado con permiso del autor.
6. Poema de autoría desconocida.

#### CAPTULO 14: ¡LA GRACIA, *REALMENTE* DEBE SER RECIBIDA!

1. Thomas N. Heymann, *On an Average Day* (Nueva York: Ballantine Books, 1988).
2. Tom Parker, *In One Day: The Things Americans Do in a Day* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1984).
3. Haddon Robinson, *Biblical Preaching, The Development and Delivery of Expository Messages* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1980), p. 31.
4. F. B. Meyer, *Moses, the Servant of God* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1953), pp. 33–34.
5. Tomado de *Whyte's Bible Characters from the Old Testament and the New Testament*, por Alexander Whyte © 1952, 1967, por Zondervan Publishing House. Usado con permiso. Alexander Whyte, *Bible Characters*, vol. 1, The Old Testament (Londres: Oliphants Ltd., 1952), pp. 139–140.
6. George MacDonald, *George MacDonald and His Wife* (una reimpresión de una edición de 1924) (Nueva York: Johnson Reproductions, una subdivisión de Harcourt Brace Jovanovich, s.f.), p. 172.

# El despertar de la gracia

## Guía de estudio

Crecer en la gracia es una cosa.  
Vivirla es otra.

Charles Swindoll | 9780718082246

El corazón humano clama por ser libre.

Todo lo que está dentro de nosotros lucha contra la esclavitud de la tiranía y la opresión. Nuestras almas no fueron creadas para vivir en jaulas de temor que nos restringen de las alegrías de la libertad.

Habiendo probado los dulces deleites de la libertad en Cristo, más y más personas en la familia de Dios no se sienten satisfechas con nada menos. Y no debemos satisfacernos con nada más.

Es mi esperanza que este libro y la guía de estudio produzcan un nuevo impacto en una generación de creyentes que desean ser libres de la esclavitud de otros, pero no saben cómo lograr que eso suceda. La ayuda y la sabiduría que encontrará en estas páginas le darán las llaves que ha estado buscando para abrir esas rejas de hierro y lo liberarán de las cadenas de la esclavitud a otros, despertándolo a lo que significa ser realmente libre. Libre en Cristo. Verdaderamente libre. Libre por fin.

